

The book cover features a dark, atmospheric illustration. The top half shows a large, bright yellow sun or moon in a dark sky with horizontal, wavy clouds. Below this, a dense forest of tall, thin trees is visible. In the foreground, a rocky, uneven path leads through a field of tall grass. In the middle ground, a large, gnarled tree trunk stands on the left, and a large, dark, rocky formation or cave entrance is on the right. The overall mood is mysterious and ancient.

**LEYENDAS ESPAÑOLAS
DE TODOS LOS TIEMPOS**
JOSÉ MARÍA MERINO

Siruela

JOSÉ MARÍA
MERINO

Leyendas españolas
de todos los tiempos



Ediciones Siruela

**LEYENDAS
ESPAÑOLAS
DE TODOS LOS
TIEMPOS**

Una memoria soñada

José María Merino

Biblioteca de Cuentos Populares Ediciones Siruela

ÍNDICE

Cubierta

Portadilla

Palabras del autor

Leyendas españolas de todos los tiempos

I. De fundaciones, caudillos y pérdidas

Fundadores y primeros reyes de España

Gárgoris y Habis

Hércules y su torre

Espan, Brath, Breogan, Ith

El origen de Madrid

Un cuento de Viriato

Don Rodrigo y la pérdida de España

Mocedades de don Pelayo

El primer almogávar, los nueve barones, las cuatro barras

Jaun Zuría

El caballo y el azor

Muley Hacén y la pérdida de Granada

II. De hazañas y maravillas de reyes, reinas, damas y caballeros

Bernardo del Carpio

Ramiro I y el tributo de las cien doncellas

Fernán Antolínez, el caballero que combatió y no combatió

El voto de Munio Sancho

Las mocedades del Cid

El rey de la mano horadada

María Pérez, la Varona

Jaime I y la conquista de Mallorca

La dama de Arintero

III. De agravios, traiciones, venganzas, simulacros y castigos

Ruy Velázquez y los siete infantes de Lara

Amrú y la noche toledana

Ramiro el Monje y la campana de Huesca

La condesa traidora

El abad don Juan de Montemayor

Landarico

El caballo del rey Sancho el Mayor

Don Alonso de la Venganza

El premio del abad

El mariscal Pero Pardo de Cela

El anillo del rey don Juan I

La Serrana de la Vera

El pastelero de Madrigal

IV. De amores y desamores

La princesa Galiana

Los amantes de Teruel

El mirlo de la Mayor Señora

El enamorado de Elisenda de Montcada

Doña Beatriz y don Guillermo

Don Alfonso VI y doña Zaida

Doña Urraca y don Alfonso el Batallador

De cómo fue engendrado Jaime I el Conquistador

La generosidad de Mohamed I

Doña María de Padilla y don Fadrique

El trovador Macías

V. De parajes

El origen de algunas montañas

Los Pirineos

La Mujer Muerta

Montserrat

La isla de san Borondón

Historias de calles

Bajada del Pozo Amargo, Toledo

Callejón del Candilejo, Sevilla

Calle de la Cabeza, Madrid

De despoblados y pueblos sumergidos

Despoblados

La laguna de Antela

El lago de Isoba

El lago de Sanabria

De xanas, lamias, donas y fuentes prodigiosas

La anjana de los montes de Ucieda

La fuente agridulce

La fuente de Rosales

La fuente Velasca

La fuente de los mozos

La fuente de la Julianita

La dona d'aigua del Montseny

VI. De milagros y vírgenes benditas

Fra Joan Garí

San Andrés de Teixido

De vírgenes benditas

Las imágenes recuperadas

De apariciones singulares

Árboles y lugares marianos

Algunos hechos milagrosos

De tres santos

San Vitores y su martirio

Santo Domingo de la Calzada

Milagros de san Vicente Ferrer

De cautivos milagrosamente liberados

El barón Galcelán de Pinós

El cautivo de Villamañán

Tomás Ramírez

El cautivo del humilladero de Auñón

VII. De diablos, brujas, errantes, malditos y fantasmas

De diablos

El acueducto de Segovia

El cura satanista
La misa del diablo

De brujas

Santa Comba
La bruja vampiro
La bruja celestina
La bruja castigada
Las tres olas

De errantes y malditos

La Santa Compañía
El Cazador Negro (Eiztari-beltza)
Els pastorells y la era de Escorca
El conde Arnau
Maricuchilla

De fantasmas

La sombra de doña Blanca
El fantasma del palacio del emperador
El fantasma de la isla Cabrera
Los fantasmas de la Casa de América y del museo Reina Sofía

VIII. De culebras, dragones y estirpes asombrosas

De culebras, serpes, cuelebres y dragones

La culebra y el pastor
La serpe de la fonte Pormás
La Cova da Serpe
La cuélebre de Celón y la de Oviedo
El dragón del monte San Miguel
El lagarto de la Malena
El culebrón de San Lorenzo de Peña Gotera
El dragón de Wifredo el Velloso
La coca de Redondela

Un topo, un ardacho, un oso y un buey

El topo de la catedral de León
El ardacho de Berlanga

El oso y el buey de Liébana
De mouros y jentillak
De mouros
De gentiles
Gente de estirpe marina
La sirena de Luarca
Los Mariños
El home marín y el pexe Nicolao
El hombre-peze de Liérganes
De hombres lobo y otras especies
El lobisome
La mujer loba
Del ome choto
De la Juáncana y de Tártalo
De la Juáncana
De Tártalo
IX. De talismanes, tesoros y palacios subterráneos
De talismanes
La cruz de Caravaca
El Santo Grial
El caldero de oro
Sa banya d'esca
De tesoros
Toros y cabras áureas
Tesoros de Mallorca
El tesoro de Sa Torre Llafuda
Un tesoro de la Alhambra
De palacios subterráneos
El Teso de las Pozas
El tesoro de Alí Mohad
La escala de la Doncella
X. De aventuras y sueños
De indias

La fuente de la eterna juventud
Eldorado
Las siete ciudades de Cibola
La provincia de la Canela
El río de las amazonas
El tornaviaje
Las islas de Salomón
la ciudad de los Césares
Nicolás I, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos
Dos bandoleros y un pirata
José María el Tempranillo
Luis Candelas
Benito Soto
De soñadores
Juan Bautista Antonelli y el puerto de Madrid
Roberto Frassinelli, el alemán de Corao
Don Juan de la Coba y el trampitán
Don Francisco Pérez Herrero y Genarín
Agradecimientos
Bibliografía
Créditos

Palabras del autor

Aunque fuese posible dejar la historia exenta de contaminaciones legendarias, nuestro conocimiento de lo que hemos venido a ser no podría prescindir de la leyenda. La historia, la de los grandes asuntos y monumentos y los hechos notorios, pero también la de los lugares pequeños y los sucesos menudos, es la memoria desde la vigilia y la razón, pero la leyenda es la memoria desde la intuición y el sueño, *una memoria soñada* en la que se conservan sombras y signos sin los que ni la gran historia ni la pequeña se podrían entender del todo.

Recopilo en este libro casi dos centenares de leyendas españolas que, por una u otra razón, me parecen memorables. Desde el propósito de recoger leyendas de todos nuestros pueblos, he encontrado tanta abundancia que me he visto obligado a una difícil selección. No obstante, espero que sea representativa y que oriente y estimule al lector para que, si lo desea, pueda explorar por su cuenta cada uno de los territorios particulares de un mundo que no solo no me parece heterogéneo, sino que creo enlazado por sutiles parentescos.

En España se está viviendo un momento de profunda fragmentación desde afanes, por lo menos poco lúcidos, de perder una perspectiva de conjunto de nuestra cultura. Para cualquiera que vea el asunto con sentido común y buena fe, esa pérdida de una perspectiva de conjunto no puede suponer otra cosa que el olvido y con ello la dilapidación de un patrimonio rico y diverso, muy entrelazado, que pertenece a toda nuestra sociedad y que desde su solidez y abundancia se enriquece de las partes de que se compone para, a su vez, enriquecer a cada una de ellas. También lo legendario conforma ese patrimonio, y este libro es un aporte, por pequeño que pueda resultar, para su mantenimiento.

Frente a la riqueza narrativa que ofrece el cuento, la leyenda suele ser escueta. De otro lado, el cuento, por lo general, carece de referencias temporales y geográficas y basa su

desarrollo en las propias peripecias que narra. La leyenda, que siempre se sujeta a un lugar, a un tiempo o a una conducta, muy a menudo se reduce a narrar un hecho y a veces apenas presenta ese inexcusable movimiento que debe estar en la naturaleza misma de lo narrativo.

He procurado que, en general, las leyendas coleccionadas en este libro ofrezcan una evolución en conductas o en sucesos, por pequeña que pueda resultar. A veces me he esforzado por enhebrar en el mismo hilo leyendas que, separadas en su existencia, tratan, sin embargo, de los diferentes personajes, tiempos y escenarios de un mismo asunto. En otras ocasiones he reunido un puñado de leyendas de tema similar, no solo para testificar una coincidencia que supera la dispersión geográfica, sino para que entre todas se consolide narrativamente lo que cuentan. En alguna ocasión, y como ejemplo de otra manera de narrar, he cedido a la tentación, tan común a los románticos, de escribir un cuento autónomo sobre el cañamazo de un relato legendario.

Confieso que establecer la clasificación de los textos ha sido un aspecto especialmente delicado de mi labor, porque quería huir de la pura repetición de ciertas ordenaciones tradicionales, buscando crear espacios narrativos en los que, como dije antes, la parecida naturaleza de los asuntos diese más solidez a cada capítulo. Sin embargo, reconozco que hay bastantes leyendas que podrían adscribirse a uno o a otro. Yo las he reunido según el contenido que, a mi juicio, prevalece en cada una de ellas.

He ordenado el libro en diez grandes capítulos. En el primero —«De fundaciones, caudillos y pérdidas»— presento desde leyendas que se inscriben en lo mítico, hasta historias más cercanas a lo real que, en su propia naturaleza, están cargadas de sugerencias legendarias, procurando tratar, en todos los casos, de asuntos que tengan que ver con el principio o el fin de determinados espacios y empresas colectivas.

En los tres siguientes capítulos —«De hazañas y maravillas de reyes, reinas, damas y caballeros», «De agravios, traiciones, venganzas, simulacros y castigos», «De amores y desamores»— he procurado presentar el amplísimo mundo de las leyendas históricas, caballerescas y novelescas, recogiendo algunas que a mí me interesan en particular, ordenadas en uno u otro capítulo, de acuerdo con lo que me parece la peculiaridad dramática más llamativa de cada una de ellas.

En el capítulo V —«De parajes»— pretendo ofrecer diversas leyendas marcadas por su identificación con algún lugar, procurando recoger un abanico lo más ejemplar posible. En el capítulo VI —«De milagros y vírgenes benditas»— he reunido otro conjunto de

modelos desde la vertiente de las leyendas religiosas y piadosas. El capítulo VII —«De diablos, brujas, errantes, malditos y fantasmas»— agrupa diferentes tipos de leyendas marcadas por lo mágico y lo tenebroso.

En el capítulo VIII —«De culebras, dragones y estirpes asombrosas»— he reunido leyendas que tratan de animales monstruosos o de extraños seres y linajes. El capítulo IX —«De talismanes, tesoros y palacios subterráneos»— reúne algunos ejemplos de leyendas relacionadas con objetos maravillosos, y también otras que se refieren a tesoros ocultos y a lugares prodigiosos y secretos.

Por último, en el capítulo X —«De aventuras y sueños»— incluyo leyendas que inflamaron la imaginación de los navegantes y exploradores de Indias y presento algunas muestras de personajes reales que, más cercanos en el tiempo, e incluso contemporáneos, han sido capaces de despertar un eco fabuloso entre nosotros, mostrando que lo legendario no lleva trazas de desaparecer de nuestra imaginación.

Respecto a la mitología tradicional de ciertas zonas, por lo común relacionada con las fuerzas y los fenómenos de la naturaleza, debo advertir que solamente la he incorporado a mi colección cuando alguno de sus elementos se ha hecho leyenda mediante esas referencias a lugar, tiempo, gentes o sucesos concretos que, a mi juicio, son la fundamental característica del género. No ha sido mi intención reunir a todos los seres míticos del panteón español, sino solamente a aquellos que, por incidir en un hecho preciso, pueden entrar dentro del campo de lo legendario.

No soy antropólogo ni lingüista, sino narrador. Me he basado siempre en textos escritos, con la salvedad de alguna leyenda escuchada en la infancia y que permanece viva en mi recuerdo. En cualquier caso, me temo que en España se ha perdido ya el momento de recoger leyendas por vía oral. Ni siquiera en el libro de los últimos años más ambicioso en el asunto, por sus pretensiones de generalidad, que fue el publicado por Vicente García de Diego en 1953, *Antología de leyendas de la Literatura Universal*, se acudió a la investigación de fuentes orales para lo referente a las leyendas españolas.

Con todas sus limitaciones, este libro está elaborado desde la voluntad de una perspectiva general, con criterios integradores de todos los aspectos legendarios y no solamente de los caballerescos o de los novelescos, y procurando depurar lo más posible los temas seleccionados para resaltar su singularidad y resaltar historias atractivas para un público amplio. El que lo haya compuesto un narrador no creo yo que cierre caminos a los investigadores que quieran afrontar este campo desde otros puntos de vista.

También debo decir que soy el exclusivo autor de las versiones que presento. Me responsabilizo de su certeza, pues en todos los casos he respetado el espíritu y la sustancia de la leyenda que reelaboro, aunque es natural que haya aportado ciertos matices de mi cosecha, sobre todo cuando me ha parecido que no habían sido advertidos por los anteriores narradores. También he intentado apurar el movimiento interior de cada leyenda e incluso hacerlo más patente. En definitiva, creo que las leyendas son relatos vivos y que quien las transmite con propósitos narrativos, sea de manera oral o sea por escrito, como en este caso, tiene facultad para poner en ellas algo de su parte, siempre que no las desfigure ni las traicione.

En lo que toca a lo literario, al lenguaje y a la forma que les he dado, me propuse trabajar los textos procurando aunar lo más posible concisión y expresividad, en el intento de recuperar lo que de narración sintética e intensa tenían las leyendas, antes de que cierta moda decimonónica se empeñase en novelizarlas.

Leyendas españolas de todos los tiempos

Es, pues, un fragmento de vida milenaria
lo que ofrezco aquí al lector, recordándole
la frase de Fausto en el monólogo célebre:
«Aquello que heredaste de tus padres,
adquiérela para poseerla».

Julio Caro Baroja
Del prólogo a *Algunos mitos españoles*

I. De fundaciones, caudillos y pérdidas

Fundadores y primeros reyes de España

Ciento treinta y un años después del Diluvio Universal, Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fundó en la península Ibérica el primer asentamiento humano. Ya no hay memoria del poblado inicial. Unos piensan que estuvo en Lusitania y otros que en la actual Navarra –Tafalla o Tudela– o que fue en Tarragona o Sagunto.

Los cronistas que merecen más crédito señalan algunos reyes como sucesores ciertos de Túbal. El primero no deja de suscitar cierta perplejidad, pues su nombre, Gerión, coincide con el gigante al que Hércules derrotó y sobre cuyo cráneo mandó edificar la famosa torre coruñesa de su nombre. Es de suponer que se trató de seres diferentes. El tirano Gerión, heredero de Túbal, explotó los montes que guardaban oro y se hizo muy rico. Fue fundador de ciudades tan alejadas entre sí como Geronda, que estuvo cerca de Cádiz, y la actual Gerona. Parece que su tiranía se desarrollaba sin sobresaltos hasta que vino a inquietarlo Osiris, plantador de viñas e inventor del pan, que aborrecía a los tiranos y salía a veces a recorrer el mundo ayudando a que los pueblos oprimidos recobrasen su libertad.

Osiris se enfrentó a Gerión en la actual Tarifa y allí fue derrotado y muerto el tirano. Osiris, antes de regresar a Egipto, de donde procedía y era rey, dejó como sucesores del reino de España a los tres hijos del tirano vencido, que eran todavía niños, bajo la tutela de consejeros honestos y prudentes. Los tres hijos de Gerión, al llegar a la mayoría de edad, resolvieron vengar la muerte de su padre, aunque su intención secreta era la de hacerse tiranos, como aquél lo había sido. Los Geriones se sabían incapaces de derrotar a Osiris en lucha abierta y concertaron una alianza secreta con Trifón, hermano de Osiris, que ambicionaba el reino de Egipto. Al fin, el traidor Trifón asesinó a su hermano Osiris, aunque Oro –Horus–, hijo de Osiris, vengó a su padre matando a Trifón, su tío.

Cuentan los narradores que este Oro, hijo de Osiris, buen conocedor del arte de la medicina, fue famoso en todo el mundo con otro nombre: Hércules. Sabedor de que

habían sido los Geriones los instigadores de la muerte de Osiris, se dirigió a España dispuesto a castigarlos y al fin los derrotó y mató, dándoles sepultura en el mismo lugar del combate, en la isla de San Fernando, Cádiz. Para conmemorar esta victoria, Hércules levantó un monte en una y otra parte del mar, al sur de la península Ibérica y al norte de África, acumulando grandes peñascos. El de la parte peninsular se llamó Calpe y el de la parte africana Abyla, y ambos quedaron para la memoria como «Columnas de Hércules».

Después Hércules nombró rey de España a un compañero de armas llamado Hispalo. Murió éste sin sucesión y fue nombrado nuevo rey Hespero, otro de los compañeros de Hércules, hermano de Atlante. Atlante sintió envidia de la suerte de su hermano y vino de Italia dispuesto a arrebatarse la corona, lo que logró. A Atlante sucedió Sículo, su hijo. Este reinado tuvo lugar unos doscientos años antes de la guerra de Troya y coincidió con algunas invasiones de España por diversos pueblos. A Sículo sucedió Mirica y a éste Milico. Tras Milico reinó Gárgoris, famoso por haber inventado la apicultura. En este tiempo, finalizada la guerra de Troya, llegaron los griegos a España y entre ellos hay quien cita al propio Ulises.

Gárgoris y Habis

El rey Gárgoris fue extremadamente cruel con un nieto suyo llamado Habis, a quien ciertos narradores denominan Abides y otros Habidis, pues por haber nacido de una hija fuera de matrimonio y sin padre conocido, el abuelo ordenó que lo abandonasen en un monte para que fuese comido por las alimañas.

Algunos cuentan que el padre de aquella criatura fue el propio Gárgoris: al intentar un día succionar con su boca el veneno de una abeja que había picado uno de los juveniles pechos de su hija, concibió por ella el lúbrico deseo que, tras cumplirse, habría de engendrar aquel hijo incestuoso.

El caso es que las alimañas y fieras del bosque no solo no mataron a Habis, sino que le dieron su leche. Conocedor de ello, Gárgoris le tendió sucesivas trampas para destruirlo, como ponerlo en el paso de los rebaños de vacas para que lo pisoteasen, echarlo a los perros hambrientos y tirarlo al mar, pero Habis fue salvándose de todas ellas.

Devuelto a una playa por las olas, una cierva substituyó a las alimañas en la alimentación del niño, y éste acabó convirtiéndose en el jefe de la manada. Capturado por los hombres, fue llevado ante Gárgoris, que lo reconoció por una marca de nacimiento y, tras cambiar su adversa disposición hacia él, lo acogió al fin como hijo y, a su muerte, lo nombró sucesor.

Todos los narradores están de acuerdo en afirmar que Habis fue el mejor rey que tuvo España en aquella antigüedad. Vivió muchos años, creó villas y ciudades, sacó a las gentes de su barbarie, enseñó a uncir los bueyes al arado, recuperó la agricultura de los cereales y el cultivo del vino, que se habían olvidado, ordenó leyes y tribunales y trajo bonanza y paz a los españoles de su tiempo, que coincidió con el de David, rey de los judíos.

Hércules y su torre

En el tiempo en que Hércules marcó la entrada del mar que luego se llamaría Mediterráneo, el héroe era ya conocido por el gran número de hechos asombrosos que había llevado a cabo desde su niñez. Así, todas las gentes que encontraba le mostraban respeto y le ofrecían alimentos y cobijo, y en ninguna parte del mundo fue acogido el héroe con tanta hospitalidad como en la península que cierra el mar por Occidente.

Fue entonces cuando Hércules se familiarizó con las tierras de la península y vivió en ellas algunos años. Fundó ciudades como Zaragoza, Teruel, Barcelona o Urgel, guardó sus tesoros en Toledo, pero también cazó en sus bosques, pescó en sus ríos y recorrió, por el gusto de hacerlo, sus montañas y playas litorales, vestido siempre con la piel del fabuloso león y usando la maza a manera de cayado. Mas, al fin, nuevas empresas exigieron el regreso de Hércules a su propio país.

Mucho tiempo después llegaron a visitar a Hércules ciertos emisarios de los pueblos de la lejana península occidental. Vestidos con sus sayos pardos, las cabezas cubiertas por la caperuza, inclinados los rostros, los viajeros mostraban un gesto de evidente pesadumbre. Hércules les pidió que le comunicasen el motivo de su visita y ellos le contaron que había llegado a sus tierras un gigante que, acompañado de huestes feroces, estaba abusando cruelmente de las gentes, robándoles sus caballos y ganados y expoliando sus graneros, sujetándolos como esclavos, con la pretensión de hacerse rey y someter a su voluntad a todos los habitantes de aquella parte del mundo. En nombre de los pueblos de la península, los hombres de los sayos oscuros venían a solicitar de Hércules que los ayudase a librarse de la tiranía de aquel gigante y sus guerreros.

Conmovido, Hércules acompañó a los hombres en su viaje de regreso a la península occidental. Supo al llegar que el gigante maléfico era Gerión, el monstruoso hijo de la oceánida Caliorre, que tenía tres cuerpos alados y era también famoso por su fuerza. Hércules siguió el rastro de Gerión y de sus tropas, señalado por los incendios, los

expolios y toda clase de abusos en las gentes y en sus poblados y haciendas, y al fin encontró a los invasores en las brumosas y verdes tierras del noroeste, cerca del extremo final del mundo, donde al atardecer es posible percibir el último fulgor del sol cuando chisporrotea al sumergirse en las aguas del ilimitado océano.

Llenos de ánimo por la amistad y la protección del héroe, deseosos de enfrentarse a las huestes del gigante Gerión, iban acompañando a Hércules muchos guerreros de los países de la península. Pero Hércules, tras comprobar que el gigante y su ejército no abandonarían de buen grado las tierras que ocupaban, quiso evitar el enfrentamiento de los ejércitos, que sin duda ocasionaría gran mortandad entre sus amigos, y retó a Gerión a dirimir sus diferencias en un combate entre ellos dos, cuerpo a cuerpo. Gerión era mucho más voluminoso que Hércules y no vio peligro alguno en aceptar el reto. Así, los contendientes acordaron que toda la tierra de la península pertenecería a aquel que venciese.

Al alba comenzó la pugna y durante tres días y dos noches, sin descanso ni tregua, Gerión y Hércules se enzarzaron en la terrible pelea. Sus golpes y caídas hacían retemblar los berrocales de la orilla del mar, y los ecos llegaban hasta muy lejos, como truenos de una tormenta sin nubes ni rayos que admiraba a los pobladores de las tierras remotas. Los dos combatientes jadeaban, cada vez más cubiertos por la sangre de sus heridas y rasguños, pero ninguno de los dos parecía capaz de derrotar al otro, entre el silencio empavorecido de los hombres que los rodeaban. Mas no menguaba el arrojo con que Hércules y Gerión se acometían, y la sangre que manaba de sus heridas empapó los peñascos costeros y empezó a teñir de rojo la espuma de las olas.

Cuando se ponía el sol de la tercera jornada, un mal paso hizo resbalar a Gerión, que cayó boca abajo. Hércules aprovechó el momento para golpearle con su maza en la nuca, con un golpe certero y brutal, y luego clavó sus flechas envenenadas en las coyunturas que unían las diversas partes del cuerpo del gigante, de manera que éste quedó muerto.

Hércules, a quien la victoria sobre el gigante no le había parecido poca cosa, quiso conmemorar el combate con un monumento adecuado a la grandeza del suceso. Cortó la monstruosa cabeza de Gerión, en cuyo rostro se conservaba el gesto de desesperación que había expresado al saberse vencido, abrió con sus poderosas manos un enorme hoyo entre las rocas de la orilla, enterró allí el cráneo y ordenó que sobre tal cimientto se construyese una torre muy grande y se poblase alrededor una ciudad que hiciese honor a la importancia de la torre. Construida la torre, se mantuvo desde entonces como lo que

es, el faro coruñés que, con su luz, ayuda en la noche a los navegantes a conocer el rumbo certero.

Espan, Brath, Breogan, Ith

Se dice que el primer poblador que tuvo la ciudad que fundó Hércules en torno a la torre que cimentaba el cráneo del gigante Gerión, tras derrotarlo en descomunal combate, fue una mujer de nombre Crunna, Crunia o Cruña, que de las tres maneras la conocían y llamaban sus allegados y vecinos, y que Hércules quiso que la ciudad por él fundada, La Coruña, recibiese el mismo nombre que tenía aquella mujer.

Espan, o Hispan, acabó de construir la torre cuyos cimientos había puesto su tío Hércules. Espan era hombre de muchas destrezas y conocimientos ocultos, e hizo fabricar un enorme espejo conforme a ciertas trazas de una sabiduría muy antigua y secreta. El espejo permitía avistar en su superficie las naves más lejanas y Espan ordenó ponerlo en lo más alto de la torre que había mandado edificar su tío, para así proteger la ciudad en que vivía de otras gentes que pudiesen venir a hacerle la guerra, mediante la vigilancia que el espejo hacía de toda la mar.

Muchísimos siglos después, cuando ya la ciudad que Hércules fundó había quedado deshabitada y la gran torre comenzaba a arruinarse y nadie vigilaba en el espejo de Espan una posible invasión, llegó desde la isla de Erín, Brath, hijo de Death, con sus carneros y sus guerreros, y se dispuso a iniciar la conquista de la península Ibérica.

Brath tuvo en España un hijo llamado Breogan, que fue coronado rey a la muerte de su padre. Era diestro con las armas y tenía la ambición de ser rey de todos los españoles. A la ciudad deshabitada de Crunna, Crunia o Cruña dio el nuevo nombre de Brigantia y restauró la torre de Hércules para convertirla en su propia morada. Desde ella, por medio del espejo mágico, contemplaba el mar y vigilaba los navíos que se acercaban a las costas.

A la muerte de Breogan le sucedió su hijo Ith. Ante la preocupación de su esposa y de sus consejeros, Ith se pasaba delante de aquel espejo portentoso muchas horas del día y de la noche, absorto en la contemplación del mar y de las naves que lo surcaban. Un día,

encontró en el espejo la imagen viva de Erín, de donde había llegado su bisabuelo, y aquella imagen le devolvió el rastro fiel de los relatos que desde niño había escuchado sobre la tierra originaria. Ith vio fluir suavemente el humo por entre el ramaje de los techados de las aldeas. Le pareció sentir cómo rebullían las bestias en las cuadras y escuchar el suave lamento de las gaitas y hasta el chapoteo de las truchas saltando en los arroyos. Así, Ith concibió la idea de regresar a Erín para conquistarla.

Ordenó construir siete grandes naves y se embarcó en ellas en compañía de los más selectos entre sus guerreros. No volvieron a tenerse noticias de la expedición hasta finales del invierno, cuando a los pies de la torre de Hércules el mar depositó el cadáver de Ith y de muchos de sus compañeros. Así fue conocido de todos el fracaso de aquel intento de conquista.

Parece ser que, muchos años más tarde, unos piratas normandos, tras invadir la ciudad y desvalijarla, arrojaron desde la torre al mar el espejo maravilloso. Allí mismo debe de encontrarse todavía.

El origen de Madrid

Homero, en la rapsodia undécima de la *Iliada*, cuenta que el atrevido Agamenón, después de que sus guerreros rompiesen las líneas de los tucros, peleó con Bianor, uno de los jefes troyanos, hasta quitarle la vida. Este Bianor tenía un hijo del mismo nombre que, tras la derrota de Troya, consiguió huir por tierra y, después de recorrer muchos lugares, se estableció en las costas de Albania, donde fundó un reino.

A Bianor, hijo del héroe troyano, sucedió Tiberis, que tuvo un hijo legítimo, heredero del trono, y otro bastardo en una mujer llamada Manto, al que puso el nombre del ilustre abuelo troyano y a quien procuró alejar de Albania con su madre para prevenir discordias políticas. La madre de Bianor fundó en Italia la ciudad de Mantua, en la que reinó imaginando que su hijo sería su sucesor en el trono. Sin embargo, cuando se hizo mayor, Bianor tuvo un sueño en que el dios Apolo le anunciaba que una terrible epidemia asolaría la ciudad y que él debería alejarse hacia las tierras en que muere el sol y esperar allí sus órdenes.

El viaje de Bianor, que por su facultad de predecir el futuro en sueños recibió el sobrenombre de Ocno, fue muy azaroso y duró mucho tiempo, mas al fin llegó a un lugar de colinas montuosas, rico en agua, en donde Apolo volvió a aparecersele en sueños para comunicarle que aquel punto era el indicado para fundar y poblar una ciudad, aunque para asegurar su prosperidad futura era preciso que el propio Ocno Bianor sacrificase su vida.

Así se fundó aquella ciudad que poblaron ciertos carpentanos, llamados «hombres sin ciudad», los cuales, por una profecía, vagaban en espera de la señal divina que les anunciase el lugar en que debían asentarse. Por indicación de Apolo, la ciudad fue consagrada a la diosa Cibeles, la Gran Madre. Luego, Ocno Bianor pidió que se cavase una profunda fosa y se labrase la lápida que habría de cubrirla. Cuando los pobladores de

la nueva ciudad hubieron cumplido sus deseos, Ocho Bianor se sepultó en la fosa, que fue cubierta por la lápida, y allí esperó la muerte.

Transcurrido un ciclo lunar, la propia Cibeles, sobre su carro que arrastran dos leones, descendió de los cielos para llevarse el cuerpo de Ocho Bianor, cuyo sacrificio garantiza, por promesa de Apolo, que la ciudad de Cibeles nunca desaparecerá de la faz de la tierra.

Un cuento de Viriato

Los más antiguos narradores relatan cómo el pretor Galba, con el pretexto de renovar un tratado de paz que los propios romanos habían violado, tras recibir a los guerreros lusitanos que se oponían a la invasión de Roma, los desarmó con engaños y los hizo matar. Entre los pocos que lograron salvar la vida en la matanza estaba Viriato, que se hizo caudillo de todos los españoles entre el Ebro y el Tajo y durante más de un lustro presentó una resistencia tan encarnizada a las legiones, que en Roma era difícil reclutar soldados que quisiesen luchar en la península, temerosos de la ferocidad de los ejércitos indígenas.

Los narradores recuerdan, junto a sus virtudes guerreras, su templanza y su entereza, la calidad del ingenio de Viriato, que sorprendió a sus contemporáneos romanos, sobre todo por tratarse de un oscuro ibero que había debido educarse él solo.

Los habitantes de lo que luego vino a ser Martos, en la provincia de Jaén, no eran firmes en sus compromisos y fluctuaban entre la amistad de los romanos y la de los demás españoles, según iban las cosas de la guerra. En una ocasión, al recibir Viriato las excusas de los embajadores de Martos por haber dejado de cumplir ciertas obligaciones bélicas con él, lo que les había salvado de una represalia de parte de los romanos, el caudillo hispano les contó el siguiente cuento:

«Érase un hombre, ya no joven pero tampoco viejo, que se casó con dos mujeres, una moza y la otra madura. Cuando estaban juntos, la mujer moza, por remozarlo también a él, le arrancaba los cabellos canos. Por otra parte, en su intimidad, la mujer mayor le arrancaba los cabellos negros que le quedaban, con el pretexto de que le iba mejor un aspecto venerable. Y así fue como entre ambas lo dejaron calvo. El destino de Martos puede reflejarse en la cabellera de aquel hombre, pues por evitar la represalia de los romanos, la ciudad va a sufrir la de los hispanos. Y, represalia tras represalia de los

enfrentados adversarios, a los que los de Martos traicionan sucesivamente, la ciudad acabará quedando vacía de habitantes».

Don Rodrigo y la pérdida de España

Se dice que Hércules fue fundador de la ciudad de Toledo, pero esto no está suficientemente probado. Lo que sí parece cierto es que en Toledo guardó Hércules sus tesoros, escogiendo para ello una enorme cueva que alargaba bajo el río Tajo sus numerosos pasadizos.

Para proteger la boca de la cueva, Hércules construyó sobre ella un torreón o palacio con unas fortísimas puertas bien aseguradas por una gigantesca cerradura. Sobre la puerta hizo que se grabase una inscripción disuasoria para quien pretendiese entrar. Los narradores no concuerdan en el texto exacto, pero es seguro que la inscripción se dirigía a un rey innominado y le advertía sibilamente del peligro de penetrar en el torreón. Más o menos, la inscripción vendría a decir lo siguiente:

REY, ABRIRÁS ESTAS PUERTAS
PARA TU MAL.

Hasta la llegada de Rodrigo al trono de España, ningún rey había osado desvelar los misterios que podían encontrarse tras aquellas puertas, aunque la leyenda señalaba que allí se hallaban todas las riquezas de Hércules. Al contrario, cada rey ordenó colocar una cerradura más en las viejas hojas y el momento en que el herrero real añadía una nueva cerradura a las ya fijadas, convertido en acto solemne, llegó a ser uno de los ritos de la coronación. Además, una guardia permanente vigilaba aquella entrada para protegerla de cualquier allanamiento.

Durante toda su niñez, los secretos de aquel torreón habían mantenido encendida la curiosidad de Rodrigo. Así, cuando tras muchas vicisitudes accedió al trono, este rey, a quien algún narrador califica de «peste, tizón y fuego de España», se propuso utilizar su autoridad para desvelarlos. En el acto ritual en que debía añadirse una cerradura a las

que, en forma de cerrojos o candados, habían ido haciendo más hermético el cerramiento originario y que habían llegado a ser veinticuatro, Rodrigo ordenó a su herrero que, en lugar de colocarla, descerrajase todas las que había.

La orden escandalizó a sus consejeros, pues era despreciar la grave advertencia que ningún antecesor del nuevo rey había dejado de respetar. Sin embargo, la obsesión de Rodrigo le había hecho considerar la inscripción como un espantajo encaminado solamente a amedrentar a los pusilánimes.

Romper todos aquellos cierres fue muy trabajoso. Al fin se consiguió y las puertas se abrieron con sonidos rechinantes, empujadas por el esfuerzo de muchos hombres. Hay narradores que dicen que el torreón, circular en su exterior, tenía en su interior forma cuadrada. Otros aseguran que estaba dividido en cuatro estancias, cada una pintada de un color. Lo cierto es que en el interior del torreón solamente había un arca, pero que no guardaba joyas ni monedas ni objetos preciosos, sino un lienzo muy fino, cuidadosamente doblado.

Rodrigo ordenó que aquel lienzo fuese desplegado. Los dobleces eran muchos, y cuando todos ellos estuvieron deshechos, el lienzo ocupaba el suelo entero de la estancia. No había en el lienzo otra cosa que pinturas de vivos colores, representando muchas figuras de lo que parecían guerreros a caballo, vestidos con los ropajes propios de los pueblos que vivían al sur, en la otra orilla del mar. Era como un nutrido ejército que avanzase desde la derecha del lienzo. A la izquierda, en el otro extremo de la pintura, se veía una fortaleza arrasada y envuelta en llamas, y figuras vestidas con sayales, que parecían huir. Al pie de la fortaleza había muchos guerreros cristianos muertos, armas tiradas, espadas y lanzas quebradas, escudos partidos. En el centro, bien visibles, abatidos y rotos, guiones y banderas y unos blasones: los guiones y las banderas del ejército de Rodrigo, el blasón de su escudo de armas y la bandera y el blasón del propio reino de España. Aquella representación era tan elocuente que Rodrigo ordenó a todos retirarse, sin que nadie dijese una sola palabra.

Los problemas del reinado que iniciaba hicieron que Rodrigo olvidase pronto aquellas imágenes de malos augurios. No mucho tiempo después, convocó una reunión de sus gobernadores y generales para tratar de asuntos que concernían a todo el reino. Entre los asistentes estaba el conde don Julián, gobernador de Ceuta, que había viajado hasta Toledo acompañado de los miembros de su familia, y entre ellos su hija Florinda, una doncella muy hermosa.

Era el estío, y Florinda iba a bañarse cada atardecida a un pequeño soto del río. Acompañada de sus siervas, la doncella reía entre los juncos, se arrojaba a las aguas desde las peñas de la orilla, chapoteaba con regocijo en juegos y carreras.

El lugar estaba cercano a un torreón donde el rey solía retirarse algunas horas. Una tarde, las risas de las muchachas llamaron la atención del rey Rodrigo. Éste descubrió la belleza de Florinda desnuda y desde entonces procuró acecharla a escondidas cada tarde, y ya no pudo pensar en otra cosa. Todo lo que hasta entonces era sustancia de su vida, el gusto de la caza, sus devociones religiosas, su esposa Egilona, las graves intrigas que amenazaban la gobernación del reino, perdieron para él todo interés.

Sus consejeros más cercanos percibieron enseguida el estado en que se encontraba el ánimo del rey y buscaron la manera de que Rodrigo consiguiese recuperar el sosiego. Para ello propiciaron un encuentro entre el rey y la doncella, procurando que tanto las servidoras de Florinda como los asistentes y pajes de Rodrigo estuviesen ausentes.

Los narradores se contradicen al relatar los resultados de aquel encuentro. Hay quien asegura que el rey Rodrigo no pudo aplacar sus deseos y que en la primera entrevista violó a la hermosa doncella. Otros dicen que desde el primer momento surgió entre ambos una fortísima atracción amorosa y que Florinda se entregó con gusto a don Rodrigo.

Fuese como fuese el inicio de su relación, lo cierto es que don Rodrigo y Florinda tuvieron amores apasionados. Estos amores no se mantuvieron lo suficientemente secretos y al fin su noticia llegó al conde don Julián, que juzgó a su hija deshonrada por el rey y consideró a éste un infame seductor.

El furor del conde don Julián no se aplacó a su regreso a Ceuta, sino que la distancia de la corte le hizo ver aún más afrentosa su situación. Aquel furor fue el motivo de que el conde entrase en las intrigas políticas de ciertos descontentos, entre ellos el obispo don Oppas, y acabase facilitando la invasión de la península por los ejércitos árabes bajo las órdenes del general Tariq ben Ziyad y de su señor, Muza ben Nusayr.

El romancero ha relatado muy bien la melancolía del rey Rodrigo tras la batalla de Guadalete, que duró ocho días, de domingo a domingo, y en la que las tropas españolas fueron derrotadas por los invasores:

Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa;

ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados
y gente que me servía,
hoy no tengo ni una almena
que pueda decir que es mía.

Además de su reino, todas sus riquezas cayeron en manos de los invasores, y entre ellas la famosa mesa de jaspe de Suleymán, o Salomón, que más adelante sería causa de discordia entre Tariq y Muza.

Después de la derrota de Guadalete el rey Rodrigo desapareció, pues solo se encontraron en el campo de batalla su caballo Orelia, su corona, su ropa y sus zapatos. Luego se sabría que, descalzo y vestido con un simple sayal, buscó el consuelo en el retiro eremítico y al fin tuvo que aceptar la terrible penitencia de vivir hasta el fin de sus días en la misma tumba que debía acoger su cuerpo tras la muerte, en compañía de una culebra prodigiosa que no dejaba de torturarlo. También el romancero ha puesto en su boca los lamentos que le provocaba este suplicio:

Ya me come, ya me come,
por do más pecado había,
en derecho al corazón,
fuente de mi gran desdicha.

Del conde don Julián se sabe que, atribulado por el papel que había desempeñado en la destrucción del reino de España, huyó de los árabes para reunir sus riquezas, acaso con la intención de organizar algún modo de resistencia. Don Julián intentó refugiarse primero en lo que hoy se conoce como la Muela del Conde, en el Señorío de Molina, río Tajo arriba. Sin embargo, los árabes lo acosaban muy de cerca, y para que sus tesoros no cayesen en manos de quienes le iban a la zaga hizo arrojarlos a la laguna de Taravilla, en cuyo fondo deben de encontrarse todavía. Consiguió luego escapar al norte, pero los árabes lo apresaron en las tierras aragonesas de Loarre, donde lo maltrataron hasta matarlo, enterrándolo luego fuera de tierra sagrada.

Florinda, a quien los árabes denominaron la Cava, «la barragana», murió ahogada por

su propia voluntad en el río Tajo, en el mismo sitio en que sus baños habían provocado los deseos del rey Rodrigo. El lugar, cercano al actual puente de San Martín y a las ruinas de un antiguo torreón, es conocido como Baño de la Cava. Durante mucho tiempo vagaba por las orillas del río o aparecía entre sus aguas su desesperado y gimiente espectro, pero ya hace siglos que unos adecuados exorcismos consiguieron calmarlo para siempre. El espectro lloroso fue sustituido por dos tenues figuras luminosas, las de un hombre y una mujer, que a veces, en ciertas noches, pueden vislumbrarse en aquellos mismos parajes, en apacible compañía.

Algunos narradores aseguran que de los amores de Florinda y don Rodrigo nació un hijo que, tras la destrucción del reino cristiano de España y la muerte de sus padres, se criaría en el castillo de Torrejón el Rubio, Trujillo, Cáceres, que pertenecía a su abuelo, el conde don Julián. Al parecer, obsesionado por el desastre que habían causado los amores de sus padres, el hijo de Florinda y don Rodrigo intentó formar un ejército capaz de enfrentarse a los invasores y recuperar el reino. Y allí acechó en vida a cuantos muchachos pasaban por un lugar cercano, llamado Calleja de la Cava, para secuestrarlos e incorporarlos a su ejército, y siguió haciéndolo después de su muerte, hasta convertir la calleja, según parece, en un lugar temido por las madres, que prohíben a sus hijos frecuentarlo después de la puesta del sol.

En lo que toca a la cueva de Hércules, que debería de encontrarse bajo la iglesia que sustituyó al antiguo torreón, hoy plaza de San Ginés, el cardenal Silíceo ha dejado escrito que a mediados del siglo XVI ordenó unas excavaciones para descubrir los célebres tesoros. Los buscadores regresaron tras hallar muchas osamentas humanas y enormes estatuas de bronce. Ya la leyenda había hablado de una de aquellas estatuas, que golpearía mecánicamente con un mazo en un yunque, con insistencia tan amenazadora como inagotable. No obstante, una corriente de agua les impidió continuar la búsqueda de los famosos tesoros, que sin duda siguen descansando bajo los cimientos de Toledo.

Mocedades de don Pelayo

El rey Chindasvinto tuvo cuatro hijos: Recesvinto que, como mayorazgo, heredó la corona; Teodofredo, que sería padre de don Rodrigo, el último rey godo; Favila, duque de Cantabria; y una hija cuyo nombre no se recuerda, que murió tras alumbrar a una niña. Esta niña, doña Luz, fue creciendo en el palacio real de Toledo y se convirtió en una doncella muy hermosa, que despertó los deseos de su tío, el rey Recesvinto. Sin embargo, la doncella estaba enamorada de su otro tío, Favila, y tenía con él apasionados encuentros cuando éste visitaba la corte.

En uno de tales encuentros tío y sobrina se otorgaron ante una cruz el mutuo consentimiento nupcial y luego consumaron el matrimonio. De aquellas bodas secretas quedó preñada doña Luz, y aunque intentó disimular lo más posible su embarazo, el rey llegó a advertirlo. Muy enojado con ella por su rechazo y por aquella prueba de que se había entregado a un rival, se propuso ponerla en la pública vergüenza cuando pariese.

Mas llegó la hora del parto y doña Luz, ayudada por una camarera de su confianza, tras alumbrar en secreto un robusto varón, lo puso en un arca muy bien compuesta, labrada y embreada, arropado en paños finos, con un pergamino en que advertía de la inocencia del pequeño tripulante y su procedencia de linaje noble, y lo confió a las aguas del Tajo tras pedir a Dios y a Nuestra Señora que ayudasen a su hijo en aquella aventura.

El arca llegó en su navegación hasta el pueblo de Alcántara, donde se encontraba casualmente Teodofredo, el otro tío de doña Luz, que mandó recoger aquel vistoso objeto que descendía aguas abajo. Cuando comprobó su contenido, Teodofredo se llevó el niño a su casa, lo bautizó con el nombre de Pelayo e hizo que lo criasen junto a Rodrigo, su legítimo heredero, que con el tiempo llegaría a ser rey de España. De manera que, por designio de la divina providencia, estuvieron juntos, a poco de nacer, quien habría de perder España y quien habría de salvarla.

El rey Recesvinto se sintió nuevamente burlado al descubrir que los síntomas del

embarazo de su sobrina habían desaparecido, y decidió perderla de todas formas, para lo que buscó a un caballero ruin, llamado don Melias, y le encargó que públicamente acusase a su sobrina de deshonestidad e impudor. Así lo hizo el tal don Melias, y el rey juzgó el caso muy grave, e invitó a los demás caballeros de la corte a rechazar con las armas aquella acusación, pero ninguno se presentó pues entendían que, siendo la dama sobrina del rey, a él le correspondía la defensa de su honor.

Mas el rey declaró que aquella abstención de sus caballeros apoyaba la acusación de Melias y señaló un plazo de dos meses para que algún caballero se presentase a defender el honor de la dama en singular combate, o de lo contrario ella ardería en la hoguera para purificar su lasciva conducta. Doña Luz consiguió enviar aviso a su tío y esposo Favila, y éste llegó a Toledo con tiempo suficiente para desafiar a don Melias, derrotarlo y quitarle la vida, y después de él a otros caballeros que quisieron vengar al vencido.

A las justas, y también con el propósito de defender el honor de su sobrina, había acudido Teodofredo, que de modo fortuito, mientras ella rezaba entre lágrimas ante una imagen bendita, la oyó pedir por aquel niño que se había visto obligada a abandonar al capricho de las aguas del río. Teodofredo comprendió que el niño por él hallado era el hijo de doña Luz, habló con ella para darle la buena noticia de su salvación y conoció de su boca las bodas secretas que había habido entre doña Luz y don Favila.

El rey tuvo que dar su consentimiento para que aquellas bodas se celebrasen con solemnidad y, tras los festejos nupciales, don Favila y doña Luz, con su hijo Pelayo, se marcharon a las montañas del norte, donde estaban las posesiones del duque. Allí tuvieron una hija, Ormesinda, y allí fue creciendo Pelayo, quien se convirtió en un extraordinario luchador.

Tras la invasión de España por los árabes, resultó gobernador de aquellas tierras del norte un moro llamado Munuza, que residía en Gijón. El duque Favila, incapaz de hacer frente al poderío militar de los árabes, entregaba puntualmente a Munuza sus tributos, aunque tanto él como su hijo Pelayo y los demás cristianos esperaban sin desfallecer el momento propicio para sacudirse la opresión de los extranjeros.

La hermana de Pelayo, que se había convertido en una hermosa muchacha, atrajo a Munuza, que la requirió de amores, siendo rechazado por ella. Sin embargo, los deseos de Munuza de poseer a la bella cristiana eran crecientes, y al fin imaginó una treta para apartarla de su hermano y dejarla indefensa, y fue la de convencer a Pelayo para que llevase a Córdoba unos documentos que podrían ser muy importantes para la futura

situación de los cristianos en aquellas tierras. Pelayo se alejó durante un tiempo y Munuza, venciendo por la fuerza la resistencia de Ormesinda, la hizo suya.

Cuando Pelayo regresó de su embajada, la afrenta hecha a su hermana encendió en él definitivamente el ánimo rebelde y se retiró al valle de Cangas, tocó tambor y levantó estandarte, congregando a los cristianos para hacer guerra a los invasores.

El primer almogávar, los nueve barones, las cuatro barras

No habían pasado todavía diez años desde la invasión de España por los árabes, pero su dominio se hacía sentir en todas partes. En unos lugares, los invasores exigían fuertes tributos. En otros, partidas de guerreros separados del ejército saqueaban y destruían lo que encontraban a su paso. En Ribagorza, Huesca, una de tales partidas, al mando de Ben Awarre, era el azote de la gente cristiana.

Al pie de la sierra de Sis, en el pueblo de Riguala, vivía con su mujer y su hijo un hombre llamado Fortuño. Con sus familiares y vecinos buscaba el cobijo del bosque cuando aquellos feroces guerreros se acercaban, y aprovechaba su lejanía para conseguir lo necesario para la supervivencia.

Ausentes los moros durante una larga temporada, Fortuño se marchó a cazar al monte una mañana. A mediodía, la fuerte humareda que se alzaba en el valle le dio una señal infausta. Regresó corriendo al pueblo para descubrir que había sido saqueado por la tropa de Ben Awarre, que había incendiado las casas, las corralizas y los graneros. Su mujer y su hijo, escondidos, habían logrado salvar la vida.

Buscando un lugar más seguro, Fortuño se trasladó con los suyos a Roda de Isábena, donde vivía el resto de su familia, pero los árabes atacaron también el pueblo y, aunque los cristianos procuraron defenderse con furia, al final solo un puñado de ellos había logrado sobrevivir al ataque cuando la tropa mora se retiró.

Fortuño, que aquel día había perdido a toda su familia, se refugió en la sierra con los demás supervivientes, jurando vengar la sangre de los suyos, y se convirtió en el capitán de una partida armada que atacaba a los árabes en escaramuzas breves y sangrientas, despojando a los viajeros árabes de sus bienes y destruyendo las casas, animales y campos de labor de los que se afincaban en aquellos valles.

Buenos conocedores del monte, aquellos cristianos rebeldes no pudieron ser

dominados por los sarracenos y se convirtieron en un ejemplo para los demás cristianos, de manera que el grupo fue creciendo con la incorporación de nuevos miembros. Al hablar de Fortuño, los moros le llamaban almogávar, el de las correrías y la rapiña, el rebelde, el bandido. Cuando el grupo guerrillero fue tan fuerte como un pequeño ejército, se unió a las tropas, también rebeldes, que dirigía el conde Armentario.

El obispo zaragozano Bencio, que se había refugiado en el monasterio de San Pedro de Tabernas bajo la hospitalidad del abad Donato, se puso al frente de una embajada que cruzó los Pirineos para solicitar el apoyo del rey de los francos en la lucha contra los moros. Así comenzó el propósito de reconquista en aquellas tierras.

Primero los reyes francos, luego el imperio carolingio, apoyaron el esfuerzo de los españoles en su lucha contra los árabes invasores. Al principio, Carlos Martel, rey de Francia, estableció junto a los Pirineos un espacio defensivo y lo puso bajo el mando del noble Otger Catalón. Éste era un valiente guerrero que, tras presentar batalla con los suyos a los invasores, había visto cómo caían todos y había tenido que refugiarse en una de las zonas más agrestes del Ripollés, en la cima del Montgrony, donde se alimentaba de hierbas, bayas y la leche de ovejas, cabras y ciervas.

A Otger Catalón se unieron nueve señores cristianos: el de Alemany, el de Anglesola, el de Erill, el de Cervelló, el de Cervera, el de Mataplana, el de Montcada, el de Pinós y el de Ribelles, que ante la imagen de la Virgen de Montgrony juraron dedicar su vida a la lucha contra el invasor. Estos señores, luego barones, lograron reunir un ejército de más de veinte mil hombres, que habían tenido que retirarse frente al empuje de los árabes, y que, tras cruzar otra vez los Pirineos y derrotar a los musulmanes en sucesivos combates, acabaron reconquistando Ter, Ribagorza, Pallars y Ampurias.

Muerto en combate Otger Catalón, le sucedió el barón de Montcada, que logró reconquistar Barcelona. Los territorios recuperados se organizaron en forma de condados y se dice que recibieron el nombre de Marca Catalónica en recuerdo del primer caudillo de la resistencia.

Con el tiempo fue conde de Urgell y Cerdanya Wifredo, llamado el Velloso, –Guifré o Jufre el Pilós–, que fue investido también de los condados de Barcelona y Gerona, y que conquistó y unificó muchas de aquellas tierras. Hombre piadoso, fundador de monasterios, era también muy admirado por haber dado muerte a un dragón que tenía su guarida en una cueva de Sant Llorenç de Munt. Sin embargo, a pesar de todas sus hazañas, el rey cristiano protector de aquellos condados, el franco Carlos II, no había

concedido a Wifredo, de quien se dice que era sobrino suyo, ningún blasón para su escudo de armas.

El reinado de Carlos II, a quien se conoció como el Calvo, estuvo muy agitado por guerras con los alemanes e invasiones normandas. Una de estas invasiones obligó al rey francés a solicitar la ayuda del conde Wifredo que, aprovechando un momento de paz con los moros subsiguiente a alguna de sus victoriosas campañas, cruzó los Pirineos para apoyar a su protector. En una de aquellas feroces batallas Wifredo cayó herido de gravedad. Se le condujo a su tienda y los físicos lo atendieron, temerosos de que perdiera la vida, pero la herida no era mortal, aunque de ella manaba mucha sangre.

El rey Carlos acudió enseguida a visitarlo y, deseoso de honrar a su valiente y leal colaborador, le prometió muchas riquezas como recompensa que sirviese para paliar el dolor de la herida. Sin embargo, Wifredo declinó los bienes que el rey le prometía y le recordó que todavía no se le había concedido ningún blasón para su escudo. Cuentan los narradores que el rey Carlos se quedó pensativo y que, al cabo, mojando en la herida de Wifredo los dedos de su mano derecha, señaló con ellos, de arriba abajo, el escudo dorado del conde, que desde entonces tuvo como emblema cinco barras rojas verticales sobre campo de oro.

Años más tarde, con ocasión de la conquista de Valencia por el rey Jaime I, las damas de la corte quedaron tan contentas que decidieron dar una sorpresa a sus maridos, padres y familiares, e ir a encontrarse con ellos en las tierras recién conquistadas, con la reina a la cabeza. Las damas se pusieron en camino y estuvieron a punto de ser capturadas por los sarracenos que todavía recorrían aquellas tierras, furiosos por su derrota, si no hubieran contado con la espada y el valor del caballero de Merola, que las condujo indemnes a su destino.

Cuando el rey Jaime lo supo, le prometió al caballero lo que más deseara como premio a su conducta. El caballero de Merola le pidió al rey Jaime una de las barras rojas del blasón real para su propio escudo, y el rey Jaime, para cumplir su palabra, no tuvo más remedio que cedérsela. A partir de entonces, el escudo de Aragón y Cataluña tuvo cuatro barras rojas, en vez de cinco.

Jaun Zuría

Andaban revueltos los jefes de los euscaldunas, *euskaldunak*, porque el caudillo de todos, Lekobide, era ya anciano y había quien pensaba que convenía relevarlo del mando y elegir un sustituto más joven. Sin embargo, no acababa de haber acuerdo entre las tribus.

Fue por entonces cuando el señor de Busturia, una mañana, encontró en las playas de Mundaca una pequeña nave de forma poco habitual, casi deshecha por las olas, y a su tripulante, un joven fuerte y rubio, desfallecido sobre la arena, con aspecto de haber navegado mucho tiempo. El señor de Busturia se llevó a su casa al forastero y, cuando éste se recuperó de su debilidad, le pidió que le contase su procedencia.

El forastero, con pesadumbre, narró su historia. Dijo ser el hijo primogénito del rey de Erín y el legítimo sucesor de la corona. Un día, mientras cazaba con su padre y su hermano, en el rastro de un enorme jabalí, había disparado un dardo, pues el movimiento de unas ramas le había parecido anunciar la llegada de la fiera, y había causado fatalmente la muerte de su padre el rey. Los ancianos del consejo, al entender que el parricidio había sido involuntario, le perdonaron la vida, pero lo despojaron del derecho a heredar el reino y lo condenaron al destierro. Tras embarcarlo con pocos víveres en un pequeño navío, lo habían dejado a merced de las olas y de los vientos que, después de un azaroso viaje, habían terminado por arrojarlo a aquellas playas.

La noticia de que un forastero del linaje de los reyes de Erín estaba en tierra vasca llegó a oídos del anciano Lekobide, que quiso conocerlo. Cuando lo tuvo en su casa, Lekobide sintió tanta simpatía hacia el irlandés, que no dejó de agasajarlo, y lo mantuvo mucho tiempo como huésped de honor, admirando la destreza con que el joven manejaba el arco y la espada, su habilidad como jinete y su fuerza en la lucha cuerpo a cuerpo.

Entonces se extendió por todas las tierras de los euscaldunas la alarmante noticia de

que un poderoso ejército se acercaba dispuesto a someterlos. Mandaba aquellas tropas Ordoño IV, a quien la historia conocería como el Malo, que se había hecho con la corona de León por conspiraciones de la nobleza, mientras el otro pretendiente, su primo Sancho, viajaba a Córdoba para que un famoso médico árabe lo curase de su monstruosa gordura.

Los guerreros invasores iban bien armados y estaban curtidos en las guerras contra los moros. Lekobide tenía clara conciencia de que su edad y condiciones físicas ya no le permitían encabezar el ejército que debía oponerse a los leoneses, y el consejo de las tribus vascas no acababa de decidir quién había de ser el caudillo de todos.

Entonces Lekobide comprendió que aquel forastero tan ducho en las artes de la guerra era un enviado providencial. Hizo que se presentase ante el consejo y, con toda la autoridad y el prestigio que le daban sus años de jefatura, propuso que fuese él quien en su nombre condujese a la batalla a los euscaldunas, ofreciéndole su cota, su espada y su lanza. Al conocer el consejo la sangre real que corría por las venas del irlandés, lo aceptaron como jefe militar y le dieron por nombre Jaun Zuría, el Señor Rubio.

El enfrentamiento entre los leoneses y los vascos fue brutal, y la batalla duró muchas horas, pero el empuje de los invasores no pudo vencer la feroz resistencia de los euscaldunas. Al cabo de la jornada, los invasores habían sido derrotados y Jaun Zuría había librado singular pelea con Ordoño, de la que éste resultó muerto.

Tal fue la mortandad entre los invasores, tanta la sangre vertida por ellos en sus desesperados esfuerzos por dominar a los vascos, que las rocas quedaron teñidas durante mucho tiempo, y el nombre originario del campo de batalla, Padura, se cambió por el de Arrigorriaga, que significa «piedras rojas».

Tras la aplastante victoria, Jaun Zuría fue confirmado como caudillo de todas las tribus vascas. Su matrimonio con la hija de Lekobide dio origen a la estirpe de los señores de Vizcaya.

El caballo y el azor

El condado de Castilla, que había nacido cien años después del reino asturleonés, manifestó desde sus primeros momentos un fuerte deseo de independencia frente a sus señores, los reyes de León. Después de que el rey Ordoño II derrotase a los árabes en la batalla de San Esteban de Gormaz, Abderramán III consiguió vencer a los cristianos, unidos esta vez leoneses y navarros, en la batalla de Valdejunquera, por la defección de los condes castellanos Nuño Fernández, Abolmondar Albo y su hijo Diego, y Fernando Ansúrez. Ordoño II los mandó detener en secreto y conducirlos a la corte, donde los tuvo presos, y hasta se dice que hizo que los matasen.

Las ansias independentistas de los castellanos se mostraron también en el nombramiento de dos jueces en Burgos, Laín Calvo y Nuño Rasura, para sustituir con la suya propia la justicia real.

Fue en tiempos de Sancho el Craso cuando Castilla consiguió su independencia. Hay que decir que el conde castellano Fernán González había tenido, de joven, un vaticinio maravilloso de su destino. En cierta ocasión, persiguiendo a un jabalí en una cacería, llegó hasta una ermita escondida en lo más enmarañado del bosque y vio con asombro que el jabalí buscaba cobijo detrás del altar. El jabalí era el animal de compañía de un anciano eremita, que tras saludar al cazador le aconsejó que dejase la caza y se entregase a la lucha contra el moro, y le aseguró que estaba llamado a llevar a cabo grandes empresas.

La voluntad de independencia del conde Fernán González frente a los reyes de León, con todas las intrigas que comportaba, no era obstáculo para que visitase a menudo la corte, en épocas de paz. En cierta ocasión se presentó en ella llevando un azor muy ligero y preciso en la caza, y un caballo extraordinariamente hermoso. Ambos animales despertaron la admiración del rey, que quiso comprarlos.

El conde no quería desprenderse de aquellos animales, pero tanta fue la insistencia del

rey, que al fin decidió vendérselos, aunque procurando poner los medios para que la compraventa fuese a la larga muy ventajosa para sus propósitos políticos. Para empezar, pidió por el caballo y el azor una cantidad importante, que el rey aceptó pagar. Precisamente por lo elevado de la suma, el conde no quiso que el rey se la diese en aquel momento, sino que aseguró que no tenía inconveniente en que el rey aplazase la deuda, siempre que la cancelase cuando el rey quisiese o él se lo pidiese, aunque cada día de retraso en el pago duplicaría el precio de la venta.

Todas estas condiciones quedaron estipuladas por escrito en un documento. El rey se olvidó de su compromiso y, cuando transcurridos siete años el conde Fernán González le pidió que cancelase su deuda, no había en todo el reino dinero suficiente para cubrirla, de modo que el rey tuvo que reconocer, a cambio de que su deuda quedase saldada, que el condado de Castilla era independiente del reino de León y que desde entonces viviría su historia separadamente.

Muley Hacén y la pérdida de Granada

En el año 1481, infringiendo algunos pactos y derrotando al ejército cristiano, el rey de Granada, Muley Hacén, conquistó y asoló Zahara. Entre todo el botín eligió como joya más valiosa a una hermosa dama llamada Isabel de Solís, y regresó con ella a Granada llevándola sentada en la grupa de su propia cabalgadura.

Se dice que, al entrar su ejército victorioso en Granada, entre retumbar de atabales y música de cornetas y chirimías, un viejo alfaquí con fama de adivino lanzó un funesto vaticinio, anunciando que las ruinas de Zahara caerían sobre Granada y que sus soberbias mezquitas y sus floridos cármenes acabarían siendo hollados por la impura planta del infiel. Y se dice también que aquello contrarió mucho al rey, que quiso castigar al alfaquí, pero que no pudo encontrarlo.

El rey Muley Hacén ya no era joven, y la cautiva se convirtió en el centro de todos sus pensamientos y deseos amorosos. Sin duda encontró en ella respuesta favorable y hasta apasionada, de modo que rey y cautiva vivieron con plenitud un amor que fue la admiración de su tiempo y suscitó muchas controversias, y luego sangrientas guerras, entre los granadinos. La entrega de la cautiva al rey era tan sincera que pronto abjuró de su religión originaria para convertirse al islamismo, y recibió el nombre de Zoraya.

Frente a los abencerrajes, notables que veían con disgusto e inquietud la presencia de aquella mujer en la corte y su intimidad con el rey, los zegríes y gomeles, algunos de los cuales provenían de ciertos linajes cristianos, la apoyaron sin titubeos. Y resultó que Zoraya empezó a ser importante para el rey, no solo en su vida sentimental, sino en ciertos asuntos de la gobernación.

El adversario más temible de la nueva enamorada real era la primera esposa de Muley Hacén, doña Aixa, conocida como la Horra, «la honesta», dama muy orgullosa de su estirpe y de carácter sólido y voluntarioso, que intentaba afianzar lo más posible en el poder al futuro heredero de la corona, Boabdil, hijo también de Muley Hacén.

La desconfianza de doña Aixa hacia Zoraya, a quien consideraba culpable del olvido en que el rey la había puesto a ella, se acrecentó con la noticia de que Zoraya esperaba un hijo, pues le hizo comprender que ese hijo sería un rival en la sucesión de la corona si además era apoyado por aquella importante facción de súbditos que representaban zegrís y gomeles.

De aquellas desconfianzas nacieron conspiraciones. Los abencerrajes eran partidarios de doña Aixa y de Boabdil, y pronto se produjeron lances violentos entre las familias adversarias. Muley Hacén intentó detener el progresivo enfrentamiento y ordenó que doña Aixa y Boabdil no saliesen de su residencia. Una grave insurrección de los abencerrajes, que el rey logró sofocar, fue luego castigada por él con el degüello de muchos, lo que enconó aún más la situación. Doña Aixa y Boabdil fueron al fin liberados por sus partidarios y la guerra civil se generalizó.

Se dice que algunos consejeros muy cercanos al rey, conociendo la gravedad de los sucesos, que tanto perjudicaban a los árabes en beneficio de los reyes cristianos, intentaron sugerir con mucha prudencia a Muley Hacén que se apartase de Zoraya, sobre todo a la hora de tomar las decisiones que tan graves efectos tenían en los asuntos del reino. Sin embargo, el amor de Muley Hacén seguía siendo tan apasionado como el primer día y no quiso escucharlos.

Se sucedieron muchos sucesos importantes, como la huida de Muley Hacén, la captura de Boabdil por los cristianos y su costoso rescate, y la guerra sin cuartel entre los seguidores del padre y los del hijo, en que Muley Hacén recibió la ayuda de su hermano, Abdallah el Zagal, señor de extensas tierras y capitán de numerosos soldados.

El rey, sintiéndose viejo y enfermo, abdicó en su hermano Abdallah, lo que dobló la furia de Aixa la Horra y mantuvo, violenta, la guerra civil, una guerra fratricida en que los contendientes llegaron a valerse de la ayuda de los cristianos para castigar a sus adversarios, aunque pertenecían a su mismo pueblo y tenían su misma fe. Sin embargo, los contendientes estaban cada vez más exhaustos y el cerco de los ejércitos cristianos era implacable. Al fin, Abdallah el Zagal rindió sus hombres y sus estados a los reyes Isabel y Fernando, y la resistencia de Boabdil acabó pronto y debió rendirse también.

Se cumplió la profecía que el viejo alfaquí había pronunciado cuando Muley Hacén tomó Zahara, y las plantas de los cristianos hollaron las mezquitas y los jardines de los árabes, porque su reino en España había llegado a su fin. Para el recuerdo de los siglos venideros, Boabdil recibiría el sobrenombre de Desventurado.

Isabel de Solís, con los hijos nacidos de su unión con Muley Hacén, recibió de nuevo el bautismo, pues los sacerdotes cristianos entendieron que su anterior abjuración había sido forzada.

En general, los narradores no dudan de la verdad y pasión de los amores entre Isabel de Solís y Muley Hacén. No obstante, algunos cronistas árabes insinúan que la dama, tan cercana al rey de Granada, señora de su intimidad en tiempos cruciales para el destino del reino, fue el arma más demoledora con que contaron los cristianos para confundir, debilitar y por fin abatir el poderío del último reino árabe en la península.

La verdad solo puede saberla Dios, el Clemente, el Misericordioso.

II. De hazañas y maravillas de reyes, reinas, damas y caballeros

Bernardo del Carpio

Al rey Alfonso II se le puso el sobrenombre de Casto por la rigurosa continencia que mostró durante toda su vida. Parece que nunca tuvo relación marital con su esposa y es bien sabido que no engendró hijos que pudieran sucederlo en el trono. A los goces carnales el rey Casto anteponía otros que tenían más que ver con el espíritu, así la erección de hermosos edificios o la atención de los gastos de joyas sagradas. La primera basílica de Santiago de Compostela, cuando se descubrió la tumba del apóstol, o el ornato de la iglesia de San Salvador de Oviedo, con la famosa cruz de la que fueron unos ángeles los propios orfebres, son muestras de los verdaderos intereses de aquel rey. También era dado a la conversación con algunos de sus súbditos más cercanos, y entre ellos ocupaba un lugar especial don Sancho Díaz, conde de Saldaña.

Un día, un fiel consejero comunicó al rey no solo los ocultos amores de su hermana doña Jimena con el conde de Saldaña, sino que, como consecuencia de ellos, la joven princesa había quedado encinta. Saber profanada en su hermana la virtud de la castidad, que el rey tanto valoraba, y traicionada la confianza que había depositado en el apuesto conde, su íntimo amigo, fueron los móviles de la terrible severidad de su comportamiento. Algún romance le atribuye también, sin pruebas, una secreta atracción incestuosa hacia doña Jimena, que habría sido el principal motivo de su celosa decepción.

Con el mayor secreto, el rey ordenó que el conde fuese preso y que, tras arrancarle los ojos, se le encadenase para el resto de su vida en la más oscura e incómoda mazmorra de un castillo perdido en la comarca leonesa de Luna. A su hermana ordenó recluirla, también de por vida, en un monasterio, y que se la despojase de aquel fruto de su pecaminosa relación en cuanto naciese.

Bernardo, hijo de Sancho y Jimena, creció sin preocupaciones bajo la tutela del rey, que mostraba hacia él mucho afecto. Desde su infancia, Bernardo, dedicado a aprender todas las destrezas que debían convertirlo en un guerrero, ignoró la verdad de sus

orígenes. Por otra parte, eran muy pocos los que conocían aquella verdad, y el rey les había advertido de las peligrosas consecuencias de su indiscreción.

Los narradores no coinciden en el relato del descubrimiento de aquella verdad por parte de Bernardo. Unos cuentan que fue la confidencia de una vieja nodriza de su madre, en el momento de la muerte. Otros apuntan a que Bernardo escucharía de modo fortuito las circunstancias de su origen, en cierta ocasión en que andaba de caza por los valles de Luna. Otros, que la noticia le fue comunicada al final de un juego, envuelta en el fingido arretrato de unos reproches.

Lo cierto es que Bernardo, que entonces era ya un joven caballero, quedó muy desazonado ante la revelación de la identidad de sus padres y la penosa noticia de que, por castigo del rey, su padre permanecía encadenado en una prisión y su madre obligada a la clausura de un monasterio.

Bernardo hizo saber al rey que conocía la verdad y le pidió la liberación de sus padres. El rey se enojó mucho y sin duda a partir de entonces cambiaron sus sentimientos hacia su sobrino porque, engañosamente, le dio a entender que tal liberación dependía de los resultados que Bernardo consiguiese en su actividad como guerrero. Sin embargo, tras muchas victorias de los ejércitos reales a las órdenes de Bernardo y alcanzar éste mucha fama por sus hazañas y hasta salvar la vida del rey, el soberano no acababa de dejar en libertad a Sancho y a Jimena.

Bernardo acabó enfrentándose con el rey y éste manifestó no estar dispuesto a levantar el añejo castigo. Bernardo mostró su indignación y el rey desterró de la corte a su mejor guerrero, que se retiró a su castillo del Carpio, en términos de Salamanca, desde donde se dedicó a saquear a sus vecinos. Las gentes fueron a quejarse al rey, quien tanto por aplacar aquella furia saqueadora como por la necesidad que tenía de la ayuda de Bernardo para defender su reino, al cabo de un tiempo prometió solemnemente liberar a sus padres si regresaba a ponerse a su servicio y le entregaba las llaves del castillo del Carpio. Cuentan que el caballero leonés se avino a ello de muy buen grado, y que el rey ordenó al fin que sacasen al antiguo prisionero de sus mazmorras. Sin embargo, cuando aquellas nuevas llegaron al castillo de Luna, el desdichado conde había muerto tres días antes.

Afirman algunos cronistas que, no obstante, el rey, con el propósito de cumplir su palabra, ordenó que el cadáver, convenientemente adecentado y vestido, fuese sentado en la sala de uno de los palacios reales para recibir con solemnidad a Bernardo, que

cuando se adelantó para abrazar a su padre se encontró con aquella inerte y macabra figura. Otros narradores añaden que Bernardo, tras el doloroso horror de aquel encuentro, hizo sacar a su madre del monasterio y traerla a aquella sala y juntar su mano con la del muerto, para pública confirmación de las nupcias secretas, pero lícitas, en que él había sido engendrado. Lo cierto es que Bernardo nunca pudo recuperar vivo a su padre, y que con esa tristeza debió afrontar la mayor de sus hazañas para defender la independencia española.

En aquel tiempo Carlomagno iba extendiendo su imperio por toda Europa. El rey Alfonso, que carecía de sucesión y era ya anciano, se dejó influir por ciertos cortesanos y embajadores y accedió a que Carlomagno se hiciese cargo de su reino, a su muerte. Pero el emperador no estaba dispuesto a esperar y además quería castigar a Marsilio, rey árabe de Zaragoza, que se negaba a prestarle obediencia, de modo que preparó un poderoso ejército y se dirigió a los Pirineos sin que lo detuviese la revocación, por parte del rey Alfonso, de su anterior propósito.

Es de sobra conocido cómo los asturleonese, al mando de Bernardo del Carpio y en coalición con los árabes de Marsilio, derrotaron en Roncesvalles al ejército francés, haciéndolo retroceder desordenadamente después de que allí hubiesen perecido los famosos Doce Pares, algunos de ellos recordados en el romancero con los nombres de Durandarte, Montesinos, Beltrán, Guarinos, Baldovinos, Reinaldos y, sobre todo, Roldán, el glorioso caballero.

Roldán era invulnerable a las heridas, pero Bernardo, curtido en las peleas cuerpo a cuerpo de la tierra leonesa, llamadas aluches, le venció estrechándolo entre sus robustos brazos hasta asfixiarlo, no sin que antes la espada y el caballo del héroe francés hubiesen dejado la huella de su tajo y de sus herraduras en innumerables comarcas de la península.

Después de nuevas aventuras, de derrotar varias veces a los moros y de conquistar muchas ciudades, parece que Bernardo se casó con una dama llamada doña Galinda, hija del conde Alardos, y que tuvo con ella a Galín Galíndez, que llegó a ser un caballero de renombre.

Ramiro I y el tributo de las cien doncellas

La abolición del tributo de las cien doncellas se recuerda todavía en diversas localidades de La Rioja, Soria y Teruel. En la ceremonia conmemorativa que anualmente se sigue celebrando en León, denominada Las Cantaderas, las doncellas van conducidas por una especie de encargada, denominada «sotadera».

La obligación era motivo de gran dolor entre la gente cristiana desde VIII, el rey Mauregato se comprometió a entregar que, a finales de siglo a los árabes, como tributo, cien doncellas cada año, la mitad de alto linaje y las otras de origen popular.

Fue el rey Ramiro I, sucesor de Alfonso el Casto, quien decidió terminar con la humillante carga, y así se lo comunicó al embajador del rey árabe Abderramán. Éste preparó un ejército de más de doscientos mil hombres y lo envió al reino cristiano dispuesto a castigar aquella insumisión. Ante el avance del ejército moro, el rey Ramiro convocó en León a todos los príncipes, arzobispos, obispos, abades y otros varones del reino, y a todos sus pueblos, para darle batalla.

El primer encuentro tuvo lugar en Albelda de Iregua, Logroño, y concluyó con una fuerte derrota para las armas cristianas. Sin embargo, es bien conocido que aquella misma noche el apóstol Santiago se le apareció al rey Ramiro y le prometió que al día siguiente estaría con sus hombres en el campo de batalla.

El apóstol cumplió su palabra y en la siguiente jornada, en Clavijo, cerca del lugar donde la jornada anterior los cristianos habían sido derrotados, se le vio surgir resplandeciente entre sus huestes, montado en un caballo blanco, con una larga espada en una mano y en la otra un estandarte con la cruz.

El apóstol acuchillaba con furia al enemigo y llenó sus corazones de pavor, como de coraje el de la gente cristiana, que logró rechazar a los moros hasta el Ebro, y en la batalla mató a más de setenta mil, asistida casi hasta el final por el apóstol, que

desapareció cuando perseguidores y perseguidos entraban en la comarca riojana de Jubera.

Aquella victoria marcó la abolición del deshonroso tributo.

Fernán Antolínez, el caballero que combatió y no combatió

El suceso ocurrió en tiempos de Garci Fernández, el segundo conde castellano. El lugar fue Santisteban de Gormaz, en Soria. La ocasión, la batalla contra un importante ejército árabe que pretendía atravesar el vado de Cascajares y recuperar el castillo que las fuerzas del conde habían conquistado.

Aquella jornada se dispuso que, mientras los caballeros y hombres de armas cristianos se esforzasen en la batalla, los monjes emplearían también todos sus esfuerzos en solicitar la ayuda divina. Para ello iban a celebrarse misas durante todo el día.

El caballero Fernán Antolínez era muy devoto de Nuestra Señora y, cuando estaba presente en algún acto religioso, su espíritu se abstraía en la oración hasta el completo olvido de lo que le rodeaba.

Aquella jornada, al alba, tras oír la primera de las misas, el conde y sus guerreros salieron de la iglesia y se armaron para ir a enfrentarse a los sarracenos, pero el piadoso caballero Fernán Antolínez permaneció en la iglesia de rodillas, ensimismado, ausente de todo lo que no fuese su devoción.

La batalla comenzó al concluir la segunda misa y, cuando mediaba la tercera, el ánimo de los guerreros cristianos no había conseguido detener el avance de los moros. Hasta la iglesia llegaban los ecos de las voces enardecidas de los combatientes, el relincho de los caballos, el retumbar de los atabales y hasta el exacto chasquido de las armas que batían a las armas y de los escudos y armaduras que entrechocaban.

Desde la puerta de la iglesia, donde esperaba a su señor, el escudero del caballero devoto podía apreciar que la batalla no mostraba buen cariz para las tropas cristianas. Al fin, perdida la paciencia y la compostura, comenzó a dar fuertes voces llamando al caballero, exhortándole para que, por su honra, dejase las misas de una vez, saliese de la iglesia y se dirigiese al campo de batalla, donde tanto se necesitaba de su fuerte y

experimentado brazo. Mas el caballero seguía embelesado en sus rezos, solo pendiente del desarrollo de las misas.

A primera hora de la tarde, el ímpetu de los cristianos comenzó a hacer mella en el poderoso ejército moro. Y al caer la tarde, cuando concluía la octava y última misa, el ejército árabe había sido derrotado y los supervivientes retrocedían sin orden, dejando doce mil muertos en el campo de batalla.

Terminadas las misas, el caballero Fernán Antolínez salió de su embeleso. Comprendió entonces que, en aquella ocasión, su piadoso ensimismamiento le había hecho faltar a una batalla decisiva para las gentes cristianas. Sintiendo lleno de vergüenza, el caballero se encaminó furtivamente a su tienda, donde se ocultó, con la amargura de haber deshonrado su nombre.

Poco después escuchó voces de gente que se acercaba llamándole. Era el propio conde Garci Fernández, que venía hasta su tienda acompañado de sus generales tras buscarlo por todo el campo de batalla. El conde abrazó al caballero, alabando su conducta en el combate, pues no solamente había mostrado valor hasta el heroísmo, acuchillando a muchos enemigos, sino que, por haber entrado en el grueso de las tropas moras y haberse hecho con su estandarte, después de matar al abanderado, había vuelto las tornas de la batalla, que tras las adversidades de las primeras horas había terminado en victoria. El leal caballero dijo que no era posible que hubiese sido él el autor de tales hazañas pues, absorto en sus oraciones, no se había movido de la iglesia durante toda la jornada.

El conde ordenó que se trajesen las armas del caballero y en ellas estaban claras las abolladuras, rasgaduras y señales del gran combate en que había participado, y también en su caballo había signos de la ardua y sangrienta lucha. Con ello quedó claro que un ser sobrenatural, acaso un ángel, tomando su figura, había cumplido por él en el campo de batalla para que su sincera devoción no le hiciese faltar a los deberes que correspondían a un caballero de sus méritos.

Y el milagro corrió de boca en boca, para mayor loor de Dios Nuestro Señor y de Santa María.

El voto de Munio Sancho

Alrededor del año 1100 había en el condado de Castilla un caballero llamado Munio Sancho de Finojosa, tan principal que mantenía una tropa de setenta jinetes, con la que a menudo daba guerra a los moros, enfrentándose con ellos en campo abierto o invadiendo su territorio para castigarlos, destruyendo sus haciendas y arrebatándoles sus riquezas. Este caballero había prometido solemnemente, renovando varias veces su voto, visitar el Santo Sepulcro, pero las obligaciones de la guerra iban retrasando su firme propósito.

Además de buen guerrero y notable cazador de venados, Munio Sancho era hombre muy cortés. En cierta ocasión en que andaba recorriendo la frontera con sus hombres, encontró un gran grupo de moros sin armas, muy bien ataviados, y los hizo presos, regocijándose al considerar el gran número de esclavos que acababa de conseguir. Sin embargo, resultó que tales moros eran unos novios y su cortejo nupcial, que se trasladaban de un lugar a otro para celebrar la boda. Los novios, dos jóvenes de alto linaje llamados Abaddil y Alifra, rogaron a Munio Sancho que no echase a perder una ocasión tan señalada para sus vidas como era aquélla. Cuando Munio Sancho escuchó aquella súplica, ordenó que en su propia torre se preparase todo lo necesario para la ceremonia y organizó un gran banquete nupcial y festejos en que hubo tablado para torneos y corridas de toros, con lo que duraron las bodas y tornabodas más de quince días. Después ordenó a sus caballeros que escoltasen a los recién casados y a su gente de regreso a sus tierras, hasta que estuviesen seguros.

Munio Sancho había librado innumerables combates y de todos había salido ileso, hasta que un día entró en contienda con un ejército árabe muy poderoso, en los campos de Almenara, cerca de Uclés, Cuenca, y aunque él y los suyos se batieron muy bravamente, la suerte les fue adversa. En mitad de la batalla Munio Sancho perdió un brazo y los suyos le aconsejaron que intentase retirarse, pero él les contestó que prefería morir como Munio Sancho que sobrevivir como Munio Manco. Y allí siguió peleando

muy encarnizadamente, pero las fuerzas contrarias eran más numerosas y también muy esforzadas, y al cabo murieron el caballero y todos sus hombres. Antes de exhalar el último suspiro, Munio Sancho solicitó el perdón divino por no haber cumplido su promesa de peregrinar hasta el Santo Sepulcro.

Aquel mismo día, en Jerusalén, el capellán del patriarca, que se dirigía a su iglesia, descubrió que por una de las puertas de la ciudad entraba una gran comitiva de guerreros cristianos, cubiertos de polvo por la larga caminata, y que el primero de todos era Munio Sancho de Finojosa, señor de su aldea originaria. El capellán, muy alegre por el encuentro, fue a saludar al caballero, y éste, con voz apacible, le dijo que venía con los suyos a cumplir la antigua promesa de postrarse ante el Santo Sepulcro. Corrió entonces el capellán a avisar al patriarca de que uno de los caballeros principales de un rey cristiano venía a visitar el Santo Sepulcro, y el patriarca, con su séquito, salió a recibir a los viajeros entre cánticos y oraciones.

Cuando llegaron ante el Santo Sepulcro, Munio Sancho y sus caballeros desmontaron y, acercándose al lugar con muy piadoso ademán, se arrodillaron y oraron. Concluida su oración, ante el asombro de todos los presentes sus figuras se desvanecieron en el aire y de la plaza desaparecieron también sus caballos como si nunca hubieran estado allí.

El patriarca mandó cartas contando el suceso y al cabo de un tiempo supo que el mismo día en que las figuras de Munio Sancho y sus hombres aparecieron en Jerusalén, perecían ellos en lucha contra los moros en los campos de Almenara.

Debe añadirse que en la batalla había participado, de la parte mora, aquel Abaddil a quien en sus bodas con Alifra había honrado Munio Sancho en su casa y que, recuperando el cuerpo y el brazo perdido entre los cadáveres de guerreros y de caballos, los hizo amortajar en un paño muy rico y meterlos en un ataúd de madera preciosa, herrado con clavos de plata, y lo llevó a la torre de que había sido señor el caballero, para entregárselo a su mujer, doña María Palacín.

En el claustro de Santo Domingo de Silos reposan los restos de Munio Sancho de Finojosa.

Las mocedades del Cid

De Laín Calvo y Nuño Rasura, los jueces que personificaron un grave enfrentamiento castellano contra los reyes de León, vino el linaje de Rodrigo de Vivar. Su padre fue Diego Laínez, su madre Teresa Núñez y su padrino un clérigo llamado Pedro Pringos.

Siendo muchacho, Rodrigo le pidió a su padrino que le regalase un caballo, y éste lo llevó a las cuadras y le dejó elegir el que más le gustase. Rodrigo escogió un potro que no era el más hermoso de todos, por lo que su padrino se burló de él. El potro provenía de la comarca leonesa de Babia y Rodrigo le puso de nombre Babieca.

Bajo el cuidado de su padrino, de su padre y de otros caballeros, Rodrigo llegó a convertirse en un guerrero temible. Un día, mientras recorría el condado de Castilla en busca de aventuras, Rodrigo se encontró con el conde de Gormaz. Ambos caballeros se retaron en duelo, y el conde perdió la vida en la pelea.

La condición de gran luchador de Rodrigo se hizo aún más notoria poco después, con ocasión de invadir cinco reyes moros el oriente castellano. Los reyes moros se hicieron con numerosos cautivos y muchas cabezas de ganado, pero en Montes de Oca, cuando regresaban a sus reinos, les salió al paso Rodrigo con el ejército cristiano que había conseguido reunir y derrotó completamente a los invasores, aunque permitió que los cinco reyes regresasen a sus tierras tras reconocerse vasallos y tributarios suyos.

Ya era famoso el nombre de Rodrigo en la corte cuando Jimena Gómez, la hija menor de aquel conde Gómez, señor de Gormaz, que había muerto en duelo frente a él, llegó ante el rey para pedirle que le diese a Rodrigo por esposo, en compensación del padre que el joven caballero le había quitado. El rey avisó a Rodrigo de que debía presentarse ante él, y así lo hizo Rodrigo, acompañado de cuatrocientos caballeros, unos vasallos suyos y otros de sus parientes y amigos.

El rey recibió a Rodrigo con mucha solemnidad, lo que suscitó la envidia de ciertos nobles. Luego, el rey le comunicó a Rodrigo que Jimena Gómez, hija del conde de

Gormaz, a quien había quitado la vida, estaba dispuesta a perdonarle siempre que se casase con ella. El rey añadió que él se sentiría muy complacido de tal boda y que le concedería a Rodrigo muchas mercedes. Rodrigo repuso que, como leal vasallo, obedecería al rey en todo lo que le mandase.

El obispo de Palencia casó a Rodrigo de Vivar y a Jimena Gómez, y el rey, tras celebrar las bodas con muchos festejos, les regaló tierras que acrecentaron las que tenían. Luego Rodrigo, sin consumir el matrimonio, llevó a Jimena a casa de su madre, donde la dejó, con la promesa de vencer en cinco batallas campales antes de hacerla su mujer. Y se preparó para marchar a la frontera con los moros.

Mas la primera pelea en la que le correspondió participar no iba a tener a los moros como adversarios, sino al rey de Aragón, que disputaba con el de León, señor de Rodrigo, la propiedad de Calahorra. Así, en nombre de su rey, Rodrigo debía enfrentarse a Martín González, campeón de los aragoneses.

Mientras se determinaba la fecha del combate, Rodrigo decidió peregrinar a Santiago, y en el camino no dejaba de dar limosna a los mendigos y ayudar a los necesitados. Siguiendo su peregrinación, un día encontró un leproso atrapado en un tremedal, que pedía ayuda a voces. Rodrigo no solo salvó al leproso sino que, montándolo en su caballo, lo llevó a su posada y lo sentó a su lado, entre sus caballeros, y le dio de comer de su mismo plato, lo que molestó mucho a los demás comensales, que se retiraron. Luego, Rodrigo se llevó al leproso a su alcoba y, tras mandar preparar una cama, se acostó con él.

Cuentan los juglares que, a la medianoche, cuando Rodrigo dormía, sintió a sus espaldas un fortísimo resoplido, pero que al volverse no encontró al leproso que debía de estar compartiendo su lecho. Más tarde, desvelado por la extraña desaparición, recibió la visita de un hombre vestido con una túnica luminosa. Aquel hombre resultó ser san Lázaro, que había tomado la figura del leproso. Le dijo que, por haber encontrado en Rodrigo tanta caridad, Dios le había concedido el don de sentir en las espaldas aquel fuerte resoplido que lo había despertado, siempre que la empresa que fuese a acometer tuviese visos de terminar felizmente.

Y con aquel buen augurio, Rodrigo de Vivar continuó su peregrinación, llegó a Compostela, luchó en su día contra Martín González y lo derrotó y salió victorioso de todos los combates que se había impuesto como prueba antes de estrechar el amoroso

cuerpo de Jimena Gómez y emprender las nuevas empresas que acabarían otorgándole el sobrenombre de Cid Campeador.

El rey de la mano horadada

Huyendo de la usurpación de su reino y de la persecución implacable de su hermano Sancho, impulsor de guerras fratricidas, el rey Alfonso, que sería con el tiempo el sexto de su nombre, se acogió al generoso asilo del rey de Toledo, Al Mamún, que algunos cronistas llaman Almenón.

Una tarde de verano se encontraba Al Mamún en el jardín de su quinta, de charla con sus caballeros, sin advertir que muy cerca, oculto por unos matorrales, descansaba su noble invitado cristiano. La conversación entre el rey árabe y sus caballeros derivó hacia asuntos militares y bélicos, y entraron a especular sobre cuál sería el modo de conquistar aquella inexpugnable ciudad de Toledo en que se encontraban, y al cabo no solo expusieron todos los posibles puntos flacos de las defensas, sino algunos planes de asedio que sin duda serían capaces de doblegar su resistencia.

En ello estaban, cuando uno de los caballeros árabes advirtió la cercanía del destronado rey cristiano. Alfonso parecía dormido, mas Al Mamún, que era generoso pero no imprudente, decidió probar si tal apariencia era fingida, y de manera que Alfonso pudiera oírlo, si es que no dormía, ordenó que le trajeran plomo fundido para echarlo en una mano del cristiano. Así lo hicieron, y Alfonso, que ciertamente no dormía, asistió imperturbable a todos los preparativos y solo mostró el sobresalto del despertar cuando sintió que el plomo le abrasaba la mano, con lo que Al Mamún quedó convencido de lo profundo de su sueño. El incidente dio origen a un romance:

El rey don Alfonso el bravo,
aquel que con gran denuedo,
al foradar de la mano,
tuvo siempre el brazo quedo.

No obstante, el doloroso suceso produjo en Alfonso un singular efecto, y fue que, a partir de aquella tarde, cuando estaba en presencia de Al Mamún se le erizaban los cabellos, lo que fue entendido por los agoreros del rey árabe como señal infausta, y hubo consejeros que le exhortaron a eliminar al cristiano, a lo que no accedió.

Mientras tanto, Sancho continuaba despojando de sus reinos al resto de sus hermanos. Quitó Galicia a García, Toro a Elvira, y estaba cercando a Zamora, que resistía por decisión de la intrépida Urraca y sus vasallos. Con ocasión de aquel sitio recibió Sancho la muerte a manos de Bellido Dolfos, que los narradores califican de vil traidor o de noble justiciero, según sus simpatías sean castellanas o leonesas.

La noticia de la muerte de Sancho, y la consiguiente elección de Alfonso como rey no solo de León sino también de Castilla, llegó a Toledo a través de mensajeros secretos, que aconsejaron a Alfonso escapar antes de que Al Mamún lo supiese, para prevenir que intentase convertir su hospitalidad en un cautiverio de costoso rescate. Mas Alfonso no quiso oír tales consejos y acudió de inmediato a ver al rey árabe, a quien informó de aquellas nuevas. Y cuentan los cronistas de esta verdadera historia que el rey Al Mamún abrazó con mucho afecto a su huésped y que le respondió que también él conocía aquella noticia, y que si Alfonso hubiera intentado huir a escondidas y sin despedirse de él, hubiera encontrado la prisión, y acaso la muerte.

Alfonso y Al Mamún quedaron muy amigos, hasta el punto de que actuaron como aliados en guerras contra otros reinos árabes, como el de Murcia, y en las conquistas de Córdoba y Sevilla. Y solamente después de que Al Mamún hubo fallecido y sus descendientes perdieron el reino, resolvió Alfonso asediar y conquistar Toledo, siguiendo las lecciones que había aprendido mientras se hacía el dormido en aquel jardín, la tarde en que le quemaron la mano con plomo.

Hay que señalar que, con ocasión de la conquista de Toledo, se produjo un notable milagro. Conducido por san Adelelmo, que montaba en su manso pollino, el ejército de Alfonso VI caminó sobre las aguas del río Tajo, que venían muy crecidas y con fuerte corriente, como si de suelo firme se tratase.

María Pérez, la Varona

De un antiguo solar alavés provenía la soriana María Pérez, hermana de dos esforzados caballeros, Álvar y Gómez Pérez, que desde su mocedad le enseñaron las artes de la caballería, hasta el punto de que se hizo famosa en todo el reino por su valor y maestría en el manejo de las armas.

En cierta ocasión se reunieron Alfonso VII, que llegaría a ser emperador, y su padraastro, el aragonés Alfonso I el Batallador. El aragonés estaba muy orgulloso de su capacidad como guerrero, que tantas victorias había dado a sus ejércitos y tantas tierras nuevas a su reino, y al cabo se jactó ante el leonés de que ninguno de sus súbditos, ya fuesen leoneses o gallegos, asturianos o castellanos, sería capaz de vencerlo a él en singular combate.

Alfonso VII, acaso deseoso de tomarse una pequeña venganza de quien tan malas relaciones había tenido con su madre doña Urraca, consideró aquel reto como ocasión adecuada para humillarlo, y mandó que Álvar Pérez, famoso aquellos días por ciertas hazañas en la lucha contra los moros, se presentase ante ellos, indicándole que debía prepararse para justar al día siguiente con el rey aragonés. Al mismo tiempo hizo llamar a María Pérez para que viniese sigilosamente al campamento. Y aquella misma noche juntó a los dos hermanos a su lado y les expuso su plan. No sería Álvar quien al día siguiente se enfrentaría al rey aragonés, sino su hermana María, disfrazada con la armadura de aquél.

La lucha duró mucho tiempo y fue muy enconada. Rompieron primero bastantes lanzas y ambos contrincantes consiguieron esquivar los envites del adversario. Hubo luego lucha de espadas. A los ojos de los espectadores, el aragonés parecía más firme y fuerte, pero Álvar Pérez, como si hubiese cambiado su manera de combatir, se movía con mayor agilidad, sin permitir al otro permanecer quieto.

A la media mañana, el rey Alfonso daba muestras de cansancio, y a su contrincante se

le quebró la punta de la espada, pero no por eso se interrumpió el duelo. Cuando el sol estaba en lo más alto, un golpe afortunado de su oponente desarmó al aragonés, lo tiró de espaldas, y le hizo rendirse. Entonces el supuesto Álgar Pérez se quitó la celada, y todos pudieron ver el rostro de María.

Cuentan que el orgulloso rey batallador quedó muy humillado al haber sido vencido por una mujer, pero que, como sabía apreciar el valor y no era rencoroso, concedió a su vencedora el privilegio de usar a partir de entonces en su escudo las cuatro barras rojas en campo de oro del blasón aragonés.

En cuanto al emperador, que nunca debió de encontrarse tan ufano de sus vasallos, regaló a María Pérez un anillo muy valioso al que se le atribuían propiedades de mágica protección en el combate, y le concedió el apellido Varona, pues como varón de mucho temple se había mostrado. De ese nombre dicen que proviene el del lugar en que ocurrió la hazaña, los Campos de Barahona.

Jaime I y la conquista de Mallorca

El rey Jaime I de Aragón y Mallorca que, como se sabe, mereció sobradamente el sobrenombre de Conquistador, fue educado en el castillo de Monzón bajo la tutela del maestre del Temple don Guillén de Montrodó, que le enseñó todo lo que correspondía a la vida de un caballero y le regaló la espada Tizona, que había sido del Cid y que había llegado a sus manos por haberse casado Cristina, hija del héroe castellano, con el señor de Monzón.

La invicta Tizona fue pues una de las espadas de Jaime I. Las otras dos fueron la Villardell y la de san Martín, y todas tenían virtudes para asegurar sus éxitos guerreros. La Villardell procedía de Valdealgofa, Teruel, y había pertenecido al señor de aquel nombre, que la recibió de un mendigo milagroso en agradecimiento a haberle socorrido. Con ella, el señor de Villardell había matado al dragón que traía aterrorizada la comarca, aunque había perdido la vida al acometer la hazaña, envenenado por las salpicaduras de la sangre del dragón.

La tercera espada, la de san Martín, procedía de una imagen del santo expuesta en una ermita cercana al lago de Bañolas. El propio san Martín se la había cedido al conde de Besalú cuando éste pedía angustiado la ayuda del santo en una batalla contra los moros en que se había roto la hoja de su espada. Hay que añadir que la espada de san Martín era tan poderosa que el conde de Besalú partió con ella en dos una enorme roca, la Pedratallada, que todavía existe.

En la vida de Jaime I hubo muchos hechos extraordinarios y milagrosos. En la conquista de Mallorca sucedieron dos que muchos narradores recuerdan. En el asedio a la fortaleza de Palma, cuando los sitiados pudieron comprobar la formidable potencia de tiro que mostraban los arqueros del rey Jaime y la fuerza de sus catapultas, y al sospechar que los cristianos avanzaban cada vez más en la construcción de una mina que acabaría abriendo una brecha en la muralla, decidieron fabricar un escudo vivo con los

cautivos que estaban en su poder, a los que ataron a cruces y suspendieron encima de las murallas. El obstáculo que aquellos compatriotas inermes presentaban hizo que los cristianos interrumpiesen su ataque, pero tras reunirse el consejo real, el rey Jaime dispuso que el asalto se llevase a cabo, dejando en manos de Dios el destino de los crucificados.

Dispararon los cristianos sus flechas, arrojaron sus piedras, minaron la muralla, lograron colocar las escalas y alcanzar las almenas, tomaron al fin la fortaleza y ni uno solo de aquellos cautivos que estaban atados a las cruces en medio de la batalla, expuestos a recibir toda clase de heridas y golpes, sufrió un solo rasguño.

Otro hecho milagroso tuvo lugar después de que Jaime I se hubo apoderado de la ciudad, cuando los árabes fugitivos se habían refugiado en las asperezas de la sierra, al norte de la isla. Los ejércitos reales tenían rodeados a los árabes, pero éstos presentaban tenaz resistencia a ser sometidos. Era tiempo de Cuaresma y, entre los cristianos, a la abstinencia propia de las fechas se unía la escasez de alimentos.

El rey Jaime dio ocho días de plazo a los árabes para su rendición, con la amenaza de un asalto sin perdón ni cuartel, en caso de que el rey árabe no accediese a entregarse con todos los suyos. Sin embargo, transcurridos seis días, entre las tropas cristianas no había nada que comer y los soldados se dispersaban por los campos buscando cualquier cosa que pudiese servirles de alimento. En esto llegó hasta el real la noticia de que don Hugo de Montcada había conseguido un importante botín alimenticio de unos moros y que lo tenía en su tienda. El rey Jaime, con muchos caballeros, se dirigió allí.

Cuentan los narradores que don Hugo, prevenido de la visita, salió a recibir al rey con mucha cortesía. Y que después, quitándose la capa de color de grana y tras extenderla en el suelo, colocó sobre ella, muy solemnemente, siete pequeños panes que el rey contempló con mirada desolada. Mas don Hugo bendijo el pan y lo fue repartiendo entre el rey y su séquito, y al cabo se produjo el milagro de que todos ellos, que eran más de un centenar, comieron abundantes porciones, de forma que satisficieron su hambre y pudieron resistir hasta el cumplimiento del plazo que el rey Jaime había impuesto, en que los mil quinientos moros fugitivos se entregaron.

Jaime I expresó su gratitud a Hugo de Montcada concediéndole el blasón de siete panes de oro en campo de grana, aunque hay otros narradores que lo desmienten, pues los siete panes, en realidad besantes, estarían en el escudo de los Montcada con varios siglos de anterioridad al suceso.

La dama de Arintero

En la comarca leonesa conocida como Montaña de los Argüellos, en el pueblo de Arintero, vivió un caballero a quien su esposa, muerta muy joven, había dejado una hija como único descendiente. El señor hubiera preferido un hijo varón, y al fin educó a la niña como si tal fuese. Desde su infancia hizo que montase a caballo y, conforme la muchacha fue creciendo, le enseñó a cazar con azor, a disparar dardos ballesteros, a alancear jabalíes, a ser hábil en el uso de la espada y de la daga, a pelear, en fin, cuerpo a cuerpo con las armas y con las manos.

Llegaron los tiempos del enfrentamiento entre los partidarios de Isabel, hija del rey Juan II y hermana de Enrique IV, y de Juana la Beltraneja, aparente sucesora de Enrique IV, a quien se suponía hija de don Beltrán de la Cueva. El señor de Arintero tomó partido por Isabel, y se dispuso a incorporarse a sus ejércitos para defender su causa en los campos de batalla contra las tropas portuguesas, que ayudaban a doña Juana, pero su salud no se lo permitía, pues con el paso de los años había venido a sufrir tan intensos dolores de reumatismo y gota que en muchas ocasiones no era capaz ni de levantarse del lecho.

La conciencia de su inutilidad para participar en los hechos de armas y la imposibilidad de que un hijo varón lo hiciera en su nombre le hicieron caer en honda melancolía, y pareciera que había perdido todo el gusto de vivir. Su hija comprendió que había una manera de que los blasones de su linaje estuvieran presentes en aquella guerra tan importante para su padre, y era que fuese ella misma quien los llevase, aunque no como la mujer que era, lo que no sería comprendido ni tolerado, sino disimulada bajo las ropas y el aspecto de un varón. La noticia hizo revivir al padre, y al fin la hija, recortada la cabellera y disfrazada con ropas de hombre, se puso en camino.

Durante los cinco años que duró la guerra, el fingido varón participó en muchas escaramuzas y batallas en tierras salmantinas y zamoranas, llamando la atención por su

arrojo y destreza con las armas, pero también por su buen sentido para los movimientos de tropas y momentos para el ataque o la retirada.

El supuesto soldado fue alcanzando así cada vez mayores responsabilidades en el ejército de los reyes Isabel y Fernando, y la noticia de su valiente comportamiento en la famosa y decisiva batalla que tuvo lugar en los campos de Peleagonzalo, con las asombrosas circunstancias que lo rodeaban, llegó a conocimiento de los propios reyes. Pues sucedió que, tras luchar heroicamente, el aparente soldado había quedado herido en el combate, y al curar sus heridas, mientras permanecía inconsciente, se descubrió que no era varón, sino una moza de cuerpo tan fornido como hermoso.

Los reyes quisieron premiar de forma singular la conducta valerosa y eficaz de aquel insólito soldado, pero la joven no pidió nada para ella ni para su familia, sino para su pueblo, Arintero, y se redactaron unas solemnes capitulaciones en que se concedía a aquel lugar muchos privilegios y exenciones de cargas y tributos.

La guerra había terminado, los soldados fueron licenciados, y la joven se puso en marcha camino de su pueblo, tan satisfecha de la honra que había dado a su linaje y de los privilegios que había conseguido para sus vecinos, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Pero algunos consejeros reales no estaban tan satisfechos como ella, e hicieron ver a los monarcas que tales privilegios y exenciones establecían un grave precedente, que podía crear agravios con otras comarcas y ser en lo sucesivo fuente de discordias y hasta de rebeldías.

Los reyes consideraron la opinión de aquellos consejeros y resolvieron revocar las capitulaciones que habían concedido a la joven. Para ello, enviaron tras ella tres soldados que tenían la orden de pedirle que devolviese los importantes documentos y quitárselos por la fuerza, si fuera preciso.

Los narradores más dignos de crédito cuentan que los soldados alcanzaron a la joven algunas jornadas después, en La Cándana, en el momento en que ella estaba jugando una partida de bolos con las gentes del pueblo. Parece que los soldados no consiguieron que la joven les devolviese de buen grado aquellos documentos legítimamente adquiridos, por lo que se entabló una pelea y fue necesario el empeño de los tres para vencerla, tras arduos esfuerzos. Al fin le quitaron los documentos y acabaron con su vida.

Las gentes de Arintero, cuando hablan de ella, la llaman la Dama, y aunque saben que no pudo llegar a su pueblo natal con el obsequio que había conseguido, se sienten orgullosos de su nombre y protegidos por su sacrificio.

III. De agravios, traiciones, venganzas, simulacros y castigos

Ruy Velázquez y los siete infantes de Lara

En los tiempos del reinado de don Ramiro, rey de León, tercero de su nombre, vivía Gonzalo Gustios, señor de Salas de Lara, del linaje de los condes de Castilla, a quien llamaban el Bueno. Tenía siete hijos, conocidos como los Siete Infantes de Lara, aunque algunos narradores les dicen de Salas, educados en las destrezas propias de los caballeros de la época y armados como tales en su día, aunque la historia los recuerda por su desgraciada suerte y no por sus hazañas guerreras.

La esposa de Gonzalo Gustios el Bueno y madre de los infantes, doña Sancha, era hermana de Ruy Velázquez, señor de Vilvestre, que contrajo matrimonio con doña Lambra, dama principal de Briviesca, prima hermana de Garci Fernández, segundo conde de Castilla, el de las hermosas manos.

En los festejos nupciales se produjo una riña entre el menor de los infantes, Gonzalo, y un pariente de doña Lambra, que llegó a convertirse en un grave enfrentamiento entre Ruy Velázquez y sus sobrinos. El romancero quiere que la desavenencia tuviese como motivo ciertas rivalidades locales. El caso era baladí, pero doña Lambra quedó muy agraviada con el suceso y parece que le ofendió aún más contemplar al joven infante bañándose desnudo en el río, cerca de donde ella estaba con sus damas. El caso es que lo injurió, haciendo que uno de sus jóvenes esclavos le tirase un pepino manchado de sangre o lleno de ella, que en esto no hay unanimidad en los narradores.

Aunque ya no se conozca el significado de aquella acción, debía de ser en la época muy afrentosa, porque Gonzalo persiguió furioso al agresor y, sacándolo de entre las propias faldas de doña Lambra, donde había ido a refugiarse, le dio muerte, tiñendo de sangre las ropas de la mujer.

Tampoco se conocen hoy otras causas que pudiesen hacer más dolorosos todos aquellos agravios en el corazón y el ánimo de doña Lambra, pero el caso es que se sintió tan injuriada por los infantes, que guardó luto durante tres días y exigió de su esposo

cumplida venganza. Y su insistencia fue tan implacable como su odio, si se considera lo que Ruy Velázquez hizo para satisfacerla.

En primer lugar, Ruy Velázquez pidió a su cuñado, Gonzalo Gustios, que viajase hasta Córdoba para recibir ciertos dineros del rey árabe. Sin embargo, en una carta que el propio Gonzalo llevaba, Ruy Velázquez, gran amigo del moro, le pedía que quitase la vida al portador. Compadecido de la inocente ignorancia y del agradable talante de su huésped, el rey moro no ejecutó lo que Ruy Velázquez le pedía, pero retuvo al castellano sin permitir que regresase a su tierra.

Por otra parte, el feroz y vengativo Ruy Velázquez consiguió que, también como resultado de sus manejos, sus sobrinos los siete infantes, con su ayo y compañero inseparable Nuño Salido, sufriesen una emboscada de los moros en los campos de Arabiana, en las faldas del Moncayo. La batalla fue muy sangrienta y perecieron muchos de los asaltantes, pero al fin vinieron a morir en ella todos los infantes con su fiel ayo. Ruy Velázquez, sabedor de que su amigo el rey de Córdoba no había dado muerte a Gonzalo Gustios, ordenó que le enviasen las cabezas de los siete infantes y del ayo para amargarle lo más posible su prisión.

Los romances han contado la desesperación del buen Gonzalo Gustios cuando fue reconociendo, una tras otra, las queridas cabezas de sus hijos y del viejo compañero de fatigas. La espantosa venganza conmovió al propio rey moro, que no solo siguió reteniendo en su corte al señor de Salas, esta vez para salvarlo de la venganza de su sanguinario cuñado, sino que encargó a una hermana suya, joven y hermosa, que lo cuidase y atendiese con toda solicitud.

La compañía de la bella mora y del doliente castellano se transformó en amorosa comunicación, de la que la joven tuvo un hijo, Mudarra González. Antes de regresar a su tierra, Gonzalo Gustios encargó a la mujer que educase a Mudarra para ser caballero y partió en dos una sortija, dejándole la mitad, para que el día que Mudarra se hiciese mayor y fuese en su busca, tuviese él un signo para reconocerlo.

Desde niño Mudarra fue educado por su madre en el recuerdo de la traición por la que sus hermanos perdieron la vida, y se formó en todas las artes de la lucha con el propósito de vengarlos algún día. Y llegó el momento en que, ya convertido en un guerrero diestro, el joven Mudarra emprendió el camino de su venganza.

Cuentan los narradores que su continuo acecho de Ruy Velázquez dio como fruto el que un día pudiese encontrarse con él cara a cara y matarlo. También cuentan que, tras

la muerte de Ruy Velázquez, y en la misma jornada, Mudarra González fue bautizado, armado caballero al uso cristiano y prohijado por doña Sancha, madre de sus hermanos muertos. Y que fue el fundador del linaje de los Manrique.

En lo que se refiere a doña Lambra, «ocasión de todos estos males», un historiador tan meticulado como el padre Mariana dice que fue apedreada y quemada, pero no da más detalles.

Amrú y la noche toledana

En los primeros años del siglo IX, después de que el califa Al Hakem entrase en Toledo victorioso de sus tíos Suleyman y Abdallah, designó gobernador a Jussuf, joven petulante e inexperto, que con sus abusos y arbitrariedades consiguió despertar en poco tiempo la antipatía de todos sus gobernados. Hartas de su caprichoso e injusto gobernador, las gentes de Toledo, en un momento de exasperación, llegaron a apedrear el alcázar.

El descontento había llegado a tal extremo que los nobles de la ciudad acordaron detener a Jussuf, hombre por otra parte cobarde y pusilánime, y conducirlo hasta Al Hakem, en Jadraque, con la súplica de que lo relevase del mando y nombrase otro gobernador. Al Hakem consintió en acceder a lo que aquellos nobles toledanos le pedían. Para sustituir a Jussuf designó al padre de éste, Amrú, que había sido un importante general de su ejército.

Amrú había sufrido como una insoportable humillación el trato recibido por su hijo en Toledo y estaba deseando vengarse de aquellos nobles que lo habían depuesto, pero supo ocultar su odio, con el propósito de inspirar la confianza de aquellas gentes, en paciente espera de la ocasión más favorable para ejecutar su venganza.

El momento propicio se produjo cuando Abderramán, hijo de Al Hakem, visitó Toledo acompañado de numeroso séquito. El gobernador no solo alojó a Abderramán en las mejores estancias del alcázar sino que preparó un gran banquete al que deberían asistir todas las gentes notables de la ciudad para cumplimentar y festejar al hijo del califa. La cena se celebraría en el alcázar. Especialmente iluminado, en los muros del edificio lucían gallardetes y ricos ornamentos.

Al atardecer fueron llegando los invitados. Todos eran recibidos con muestras de cortesía y júbilo pero, cruzadas las puertas, no todos tenían el mismo destino. Unos eran conducidos a la sala del banquete. Otros, los nobles de Toledo que habían detenido a

Jussuf, eran llevados disimuladamente a los sótanos, donde se los degollaba de inmediato. Nadie en el banquete advirtió lo que estaba sucediendo bajo sus pies, y a la mañana del día siguiente Amrú ordenó que ante los muros del alcázar se mostrasen las cuatrocientas cabezas decapitadas aquella noche.

Los narradores cuentan que la impresión del brutal suceso y la visión de los cuatro centenares de cabezas le originaron a Abderramán un involuntario parpadeo que conservó durante toda su vida.

Ramiro el Monje y la campana de Huesca

Todo en la vida y muerte del que fue Ramiro II de Aragón es digno de ser narrado. Después de profesar como monje en un monasterio y vivir sinceramente su piadosa vocación, hubo de dejar los hábitos para hacerse cargo de la corona que había dejado vacante la muerte de su hermano Alfonso I el Batallador.

Su elección fue discutida, y no solo conoció el rechazo de muchos de los notables que debían acatarlo sino sus burlas por no conocer el oficio guerrero y ser torpe jinete y pésimo luchador. Todos le llamaban Rey Cogulla, y algunos de los nobles díscolos intentaron raptarlo y quitarle la corona. Hasta un heredero del mítico Roldán le plantó cara.

La obligación que tenía de dejar descendencia le hizo infringir los votos de castidad al menos dos veces, pues aunque de la primera cópula con la esposa que le habían destinado nació un hijo varón, éste murió enseguida y debió copular otra vez, engendrando en esta ocasión una hembra, que sería esposa del conde barcelonés Ramón Berenguer.

Incluso su muerte fue digna de admiración, pues se produjo en una cacería, atravesado su cuerpo por la flecha destinada a un oseño al que el rey oyó hablar pidiendo clemencia, como había visto suceder en sueños la noche anterior.

Sin embargo, acaso el hecho más memorable en la vida de Ramiro II fue el escarmiento que hizo de los nobles de Huesca. Se sabe que quince nobles rebeldes perturbaban gravemente la gobernación del reino y el rey no sabía qué resolución tomar. Al fin decidió mandar un mensajero al abad del monasterio en que él había profesado como monje para que le enviase por escrito su consejo. El abad no escribió nada: invitó al emisario a pasear con él por la huerta y, con una podadera, fue cortando uno a uno los tallos superiores de las plantas que sobresalían de las demás. Cuando terminó, le dijo al

mensajero que regresase al palacio del rey y le contase con todo detalle lo que acababa de ver.

Una vez recibido el mensaje, el rey reflexionó, y luego convocó a todos los notables para celebrar cortes, asegurando que para tal ocasión se había fundido una campana cuya sonoridad alcanzaría las más lejanas fronteras del reino.

Reunidos todos los nobles, uno a uno les fue invitando a pasar a la sala en que se encontraba la famosa campana, haciendo que los díscolos fuesen los primeros. En la sala de la campana, un verdugo iba cortando, una tras otra, las cabezas de los quince rebeldes, que cuando entraron los demás colgaban ensangrentadas de una soga atada al badajo.

La campanada se escuchó en todo el reino, como el rey quería, y parece que tuvo efectos beneficiosos para la pacificación de los ánimos.

La condesa traidora

Garci Fernández, hijo y sucesor del conde Fernán González, que independizó a Castilla del reino leonés, además de su apostura física tenía unas manos muy hermosas. No se sabe si era la forma de los dedos, el color de la piel o la gracia de sus movimientos, pero había en ellas un hechizo tan poderoso para las mujeres, que al verlas todas quedaban prendadas, fuese cual fuese su condición. Para evitar el fastidio de tantos inevitables enamoramientos, el conde llevaba sus manos enguantadas.

Camino de Santiago, pasó por Castilla una princesa francesa de mucha belleza, llamada Argentina. Al conocerla, el conde no solo se quitó los guantes sino que puso todo el empeño de su corazón en su conquista, hasta que se casó con ella. Sin embargo, tras seis años de matrimonio en que no tuvieron hijos, la princesa lo abandonó para unirse a otro conde, un francés que regresaba de Santiago después de cumplir su peregrinación.

Dañado en el hondón de su honor, el conde Garci Fernández juró vengarse, y siguió a los fugitivos hasta Francia, disfrazado de mendigo, esperando la mejor ocasión para cumplir sus propósitos. El conde francés con quien Argentina había huido tenía una hija llamada Sancha, que no recibió de buen grado a la nueva compañera de su padre. Al parecer, esta Sancha ponía su mirada en los hombres sin importarle su aspecto, pues un día descubrió las hermosas manos de uno de los mendigos que pululaban alrededor del castillo, y lo condujo hasta la intimidad de sus habitaciones. Allí, el conde disfrazado le contó su historia y el objetivo de su presencia en el castillo y de su disfraz, y prometió a Sancha que la haría su esposa y la llevaría con él de vuelta a Castilla si le ayudaba a cumplir su venganza.

Realizadas nupcias secretas entre ambos, el conde vivió tres días y dos noches oculto en las estancias de Sancha. La tercera noche, Sancha escondió a Garci Fernández, armado con un cuchillo, bajo la cama en que dormían su padre y Argentina, atando un cordel al dedo gordo del pie de su flamante esposo.

Cuando su padre y Argentina fueron a acostarse, Sancha, con mimos de hija cariñosa, dijo que aquella noche quería dormir en la misma habitación que ellos. Así lo hizo, y cuando estuvo segura de que su padre y Argentina estaban dormidos, tiró del cordel atado al dedo del pie de Garci Fernández, para avisarle. El conde salió de su escondrijo y degolló al padre de Sancha y a su infiel esposa, les cortó las cabezas y aquella misma noche se puso en camino de Castilla con Sancha, sin que nadie advirtiese su partida.

Una vez en Castilla, el conde Garci Fernández reunió a su consejo y le mostró las cabezas de los adúlteros, como prueba de que su deshonra había quedado reparada. Y comenzó una vida feliz en compañía de Sancha, que le dio enseguida un hijo y heredero llamado como ella: Sancho.

Con el paso de los años el amor de Sancha hacia el conde se trocó en aborrecimiento. Tampoco las relaciones del conde con su hijo fueron buenas, y cuando Sancho se hizo mayor se alzó contra él. Las desavenencias entre padre e hijo debilitaron el condado y pusieron en aviso a los moros.

Doña Sancha, que quería librarse de su marido, advirtió a Almanzor, con el que al parecer tenía amores furtivos, para que estuviese prevenido a invadir Castilla cuando ella le avisase. Para rebajar las fuerzas de los castellanos, la condesa procuró debilitar el caballo de su marido, al que cada día dio por pienso salvado en lugar de cebada. También convenció al conde de que, con motivo de la Navidad, concediese permiso a la mayoría de sus guerreros para que se fuesen a sus casas.

Con un caballo sin fuerzas, y asistido solo por un pequeño número de caballeros, el conde Garci Fernández fue derrotado y hecho prisionero por los moros en Piedrasalada. En el combate había recibido tantas heridas que murió a los pocos días en Medinaceli.

Muerto Garci Fernández, heredó el condado su hijo Sancho, que logró expulsar a los moros. Mas el amor que su madre sentía hacia Almanzor era tan fuerte que resolvió matar a su hijo y quedarse dueña y señora del condado para ofrecérselo al moro como dote. Iba a ser un veneno el arma mortal, y doña Sancha fue preparando una poderosa pócima con destilaciones de ciertas hierbas y semillas, pero una sirvienta lo descubrió, sintió sospechas y se lo contó a su amante, un montero del conde.

El montero puso en aviso a Sancho y éste, cuando unos días después su madre le ofreció una copa de vino ponderando su calidad, hizo que fuese ella quien lo bebiese, llegando a amenazarla con una daga para conseguirlo. La condesa bebió el vino y murió.

Con el tiempo, Sancho se arrepintió de haber obligado a su madre a beber aquella copa envenenada y para expiar su culpa fundó el monasterio de Oña.

El abad don Juan de Montemayor

En el castillo de Montemayor vivía el abad don Juan, superior de todos los abades de Portugal, hombre muy piadoso y recto, sobrino del rey don Ramiro III de León. Una noche de Navidad, al llegar a la iglesia para cantar los maitines, encontró un niño recién nacido abandonado a la puerta del templo. El abad no pudo saber quienes eran los padres, pero conoció, de boca verdadera, que el niño, aunque de buen linaje, era hijo de los amores incestuosos entre dos hermanos.

El abad don Juan tuvo lástima de aquella criatura y, tras bautizarla con el nombre de García, se hizo cargo de su crianza y de su educación, como si se tratase del hijo del más noble de los caballeros. El niño se hacía querer y fue creciendo con el cuidado y el afecto del abad. Muy despierto para los estudios y muy hábil en el aprendizaje de las artes guerreras, se convirtió en un joven que se distinguía de sus compañeros por lo apuesto, cortés y valeroso, y el abad don Juan resolvió enviarlo a la corte de su tío, el rey Ramiro, para que lo conociese.

El rey apreció tanto las virtudes que mostraba el joven García que, con ocasión de celebrar unas cortes, lo armó caballero muy ceremoniosamente y le dio por vasallos a otros trescientos caballeros, ordenándole que regresase a Montemayor y se convirtiese en la mejor ayuda para el abad don Juan y para el reino cristiano contra sus enemigos árabes, lo que don García prometió con mucha solemnidad.

Sin embargo, el corazón del joven caballero no guardaba la sinceridad que parecían manifestar su conducta y sus palabras, pues tenía el propósito de abandonar los reinos cristianos para hacerse moro y poner sus conocimientos y su espada al servicio del rey Almanzor, a quien admiraba como el más poderoso de su tiempo. Así se lo hizo saber a los caballeros de su confianza, y ellos acordaron acompañarlo.

Cuando llegó a Montemayor, y tras ser recibido por el abad don Juan con mucha alegría y grandes festejos, don García pidió al buen abad que lo dejase partir con sus

hombres para dar pelea a los moros. El abad don Juan, que conocía el enorme poderío de Almanzor, no acababa de decidirse a autorizar aquella aventura, pues temía por la vida de don García y de su tropa, pero tanto insistió el flamante caballero, y con tan convincentes razones, que al fin lo dejó marchar, aunque completó su ejército con otros doscientos caballeros y le dio a don García un compañero muy valioso, su sobrino Bermudo Martínez, también aguerrido y joven caballero.

El ejército de don García se internó en tierra de moros, hasta llegar muy cerca de Córdoba. No obstante, Bermudo Martínez pudo comprobar que, en lugar de hacer la guerra que había anunciado, don García iba en son de paz y enviaba unas misivas al propio Almanzor, diciendo que quería ser recibido por él.

Cuando estuvo delante del rey moro, don García declaró que había dejado el reino cristianoconsus hombresparahacerse moroyconvertirse en vasallo del mayor rey de todos, que era Almanzor. Entonces Almanzor lo llevó a una mezquita, donde don García renegó de la fe recibida en el bautismo y abjuró de la confirmación, aceptando la fe del islam y prometiendo que, en adelante, haría a los cristianos todo el daño que pudiese. Y los moros le quitaron el nombre de García para darle el de Zulema.

Bermudo Martínez consiguió huir de Córdoba con su escudero, y dicen los que conocen bien esta historia que anduvieron siete días ellos y sus caballos no comiendo otra cosa que hierbas del campo, ni bebiendo nada que no fuese el agua de los ríos, cuando no galopaban para llegar a Montemayor lo antes posible. Y al llegar, Bermudo Martínez le contó al abad don Juan la gran traición de don García. El abad perdió el sentido y, cuando salió de su desmayo, se quejaba tan amargamente y pedía a Dios la muerte con tanto pesar que no había nadie que no se compadeciera de él.

Por su parte, don Zulema, en Córdoba, intentaba convencer al rey Almanzor para que invadiese los reinos cristianos, cuyas entradas, salidas y pasos él conocía bien. Y al fin el rey acordó seguir sus consejos y juntó un ejército formidable, que según aseguran los cronistas alcanzó, entre caballeros y peones, el medio millón de guerreros. Y al fin aquel enorme ejército se puso en marcha a las órdenes deAlmanzor y de Zulema, arrasando las villas y poblados cristianos que fue hallando a su paso y dando muerte a todos sus habitantes, hasta llegar a Santiago, que fue destruido en su totalidad sin dejar vivo a ninguno de los cristianos que allí vivían. El propio Zulema se encargó de profanar la iglesia mayor, en la que entró a caballo, antes de poner el pienso de su cabalgadura junto

al apóstol, yacer con una mujer sobre el altar, quemar la hostia consagrada e incendiar por fin todo el edificio.

Zulema propuso a Almanzor que el regreso de su victoriosa campaña lo hiciesen por tierras portuguesas, y el rey aceptó. En un avance implacable, que convertía en ruinas los poblados y los castillos, arrasaba los campos de labor y daba la muerte a todos los habitantes, el ejército árabe llegó hasta Coímbra, que también destruyó, y luego siguió aguas abajo del río Mondego hasta acercarse al castillo de Montemayor, donde en la actualidad se encuentra Montemor O Velho. Cuando el abad don Juan tuvo noticias de que el ejército de Almanzor se aproximaba a su castillo, ordenó levantar barreras alrededor y armar a todos los hombres.

Aquel mismo día, un caballero moro se acercó a las murallas en son de paz y pidió parlamentar con el abad don Juan. El moro era Zulema, el renegado, que le dijo al abad que por haber sido criado por él con tanto cuidado le tenía cariño y respeto, y que por eso había conseguido del rey Almanzor que le perdonase la vida y le hiciese la merced de ponerlo a la cabeza de todos sus sacerdotes, almuédanos y alfaquíes, siempre que rindiese el castillo y aceptase abjurar de la fe cristiana.

El abad don Juan rechazó con mucho enojo aquella propuesta, tras vituperar la traición del antiguo don García. Entonces éste, lleno de ira, prometió que entraría en el castillo y lo quemaría, que mataría a todos los hombres y haría cortar los pechos a todas las mujeres, que amputaría las piernas de todos los niños antes de aplastar sus cabezas contra los muros y que, después, sacaría los ojos y arrancaría la lengua del abad con sus propias manos, y despedazaría su cuerpo, y colgaría los trozos de las almenas para que los buitres los comiesen, quemaría por fin los restos y haría que las cenizas fuesen aventadas.

El asedio fue implacable y muy largo, pues duró más de tres años, pero aunque muchos de los cristianos huidos por los montes vinieron a incorporarse a las fuerzas del abad, el ejército de Almanzor era demasiado poderoso. El paso del tiempo hizo que el castillo se quedase sin provisiones, y los cristianos comían cualquier cosa: cuentan los narradores y cronistas que una cabeza de asno llegó a valer una fortuna. Alguna salida desesperada del castillo pudo proporcionar víveres a los sitiados, pero el cerco llegó a ser tan estrecho que hasta aquellas excursiones se hicieron imposibles y, faltos ya totalmente de víveres, los cristianos empezaron a estar tentados de comerse los unos a los otros.

Ante lo extremado de la situación, el abad don Juan resolvió adoptar también

decisiones extremas. Reunió a sus hombres y les dijo que habían llegado a un punto en que no había otra esperanza que morir luchando, pero que cuando ellos muriesen, sus mujeres e hijos, y los ancianos que vivían en el castillo, caerían en manos de los sitiadores, que no serían piadosos con ellos, y que además se harían con todas las riquezas que el castillo guardaba. Que, por lo tanto, lo más conveniente era que ellos, por su propia mano, matasen a sus parientes y siervos y quemasen todo cuanto en el castillo hubiera de valioso antes de abrir las puertas y salir a morir matando moros.

Apesadumbrados, los hombres del castillo aceptaron lo que el abad don Juan les proponía. El abad, para dar ejemplo, mandó que viniese ante él su hermana doña Urraca, a quien quería mucho, y le comunicó su decisión. Doña Urraca tenía cinco hijos pequeños, que vivían también en el castillo, y al conocer lo que se les avecinaba, dicen los narradores de esta historia que se sentó dando tales gritos, que horadaban el cielo. También el abad se echó a llorar con grandes lágrimas, y sacando la espada de su vaina cortó la cabeza de su hermana y degolló luego a sus sobrinos uno tras otro, echando sus cuerpos sobre el cuerpo de la madre.

Entonces, los demás guerreros del castillo buscaron a sus mujeres, hijos, hijas, padres, madres, ancianos y ancianas, y a cuantos no podían empuñar las armas, y los fueron matando uno tras otro. A los gritos y llores de los que morían se unían los gritos y llores de sus matadores, y hasta los moros que acechaban tras los muros se sintieron sobrecogidos al oír los terribles lamentos.

Cuando los guerreros cristianos hubieron terminado su espantosa tarea, amontonaron en el patio todo lo que tenía algún valor y le prendieron fuego, haciendo una gran hoguera. Luego abrieron las puertas y salieron a enfrentarse con los sitiadores, manchadas de sangre sus ropas y sus rostros cubiertos de las lágrimas que brotaban de sus ojos enloquecidos, mientras daban grandes voces pidiendo a Dios Nuestro Señor y a los apóstoles Santiago y san Mateo que les diesen fuerzas en aquel trance para matar muchos moros antes de perecer ellos mismos en la batalla.

La pena que los cristianos sentían duplicaba su furiosa determinación homicida, de manera que eran como una manada de lobos destrozando un rebaño de corderos, y los moros tuvieron que retroceder, con mucho daño y creciente pavor.

Zulema, sin perder el ánimo, estaba a la cabeza del más nutrido y firme de los escuadrones, y hacia él se dirigió el abad don Juan, abriendo a su paso un sendero sangriento con fuertes mandobles. Al cabo, vinieron a enfrentarse don Zulema y el abad

don Juan, pero éste, alzándose sobre sus estribos, le dio al renegado un golpe tan grande, que le cortó de cuajo la cabeza y el brazo que sostenía la espada. Ante la derrota de su general, el principal escuadrón de los moros retrocedió también, y a poco todo el ejército invasor huía sin orden y los cristianos iban a su zaga causando una gran carnicería.

Cuando Almanzor conoció la derrota y supo que Zulema, su mejor general, había muerto en el combate, ordenó alzar el campamento y regresar a Córdoba, pues la campaña había sido muy larga y victoriosa, y no quería que el revés de Montemayor pudiera dar ocasión a otros sucesivos.

Así fue cómo, con el ímpetu de sus brazos y la ayuda de Dios Nuestro Señor y de los apóstoles Santiago y san Mateo, aquel grupo de cristianos pudo rechazar al innumerable ejército de Almanzor. Cansados por el esfuerzo y horrorizados por lo que habían dejado en el castillo, los cristianos no regresaron allí aquella noche, sino que la pasaron en un gran bosque que se llamaba de Alcobaza.

Al alba, con el corazón lleno de congoja, se dirigieron por fin al castillo, donde esperaban encontrar las muestras de la terrible destrucción y mortandad que ellos mismos habían causado. Mas cuando se acercaron pudieron ver que ante sus puertas les esperaban, con canciones jubilosas, sus mujeres, sus hijos, sus deudos, todas las personas que habían matado la jornada anterior, a quienes la misericordia divina había concedido la gracia de la resurrección.

Landarico

Los sefardíes de Marruecos y de Tánger, de la isla de Rodas, de Estambul y de otras ciudades de Turquía, cuentan la historia de Landarico, que también llaman Andarlete, Angelino y Andelito. Ya se ha perdido el recuerdo exacto del lugar y del tiempo, pero no de los hechos.

El rey madrugó pronto aquel día, quizá para ir de caza, pero por alguna razón que se desconoce no abandonó el castillo, sino que fue a las habitaciones de su esposa. A la luz confusa del amanecer, la reina, en camisa, con los cabellos destrenzados, se peinaba contemplándose en un espejo de oro, mientras canturreaba.

El rey, a quien complacía mucho admirar la belleza de su esposa, se acercó a ella con mucho sigilo y, cuando estuvo a su lado, empezó a acariciarla. La reina, sin volver la cabeza ni dejar la tarea en que estaba embebida, le dijo que se estuviese quieto, llamándole no por su nombre, sino Landarico. Sus labios se habían abierto en una sonrisa y, como en un homenaje al recién llegado, empezó a cantar en murmullos una nueva canción que decía:

Dos hijos tengo del rey
y los tuyos, que son cuatro.
Los del rey van a la guerra
y los tuyos a mi lado.
Los del rey montan en mulas
y los tuyos en caballos.

El amanecer se había ido aclarando y, de repente, la reina vio reflejada en su espejo de mano la cara del rey, su esposo. Cuentan que a la reina se le cuajó la sangre y que, sin saber qué hacer, intentó por fin justificarse:

Que no sé si estaba loca
o es un sueño que he soñado.

Dicen que el rey se levantó y, acariciando un momento el cuello de la reina con su mano, le anunció la terrible gargantilla colorada que aquel mismo día iba a lucir.

El caballo del rey Sancho el Mayor

Los historiadores se preguntan cómo fue posible que, a su muerte, el rey Sancho III de Navarra, llamado el Mayor, dejase uno de sus mejores reinos, el de Aragón, a su hijo Ramiro, que era bastardo.

Mucho tiempo antes de que el rey Sancho muriese, cuando aún estaba en la plenitud de la vida y no había perdido nada de aquella gran ambición que lo llevó a despojar de sus tierras a otros reyes cristianos, tuvo que alejarse de Nájera, donde estaba residiendo, y le pidió a la reina doña Elvira, su esposa, que se hiciese cargo de un caballo que él tenía en mucha estima por ser muy hermoso y obediente, además de gran corredor y resistente a la fatiga. La reina ordenó que llevasen el caballo a sus aposentos y a partir de entonces lo tuvo a su lado, como los caballeros solían hacer con sus monturas preferidas, y lo cepillaba y le daba de comer y de beber de su propia mano.

Don García, su hijo mayor, que tenía grandes deseos de montar aquel caballo, le pidió a su madre que se lo dejase, aprovechando la ausencia del rey. Su madre se negaba, pero la insistencia del hijo era tanta que su negativa empezó a flaquear. Entonces intervino un caballero de su servicio, muy leal, para aconsejarle que no dejase el caballo a don García, para no causar el enfado del rey.

La reina se hizo firme en su decisión de no dejar el caballo a don García, y éste se enojó tanto por ello que propuso a su hermano don Fernando acusar a la reina de adulterio con aquel caballero que le había aconsejado no prestarle a él el caballo. Don Fernando no quería hacerlo, pero don García debió de prometerle algunas cosas, y parece que le convenció de intervenir en el caso poniéndose de su parte. Así, cuando el rey don Sancho estuvo de regreso, don García acusó a su madre de adúltera y don Fernando dio su testimonio en el mismo sentido.

El rey, obligado a creer a sus hijos, encerró a su esposa doña Elvira en un torreón del castillo y reunió a las cortes para que juzgasen el delito de que se le acusaba. Tras

deliberar, las cortes acordaron que se convocase un torneo en que los acusadores de la reina y sus posibles defensores se enfrentasen, y que el resultado del torneo se tuviese como juicio de Dios. Nadie se ofreció a defender el honor de la reina calumniada sino el infante don Ramiro, que no era hijo suyo, pues lo había tenido el rey don Sancho en amores fuera del matrimonio.

Cuando ya estaban preparados los contendientes para iniciar el primer combate, se presentó ante el rey uno de los monjes del monasterio de Nájera, famoso por su piadosa vida, y le preguntó si perdonaría a los calumniadores en el caso de que se demostrase que no era cierta la infidelidad de la reina.

Respondió el rey que estaba deseoso de que aquella inocencia fuese probada, y que, si así era, no castigaría a quienes habían levantado el falso testimonio. Entonces el monje, muy secretamente, le dijo al rey que conocía, por la confesión de sus hijos don García y don Fernando, que la reina no era culpable y que debía sacarla enseguida de la prisión y declarar con toda solemnidad su buen nombre ante todos.

Muy satisfecho por conocer la verdad del caso y poder salvar la vida de la reina, don Sancho en persona fue a liberarla de su prisión y a pedirle que también ella perdonase a los calumniadores. Doña Elvira accedió, mas con la condición de que, cuando se cumpliese la sucesión de los reinos, don García no reinase en Castilla, que ella había heredado, y que don Ramiro, el bastardo que había salido en su defensa, tuviese la corona de Aragón, que don Sancho le había donado a ella en arras cuando se casaron.

Don Alonso de la Venganza

Entre Simancas y Tordesillas, a orillas del Pisuerga, en tierras de Valladolid, se levantó el castillo de Úbeda, que fue importante fortaleza en tiempos de la Reconquista. De tal castillo fue señor don Alonso de Ribera, feroz guerrero que con el mismo ímpetu atacaba a los árabes y destruía sus posesiones que se defendía de sus continuos ataques.

Don Alonso llevaba casado muchos años, pero no conseguía tener descendencia. Al fin su esposa quedó embarazada y el mismo día en que su esposo regresaba de una victoriosa correría, cargado de botín y de cautivos, murió al dar a luz a una niña, lo que llenó de dolor al bravo caballero.

Entre los cautivos había un niño huérfano que don Alonso había recogido junto a los escombros de una casa árabe incendiada por sus guerreros. El niño lloraba con desconsuelo y don Alonso había tenido lástima de él. El morito, a quien todos llamaban Abdalá a pesar de haber sido bautizado, creció en el castillo ocupándose de ayudar en las labores de la casa, de los huertos y de las cuadras. También fue creciendo la hija de don Alonso, que tenía el nombre de Constanza, y entre el siervo moro y la hija del castellano fue naciendo una amistad que la adolescencia cambió en una fuerte atracción amorosa, a la que, poco tiempo después, ambos jóvenes se entregaron sin considerar las sólidas barreras que deberían haberla hecho imposible.

Se cuenta que aquellos amores escandalosos llegaron a oídos del feroz castellano, y que éste no podía creerlo hasta que llegó a descubrir a los jóvenes amantes una noche, entregados a su pasión en la alcoba de la muchacha.

El joven moro, tras esquivar las estocadas que el enfurecido don Alonso le dirigía, logró huir del castillo, pero desde aquella noche nadie volvió a ver a Constanza, que permanecía encerrada en su cuarto, y el furor belicoso de don Alonso contra sus adversarios árabes se hizo tan sanguinario que hasta los cristianos lo conocían como don Alonso de la Venganza.

Sus correrías por tierras sarracenas estaban marcadas por una crueldad nunca antes vista, de la que ni los niños se libraban, pues los hombres de don Alonso ya no hacían cautivos. Además, también mataban en sus cuadras a los animales que no podían llevarse. El atacante más feroz era el propio don Alonso, que regresaba de sus campañas orgulloso de la sangre que había salpicado sus ropas, como si fuese la más benéfica de las aspersiones. Sin embargo, su ferocidad no amilanaba a los moros, y continuamente llegaban nuevos guerreros y caballeros árabes a medir sus fuerzas con él, esperando vencerlo.

Con los años, entre todos los guerreros árabes surgió uno que había jurado acabar con la vida del castellano de Úbeda o morir en el esfuerzo. Era Abdalá, el niño árabe cautivo, convertido con el tiempo en un luchador diestro y osado.

Las tropas de don Alonso y las de Abdalá se enfrentaron en un combate que duró muchas horas. Pero los años habían hecho mella en las fuerzas del cristiano, y al fin, derrotados también sus hombres, perdió su caballo y fue apresado. No quiso rendirse y, tras retar a su antiguo siervo y cautivo, cruzó con él su espada y mantuvo la lucha bastante tiempo, antes de caer mortalmente herido. Dicen los narradores que Abdalá le preguntó entonces por Constanza y que, antes de expirar, el castellano de Úbeda dijo a su vencedor, con una risotada que fue su último estertor, que le estaba esperando en su alcoba.

Dicen también que, cuando Abdalá llegó allí, tras echar abajo la puerta llena de cerrojos de la habitación, encontró sobre un lecho polvoriento el cadáver reseco de su amor adolescente. Constanza, muerta de sed y de hambre tantos años antes, había sido la primera víctima de la terrible venganza de don Alonso.

El premio del abad

En tiempos del rey Alfonso X el Sabio, el conde de Lemos, don Beltrán de Castro, hombre de genio pronto pero de alegre carácter, gran cazador y aficionado a la buena mesa, tuvo que alejarse de su castillo de Monforte con sus caballeros para ayudar al monarca en su lucha contra los moros, en tierras andaluzas.

El conde, que era viudo, tenía una hija llamada Elvira, doncella muy joven y hermosa, a la que amaba por encima de todas las cosas, y antes de partir a tierras tan lejanas encomendó a don Ramiro, abad del cercano monasterio de San Vicente del Pino, que velase por ella, pues no tenía otra ayuda cercana que la de una vieja aya. El abad, que era hombre muy respetado y piadoso, y de quien los rumores aseguraban que acabaría siendo designado obispo de Santiago de Compostela, prometió muy solemnemente que así lo haría.

Mucho tiempo tardó el conde en regresar, pero cuando lo hizo percibió enseguida una extraña actitud entre las gentes de sus dominios, que se mostraban apartadizas al paso del las tropas, cuando no se escondían. Al llegar al castillo, el conde supo la causa de aquella disposición. Allí estaban el abad don Ramiro, muy cariacontecido, y la vieja aya, que rompiendo a llorar a voces le comunicó que su hija Elvira había fallecido pocas jornadas antes.

La muerte de su hija llenó de dolor al conde, que durante el tiempo de su campaña no había dejado de recordarla, buscando para ella las telas más bellas, los más raros instrumentos musicales y todos los objetos y joyas que, a su juicio, podían distraerla en el viejo castillo. Amontonados en la sala, los fardos en que se guardaban aquellos regalos eran testigos grotescos de una promesa de alegría que había resultado lacerante dolor, y el conde ordenó que los quemasen, y se pasaba los días casi en ayunas, sentado en la habitación que había sido de su hija, con la vista perdida en la arboleda que rodeaba el castillo, cada vez más amarilla con el avance del otoño.

Un día, un servidor llegó hasta don Beltrán para pedirle que lo acompañase. La vieja aya de Elvira estaba muriéndose y quería hablar secretamente con su señor. Y de labios de aquella mujer sollozante supo don Beltrán que la muerte de su hija no había sido causada por una súbita enfermedad, como le habían hecho creer a su llegada, sino por un bebedizo que la había envenenado. La vieja ya expiraba, pero antes del último estertor pudo añadir que en la administración de aquel brebaje estaban enredados el abad don Ramiro y una vieja de la comarca, acaso *meiga*, famosa por su conocimiento de las hierbas del monte.

Ansioso por conocer toda la verdad del asunto, el conde cabalgó hasta la cabaña de la vieja. Cuando ésta reconoció a don Beltrán, mostró la consternación de quien ve cumplirse una fatalidad esperada y, sin aguardar siquiera a que el conde la interrogase, acusó a don Ramiro de haber utilizado sin cuidado un bebedizo que ella le había preparado, destinado a adormecer a la doncella, no a quitarle la vida. Luego, el conde supo que aquel bebedizo no había sido el primero que la vieja *meiga* había cocido con destino a Elvira, pues antes don Ramiro le había hecho preparar un filtro amoroso que, al parecer, no había alterado los sentimientos de firme rechazo que la doncella mostraba hacia él.

Don Beltrán sintió su corazón llenarse de furia, pero consiguió aplacarse, y aunque su intención era atravesar a la hechicera con su espada, prefirió no causar una muerte que alertaría al abad don Ramiro. Exigió de la bruja que mantuviese en secreto aquella visita y se retiró a su castillo para rumiar los extremos de su venganza.

Pasó el tiempo, y con ello pareció amortiguarse el enorme dolor que el conde había mostrado ante la pérdida de su hija Elvira. Cuando llegó la primavera, el conde anunció que tenía el propósito de reunir a sus amigos en una cena, como acostumbraba en otros tiempos.

Aquella noche, don Beltrán hizo sentarse a su derecha al abad don Ramiro. En la cena se sirvieron manjares y vinos excelentes, y todos se felicitaban de ver repuesto a don Beltrán. En la sobremesa, el conde pidió silencio a todos los asistentes y luego, hablando con voz ronca, les dijo que el motivo del banquete no era solo reunirse con todos ellos sino pedirles que fuesen testigos de un castigo y de un premio que le obligaba a dar la muerte de su querida hija, no debida a ninguna extraña enfermedad, sino a un tósigo que le habían hecho beber.

Los invitados del conde escuchaban sin alentar y el conde continuó diciendo que las

consecuencias del castigo podrían conocerlas al salir de aquella sala, pues la *meiga* fabricante del tósigo acababa de ser ahorcada en el patio de armas. En cuanto al premio, lo había merecido el abad de San Vicente del Pino por cuidar tan solícitamente de la desdichada doncella.

A una señal del conde, dos de sus servidores sujetaron fuertemente al abad, mientras se abrían las puertas y el herrero de la fortaleza y su ayudante entraban en la sala llevando sujeta con grandes tenazas una pieza al rojo vivo que, a una orden del conde, encajaron con violencia en la cabeza de don Ramiro. Era una mitra de hierro.

El mariscal Pero Pardo de Cela

En el museo provincial de Lugo se conserva una gruesa cadena llamada la mariscala, de la que al parecer colgaron los grillos que tuvieron sujeto al mariscal Pero Pardo de Cela en los días que precedieron a su ejecución.

Al relatar la historia del mariscal, los narradores coinciden en su firme y sincera enemistad con el cabildo catedralicio de Mondoñedo. Había entre el mariscal y los canónigos una fuerte rivalidad, pues el mariscal era señor de muchas tierras en el mismo territorio que el obispado. Además, tanto su linaje como el de su mujer, doña Isabel de Castro, eran de mucha alcurnia, lo que añadía a su poder el de ciertos grandes señores de la corte, haciéndolo poco vulnerable a la influencia del obispo.

La gente del obispo tejió sobre el mariscal un tupido entramado de informaciones adversas a su conducta y a su memoria, por lo que ya es imposible conocer lo que pudo haber de cierto en su ayuda a las revueltas campesinas protagonizadas por los llamados Irmandiños, que causaron grave quebranto en los bienes de los clérigos y de la corona, o en sus supuestas intrigas para alzarse como rey de Galicia. Lo que parece probado es que, en la guerra sucesoria entre Isabel y la Beltraneja, estuvo de parte de ésta, lo que hacía que, junto a algunos amigos, también tuviese muchos enemigos entre quienes rodeaban a los que más adelante serían conocidos como Reyes Católicos.

En una de sus graves pendencias con la mitra, los manejos del cabildo consiguieron que los reyes enviasen a Galicia un ejército, al parecer constituido principalmente por soldados franceses, a los que conducía un trotamundos llamado Luis Manso Mudarra, con la orden de hacer preso al mariscal. La llegada de aquel ejército supuso el inicio de un enfrentamiento armado que se extendió a lo largo de mucho tiempo y fue asolador para la región. Los mercenarios de Manso Mudarra consiguieron al fin que el mariscal se retirase a su castillo de la Frouseira.

Sin embargo, la resistencia del mariscal no se doblegaba, y Manso Mudarra logró

sobornar a algunos de sus colaboradores más cercanos. Tras diversas vicisitudes, los traidores lograron que el mariscal fuera capturado en una fortaleza por las tropas reales y trasladado a Mondoñedo. Un rápido juicio lo condenó a ser decapitado, con su joven hijo y su fiel seguidor Pedro de Miranda, señor de Castro d'Ouro.

Fue entonces cuando la esposa del mariscal, doña Isabel, puso en juego todos sus esfuerzos e influencias para intentar salvar la vida de su marido y de su hijo. Se cuenta que, galopando todo lo deprisa que permitían los abruptos caminos, consiguió llegar en poco tiempo hasta la presencia de la reina Isabel, logró que le diese audiencia de inmediato y fue tan persuasiva en su petición de clemencia que la reina le otorgó el indulto de la pena capital para los condenados.

Sin descanso, doña Isabel emprendió el regreso. Pero los partidarios del obispado que había en la corte se apresuraron también a enviar al cabildo la noticia y ésta corrió más velozmente que doña Isabel. Así, el obispo y sus canónigos conocieron que la señora estaba a punto de llegar con el indulto que salvaría la vida de su esposo y de su hijo. La ejecución de los condenados debía celebrarse en la mañana del día siguiente, y era probable que la dama, que se aproximaba reventando caballos en un galope incesante, llegase a tiempo para salvarlos.

Ya no se recuerda si la idea fue del penitencial, del deán o del propio obispo, pero el caso es que en la improvisada reunión del cabildo se urdió una estratagema que podía permitir ganar el tiempo necesario. Desde antes del alba, tres canónigos disfrazados de gente seglar se apostaron en el puente que da acceso a la villa, esperando a la señora. Y cuando ésta llegó al galope, cubierta de polvo, en compañía de un puñado de servidores y amigos, los canónigos disfrazados le dieron muestras de jubilosa adhesión y le dijeron que eran portadores de confidencias importantísimas acerca de su marido e hijo, que le revelarían mientras ella y el resto de los agotados jinetes tomaban un refrigerio.

La entrevista fue breve, pero el retraso suficiente para dar tiempo al verdugo a decapitar a los condenados. Se sabe de manera fidedigna que la cabeza del mariscal, al caer del cadalso, pronunció la palabra «credo», rebotó en un escalón y dijo otra vez «credo», y cayó sobre el empedrado de la plaza exclamando «credo» por tercera y última vez.

Cuando la portadora del indulto llegó al lugar, una muchedumbre quieta y silenciosa contemplaba las tres cabezas también inmóviles, y empezaban a doblar las campanas de

las iglesias. El dolor desgarró a doña Isabel el resto de su vida. En cuanto al puente en que fue engañada por los canónigos, se sigue llamando Ponte do Pasatempo.

El anillo del rey don Juan I

En tiempos de don Juan I, el que perdió la batalla de Aljubarrota luchando contra los portugueses, vivía en la corte un caballero cordobés llamado Fernán Alfonso, muy notable en hechos de armas, que se había distinguido en la toma de Antequera y por quien el rey sentía mucho afecto.

El caballero se había casado con una dama joven y extraordinariamente bella, doña Beatriz de Hinestrosa, por la que sentía gran amor. La felicidad de la pareja habría sido perfecta si hubieran tenido descendencia, pero el tiempo pasaba y el matrimonio, a pesar de ponerse en manos de los más reputados físicos y de las más temidas hechiceras, no conseguía el fruto que tanto esperaba. Y cuentan los narradores que aquella imposibilidad llegó a entristecer tanto a don Fernán, que decidió abandonar la corte y retirarse con su esposa a sus posesiones de Córdoba.

El rey sintió mucho el apartamiento de aquel leal amigo y, como recuerdo, le regaló un antiguo anillo que tenía en gran aprecio. El anillo era tan hermoso que don Fernán quiso que lo llevase su amada mujer y se lo regaló a ella.

Cuando estaban instalados en Córdoba, llegó a la ciudad un noble caballero, primo de doña Beatriz, comendador de Calatrava, que empezó a visitar la casa muy a menudo. Su presencia, y la de nuevos amigos de la ciudad, fueron a alegrando la vida de la casa. Ciertos compromisos públicos obligaron a don Fernán a regresar por un tiempo a la corte, lo que hizo con pena por tener que separarse de su esposa, aunque el primo le aseguró que cuidaría de ella muy solícitamente. Los compromisos cortesanos se prolongaron más de lo previsto y un día llegó también a la corte el primo de su esposa, que venía a cumplimentar ante el rey ciertas obligaciones. Además traía a don Fernán misivas de doña Beatriz con muchas razones cariñosas y la expresión de sus deseos de que pronto pudiera regresar a casa.

Poco después de la llegada a la corte del primo de doña Beatriz, el rey reclamó con

prisa la presencia de don Fernán. Cuando estuvo ante el monarca, el caballero cordobés escuchó con asombro sus airados reproches: don Juan se mostraba muy decepcionado con él por el poco valor que, al parecer, daba a sus obsequios y a sus recuerdos, ya que aquelpreciado y antiguo anillo que le había regalado al despedirse de la corte, como muestra de aprecio, lucía en la mano del joven comendador de Calatrava. Al comprender el alcance que podía tener el hecho que el rey le contaba, don Fernán sintió mucho dolor y solicitó del rey que mantuviese hacia él la misma confianza que había mostrado siempre, para que pudiese aclarar aquella aparente deslealtad.

Se dice que don Fernán fue capaz de sujetar sus sospechas, que sin duda lo llenaban de rabia, durante el tiempo que medió hasta que pudo regresar a Córdoba, esta vez en compañía del primo de su esposa. Y se dice que todavía tuvo paciencia para ocultar sus sentimientos mientras esperaba tener una prueba certera de la aparente traición.

Al fin, una noche en que don Fernán debía de encontrarse en un monte lejano, participando de una cacería a la que el comendador no había podido asistir, descubrió a su esposa y a su primo entregados a una inequívoca comunicación amorosa en la propia alcoba conyugal. La confirmación de sus sospechas encendió tanto la ira de don Fernán que mató a la pareja a puñaladas, sin darles tiempo ni para arrepentirse de su pecado.

Cuando se descubrieron los cuerpos, en la alcoba, sobre una mesa, se encontraba también el anillo y una breve carta de don Fernán al rey, en que le rogaba que aceptase recuperar aquel obsequio que él no había sido capaz de llevar con el honor necesario. A don Fernán nadie pudo hallarlo jamás, y hubo muchos rumores sobre su destino, aunque la mayor parte de ellos aseguraban que se había hecho ermitaño en algún punto perdido de la serranía.

La Serrana de la Vera

No se sabe exactamente cuándo sucedió la historia de la Serrana de la Vera, que algunos autores del Siglo de Oro llevaron a la escena. Lo seguro es que la Serrana era de Garganta la Olla, en la Vera de Plasencia, Cáceres, y los narradores han dicho que procedía de gente labriega y pastora. Era hermosa –«blanca, rubia, ojimorena», dicen los romances– y despertó el apetito de un hidalgo que la sedujo, apoyando la conquista en promesas matrimoniales que olvidó tan pronto como pudo disfrutar de sus encantos físicos.

La muchacha se sintió tan humillada por la actitud de aquel falso enamorado que huyó a lo más escondido de la sierra y desde entonces se dedicó a vivir en soledad, alimentándose de lo que cazaba con ayuda de una ballesta y salteando a los viajeros y caminantes de un modo peculiar, pues los llevaba a su guarida, les invitaba a un opíparo banquete se entregaba a ellos amorosamente y, por fin, los mataba.

El romancero cuenta cómo fue descubierta la Serrana por un viajero o pastor que logró escapar de su mortífera hospitalidad. Los romances, con distintas versiones, narran, en la voz del superviviente, lo que despertó sus sospechas una vez que estuvo dentro de la cueva de la Serrana:

... Diome yesca y pedernal
para que lumbre encendiera,
y al resplandor de la llama
vi un montón de calaveras.
–¿Cuyos son aquestos huesos?
¿Cuyas estas calaveras?
–Hombres fueron que he matado
por esos montes y sierras.

Tú alégrate, caminante,
buena noche nos espera.

De perdices y conejos
sirvióme muy rica cena,
de pan blanco y de buen vino
y de su cara risueña.
Si buena cena me dio
poco pude comer de ella;
si buena cena me dio,
muy mejor cama me diera...

El caso es que el caminante o pastor, con sus canciones, acaba consiguiendo adormecer a la Serrana, escapar de su cueva, salvarse de su persecución y denunciar el caso.

Las versiones sobre el fin de la Serrana son contradictorias: unas quieren que fuese perseguida como una alimaña y salvajemente aniquilada; otras que se la condujese a Plasencia, donde sería ajusticiada tras un proceso, y hasta hay quien asegura que el rey la indultó y perdonó sus crímenes.

El pastelero de Madrigal

En el año 1530, con motivo de las bodas de su hermano Fernando, Juan II, rey de Portugal, le cedió la villa de Troncoso. Los habitantes no estuvieron de acuerdo e iniciaron un pleito que duró varios siglos. Para apoyar la protesta de sus vecinos, un zapatero llamado Gonzalo Anes de Bandarra escribió unos versos de aire bíblico y contenido mesiánico, tan extraños que atraieron la mirada de la Inquisición, implantada en aquellos años por el mismo monarca.

Los versos, coplas o trovas de Gonzalo Anes de Bandarra se difundieron a través del país y acabaron siendo bastante conocidos por el pueblo. En ellos, el zapatero de Troncoso venía a vaticinar que Portugal conocería la venida de un mesías, decisivo para el destino de todos los mortales.

A Juan II le sucedió el joven rey don Sebastián, que contaba con el afecto de sus súbditos y soñaba con llevar a cabo extraordinarias proezas, el intrépido monarca emprendió una cruzada de las y conquistas. En las tierras africanas, tras atravesar el estrecho, pero su gran ejército fue destruido por los árabes en la llanura de Alcazarquivir, pereciendo en el desastre más de dieciséis mil hombres.

Era de suponer que el joven e impetuoso rey había perdido la vida con sus hombres en la sangrienta batalla, pero nadie lo vio morir ni se encontró su cuerpo. Tal desaparición, en un suceso tan doloroso para Portugal, se convirtió en motivo de muchas especulaciones, algunas fabulosas. Por otra parte, don Enrique había fallecido sin descendencia, y entre los pretendientes al trono estaba el rey de España, Felipe II, nieto del rey don Manuel, antecesor directo de don Sebastián.

Tras muchas intrigas e incidentes, Felipe II fue nombrado rey de 1581. España y Portugal quedaron unidas por las cortes de Thomar, en así unidas, pero eran muchos los portugueses que añoraban la independencia de su país y fue entonces cuando los versos del zapatero de Troncoso empezaron a interpretarse como vaticinios del regreso

de don Sebastián, que instauraría el Quinto Imperio y daría a su patria mucha gloria y ventura.

Por aquellos tiempos era vicario de Santa María la Real, en Madrigal, Ávila, un fraile agustino portugués llamado Miguel de los Santos, que en los litigios sucesorios de su país de origen había seguido el partido del pretendiente portugués Antonio, prior del Crato. El agustino había conocido de soldado a un joven llamado Gabriel Espinosa, de padres desconocidos, y siempre le habían llamado la atención sus bellos rasgos físicos, su apostura y una elegancia que nadie le había enseñado. Aquel soldado se había instalado al fin en Madrigal, donde cambió el oficio de las armas por el de pastelero.

Un día, como en una iluminación, el fraile portugués comprendió que los rasgos físicos de Gabriel Espinosa eran muy similares a los del desaparecido rey don Sebastián. Bajo la apariencia del pastelero se encubría el auténtico heredero de la corona portuguesa y, para el fraile, era preciso que el legítimo rey ocupase el trono de Portugal. Habló del asunto con Gabriel, que tras la perplejidad que le suscitó aquella revelación, asumió como cierta la personalidad que el agustino le atribuía y se dispuso a cumplir lo que fuese necesario para recuperar su corona.

Fray Miguel de los Santos veía con claridad las dificultades que iban a llevar consigo sus pretensiones restauradoras. Ante todo, era obligado contar con medios económicos. Había en un convento de Madrigal una monja portuguesa, doña Ana, hija de don Juan de Austria y sobrina, por tanto, de Felipe II, que poseía muchas y valiosas joyas. El agustino concibió la idea de que aquella monja y el descubierto rey se casasen.

Al conocer al apuesto pastelero, doña Ana se enamoró apasionadamente de él y, sin dudar ni por un momento de que era el auténtico don Sebastián, aceptó ser su esposa, puso en sus manos las joyas de que era propietaria y tanto el agustino como ella comenzaron a comunicar a sus amigos de la nobleza portuguesa que el rey desaparecido en Alcazarquivir estaba vivo.

Mas aquellas joyas serían el origen de que todos los sueños restauradores se desvaneciesen dolorosamente. El pastelero, muy bien vestido y acompañado de un paje, se fue a Valladolid para encontrarse con ciertas personas que habrían de apoyar su causa. Sin embargo, en los días de sus negocios tuvo tiempo también de tratar con una prostituta, que al ver tanta riqueza sospechó que era robada y lo denunció. Gabriel Espinosa fue encarcelado. Doña Ana aclaró el origen de las joyas, pero con ellas se habían descubierto ciertas cartas en que venían a mostrarse noticias que despertaron la

susplicacia oficial, y al cabo se puso en claro todo el asunto y la conspiración que se estaba preparando.

El resultado del proceso llevó consigo la ejecución de fray Miguel de los Santos, que fue ahorcado en Madrid en 1595. También Gabriel Espinosa fue llevado al patíbulo, en Madrigal, donde se le descuartizó. Su cabeza, dentro de una jaula de hierro, fue expuesta en los muros del ayuntamiento, para ejemplo de los hombres bajos que se atreven a querer ser reyes. En cuanto a doña Ana, salvó la vida, y tras varios años de riguroso encierro en una celda, llegó a ser abadesa del monasterio de las Huelgas, en Burgos, donde murió.

En el regreso del rey don Sebastián y en la instauración del Quinto Imperio, algunos soñadores, como el gran poeta Fernando Pessoa, siguen esperando.

IV. De amores y desamores

La princesa Galiana

Cuando el príncipe francés Carlos llegó a Toledo con una misión diplomática, no eran los asuntos de Estado lo que ocupaba primordialmente su interés, sino la curiosidad de conocer a la princesa Galiana, hija de Galafre, el rey árabe de Toledo, famosa en todo el mundo por su belleza e inteligencia.

Sin embargo, el encuentro no parecía posible, no solo porque el retiro de las doncellas era aún más estricto en la costumbre árabe que en la cristiana, sino porque la joven princesa estaba al parecer preparando lo necesario para sus inminentes esponsales con el poderoso gobernador de Guadalajara, Aben Zaide. Carlos era joven, osado y con afición a la aventura, de manera que procuró que su gente consiguiese toda la información precisa sobre el lugar en que vivía la princesa.

Empezaba el verano y Carlos supo que Galiana no se albergaba en su palacio de la ciudad, edificado en el mismo lugar en que en la actualidad se alza el Museo de Santa Cruz, sino en una quinta de las afueras, rodeada de jardines y estanques. Supo que cuando atardecía gustaba de tocar música, cantar y escuchar canciones, y charlar con sus damas. Y Carlos se propuso entrar secretamente en aquel lugar y contemplar de cerca a la princesa cuyas gracias andaban en lengua de trovadores.

Había una fuerte guardia en la casa de campo de la princesa Galiana, pero el intrépido y hábil caballero consiguió esquivarla y penetró al fin en los jardines. Las flores exhalaban todo su aroma, que se mezclaba con el de las plantas silvestres del monte que rodeaba la finca.

Todos los narradores cuentan que Carlos tuvo suerte aquella noche:

la princesa Galiana estaba acompañada solo por una dama, que debía de ser una cautiva cristiana, pues la princesa y ella se hablaban en lengua latina. Así fue como Carlos, con los ojos deslumbrados por la belleza de Galiana y la armonía de sus gestos, y los oídos embelesados en el tono musical de su voz, pudo entender la conversación.

Por una razón que Carlos conoció pronto, la princesa estaba triste, y su compañera intentaba alegrar aquel ánimo decaído. No era razonable que Galiana estuviese tan melancólica cuando faltaban escasas jornadas para que llegase Aben Zaide desde Guadalajara con el propósito de pedir su mano, decía la muchacha sin que la princesa respondiese. Y la dama insistía en hablar de las virtudes que de Aben Zaide se pregonaban, su apostura, su valor en el combate, sus riquezas.

Ante la insistencia de la dama, la princesa acabó respondiendo que preferiría que su pretendiente fuese menos aficionado a la caza y más al paseo por los jardines; menos dado a los enfrentamientos armados y más a los juegos de escaques, y a escuchar a poetas y músicos; menos acérrimo jinete y más fino conversador.

Al cabo, la princesa confesó a su compañera que la causa de su tristeza estaba, precisamente, en el poco afecto amoroso que sentía hacia el famoso Aben Zaide, y que si había accedido a aquellos esponsales con él era para no desairar a su buen padre el rey, y porque era, en efecto, el mejor de los pretendientes posibles. Sin embargo, el retiro de aquellos días le había permitido reflexionar y estaba dispuesta a deshacer el pacto, que todavía no se había convertido en compromiso formal. La dama quedó atónita y la princesa le ordenó que la dejase sola.

Cuentan los cronistas que Carlos aprovechó aquel momento para presentarse ante la princesa, y que fue tan respetuoso y delicado en sus palabras y en su actitud que se hizo perdonar, primero, su inesperada y no deseada irrupción y, luego, el oculto acecho que le había permitido conocer el secreto de la princesa.

Parece que el encuentro se repitió los días sucesivos, que la princesa Galiana quedó tan prendada del príncipe Carlos como él de ella, y que cuando llegó de Guadalajara Aben Zaide para pedir solemnemente a Galiana como esposa, el rey había recibido la misma petición del príncipe francés.

El asunto era delicado, y el rey reunió a sus más íntimos consejeros.

Éstos le sugirieron que dejase que fuesen los propios pretendientes, mediante su destreza de caballeros armados y probados, quienes dirimiesen la cuestión. Aben Zaide y Carlos dieron su conformidad, se convocó el torneo, se levantó el palenque, y los dos pretendientes se enfrentaron con sus armas. Mas la fuerza de Aben Zaide quedó derrotada ante la destreza de Carlos.

El príncipe cristiano francés regresó a su país con la princesa árabe española y al poco tiempo se casaron, y se dice que fue la mejor de las ocho esposas que tuvo, y que los

consejos y advertencias de Galiana fueron tan útiles para su marido, que consiguió llegar a gobernar el Sacro Imperio Romano Germánico con el nombre de Carlomagno.

Los amantes de Teruel

Se cuenta que en los primeros años del siglo XIII vivían en Teruel dos familias, la de los Segura y la de los Marcilla, bien conocidas en la ciudad, la primera por su riqueza y la otra por lo antiguo de sus blasones.

A la familia de los Segura pertenecía Isabel y a la de los Marcilla Diego, que desde niños habían compartido juegos y amistad, y que al llegar a la juventud se encontraron enamorados con firmeza el uno del otro. Sin embargo, el antiguo linaje de Diego no estaba acompañado por una hacienda desahogada, y los padres de Isabel veían con muy malos ojos la relación entre los jóvenes, y llegaron a prohibir su comunicación.

El joven pensó que acaso podía conseguir prosperidad y riqueza si participaba en la guerra contra los árabes, y decidió incorporarse a los ejércitos cristianos, no sin antes hacer prometer a su amada Isabel que esperaría cinco años a que él regresase para hacerla su mujer, provisto de los bienes necesarios. Si el plazo vencía sin que retornase, quedaba ella libre de cualquier compromiso. La despedida fue muy triste, y los años iban transcurriendo sin que Isabel tuviese noticia alguna de Diego. Mientras tanto, los Segura prepararon para su hija una boda que acrecentaría de modo extraordinario su patrimonio, y que sería muy beneficiosa para toda la familia.

Cuando se iba aproximando el cumplimiento del plazo sin noticias de Diego, la presión de los padres de Isabel se hizo tan acuciante que no pudo retrasar el enlace ni un solo día más allá del término de su compromiso de espera.

El destino militar de Diego, mientras tanto, había sido muy favorable. Tras participar en victorias importantes, había conseguido, en un repartimiento del terreno conquistado a los moros, tierras extensas y muy feraces que le permitirían vivir con holgura el resto de su vida. Los cronistas de esta historia dicen que regresaba a la ciudad casi en el límite del plazo pactado con su amada y que, en algún punto del camino, tuvo noticias de aquella boda que estaba a punto de celebrarse, por lo que aceleró todo lo que pudo el regreso,

reventando caballos y privándose de todo descanso y refrigerio, en un intento desesperado de llegar a tiempo para impedir que Isabel se casase con otro hombre.

Sin embargo, no lo logró. Cuando llegó a Teruel ya era de noche, y supo de la boca de la gente que aquella misma mañana Isabel había celebrado sus bodas. También conoció el lugar en que estaban pasando su primera noche los recién casados, y allí se dirigió lleno de angustia.

Al llegar a este punto los narradores no concuerdan en la descripción de los sucesos. Parece que Diego logró alcanzar el balcón de la alcoba nupcial y que Isabel sintió su llegada. Cuando estaba a punto de lanzar un grito de alarma ante el intruso, reconoció en aquel individuo sudoroso, desgredado, que en el desarreglo de su atavío y en todo su aspecto daba señales del agotador esfuerzo que había realizado hasta llegar allí, a su amado Diego. Y parece que, agotado también, aunque por los excesos del banquete y de sus flamantes nupcias, el marido de Isabel dormía profundamente, ajeno al dramático encuentro.

Se cuenta que Diego reclamó el amor de Isabel y que ella, con mucho sentimiento, le hizo ver que todo había terminado entre los dos. Y fue entonces cuando, consciente Diego del fracaso de sus esperanzas, y habiendo llegado al límite los esfuerzos de su regreso, sintió que su corazón se rompía y cayó muerto a los pies de Isabel.

Isabel despertó a su marido para darle la noticia de aquel fallecimiento súbito y de su inocencia completa en el lance. El marido resolvió que había que desembarazarse cuanto antes del inesperado cadáver que permanecía en la alcoba nupcial y, aprovechando la tranquilidad de la noche, trasladó el cuerpo del fallecido a una calle alejada.

La aparición del cadáver de Diego trajo a la ciudad muchas hablillas, pero no presentaba muestras de que su muerte se hubiese debido a un hecho violento. La familia Marcilla, consternada, preparó su funeral, y en la iglesia se reunieron todas las gentes de la ciudad, y entre ellas, acompañada de su reciente esposo, Isabel, que mostraba gran tristeza en su hermoso rostro.

Cuentan que, en un momento de la ceremonia, Isabel, abandonando el lugar en que se encontraba, se acercó al catafalco en que yacía el cadáver de Diego. Tras contemplar su rostro durante largo tiempo con mirada intensa, se inclinó para besarlo y se desplomó sobre el cuerpo del muerto.

Cuando los presentes se atrevieron a acercarse, alarmados por la larga inmovilidad de

Isabel, pudieron comprobar que la muerte había unido para siempre a los desdichados amantes.

El mirlo de la Mayor Señora

A los siete años de la proclamación del califato de Córdoba, Abderramán III decidió construir una ciudad que simbolizase la grandeza y hermosura de su reino. El proyecto era muy costoso, y el califa solo lo acometió cuando al otro lado de las fronteras de Al Ándalus ya no quedó ningún cautivo árabe por rescatar.

Las obras de los palacios, mezquitas, jardines y salones de recepción de aquella ciudad, que se llamó Medina Azahara, duraron veinticinco años, y en ellas participaron los más importantes arquitectos y alarifes del mundo de su época. Las cuatro mil columnas que se emplearon en ordenar las estancias provenían de Andalucía, pero también de Tarragona, Cartago, Túnez, Constantinopla y Francia, y cuando con el paso de los años la hermosa ciudad fue destruida, numerosas columnas fueron transportadas a África, donde hoy adornan muchos palacios.

El califa estaba tan entusiasmado con aquella ciudad que se iba creando bajo sus órdenes que se pasaba en el lugar mucho tiempo, una vez contruidos ciertos aposentos destinados a su descanso. A la placidez y belleza del lugar, y al sentimiento de plenitud que le suscitaba contemplar cómo se materializaban los dibujos y proyectos de los edificios, se unía la compañía de su favorita, la dulce y bella Zahara, de ciertas hermosas bailarinas y de tres cantoras llamadas Fádal, Adal y Kálam, procedentes de la lejana Arabia, que llenaban de regocijo sus jornadas.

Embelesado en los placeres de que disfrutaba mientras iba naciendo la nueva ciudad, el califa llegó a abandonar sus deberes religiosos y conyugales. Un viernes, en la gran mezquita de Córdoba, a la hora de la principal ceremonia religiosa, su ausencia suscitó el enfado del jefe de la oración, que desaprobó públicamente el grave abandono que hacía el califa de sus deberes religiosos.

La noticia de la reprobación llegó a Abderramán y el viernes siguiente procuró no faltar y se dirigió a Córdoba. Era un día muy caluroso del mes de julio, y el califa llegó a su

alcázar muy sofocado. Tenía la intención de saludar a doña Coral, su primera esposa, y también quería refrescarse antes de acudir a la mezquita.

Doña Coral, que ostentaba la condición de Mayor Señora por ser madre del príncipe heredero, no le recibió con júbilo, sino todo lo contrario. De muy mal humor le echó en cara su alejamiento en brazos de aquellas bailarinas y el olvido en que la tenía a ella y a toda su familia, incluidas las demás esposas legítimas. El agobio que sentía el califa por el calor del día creció ante aquella severa amonestación y, enfurecido, ordenó a su séquito el inmediato regreso a Medina Azahara.

El califa llegó a Medina Azahara a mediodía. Lo caluroso de la hora y la irritación por los reproches de su primera esposa lo hacían sentirse indispuesto, y llamó a su médico. El médico, como paliativo de la congestión que mostraba, juzgó necesario sangrar al real paciente. Cuando todo estuvo preparado y el califa, recostado en su lecho, se prestaba a que el cirujano abriese con la lanceta una vena en uno de sus brazos, se escuchó una vocecita cantarina que, desde la ventana, exhortaba al médico a tratar con mucho cuidado la valiosísima vida del Emir de los Creyentes, de quien tantos destinos dependían. La vocecita repitió su exhortación y los presentes pudieron ver que se trataba de un mirlo, que entonaba aquel curioso canto posado en el alféizar. Y una vez más repitió el mirlo aquellos gorjeos en forma de palabras, antes de alzar el vuelo y desaparecer.

El médico puso mucha atención en la sangría del califa, y poco tiempo después éste se encontró mejor. Entonces quiso conocer quien había amaestrado a aquella ave de tan singular comportamiento. Uno de sus consejeros le informó de que doña Coral Murchana, la Mayor Señora, al no poder acompañarle a Medina Azahara en aquellas visitas que él justificaba como necesarias para la dirección de las obras, había mandado amaestrar varios mirlos, para que, en su nombre, estuviesen cerca de su amado esposo y velasen con sus advertencias por su salud y su seguridad.

El califa regresó a Córdoba aquella misma tarde y se mostró tan galante con doña Coral que ella acabó por perdonarle las ausencias que le reprochaba. Desde aquel día, el califa cumplió con todos sus deberes de creyente y de esposo, sin olvidar por ello la ciudad que se estaba alzando bajo su dirección y que llegó a ser una de las más hermosas del mundo.

Pero toda obra humana, que viene del polvo, está condenada a deshacerse otra vez en él.

El enamorado de Elisenda de Montcada

Siendo todavía niño, un paje se enamoró de Elisenda de Montcada, que tenía su misma edad, y le pidió que se casase con él cuando ambos fuesen mayores. Elisenda le contestó que aquéllos no eran asuntos propios de niños, y que ya hablarían de ello cuando creciesen.

Convertido ya el paje en un apuesto mozo y Elisenda en una hermosa doncella, volvió a requerirla de amores, pero Elisenda le respondió que los separaba demasiado su rango, pues ella tenía la obligación de casarse con algún caballero. Entonces el paje se alistó en el ejército cristiano y fue a la guerra contra los moros, y su comportamiento en las batallas fue tan descollante que el rey le concedió muchos títulos y dignidades.

El antiguo paje regresó al castillo de Montcada para mostrar a Elisenda todos los pergaminos que habían hecho de él un noble caballero y solicitarla en matrimonio, pero Elisenda le informó de que el propio rey había pedido su mano y que no podía anteponer a aquella petición la de un simple caballero, por noble que fuese.

Desconsolado, el antiguo paje regresó a la frontera, para entregarse con furia desesperada a la lucha contra los moros, y su valerosa actuación, a lo largo de los años, le hizo ganar muchos más títulos y blasones. Un día llegó a su campamento la noticia de que el rey acababa de morir, y el valeroso caballero se puso de camino a la corte para entrevistarse con Elisenda, ya viuda, y pedirle por tercera vez que se casase con él. Elisenda le recibió cubierta de negros ropajes y, tras agradecerle su petición, le respondió, con toda simpatía pero también con toda firmeza, que la viuda de un rey no debía casarse otra vez, sino entrar en un convento para servir a Dios.

Elisenda de Montcada se hizo monja e ingresó en el monasterio de Pedralbes, donde llegó a ser abadesa. Su desdichado amador, decepcionado en lo más hondo, decidió entonces tomar también los hábitos religiosos. Cumplidos todos los requisitos, el

caballero se hizo fraile, pero no podía olvidar a Elisenda, su amada de toda la vida, y un día tuvo la idea de encaminarse al monasterio de Pedralbes y proponerle ser su confesor.

Cuando llegó, le dijo a la hermana portera que estaba allí para hablar con la madre abadesa, la que en el mundo había sido reina y se había llamado Elisenda de Montcada. La portera, echándose a llorar, le contestó que la madre abadesa acababa de morir.

Doña Beatriz y don Guillermo

En el año 1134, el barón don Guillén de Montcada ordenó que se destruyese la acequia que desviaba las aguas del Besós para llevarlas a los molinos del conde de Barcelona, don Berenguer Ramón IV, con el pretexto de que aquel río pasaba por sus dominios y sus propios molinos tenían preferencia para beneficiarse de la fuerza de la corriente.

El incidente fue considerado un acto de rebeldía por el conde de Barcelona, que ordenó que se formase un ejército para castigar al barón. Éste se dispuso a defenderse también con las armas, fortificó su castillo y convocó a los caballeros que le eran cercanos por la familia o por la amistad. Entre estos caballeros estaba el joven don Guillermo de San Martín, que a su apostura y valentía con las armas unía su condición de excelente trovador.

Don Guillermo de San Martín conocía desde la infancia a doña Beatriz, la esposa de don Guillén de Montcada, y se decía que la dama se habría casado de buena gana con el caballero trovador si su familia no la hubiese obligado a hacerlo con el poderoso barón. No obstante, cuando surgió el incidente de los molinos, doña Beatriz llevaba varios años de matrimonio con don Guillén de Montcada y nunca había dado motivos para que se pensase que no le era fiel.

Había una tradición en la casa de los Montcada cuando se preparaban hechos de guerra, y era que se celebraba una reunión de todos los caballeros en la sala de armas del castillo y, tras un banquete, la esposa del señor del castillo tenía la facultad de designar al jefe de todos los guerreros, ofreciéndole vino en una copa de oro que había pertenecido al primer barón de Montcada, aquel que, en compañía de otros ocho barones, había comenzado la reconquista de las tierras catalanas.

Aunque entre la concurrencia había caballeros muy veteranos y bien probados en numerosos y arduos combates, doña Beatriz, cuando el vino fue escanciado en la antigua

copa, tras mojar en ella sus labios, se la ofreció a don Guillermo de San Martín, su amigo de la infancia y acaso amor de juventud. Don Guillermo saludó a la dama en señal de agradecida aceptación y, después de beber también un sorbo del vino, pasó la copa al siguiente caballero de la mesa, iniciando una ronda que formaba parte de la tradición. Sin embargo, cuando la copa llegó a manos de don Guillén, éste la rechazó con aire huraño, mostrando que la designación de su esposa no le había complacido.

Mientras continuaban los preparativos militares, los caballeros que don Guillén había convocado se albergaban en su castillo, y entre doña Beatriz y el caballero trovador se fueron anudando los antiguos vínculos. Él cantaba a menudo para ella y sus damas de compañía, y ella bordó con sus manos una banda con sus colores, que el joven caballero ostentaba orgulloso.

Una noche, uno de los más antiguos soldados del barón vino a verlo con mucho sigilo para anunciarle determinados movimientos que había atisbado la noche anterior en la torre que servía de aposento a la baronesa, la de una figura al parecer masculina que se escabullía entre las almenas, tras separarse de una figura femenina que acaso lo despedía antes de desaparecer también en lo oscuro.

Los celos aguijonearon al barón de tal manera que, sin averiguar si era cierto lo que el soldado le había contado y, en tal caso, si la figura masculina correspondía al caballero trovador y la femenina a su esposa, sin dejar que su ira se enfriase, llamó a sus colaboradores más cercanos y les informó de lo que pretendía.

Aquella misma noche, el barón y sus hombres irrumpieron en la alcoba de doña Beatriz. Tras sujetarla y amordazarla, la condujeron a la más profunda de las mazmorras del castillo, un lugar clausurado por una sólida puerta que llevaba decenas de años sin utilizarse. El barón y sus servidores se dirigieron luego al aposento de don Guillermo y, sorprendiéndole en medio de un profundo sueño, lo ataron también e impidieron que pidiese auxilio a sus escuderos, llevándolo a la misma mazmorra, donde lo arrojaron.

El barón, convencido de la infidelidad de su esposa con don Guillermo de San Martín, tenía el propósito de dejar que ambos muriesen de hambre y de sed en aquel húmedo y oscuro subterráneo.

Mientras en el castillo daba mucho que hablar la repentina desaparición de la castellana y del caballero trovador, éstos se habían encontrado el uno con el otro en la negrura de la mazmorra destinada a servirles de sepulcro. Consiguieron liberarse de sus ataduras y mordazas, pero lo profundo del encierro ahogó sus voces de protesta y socorro.

El lugar era muy húmedo por la cercanía del río, pero las filtraciones del agua, que los cautivos encontraron tanteando las paredes, les permitieron calmar la sed. Parece que su situación se alargó varias jornadas, pero su compañía en la helada oscuridad, el continuo abrazo a que estaban obligados para calentar algo sus cuerpos, acrecentó la atracción que habían sentido en su mocedad el uno por el otro y entre ellos fraguó un amor que les dio consuelo en su situación, y que los animaba a no desfallecer.

En sus tanteos del lugar, además de buscar a tientas los hilos de agua que les permitían ir sobreviviendo, procuraron inspeccionar todos los muros y rincones del subterráneo, que era al parecer muy grande, por si hubiese alguna manera de escapar.

Su búsqueda tuvo por fin resultado, pues entre los viejos cimientos pudieron encontrar lo que parecía el acceso a una galería, cegado con piedras y maderos. Era la boca de un pasadizo preparado como posible salida de emergencia cuando se construyó el castillo, que habían puesto en el olvido las sucesivas ampliaciones del edificio y el desuso de aquella mazmorra. La dama y el caballero trabajaron muy duramente para retirar lo que obstruía aquel acceso, pero al fin alcanzaron el pasadizo y lo recorrieron hasta salir al exterior, en la ribera del Besós, entre la maleza.

Don Guillermo y doña Beatriz consiguieron alejarse de aquellos parajes y recibir ayuda de gentes que guardaron el secreto de su liberación. Buscaron la protección del conde de Barcelona, que los acogió muy gustoso de poder presentar la aventura de aquella noble pareja como un ejemplo de la locura y la crueldad del barón rebelde. El propio conde se ocupó de que el papa anulase el matrimonio entre don Guillén y doña Beatriz, y fue padrino de las bodas de ésta con don Guillermo de San Martín, a quien consideró desde entonces uno de sus más dilectos caballeros.

Y don Guillermo y doña Beatriz conservaron hasta su muerte la llama del amor mutuo que los había iluminado en la oscuridad de su prisión.

Don Alfonso VI y doña Zaida

En los mismos días en que el leonés Alfonso VI, viudo de su quinta mujer, conquistó Toledo, recibió un mensaje de doña Zaida, hija del rey de Sevilla, Al Mutamid, que era señora de Cuenca, Ocaña, Uclés y Consuegra.

Esta dama, de la que los narradores dicen que era doncella de gran hermosura y de mucha sabiduría y virtud, se había enamorado del rey Alfonso solo por escuchar los relatos de su apostura, caballerosidad y condiciones de invencible guerrero, y quería conocerlo.

El rey, que también había oído hablar de las cualidades de la princesa mora, se dispuso a vivir aquella aventura y, acompañado de un puñado de caballeros escogidos para defenderse de cualquier traición, acudió al lugar de la cita, que unos dicen que fue Consuegra, otros que Ocaña o Cuenca.

Parece que, en aquel encuentro, quedaron muy satisfechos el uno del otro, hasta el punto de que concertaron nuevas citas. Su mutua complacencia amorosa fue tanta que decidieron casarse para vivir juntos. Alfonso puso como condición que la princesa se bautizase en la fe cristiana y ella la cumplió, tomando el nombre de María.

Aquella boda hizo que el rey don Alfonso entrase en muy buenas relaciones con el rey de Sevilla, Al Mutamid, convertido en su suegro, y éste le aconsejó que, para sujetar mejor a los demás árabes de la península y obligarlos a tributar, llamase en su ayuda a los nobles guerreros almorávides, que tenían como jefe a Jusuf ben Tachufin, el Miramamolín. Así lo hizo Alfonso, y el Miramamolín vino a España con un ejército de sus guerreros. Sin embargo, cuando los almorávides llegaron a España, los nobles árabes, que estaban descontentos de los amores y la boda de doña Zaida con don Alfonso, y de la conversión de aquélla a la fe cristiana, intrigaron hasta conseguir que los almorávides se uniesen al resto de los moros para enfrentarse a don Alfonso y a Al Mutamid. Así, les

dieron guerra, y en una de las batallas pereció Al Mutamid a manos de un guerrero almorávide llamado Abd Allah, lo que dolió mucho al rey cristiano.

Don Alfonso, deseoso de vengar la muerte de su suegro, que había apenado mucho a doña Zaida, y de castigar a aquellos guerreros desleales, los atacó muy ferozmente, logrando capturar a Abd Allah y a otros muchos nobles, a los que descuartizó y quemó muy a la vista del resto del ejército árabe, que pidió la paz y entregó a don Alfonso mucho oro y plata, piedras preciosas y otras riquezas.

Y el Miramamolín regresó a Marruecos con los suyos y no se atrevió a volver a España en vida de don Alfonso VI, *Imperator totius Hispaniae*.

Doña Urraca y don Alfonso el Batallador

Doña Urraca era casi una niña cuando Alfonso VI se la dio como esposa a Raimundo de Borgoña, con el reino de Galicia, mientras el legítimo rey, don García, languidecía recluido en el lóbrego castillo de Luna.

Frente a la malquerencia general de los gallegos, don Raimundo encontraría apoyo en el obispo de Santiago, Diego Gelmírez. Sin embargo, Raimundo murió y su viuda se hizo cargo del señorío de Galicia, primero, y luego, a la muerte de Alfonso VI, del reino de León. La reina consolaba su viudez en brazos del apuesto conde Gómez González, pero las exigencias del buen gobierno le obligaron a casarse con el aragonés Alfonso I.

El matrimonio disgustó profundamente al obispo Gelmírez y a los nobles gallegos, a los partidarios de los hijos de Urraca y Raimundo, y a muchos nobles aragoneses, lo que llenó el enlace de malos augurios. La boda se celebró en época de vendimia, y la misma noche de la ceremonia cayó una helada tan rigurosa que las esperanzas de vino menguaron mucho, y el que al fin se consiguió resultó muy malo, lo que se consideró una señal aciaga.

El caso es que hubo rebelión en Galicia y que el rey aragonés la reprimió con el mismo empuje con que se enfrentaba a los adversarios árabes. Los enfrentamientos políticos se empezaron a reflejar en la vida matrimonial. La leonesa Urraca daba a su real esposo el apelativo de Celtíbero, por considerarlo muy tosco y bárbaro. Con ocasión de la toma de la fortaleza gallega de Monterroso por los aragoneses, el rey Alfonso apuñaló al noble Prado, uno de los rebeldes, a pesar de que la reina lo había cubierto con su manto para mostrar su protección.

La desavenencia llegó a tal punto que el rey Alfonso confinó a su esposa en un castillo de Soria, recién reconquistada. La reina, para entretener su soledad, hacía que todos los días le cantase romances y canciones un joven y apuesto trovador llamado Pedro, hijo

del alferez mayor don Ato Garcés. Éste, con ocasión de visitar el castillo, encontró a la reina y al joven Pedro en muy amoroso coloquio.

El doncel trovador fue alejado de la reina, pero ella era al parecer mujer muy seductora, y envió mensajes secretos a dos ricohombres que estaban enamorados de ella, don Pedro González de Lara y don Gómez, conde de Candespina, solicitando su ayuda para escapar de la fortaleza. Los dos nobles decidieron aunar sus esfuerzos y dejar a la elección de la reina quién de ellos sería el galardonado con el dulce premio que sin duda merecería su empresa, y una noche sin luna llegaron a la fortaleza, escalaron los muros sin ser advertidos y consiguieron liberar a doña Urraca, que en su huida prefirió montar en la grupa del caballo de don Pedro González de Lara.

Cuando don Alfonso conoció la evasión de su esposa, persiguió a los fugitivos, dándoles alcance en tierras de Sepúlveda. Don Pedro, con su real rescatada, consiguió huir camino de León mientras el conde de Candespina protegía su huida enfrentándose a don Alfonso, que al fin logró derrotarlo, atravesándole el corazón con su lanza.

Doña Urraca solicitó el divorcio de Alfonso, que fue concedido por un Concilio en León y luego por el papa, y se hizo nombrar *totius Hispaniae Imperatrix*. Luego declaró a su hijo Alfonso sucesor del reino y se enfrentó al que había sido su marido en violentos combates, con lo que logró contener los ambiciosos deseos de Alfonso de conquistar los territorios que correspondían a la corona de Castilla y León. El rey Alfonso buscó entonces por otras partes la expansión de su reino, y con tanto ardor presentó batallas y buscó guerras que fue conocido con el sobrenombre de el Batallador.

De cómo fue engendrado Jaime el Conquistador

Ya desde antes de nacer, el destino de Jaime I, rey de Aragón y Mallorca, estuvo marcado por lo peculiar, pues no hubiera sido concebido de no mediar un enredo palaciego.

Las relaciones entre sus padres, María de Montpellier y Pedro II de Aragón, no eran buenas, de manera que vivían separados y no parecía posible esperar descendencia de aquel matrimonio. Esto inquietaba mucho a los barones de Montpellier, padres de María, que necesitaban un heredero.

El rey mostró una fuerte atracción por una dama de la reina, a la que perseguía con amorosa insistencia, y los barones, contando con la conformidad de su hija y el apoyo de otros nobles, urdieron una estratagema, que fue transmitir al rey, a través de su mayordomo, la supuesta conformidad de la dama para visitar de noche el real lecho, siempre que el encuentro ocurriese a oscuras.

A oscuras esperaba el rey a la dama, mientras una comitiva de abades, priores y santas mujeres acompañaba a la reina hasta los aposentos de su esposo, vestida con ropas de suave tacto y perfumada con aromas arábigos. Y mientras la supuesta dama y el rey cumplían los motivos de su cita, los religiosos y beatas, cautelosos, rezaban en el corredor, impetrando la ayuda divina para que se engendrara el ansiado heredero.

Se cuenta que, un poco antes del alba, la reina se identificó, y que el rey quedó muy sorprendido, pero que permaneció con ella hasta bien entrada la mañana. De esa amorosa comunicación habría de nacer el príncipe Jaime.

La generosidad de Mohamed I

Mohamed Ibn Yusuf Ibn Nasr Alhamar, conocido en la historia como Mohamed I, fue el rey que inició en Granada la dinastía nazarí, cuyo último representante sería Boabdil. Este rey, que contaba con un ejército poderoso y numerosas riquezas, construyó la Alcazaba, parte primera de la Alhambra. Cuentan los narradores que, piadoso y benévolo, fue muy querido por sus súbditos.

Dos personas había en la vida del rey que llenaban de alegría su corazón. Una era su favorita, Zoraya, joven y hermosa, hábil en el juego del ajedrez y diestra tañedora de instrumentos, conocedora de muchos poemas y narraciones que encantaban al rey. La otra persona era Julián, un joven de origen cristiano que, siendo niño, había sido salvado de una matanza por un caballero árabe que se lo había regalado al rey para que le sirviese de paje. Con el paso de los años se había hecho su más cercano amigo y confidente.

Cada uno a su manera, Zoraya y Julián amaban mucho al rey Mohamed, pero el destino quería que entre los dos jóvenes, de edad parecida, fuese fraguando una confianza que al fin se convirtió en amor. Por un lado, el obligado secreto de sus amores, la furtiva casualidad a que estaban obligados sus encuentros y el peligro de su ilegítima relación y, por otro, la conciencia de su desleal proceder, les tenían muy desasosegados y presos de una melancolía que el rey acabó por advertir.

Diversas insinuaciones y oscuras palabras del rey alarmaron a Julián, que pensó que conocía el engaño y quería castigar a Zoraya. Desesperado, pero con la intención de evitar aquel castigo que temía y que podía acarrear la muerte de su amada, Julián entró una noche en la estancia del rey, dispuesto a apuñalarlo. Sin embargo, la vista de aquel hombre bondadoso que dormía descuidado, la consideración de que había sido para él un amigo fraternal, la certeza de todos los extremos de su traición y el inevitable remordimiento, mudaron de tal manera sus intenciones que acabó clavando el puñal en su propio pecho y cayó desvanecido a los pies de la cama real.

Julián no murió y el rey conoció de su boca y de la de Zoraya la confesión de sus desdichados amores. Cuando ambos jóvenes terminaron de relatar su historia, el rey les mandó retirarse y se mantuvo apartado de todo durante tres días con sus noches. Al fin, ordenó a los dos jóvenes que se presentasen ante él y les comunicó su decisión: perdonaba su ofensa y procuraría que pudiesen cumplir su amor sin sobresaltos, pero quedaban desterrados para siempre de Granada y de la Alhambra, y nunca más se presentarían ante él.

Durante muchos años, ya en tiempo de los cristianos, las ruinas del edificio de la sierra en que Zoraya y Julián vivieron su amorosa y sin duda melancólica reclusión, fueron conocidas como el Palacio de la Ingrata.

Doña María de Padilla y don Fadrique

Alfonso XI vivió célebres amores con doña Leonor de Guzmán, de quien nacieron varios hijos bastardos que originarían, como se sabe, graves disturbios en la sucesión de la corona. Muerto el monarca, su amante de tantos años tendría un final triste a manos de la que había sido la esposa legal.

El legítimo heredero, don Pedro I de Castilla, al que unos conocen con el sobrenombre de Cruel y otros con el de Justiciero, tuvo también famosos amores fuera del matrimonio, entre otros con doña María de Padilla, dama al parecer muy bella. Se cuenta que entre doña María de Padilla y don Fadrique, uno de los hermanos bastardos de don Pedro, que llegó a maestre de la Orden de Santiago, surgió una atracción amorosa que ninguno de los dos pudo dominar y que al fin se convirtió en fuerte pasión, que cumplían con todo el sigilo posible. Y parece que la noticia de aquellos amores llegó al conocimiento del rey don Pedro. Aunque el rey disimuló lo que sabía, esperando sin duda el momento más oportuno para vengarse, procuró que doña María se mantuviese recluida en el alcázar de Sevilla.

Doña María y don Fadrique, con ayuda de un caballero del entorno sevillano de la dama, urdieron un plan para que la primera se escapase del alcázar y acompañase al maestre a Navarra, donde los Beaumont, nobles de sangre real buenos amigos suyos, la protegerían de las iras vengativas del rey de Castilla. Doña María saldría del alcázar disfrazada entre los campesinos que cada día trabajaban en sus huertas y jardines. Por su parte, disfrazado de arriero, don Fadrique había llegado a Sevilla para encontrarse con ella antes de partir juntos.

Sin embargo, el caballero que les ayudaba en su empresa resultó estar al servicio del rey don Pedro, con lo que no solo doña María no logró salir del alcázar, sino que su enamorado don Fadrique fue identificado y hecho preso en secreto. Al parecer, de nada le sirvió su alta categoría social: se asegura que fue muerto en el alcázar por servidores de

don Pedro y que la mancha imborrable de su sangre puede verse todavía en el suelo de la antecámara real.

El trovador Macías

Hacia 1340 nació en una parroquia cercana a la gallega villa de Padrón el trovador Santiago Macías, que habría de morir muy lejos de su tierra natal antes de cumplir los treinta años de edad. De su infancia y mocedad no se sabe nada. Lo primero que se conoce de él es que el comendador don Fernán Núñez de Toledo, siendo ya Macías un joven de reputado talento poético, le hizo gentilhombre y lo puso al servicio del maestre de Calatrava, don Enrique de Aragón.

En la casa del maestre había una muchacha muy hermosa, de la que Macías se enamoró. Los narradores discrepan al relatar la relación de la joven con el maestre, pues unos dicen que se trataba de su propia hija, mientras otros aseguran que era una de las damas de compañía del palacio. En cualquier caso, se trataba de una persona principal, con un destino matrimonial que no se correspondía con las condiciones de un pobre trovador como era el joven Macías.

Sin embargo, parece que la dama correspondió a los requerimientos amorosos del poeta, y que entre ambos hubo una pasión intensa y oculta. Pero el maestre había dispuesto que la muchacha, fuera su hija o una dama principal, se convirtiese en esposa de uno de los señores importantes de su entorno, el marqués de Porcuna, con quien hizo que se casase, para desesperación del trovador y de su secreta enamorada.

A partir de aquella boda, Macías convirtió en trovas las penas de su corazón desolado y, a través de su palabra, en clave de poesía, daba a conocer el dolor que lo atormentaba y la causa verdadera de su tristeza. El asunto fue tan evidente que hasta el marido de la hermosa añorada se enteró y acabó denunciando al maestre el caso de aquel trovador extravagante que se declaraba enamorado de su esposa mucho más allá de los límites que podían tolerar las cantigas y otros divertimentos.

El maestre, que gustaba de la poesía de Macías, habló con él del caso y, al saber que aquellos amores eran ciertos, exigió al joven trovador que olvidase a su amada y no diese

ocasión a los celos de su legítimo marido. Macías se declaró incapaz de aquella renuncia, y el maestro, no sin pena, ordenó que lo encerrasen. El lugar de la prisión fue Arjonilla, a cinco leguas de Jaén, cerca de Porcuna y Andújar.

El encarcelamiento no enfrió la pasión del trovador y, desde su celda, acompañado de su laúd, entonaba cada jornada, en el atardecer, las canciones que le inspiraba el alejamiento de su amada y las penalidades que su desamor le hacía sufrir. Las canciones eran tan bellas y salían de un corazón tan sincero que a los alrededores de la prisión empezaron a acercarse algunas gentes de las cercanías, que llegaban a escondidas para escuchar las quejas poéticas del triste preso:

Cativo de miña tristura
xa todos prenden espanto
e preguntan qué ventura
foi que me tormenta tanto.
Mais non sei no mundo amigo
a quen máis de meu quebranto
diga desto que vos digo:
*Quen ben see, nunca debía
al pensar, que fas folía.*

El cautivo cantaba en lengua gallega, tan apropiada para la nostalgia de sus quejas, pero también lo hacía en castellano, con la misma pena:

Quien mis cuitas entendiese
y mi dolor y quebranto,
y de mí se adoleciese,
compartiría mi llanto.
Cuanto más, si bien supiese
el gran bien que yo perdí:
*Dios mío, eli, eli,
eli lama sabac thani.*

La noticia de aquella tristeza amorosa tan bellamente proclamada corrió de boca en

boca y recorrió muchas leguas. Y las gentes que venían a oír al trovador al fin del día se multiplicaron, de modo que, aunque todos eran discretos y procuraban disimular su presencia, al cabo alcanzó notoriedad el suceso de aquella multitud que se congregaba por la noche ante la mazmorra de Macías para oírle cantar.

La furiosa rabia del marqués de Porcuna iba creciendo, y al fin decidió terminar de una vez con aquella situación. No se sabe si el arma homicida fue una lanza o un venablo. Tampoco se conoce el modo como fue arrojada contra el irreductible poeta y ni siquiera si fue la mano del carcelero o la propia mano de aquel marido celoso quien la lanzó. En todo caso, una tarde la voz de Macías ya no se escuchó, porque había muerto aquel mismo día con el corazón atravesado por un arma.

El cuerpo del desventurado trovador fue trasladado a la ermita de Santa Catalina, donde se le enterró. En la losa sepulcral, el maestro que había sido su señor ordenó que se grabase un epitafio conciso:

AQUÍ YACE
MACÍAS EL ENAMORADO.

Nunca faltaron flores sobre esa lápida.

V. De parajes

El origen de algunas montañas

Los Pirineos

En tierra aragonesa, en lo alto del Pueyo de los Bañales, quedan las huellas de los pies de Hércules y dos grandes piedras, llamadas el Huso y la Rueca, que el héroe alzó con sus poderosos brazos y lanzó lejos de sí. Sin duda dejó tales señales de su paso preso de furia, en los tiempos en que pretendió los amores de la divina Pyrene, tan bella como orgullosa, que habitaba por aquellas tierras y que prefirió morir entre las llamas de sus propios bosques, tras prenderles fuego, antes que entregarse a aquel pretendiente que no dejaba de acosarla. Se dice que como consecuencia del gigantesco incendio brotaron ríos de plata fundida y que el héroe levantó los montes para que sirviesen de túmulo al cuerpo de su amada imposible.

También en aquellos parajes permanece la cueva que sirvió de cobijo a Caco, el célebre ladrón de los tiempos antiguos. Los miembros del linaje de Caco debían de tener singulares fuerzas físicas, pues cuando Hércules y Pierres buscaban a Caco para saludarlo, encontraron a una hermana suya que estaba arando y que, para señalar el lugar donde habitaba su hermano, no soltó las manos del arado, sino que lo alzó de la tierra doce palmos, con bueyes y todo.

Hércules y Pierres encontraron a Caco y, tras emborracharse juntos, los tres nuevos amigos se fueron a cazar, pero solamente encontraron un león que Caco mató abriéndole las mandíbulas hasta partirle el cráneo. Por su parte, y a falta de otro animal comestible, Pierres agarró una vaca y se la cargó al hombro. En cuanto a Hércules, desgajó una corpulenta haya para apoyarse en su tronco mientras descendía de las montañas. En la fachada del Ayuntamiento de Tarazona se muestran en bajorrelieve las imágenes que perpetúan el recuerdo de tales hazañas.

Tres cumbres especialmente altas de los Pirineos, el Monte Perdido, el Cilindro de Malboré y el pico de Añisclo, reciben el nombre de Las Tres Sorores –*As Tres Serols*–. Ciertos narradores cuentan que, en realidad, esas tres montañas son el túmulo funerario

de quienes fueron un día tres jóvenes y bellas hermanas que, el mismo día de sus bodas, asistieron a la invasión de su aldea por un grupo de guerreros del rey visigodo Eurico. Los invasores se llevaron cautivos a su padre y a sus prometidos, con los demás hombres del pueblo. Pasado el tiempo, los invasores convencieron a las tres muchachas de que tanto su padre como sus novios habían muerto, y ellas acabaron adoptando la fe arriana y casándose con tres de aquellos enemigos. Sin embargo, ni el padre ni sus verdaderos prometidos habían muerto, y la maldición paterna, recibida en sueños, las obligó a huir por las asperezas del monte buscando un escondite para su desesperación. Por fin, un cataclismo geológico sepultó a cada una de ellas bajo las montañas que hoy recuerdan su relación fraternal.

La Mujer Muerta

En las tierras en que Hércules habría de fundar la ciudad de Segovia reinaba un rey viudo, con una sola hija que era lo que más quería en el mundo, y que le correspondía con un amor tan grande, que había jurado que nunca habría de compartirlo con nadie más. Sin embargo, llegó un día Hércules, acompañado de un joven compañero de aventuras, y la princesa se sintió prendada por aquel forastero que acompañaba al héroe y que era también príncipe en lejanas tierras.

El rey asistió, cada vez más aturdido, a aquella atracción de su hija hacia el joven príncipe acompañante de Hércules. Un día el príncipe le pidió al rey su hija en matrimonio, y al verla tan feliz el rey no se atrevió a negarse, pero al considerar que la boda de su hija supondría su alejamiento a los confines del mundo, y que acaso no volvería a verla nunca más, y al comprobar que ella no parecía sentir ninguna tristeza ante la definitiva separación, el rey sintió mucha ira y un despecho que trocó su amor en odio.

Para despedirse de su hija el rey le pidió que lo acompañase a un paraje alejado y montuoso, pues quería hablar con ella a solas y con tranquilidad. La princesa se fue con su padre y estuvieron apartados del palacio durante toda una jornada. Cuando el sol se puso, el rey regresó solo de su excursión y, sin dar explicaciones a nadie del paradero de su hija, ni interesarse por los preparativos de los esponsales que llenaban todo su palacio de signos festivos, se encerró en sus aposentos.

Cada vez más extrañados por la ausencia de la princesa, Hércules y su joven compañero decidieron buscarla en los lugares a los que parecía haberse dirigido con el rey, pero cuando la encontraron estaba muerta, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Ante aquel terrible suceso de celos y muerte, Hércules, turbado en lo más hondo de su ánimo, decidió construir un monumento a la princesa y, con sus propias manos, movió las montañas hasta darles la silueta que recuerda la de una mujer tumbada boca arriba en

la inmovilidad de la muerte. A continuación fundó la ciudad de Segovia en un punto en el que su obra fuese particularmente visible, para que el recuerdo de la desdichada princesa perdurase en la memoria humana.

Montserrat

Montserrat, muntanya santa,
la muntanya de cent cims.

Así dijo de Montserrat el poeta Joan Maragall. El hecho es que, en un tiempo muy antiguo, la mole que hoy forma el macizo de Montserrat no estaba en la superficie de la tierra, sino bajo ella: eran los cimientos de una montaña sobre la que se elevaba una ciudad tan grande y fastuosa como llena de pecado. La ira de Dios obligó a la enorme masa montañosa a girar súbitamente sobre sí misma, dejando la infame ciudad para siempre sepultada y al aire las ciclópeas raíces de lo que antes estaba hundido en lo profundo de la tierra.

Se dice que los ángeles divinos fueron luego tallando y serrando las formas de las rocas hasta darles el aspecto que determinó su nombre, aunque en esto no coinciden todos los narradores, pues hay quien señala otros orígenes milagrosos para las formas, aparentemente caprichosas, de algunas rocas concretas.

De una serie de ellas se dice que son unos frailes petrificados por honrar a un compañero que no lo merecía. Hay un gran peñasco del que se asegura que es un gigante nocturno, hechizado por la luz solar y convertido en roca. Sobre el monasterio se puede contemplar una especie de gigantesco alvéolo donde encajaba un peñasco inmenso que un demonio hizo al parecer desplomarse para destruir el santo edificio; el monasterio pudo salvarse gracias a la intervención celestial, y el demonio quedó preso bajo el peñasco desplomado. De otra roca se asegura que un día fue un caballo ofrecido por el diablo a un campesino a cambio de su alma, y convertido en piedra por un milagro de Nuestra Señora cuando el campesino se arrepintió de haber concertado el espantoso pacto.

El caso es que las grandes peñas de Montserrat, una vez que todo el macizo

montañoso dio la vuelta en el cataclismo con que fue castigada la ciudad construida un día en su cima, han conocido la lucha entre las potencias del bien y del mal, y siguen impregnadas de sentido sagrado. Durante muchos siglos, antes incluso de que existiese el conocido monasterio, sus cuevas y abrigos naturales sirvieron de refugio a santos ermitaños dedicados a la oración por las almas de los pecadores y pecadoras que vivieron en la ciudad sepultada y por la redención de todos los pecados del mundo.

La isla de san Borondón

En el siglo V, y a la vista del poco éxito que entre las gentes de Irlan da encontraban sus predicaciones, san Brandán o Brendano, que en las islas Canarias es recordado con el nombre de san Borondón, por consejo de san Barinto y en compañía de siete compañeros ermitaños –hay quien dice que fueron catorce–, se embarcó para abandonar aquella isla y viajar en busca de otras donde sus prédicas fuesen bien aceptadas. En especial buscaba la famosa isla Deleitosa, la isla paradisíaca que se ha conocido también con el nombre de Encubierta, Non Troubada, Encantada o Perdida, donde se asegura que viven los «niños de agua», niños maltratados a quienes las hadas adoptaron, vigilados por la señora Seteharalomismoquetuhiciste y premiados los días de fiesta por su hermana, la señora Hazloquetegustariaquetehicieran.

Hay narradores que dicen que san Borondón llegó a encontrar aquella isla, pero muchos otros aseguran que no fue así, sino que el santo y sus compañeros de tripulación, tras un viaje lleno de tribulaciones y accidentes, y de arribar a diferentes islas y abandonarlas, avistaron una isla hermosísima, cubierta de vegetación espesa y refulgente entre la que brillaban miles de flores, sobrevolada de pájaros con plumas de todos los colores. Imaginando que se trataba de la isla que con tanto ahínco habían ido buscando, los santos viajeros atracaron junto a ella su embarcación, buscaron leña para preparar un buen fuego con el que secar sus ropas empapadas y se dispusieron a celebrar la misa de la Pascua de Resurrección, que aquel mismo día se conmemoraba.

Cuando estaban en medio de la misa, el suelo empezó a moverse bajo sus pies y los santos navegantes descubrieron, horrorizados, que la aparente isla no era sino un gigantesco animal marino, el pez que llaman Jasconio, el primero de los que nadaron en el mar, que debía de llevar dormido muchísimo tiempo, tanto como para hacer posible la fructificación de aquella espléndida vegetación sobre su piel, pero al que sin duda había despertado la gran hoguera encendida por los recién llegados. Sin perder la esperanza,

san Borondón pidió a Dios que paralizase de nuevo al monstruo que empezaba a despertar y Dios se avino a sus ruegos.

Fuese isla fija o monstruoso animal, el hecho es que la isla descubierta por san Borondón acabó incorporándose al archipiélago de las Canarias, ya desde tiempos muy antiguos conocidas como islas Afortunadas, como la octava de ellas, aunque con la milagrosa particularidad de que solamente se hace visible en algunas circunstancias.

XV y se Están documentadas sus apariciones al menos desde el siglo han preparado expediciones en su busca que, tras avistarla, no han podido arribar a ella por el mal tiempo. La última expedición infructuosa en busca de la isla de san Borondón fue ordenada por el capitán general de las Canarias, don Juan de Mur, en 1721. El 10 de agosto de 1958 el periódico madrileño *ABC* reprodujo una fotografía de esa isla mágica.

Historias de calles

En muchas calles de las ciudades españolas ha tenido lugar algún suceso que permanece en la memoria de las gentes, a menudo señalado en el propio nombre del lugar.

Bajada del Pozo Amargo, Toledo

Esta calle desciende desde la plaza del Ayuntamiento. En el jardín de una casa inmediata se encuentra un antiguo pozo, antaño de uso público, muy antiguo, pues proviene del tiempo en que convivían en la ciudad las culturas hebrea, árabe y cristiana.

Entre la población hebrea había un hombre rico y piadoso. Era viudo y padre de una muchacha muy hermosa y obediente. El padre, temeroso de los peligros que podían acechar a su hija, apenas le permitía salir de casa, pero a ella no le molestaba su reclusión y permanecía en sus aposentos muchas horas, entretenida en tocar música, bordar, leer la palabra sagrada o curiosear desde la ventana.

Su hermosura y la riqueza de su padre habían despertado el interés de varios pretendientes, pero la joven no mostró interés por ninguno. Sin embargo, un día vio cruzar ante su ventana un joven con atuendo cristiano que llamó su atención, y como el paso de aquel joven se repitió, empezó a esperarlo con impaciencia. Los narradores de esta historia dicen que, a partir de entonces, la joven se sintió incómoda de estar encerrada en casa tantas horas y que logró de su padre permiso para salir de paseo, acompañada de una señora de confianza.

Parece que en aquellos paseos la muchacha y el joven cristiano se vieron, y que él se sintió también muy atraído por la hermosa judía. Y parece también que su mutua atracción dio origen a una correspondencia secreta entre ambos. Las miradas amorosas pero mudas que se cruzaban entre ellos durante los paseos se convirtieron así en palabras cada vez más dulces, y el joven cristiano consiguió convencer a la muchacha de que asistiese a una cita.

El lugar fue un pozo que se encontraba en una callejuela cercana a la casa de la joven, y la hora una de la noche cerrada, cuando ella podía escapar de su vivienda y ambos reunirse sin ser vistos de nadie. En aquel lugar y de la misma manera secreta siguieron encontrándose ambos jóvenes, y entre ellos cuajó un amor apasionado.

Sin embargo, las salidas nocturnas de la joven fueron advertidas por uno de los pretendientes rechazados, que informó al padre de la joven de sus correrías amorosas. El padre se sintió muy avergonzado por la noticia de la falta de pudor de su hija y de su enredo en unos amores que no podían conducir al matrimonio, y decidió descubrir por sus propios ojos la verdad del asunto.

Aquella noche el padre de la muchacha esperó hasta comprobar que su hija se levantaba con todo sigilo y abandonaba la casa familiar. El padre cogió una daga y siguió a su hija, que se dirigía a la callejuela del pozo. Cuando comprobó que el joven cristiano la estaba esperando y la abrazaba, sintió tanta furia y tanta desolación que, abalanzándose sobre los amantes, hundió la hoja de su daga en el corazón del hombre que la había seducido y luego arrastró a su hija, que lloraba a gritos, hasta la casa familiar.

Como consecuencia de aquel sangriento lance la muchacha perdió la razón, y aunque su padre cuidaba de ella muy amorosamente y no la perdía de vista, un día consiguió escapar de casa, bajar hasta el lugar de su cita con el amante muerto y tirarse al pozo, donde murió ahogada.

Callejón del Candilejo, Sevilla

En tiempos del rey don Pedro el Cruel, que otros llaman el Justiciero, y que ha dado origen a muchas historias sangrientas, vivía en uno de los barrios laberínticos de la ciudad de Sevilla una pobre anciana a la que una noche despertó un ruido de pelea en el callejón de su casa.

Asustada, la anciana esperó que el lance terminase, pero el ruido de armas se hacía cada vez más frenético, y más fuertes las voces e insultos de los contendientes. La vieja, desorientada, resolvió al fin encender su candil de aceite y asomarse al ventanuco que se abría al callejón. Y a la luz del candil pudo contemplar, muy cercanos, a los dos hombres que estaban luchando, en el momento en que uno de ellos atravesaba con su espada el cuerpo de su adversario.

El vencedor sacó la espada del cuerpo del muerto y miró a la vieja con enfado. La anciana pudo ver perfectamente el rostro del hombre y, al verlo, soltó el candil llena de espanto, no solo por la escena que había tenido ocasión de descubrir, sino porque había podido identificar al matador.

El candil caído en la calle al pie del ventanuco, y enfrente del muerto, despertó las sospechas de la justicia, y al fin la mujeruca se encontró detenida y acosada por los alguaciles. Ella decía que el candil no era suyo, y hasta negaba haber escuchado el ruido de la pelea, pero el temor huidizo que había en su actitud dejaba entrever que ocultaba la verdad, por lo que el alcaide mayor, don Martín Fernández Cerón, resolvió que se le diese tormento para interrogarla con mayor garantía. Ataron a la mujer al potro y empezaron a estirar sus miembros. La anciana, sin poder resistir el dolor ni el secreto que guardaba, confesó que el autor de aquella muerte había sido el propio rey don Pedro en persona.

El alcaide ordenó que cesase el tormento y, muy confuso, fue a comunicarle secretamente al rey lo que la vieja decía. El rey, en lugar de enfurecerse o preocuparse,

ordenó que se la soltase y se le entregase cierta cantidad de dinero para compensarla de sus sufrimientos. En cuanto a la justicia que procedía en el caso, el rey don Pedro no quiso que el hecho quedase impune, y ordenó que, como expiación, se colocase en el lugar de la muerte una reproducción de su propia cabeza.

Calle de la Cabeza, Madrid

Durante el reinado de Felipe III vivía en esta calle, asistido por un criado, un sacerdote que al parecer era poseedor de muchas riquezas. Una noche, el criado asesinó al sacerdote, decapitándole, y tras recoger todo el oro y las joyas que encontró en la casa huyó a Portugal.

Pasaron los años y, cuando aquel crimen impune había sido olvidado, el criado, hecho ya un caballero gracias a las riquezas sangrientamente adquiridas, regresó a Madrid en la convicción de que no sería reconocido por nadie.

Un día que el flamante caballero recorría las calles del Rastro, las cabezas de carnero que se ofrecían en una carnicería le recordaron que era ése uno de los platos de su preferencia en sus antiguos tiempos de criado, y decidió comprar una y llevársela a su casa para que se la cocinasen.

Llevaba el hombre la cabeza en un capacho oculto bajo la capa, ignorante de un rastro de sangre muy copioso que iba dejando tras de sí. A la vista de aquella sangre un alguacil lo detuvo para conocer lo que ocultaba bajo la capa. El hombre sacó el capacho y mostró su contenido, pero la cabeza de carnero se había convertido en la cabeza de aquel sacerdote a quien asesinara tantos años antes, cuyos ojos fijos lo miraban acusadoramente.

Horrorizado, el antiguo criado confesó su crimen y fue juzgado y condenado a muerte. Se dice que, en el mismo momento de su ajusticiamiento, aquella cabeza prodigiosa que había sido la prueba del crimen volvió a ser la de un carnero común y corriente.

De despoblados y pueblos sumergidos

Despoblados

A lo largo de las tierras españolas hay topónimos que recuerdan lugares donde vivió la gente, pero que por algunas circunstancias adversas o dramáticas quedaron un día despoblados. A veces se dice que fue una plaga de insectos la causante de la huida de los habitantes.

Cerca de Sahagún, León, frente a Saelices del Río, hay un lugar llamado La Torre de Barriales en que un día existió un pueblo que sus habitantes se vieron obligados a abandonar por una terrible invasión de termitas que destruyó las vigas que sostenían las casas y hasta los carros y aperos de labranza.

Una invencible plaga de hormigas rojas, que pululaban en todos los lugares, en las calles, las casas, las cuadras y las huertas, ocasionó la desaparición de Ordoño, una localidad próxima a la riojana Quel. También en La Rioja, la aldea de Garranzo tuvo un emplazamiento anterior al actual, que ya nadie recuerda, y que debió ser abandonado por una invasión de carcoma.

En otras ocasiones los propios habitantes han desaparecido como consecuencia de un funesto accidente causado por algún ser tóxico.

En Soria existió un pueblo denominado Mortero, poseedor de muchos prados comunales, cuyos habitantes perecieron en el banquete de una boda vecinal porque las aguas que bebieron estaban envenenadas, al haber ido a vivir en el pozo una salamandra acuática. Al parecer, solamente se salvó una anciana a la que habían encomendado cuidar del ganado del pueblo mientras celebraban la fiesta nupcial. La vieja, que como único superviviente del pueblo heredó todo su patrimonio, no quiso seguir viviendo en un lugar tan desdichado y se trasladó a la vecina localidad de Arévalo, a cuyos habitantes donó a su muerte las dehesas y ganados que un día habían pertenecido a los habitantes del desaparecido Mortero.

Una especie de salamanquesa, la sacabera, causó la muerte de todo el pueblo de

Cospedal, en la comarca leonesa de Babia. Al parecer, el venenosísimo animal había caído en la rueda del molino y había vertido su ponzoña en la harina que debía utilizarse para confeccionar el pan del santo, en la fiesta del pueblo. Así fue como, mientras celebraban a san Mamés, su celestial patrono, y consumían su pan en el banquete, todos los habitantes del pueblo se envenenaron, y todos fallecieron, sin excepción alguna, originando un dramático despoblado que todavía se recuerda.

Un envenenamiento colectivo y mortal, aunque en este caso no se conocieron nunca sus causas, trajo la muerte a todos los varones de la localidad de Venturiel, en la riojana Jubera, después de que, en el banquete anual de su cofradía en casa del correspondiente mayordomo, consumiesen una abundante caldereta de cordero. Las viudas, con sus hijos huérfanos, abandonaron el lugar maldito, que quedó despoblado.

La laguna de Antela

Junto a los pueblos anegados por los embalses, que acaso acaben suscitando su propia leyenda, son bastantes los que han desaparecido por causas sobrenaturales, comúnmente una maldición divina, dando origen a un lago o a una laguna.

En términos de la orensana Ginzo de Limia, en el mismo lugar que ahora ocupa la laguna de Antela, existió una ciudad llamada Antioquía. Al carácter belicoso de las gentes de aquella ciudad, muy agresivas con los pueblos de los alrededores, se unía su mal corazón. Sus pecados contra la caridad llegaron al extremo de que Dios decidió castigarlos, pero antes bajó Jesucristo a hacer una visita a la ciudad para salvar a los justos que pudiese haber entre tanto pecador.

Tomó el aspecto de un mendigo y se puso a pedir limosna por las calles, recorriendo sus puertas una tras una sin encontrar una sola casa en que se conmoviesen de su mísera apariencia ni de sus tristes súplicas, y hasta le decían que se fuese con malos modos. Ya se marchaba Jesucristo de Antioquía, monte arriba, muy apenado por el comportamiento de sus habitantes, cuando entre los robles vio una choza de la que salía un hilo de humo. En aquella choza vivía una pobre vieja que no tenía otro patrimonio que una cabra y una gallina. Cuando la vieja oyó la voz del mendigo pidiendo a la puerta, lo mandó pasar, le hizo sentarse, le dio un tazón de leche con un huevo batido y, al ver el aspecto tan desdichado que tenía, hizo que aquella noche descansase en su propio camastro.

Cuando amaneció, Jesucristo mostró a la vieja el castigo que habían merecido las gentes de Antioquía por su mal corazón: sin que uno solo de sus habitantes se hubiese salvado, la ciudad había desaparecido bajo las aguas de un lago.

«Na mananciña de san Xoán, cando o primeiro raio do sol relampra na lagoa, alá embaixo, moi fondo, albíscase o campanario da igrexa. E a noite do Nadal, ás doce en punto, óense cantar os galos.» Esto es lo que añaden los narradores locales cuando relatan esta historia.

El lago de Isoba

La historia de uno de los lagos de Isoba, en León, es bastante parecida a la anterior. En Isoba hay dos lagos, el de Arriba, muy profundo y comunicado al parecer con el mar, y el de Abajo, donde tuvo lugar el prodigio. En el pueblo que había allí remotamente vivía Magdalena, que aunque por entonces debía de ejercer su poco ejemplar profesión, fue la única que se apiadó del pobre mendigo bajo cuya apariencia Jesucristo verificaba la caridad de los vecinos. Comprobada la inhumanidad de aquellas gentes, Jesucristo, extendiendo sus manos sobre la villa, la maldijo con estas palabras:

Húndase Isoba,
menos la casa de la pecadora.

Y las aguas anegaron la villa.

Otras versiones aluden también a la casa del cura dentro de las exclusiones de la maldición divina, pero parece que se trata de una interpolación interesada, y además incongruente, que no estaba en el relato original.

El lago de Sanabria

«Antiguamente llamaban al llagu Villalverde de Lucerna. Nu yera llagu entuences, yera una villa.» Así empezarían a contarnos esta historia, en una de las lenguas de la zona.

En el mismo lugar que ahora ocupa el lago de Sanabria, en Zamora, existió una ciudad que unos narradores llaman Valverde y otros Villaverde –o Villalverde– de Lucerna. Por allí pasó también Jesucristo en forma de mendigo, y nadie del pueblo quiso darle limosna, y hasta lo insultaron, y hubo quien le echó los perros. Solo el panadero se compadeció del mendigo y horneó para él un pan que creció tanto que no podía salir por la puerta. El misterioso mendigo le dijo al panadero y a su familia que subiesen a lo más alto del monte, y luego, clavando con fuerza su cayado en el suelo, exclamó:

Aquí finco mi bastón,
aquí nazca un gargallón.

Y comenzó a surgir agua de la tierra con tanto caudal que el pueblo quedó pronto anegado y todos sus habitantes perecieron.

Mientras el pueblo estaba siendo inundado, algunos intentaron salvar las campanas. Una la ataron a un toro y la otra a un buey. El toro consiguió sacar su campana y es la que ahora está en un pueblo cercano al lago. El buey, por su parte, no consiguió sacar la suya y se ahogó. El día de San Juan, cuando despunta el sol, repica la campana que está en el fondo del lago, pero solo pueden oír su tañido quienes no están en pecado mortal. También se dice que, ese mismo día, el toro que consiguió salvar la otra campana llega hasta la orilla del lago y muge, llamando a su compañero.

De *xanas*, *lamias*, *donas* y fuentes prodigiosas

Quien haya escuchado de noche, en la soledad del monte, el fluir de las fuentes o el murmullo de los arroyos, al oír las oscuras y cantarinas voces de mujer que se mezclan con el sonido de las aguas entenderá las viejas historias acerca de las ninfas que habitan en ellas. Son las *xanas* o *janas* asturianas y leonesas, las *anjanas* cántabras, las *lamiñak* vascas, las *donas* y *donas d'aigua* aragonesas y catalanas. En el resto de España hay unas moras o *mouras* que cumplen ese mismo papel y que a veces se confunden con las que pudiéramos llamar «moras» genuinas. Muchísimas fuentes están señaladas por su presencia o algún suceso en que ellas intervinieron.

Las *xanas* y *janas* son muy bellas, visten túnica de blanco lino, tienen hermosas melenas rubias que peinan con peines de oro y cautivan con su voz. Hacendosas, hilan sin cansancio, con huso y rueca, sus madejas de hilo de oro, que extienden a la orilla del agua, después de lavarlas, en las noches de luna llena. Son caprichosas, en general temibles, pues atraen a los mozos para ahogarlos en las fuentes de los ríos. No pueden dar de mamar a sus hijos, que se crían desmedrados, y a veces los cambian por los hijos más rollizos de los mortales. Pueden producir malos hechizos. También pueden regalar una madeja o una figura de oro. Se ha dado el caso de haberse casado alguna de ellas con un mortal, aunque no se conoce que ninguno de estos matrimonios haya dado buenos resultados.

En la fuente del Naranco del Val de Osín o Valdosín, León, donde brota uno de los manantiales del río Esla, hubo una *jana* que se estaba peinando los cabellos con su peine de oro. Pasó cerca un pastor y la *jana* le preguntó qué era lo que más le gustaba de ella. El pastor, encandilado por el brillo del oro, dijo que el peine, y la *jana* se retiró a la fuente con aire de enojo. Cuando volvió al rebaño, el pastor descubrió consternado que los lobos lo habían diezmado. Sin embargo, en la fuente de Pumarín, en Blimea, Asturias, una *xana* le preguntó lo mismo a otro pastor y, al responderle éste que le

gustaba toda ella, pues nunca había visto una mujer tan hermosa, la *xana* le regaló dos ovillos de oro. En Nueva de Llanes, Asturias, se canta un romance que habla de una *xana* que vivía en la fuente de Cueto Lloro, y que con sus cantos atrajo a tres niñas hasta el interior de la tierra, donde se perdieron para siempre.

También en el berciano lago de Carucedo –y no en otros, como algunos narradores poco rigurosos señalan– vivió una *jana* llamada Carucea que, para tomar venganza de los romanos que habían invadido su territorio y destruían sus montañas en busca de oro, atrajo hasta las aguas al pretor Carisio, con el señuelo de su hermoso cuerpo y de un bellissimo palacio de cristal que sería su morada. Allí hizo que se ahogase el implacable invasor.

Las *anjanas* son al parecer muy semejantes a las *janas*, aunque se asegura que son espíritus sosegados y que Dios las creó para hacer el bien, que cantan y danzan con mucha dulzura, que son obsequiosas y que sus grutas tienen el suelo de oro y las paredes de plata. También hay quien dice que las *anjanas* vengan a las mujeres burladas.

Los narradores cuentan que las *lamias* vascas, que entraron en decadencia cuando llegó el cristianismo a sus tierras, eran hospitalarias y amigas de la conversación. Se cuenta que un vecino de Indusi, para protegerse de una tormenta, se metió en una gruta que existe en aquellos parajes, llamada cueva de Balzola. En la cueva vive una *lamia*, que en aquella ocasión se apareció al inesperado visitante y estuvo departiendo buen rato con él. Al despedirse, la *lamia* le regaló a su interlocutor un pedazo de carbón, que al salir de la cueva se transformó en oro puro.

En Caldes d' Estrac, Barcelona, hubo una *dona d'aigua* que habitaba desde hacía mucho tiempo en la llamada Torre de los Encantados, un lugar cargado de historias prodigiosas. Las gentes del lugar atribuyeron a la *dona* una larga racha de malas cosechas y escasez de pesca que había sobrevenido de repente. Un grupo de vecinos fue a visitar a la *dona* para contarle sus cuitas y suplicarle respetuosamente que se trasladase a otro sitio. Ella, compadecida, les dijo que iba a regalarles una riqueza que nunca habría de faltar, para fortuna del pueblo. Y con un golpe de su varita de fresno hizo brotar de una peña el manantial de agua salútfiera que ha dado fama y prosperidad a la villa.

La anjana de los montes de Ucieda

En una aldea de los alrededores de Ucieda, Cantabria, vivía un joven leñador que había tenido relaciones amorosas secretas con una muchacha del contorno, y que la había abandonado, tras dejarla embarazada, para cortejar a otra muchacha de la que se había hecho novio y con la que, al parecer, tenía el propósito de casarse.

Un día el leñador oyó quejarse con fuertes lamentos al árbol que estaba empezando a talar. Intimidado, se detuvo, y pudo oír claramente una voz que salía del tronco del árbol para pedirle que no continuase con sus hachazos, pues allí estaba encantada una doncella, a quien pertenecía la voz que le hablaba, y que le prometió hacerle muy rico si la desencantaba. Para ello debía ir a una de las cercanas fuentes del río Saja y golpear el agua con una rama de avellano, reclamando así la presencia de la *anjana* que allí vivía, que le diría lo que tenía que hacer.

El leñador volvió a su aldea muy asombrado y le contó a su novia lo que le había sucedido. La novia le aconsejó que ayudase a desencantar a la sedicente doncella, pues las riquezas prometidas les permitirían casarse antes de lo previsto. De manera que el joven leñador fue a la fuente del río que el encanto le había indicado, golpeó el agua con la vara de avellano y enseguida salió la *anjana*, una dama muy hermosa de grandes ojos claros, a quien le contó el caso. La *anjana* le mandó ir a una de las cuevas del monte y traerle de allí una flor muy brillante que encontraría, necesaria para deshacer el encantamiento.

Mas una vez dentro de la cueva, el leñador no solamente no fue capaz de encontrar la flor que la *anjana* le había pedido, sino que se perdió y anduvo dando vueltas por las entrañas del monte, como atrapado en los efectos de un sortilegio, sintiendo cómo le crecía el pelo, la barba y las uñas, y cómo su ropa y calzado se iban deshaciendo por el paso del tiempo. Al fin pudo encontrar la flor, y luego una salida que le permitió abandonar la cueva.

Cuando el leñador llegó a su pueblo, todos se asustaban ante la visión de aquel espantajo apenas vestido con harapos y cubierto por cabellos y barbas que le llegaban a los pies. Ni en su casa ni en la de su novia pudo encontrar a nadie reconocible ni que lo reconociese a él y, mientras huía despavorido, imaginando que se había vuelto loco, tuvo una caída que lo dejó maltrecho en una calleja del pueblo.

Solo una mujer vieja se compadeció del extraño ser, le dio alimentos, le rapó aquellos cabellos y aquellas barbas asilvestradas, y lo dejó dormir en su pajar. Era aquella misma amante secreta que el leñador había dejado embarazada, convertida ahora en una anciana, porque habían transcurrido cincuenta años desde el momento en que había entrado en la cueva, en la prisión de tiempo con que la *anjana* le había castigado por su mal comportamiento con aquella muchacha.

Los narradores cuentan que el leñador y su antigua amante vivieron juntos los años que les quedaron de vida, atendidos por el hijo nacido de sus secretos amores, pero no dicen nada de la flor maravillosa ni de la doncella encantada en el árbol, que acaso solo eran instrumentos mágicos para que la *anjana* llevara a cabo su propósito justiciero.

La fuente agridulce

En los tiempos en que Granada conoció el esplendor de la cultura árabe se tenía como muy prodigiosa, por los cambios de sabor y los efectos de sus aguas, una fuente que vierte en el Darro, conocida como la Fuente Encantada, nativa en una gruta a la que dicen que todavía se podía llegar hasta hace poco tiempo, siguiendo una senda que salía del llamado puente de las Cornetas.

Aquellas aguas, según cuenta su historia, tenían a veces sabor amargo, que llegaba a parecer de hiel, y otras lo tenían dulce, hasta un gusto de puro almíbar. Su sabor no las hacía tóxicas, pero modificaba durante unas horas el carácter y el comportamiento de las personas que las bebían. Si las aguas estaban amargas, los enamorados se volvían esquivos, quien estaba jubiloso se apenaba, y los optimistas sentían el corazón lleno de negrura. Si, por el contrario, las aguas brotaban dulces, los tristes se regocijaban, el bebedor se enamoraba locamente de la persona a la que antes veía con indiferencia, y no había corazón que no se sintiese capaz de las mayores hazañas.

Un hombre muy sabio, que había estudiado y conocía bien la condición y virtudes de todos los parajes de Granada, aseguraba que en aquella gruta vivía un genio de naturaleza femenina, y que el sabor de las aguas y sus efectos en las conductas se correspondían con los cambios de sus propios sentimientos: el amargor provendría de sus lágrimas, si por alguna causa se encontraba triste, como el dulzor provendría de la alegría de su ánimo.

Sin embargo, aquellos efectos se hacían notar inmediatamente en la comunidad y llegaban a ser causa de alteraciones públicas y de molestos malentendidos, de manera que las autoridades acabaron ordenando que ante la gruta se montase una guardia permanente para evitar el acceso de los bebedores y de la gente que llenaba sus cántaros.

La fuente se conservó clausurada y vigilada hasta que los cristianos conquistaron Granada. Con tantas cosas que desaparecieron en la conquista, aquel genio femenino que

habitaba en la cueva se marchó también, aunque dejó como recuerdo el sabor agridulce, más bien agrillo, con el que la fuente sigue manando todavía. Parece que conserva algunas virtudes, pero no la de exaltar la alegría o la tristeza de los bebedores.

La fuente de Rosales

En Rosales, León, existe una fuente en la que hay escondido un tesoro que nadie ha podido encontrar. El testimonio más reciente de su XX, y fue transmitido por un existencia viene de principios del siglo venerable padre agustino.

Una pastora estaba una tarde lavándose las manos en la fuente cuando descubrió que entre el agua, y con el vaivén de la corriente, se movía un hilo que parecía tener su origen en el propio manantial. La pastora empezó a tirar de aquel hilo y pudo comprobar que, en efecto, salía de la boca de la fuente. Y tiró del hilo, y tiró, y el hilo no dejaba de salir, hasta el punto de que la muchacha buscó un palo para irlo devanando, y continuó tirando y devanando hasta que tuvo en las manos un ovillo grandísimo.

Sin embargo, el hilo no terminaba, la tarde crecía y la pastora debía reunir el rebaño y regresar a la casa en que trabajaba, de manera que decidió dar por terminada aquella labor que parecía no tener fin, sacó de su faltriquera unas tijeritas y cortó el hilo. Entonces, el extremo que salía del manantial empezó a retroceder hasta perderse del todo en la boca de la fuente, y la pastora pudo escuchar una voz burlona que, en el dialecto de la comarca, le dijo:

Devanar, devaneste,
pero no acabeste;
si una vuelta más hubieras dau,
una devanadera de oro hubieras sacau.

Así son las cosas con ciertos encantamientos.

La fuente Velasca

La fuente Velasca, que tal nombre recibe en la actualidad después de haber sido conocida con otros a lo largo de los tiempos, está situada al oeste de Cabeza del Buey, en Badajoz, y durante muchos siglos ha sido un lugar tenebroso y maldito en el que venían a morir ahogados, atraídos por el irresistible reclamo de tres espectros en forma de hermosas moras, los hombres que pasaban junto a ella después de ponerse el sol. Aquellas figuras espectrales y traicioneras eran las de tres princesas que estaban sujetas al encanto de la fuente. Su historia se remonta al tiempo en que los árabes reinaban en España.

Un rey moro, en una de sus incursiones por la parte cristiana, consiguió capturar a una joven princesa. La princesa, enamorada de su captor, consintió en ser su esposa y hasta en convertirse al islam. Tuvieron tres hijas, educadas también en la fe de Mahoma, que al crecer fueron famosas por su belleza y lo vasto de sus conocimientos en muchas artes. Su nombre, traspasando fronteras y desiertos, llegó a oídos de su otro abuelo, el rey cristiano padre de aquella princesa primero cautiva y luego renegada. Por medio de varios de sus hombres, de probado valor y curtidos en las aventuras de la andante caballería, el rey cristiano preparó un plan para capturar a sus nietas moras, conducir las a su reino y educarlas en su fe.

El plan fracasó, pero hizo que el abuelo árabe se preocupase mucho por el futuro de aquellas tres princesas, que incluso habían prestado su colaboración en el intento de rapto de los caballeros cristianos. Así, resolvió acudir a la sabiduría de sus magos y dejarlas encantadas para siempre en una fuente cercana a su castillo, obligadas a bordar eternamente unas babuchas.

Pasaron los años y los siglos, los árabes abandonaron España, el castillo se desmoronó y hasta llegaron a desaparecer sus ruinas, y las hermosas princesas continuaban

encantadas en la fuente, causando la muerte de los hombres que pasaban de noche por sus alrededores.

Un estudiante encontró fortuitamente en el Alcaná de Toledo unos manuscritos arábigos que narraban el caso y decían lo que era necesario hacer para liberar a las princesas del encanto: tres hombres jóvenes debían acercarse de modo voluntario la noche de San Juan a aquella fuente hechizada, y decir en voz alta cierta fórmula. En compañía de dos amigos, el estudiante se dirigió a la fuente Velasca en la fecha indicada. Cuando estuvieron en el lugar, los jóvenes, uno tras otro, pronunciaron las palabras mágicas:

–Zaida, tu madre me manda.

–Zoraida, tu madre me envía.

–Zobeida, salid las tres.

Y, naturalmente, las princesas quedaron muy satisfechas de haber sido desencantadas, aunque el siguiente paso que dieron sus libertadores, el bautismo de las tres, las hizo desaparecer para siempre. Con ello acabó el maleficio de la fuente.

La fuente de los mozos

Parece que no están muy lejanos los tiempos en que los recién casados de las tierras de Guadalaviar, en Albarracín, Teruel, iban a celebrar junto a tal fuente, cercana a una gruta que hay en la ladera de la Muela de San Juan, el segundo banquete nupcial para que su matrimonio se impregnase de las virtudes del lugar.

En aquella gruta, conocida como Cueva de la Mora, permanece encantada una muchacha árabe desde hace siglos. El origen de su encanto tuvo lugar en los días en que el poderío del reino moro de Albarracín era abatido por el avance cristiano y los notables árabes huían.

Uno de los fugitivos llevaba en su caballo a su joven prometida. La cabalgada estaba siendo larga, la impedimenta era grande y la montura se mostraba más agotada a cada paso, de manera que el jinete decidió dejar a la muchacha al cobijo de aquella gruta montañosa, con la promesa de que muy pronto regresaría a recogerla.

No se sabe lo que fue de él, y es muy probable que perdiese la vida en las violentas pugnas que estaban teniendo lugar aquellas jornadas. El caso es que nunca regresó. La muchacha lo siguió esperando, y su fiel disposición, ayudada por alguna virtud del paraje, se convirtió en un poderoso hechizo que la hace permanecer allí todavía, en espera de que su novio cumpla la lejanísima promesa.

Es posible ver a la muchacha una vez al año, cuando rompe el alba de San Juan. En ese momento sale de la gruta, se acerca a la fuente y se arregla los cabellos con un peine de oro, antes de esconderse otra vez en su refugio.

La fuente de la Julianita

En Aracena, Huelva, se ha perdido la localización exacta de la fuente de la Julianita, pero su historia sigue viva y hasta sirve de motivo para advertir a los más jóvenes sobre el peligro de ciertos ensimismamientos.

La Julianita era una moza guapa y alegre que colaboraba con su familia en las tareas campesinas de las que todos ellos vivían. Montada en el asno de la casa, iba a por agua, llevaba la comida a la gente que estaba trabajando en el campo o cumplía cualquier otro recado que se le encomendase.

En sus idas y venidas pasaba muchas veces frente a una fuente que manaba en la falda del monte San Ginés. Era un sitio rodeado de espesura, umbrío, silencioso. Desde el camino se podía vislumbrar el manantial, impregnado de la luz del día, que se depositaba allí como un cuerpo sólido. La gente decía que no convenía detenerse en aquel sitio, y menos acercarse al manantial, porque era la habitación de un duende engañador y peligroso. Por eso, cuando la Julianita pasaba ante el lugar le daba unas palmadas a su asno para que apretase el paso y sentía en el ánimo un estremecimiento de miedo que, como duraba tan poco, era casi gustoso.

Una tarde de verano, al regresar la muchacha a su casa atravesando otra vez aquel paraje, sintió una vocecita suave que decía claramente su nombre. La vocecita provenía del lugar de la fuente y Julianita, olvidando las advertencias, hizo que su burro se acercase hasta allí. Entonces, tras la espesura descubrió la fuente, en la que se reflejaba la luz del atardecer formando un espacio luminoso en el que volaban las libélulas y brillaban los juncos. Parecía que el tiempo estaba dormido.

La Julianita oyó otra vez la vocecita. «Cómo me gustas, Julianita», decía muy claramente. «Qué alegría me da verte pasar delante de mi casa. Qué bonita eres.» Así pronunciaba este y otros halagos que encandilaban a la muchacha, quien se habría

quedado allí embobada, escuchando la voz, si la oscuridad creciente no le hubiera hecho comprender que ya era tarde y debía encaminarse a su casa.

A ese primer encuentro de la Julianita con el duende siguieron muchos, porque aquella temporada debía cruzar todos los días delante del paraje de la fuente. El duende le decía palabras muy hermosas, confesaba estar enamorado de ella y enseguida empezó a pedirle con insistencia que se fuese con él a los lugares encantados de las entrañas de la tierra, los manaderos de la fuente, donde había grutas maravillosas y parajes que ni siquiera en sueños podían imaginarse.

La Julianita estaba cada vez más embelesada con las palabras del duende. Nunca le había visto claramente, pero sabía que era un ser pequeño, etéreo, que al hablar con su vocecita hacía que ella sintiese en toda su piel un tacto de brisa suave y fresca. La madre de la muchacha se dio cuenta del aire soñador de su hija, y pensó que andaba en amores con algún muchacho.

Por fin, un día la Julianita tomó la decisión de seguir al duende y ser su compañera, y reinar en aquellas grutas maravillosas a las que conducía la fuente, aguas adentro. Y dicen que, mientras el burro permanecía ramoneando la hierba de los alrededores, ella entró en la fuente abrazada al duende y se fue hundiendo en el agua poco a poco, hasta desaparecer.

La dona d'aigua del Montseny

Una enorme encina recuerda, en un paraje del Montseny, la historia de amor del señor de Can Blanch y de la *dona d'aigua*. Bajo tal encina descansaba un día el señor, durante una de las partidas de caza a las que era aficionado, cuando escuchó una voz dulcísima que cantaba no muy lejos de allí. Siguiendo el sonido de la voz, el señor bajó hasta el arroyo y encontró a la dama más hermosa que pudiera imaginar.

El señor de Can Blanch comprendió que ni la belleza ni la voz de aquella mujer correspondían a una criatura humana, sino a una *dona d'aigua*, uno de esos seres maravillosos que habitan en las fuentes y pertenecen al espíritu de la naturaleza. Mas quedó tan prendado de la dama que, incapaz de separarse de ella, le pidió que le acompañase a su torre y fuese su huésped durante unos días.

Ella accedió, y después de un tiempo, que fue de gustosa compañía para los dos, el caballero le pidió a la *dona d'aigua* que se casase con él. Ella reflexionó sobre aquella petición y al fin aceptó ser la esposa del caballero, con la condición de que nunca le recordase su naturaleza de *dona d'aigua*, pues en el mismo momento en que lo hiciese, se apartaría para siempre de su lado. Él prometió lo que ella quiso, y se casaron.

Fueron felices un tiempo. El señor olvidó la caza y solo vivía para estar con su bella esposa. Tuvieron un hijo y una hija. Pero la mujer dedicaba muchas horas al cuidado de los niños, por lo que el señor recuperó su gusto por la caza y la compañía de otros cazadores y comenzó a ausentarse de la torre con frecuencia. Una vez su esposa le reprochó sus ausencias, y al señor de Can Blanch le molestó el reproche. El entendimiento que había entre ellos durante los primeros años de matrimonio empezó a transformarse en discrepancia y hostilidad.

En cierta ocasión en que los excesos del señor de Can Blanch y sus compañeros de correrías habían alborotado la torre hasta altas horas de la noche, la esposa del señor vituperó su conducta con palabras fuertes. Lleno de soberbia, el señor de Can Blanch le

replicó a su mujer que ella no tenía ninguna autoridad para reprenderle pues, sin linaje ni sangre conocida, solo era una *dona d'aigua* que él había elevado a la nobleza. La mujer, sin decir una sola palabra, salió corriendo de la torre y desapareció en el bosque, aunque hubo quien aseguró haberla visto arrojarse a la sima del Gorc Negre.

Arrepentido, el señor de Can Blanch buscó infatigablemente a su esposa, pero no pudo encontrarla. Un día supo que, por la noche, la *dona d'aigua* regresaba a la torre, para conversar con sus hijos y cuidarlos. De su visita quedaban entre los cabellos de los niños las perlas en que se convertían las lágrimas que derramaba al separarse de ellos.

Parece que continuó visitándolos a lo largo de los años, pero el señor de Can Blanch no consiguió volver a verla nunca más, aunque gracias a aquellas perlas consiguió hacer frente a las deudas que amenazaban la estabilidad y el futuro del señorío.

VI. De milagros y vírgenes benditas

Fra Joan Garí

Fray Juan Garí fue uno de los primeros ermitaños que vivieron en Montserrat. Este hombre piadoso se cobijaba en una de las grutas de la montaña sin otro sustento que ciertas frutas del monte, algunas aceitunas que los campesinos le ofrecían y la leche de una cabra. Sus jornadas estaban dedicadas a la oración y al auxilio de las gentes que la precisaban en los tortuosos senderos de la montaña. Su fama de santo era tal que las gentes del llano, en los momentos de tribulación, miraban a la montaña y, al pensar en fray Garí intercediendo incansable por ellas ante la divina providencia, se sentían reconfortadas y más seguras.

Una vez cada año, fray Garí pregrinaba hasta Roma para visitar al papa, y su peregrinación estaba marcada por hechos prodigiosos: de cada paso que daba brotaba del suelo una flor blanca y muy aromática, su sed hacía manar fuentes de modo milagroso, su hambre llenaba de frutas los árboles del camino, y cuando estaba cerca de Roma, todas las campanas de la ciudad se ponían a repicar. El papa apreciaba mucho a fray Garí, y lo señalaba como modelo de vida santa.

También los demás ermitaños tenían a fray Garí por un santo. Procurando no turbar sus costumbres solitarias, buscaban refugio en las cuevas de los alrededores para que su cercanía les sirviese de estímulo en sus propósitos de oración y renuncia. Uno de ellos, un hombre muy viejo que pretendía vivir con tanta austeridad que en su cueva no tenía ni lecho ni crucifijo, se acercaba a veces al lugar donde habitaba fray Garí para mantener con él alguna piadosa conversación. La vida de fray Garí transcurría en la soledad y el sacrificio, y su única distracción era contemplar al alba y al ocaso, durante unos instantes, las tierras que se extendían a los pies de la montaña sagrada, y pensar en las pobres almas humanas que tanto necesitaban de su apoyo ante los ojos de Dios.

Un día, Riquilda, hermosa doncella hija de Wifredo el Velloso, conde de Barcelona, contrajo una misteriosa enfermedad que al principio se manifestó como una conducta

huraña frente a los que la rodeaban, pero que luego fue derivando hacia otras actitudes que acabaron en una profunda aversión a las santas reliquias, a las imágenes benditas y piadosas, y a los lugares consagrados al culto. De ello se vino a saber que estaba poseída por algún espíritu maligno, pero ningún exorcismo conseguía sacárselo del cuerpo.

Los narradores dan diferentes versiones de lo que sucedió a partir del momento en que los representantes de la Iglesia se declararon impotentes para librar a la posesa de sus demonios, que sin duda eran muy poderosos. Hay quien dice que algunos sacerdotes aconsejaron entonces llevar a la muchacha a presencia de fray Garí, y hay quien asegura que el propio demonio, por boca de Riquilda, lo pidió una y otra vez. El caso es que los tristes padres, siguiendo aquel consejo o petición, transportaron a la hermosa y perturbada doncella a la montaña, a la gruta de fray Garí, y la dejaron en su compañía, esperando que el poder del santo ermitaño lograra expulsar de aquel cuerpo virginal los demonios que lo habían invadido.

La larga soledad de fray Garí le había hecho olvidar la existencia de la belleza femenina, de la que sin duda Riquilda era un ejemplo notable. La primera jornada, el santo anacoreta, absorto en sus oraciones, no lo apreció. Sin embargo, los demonios que poseían a Riquilda querían tentar al ermitaño y lograron despertar su atención hacia la joven, que se mostraba muy solícita con él. Así, la segunda jornada sus oraciones ocuparon menos tiempo que la conversación con Riquilda, que parecía haber perdido su diabólico frenesí y mostraba su talante más dulce. La tercera jornada, el eremita y la doncella abandonaron la gruta y, recorriendo las sendas de la montaña, buscaron ramas de laurel para coronarse con ellas, y la joven cantó para el ermitaño bellas canciones de amor, que encendieron en el corazón de fray Garí emociones antes nunca sentidas.

Aquella misma noche, fray Garí olvidó las plegarias y las penitencias, encendió una gran hoguera en la gruta, y Riquilda y él tuvieron una plática muy dulce, y se besaron y acariciaron. Luego, fray Garí llevó a Riquilda junto al fuego y allí obligó a la muchacha a perder su doncellez. Cuando llegó el alba y despertaron, Riquilda, a quien los demonios habían abandonado por fin, lloraba a gritos, mientras fray Garí comprendía el gran pecado que había cometido. Atribulado, colocándose malamente su sayal, fray Garí abandonó su cueva y echó a correr en busca del viejo ermitaño, para pedirle consejo.

El anciano escuchó con aire severo la confesión de fray Garí. Luego le aseguró que sin duda su culpa era espantosa, y que cuando Riquilda contase el caso no solamente su larga fama de hombre santo de desvanecería, sino que todos los ermitaños y frailes que

tenían en la montaña su piadoso retiro quedarían señalados por aquella mancha. La única solución era que Riquilda enmudeciese para siempre, y el viejo ermitaño entregó a fray Garí un fino puñal que llevaba oculto entre los pliegues de su hábito.

Enloquecido, incapaz de serenarse y pensar en otra cosa que en su horrible pecado y las atroces consecuencias que llevaría consigo, fray Garí regresó a su cueva. De la hoguera solo quedaban las grises cenizas y, arrodillada frente a ellas, Riquilda, medio desnuda, continuaba gimiendo, cubierto su rostro con las manos. Con violenta decisión, fray Garí llegó hasta ella y le clavó el puñal una y otra vez hasta quitarle la vida. Luego quedó inmóvil un momento, atónito, antes de escuchar la carcajada que a su lado lanzaba el viejo ermitaño, transformado de repente en Satanás, el ser que había propiciado todos aquellos sucesos y desventuras.

Al caer en la cuenta de la magnitud de sus crímenes, la primera intención de fray Garí fue trepar al más alto peñasco de los contornos y arrojar al vacío. Sin embargo, había vuelto a despertar en él la piedad de que había dado ejemplo durante tantos años y comprendió que el suicidio sería otro pecado aún mayor que los anteriores, porque llevaría consigo el abandono de la responsabilidad que le correspondía, y del merecido castigo.

Fray Garí, después de enterrar a la desventurada Riquilda, se puso en camino hacia Roma, para confesar al papa sus pecados y conocer la penitencia que debía llevar a cabo. El papa, tras largo tiempo de meditación, le dijo que ni su larga y santa vida de ermitaño ni la mediación tentadora y maligna del diablo podían justificar sus pecados. Se había comportado como una bestia feroz y como tal debería vivir el resto de su vida, hasta que alguna señal le mostrase el perdón de Dios.

Desde entonces, moviéndose a cuatro patas, fray Garí se hizo una más de las alimañas del bosque. Bebía a lengüetazos el agua de los arroyos y comía lo que podía alcanzar con su boca, siempre alejado de los seres humanos. Su sayal se fue deshaciendo en jirones hasta desaparecer. Sus carnes desnudas se curtieron con los soles y con los fríos, y quedaron marcadas por cicatrices de mordeduras, garras y arañazos de espinos y zarzas. El pelo y la barba le crecieron hasta formar unos penachos peludos que arrastraba por el suelo.

Pasaron los años. De monte en monte y de bosque en bosque, sin conocer su paradero, olvidado hasta del lenguaje de los hombres, fray Garí acabó retornando al condado que gobernaba Wifredo el Velloso. En una cacería, los monteros de la partida

del conde encontraron una pieza nunca vista antes, de forma humana, de largo pelo en la cabeza y con la piel desnuda en el resto del cuerpo y la llevaron ante el conde. Aquel día, el conde y su esposa estaban rodeados por sus familiares y colaboradores más íntimos, porque había tenido lugar el bautizo de su último hijo. Envuelto en las ropas de acristianar, el niño permanecía en brazos de su madre.

El reencuentro con sus semejantes y con el hombre cuya confianza había traicionado de modo tan atroz, conmovieron a fray Garí. Recuperando con torpeza su habla humana, el antiguo ermitaño, antes de pedir perdón, se identificó y relató todos los extremos de su sórdida y sangrienta aventura.

La desaparición de fray Garí y de Riquilda, que tanto habían dado que hablar cuando ocurrió, estaba ya olvidada, pero la confesión de aquel extraño ser hizo que todos recordasen a la dulce muchacha. El conde, horrorizado y lleno de ira, echó mano a su espada para castigar a quien se declaraba autor del terrible crimen. Entonces, ante el estupor maravillado de todos, el niño recién bautizado, que aún no tenía un mes de vida, habló con voz potente, sonora, que retumbó en la bóveda de la sala, y dijo: «Ya tus pecados y crímenes han recibido perdón, fray Garí. Vuelve a tu gruta y a tus oraciones, y no peques más».

Algunos narradores añaden que Riquilda resucitó. Lo cierto es que Garí retornó a su eremitorio y que, con el tiempo, aquel humilde lugar, marcado por la oración, por el pecado y por el arrepentimiento, daría origen al monasterio de Montserrat.

San Andrés de Teixido

En un lugar abrupto y solitario, cerca del cabo Ortegal, sobre los acantilados, se alza San Andrés de Teixido, santuario que los vivos podemos visitar voluntariamente a lo largo de nuestra existencia mortal, y que, de no haberlo hecho, visitaremos sin duda después de la muerte, alojada de modo transitorio nuestra alma en el vehículo de cualquier animal, sea insecto, reptil o alimaña.

Esta sobrenatural virtud atractiva le fue concedida al lugar por el propio Jesucristo que, un día, en una de sus visitas al mundo, recorriendo aquellos parajes, encontró muy decaído al santo apóstol titular de la iglesia.

Nuestro Señor, siempre preocupado por sus criaturas, y más tratándose de un apóstol, le preguntó a san Andrés qué le pasaba para que se mostrase tan cariacontecido. San Andrés se puso esquivo, como si sintiese pudor en hablar de ello, pero Nuestro Señor fue tan insistente que al cabo el apóstol tuvo que confesar la causa de su pesadumbre.

San Andrés estaba triste al comprobar que, mientras centenares de peregrinos llegaban de las tierras más lejanas hasta Compostela para visitar la tumba de su colega, el apóstol Santiago, a su santuario apenas llegaban, y eso con buen tiempo, los campesinos de los alrededores. La falta de fieles devotos no era debida a que en su iglesia los afligidos no encontrasen consuelo ni los enfermos curación, sino a la diferente dificultad de los caminos, pues los que intentaban llegar a Teixido necesitaban un guía que los condujese por las trochas de aquella sierra de la Capelada, donde no era raro perderse y despeñarse.

Nuestro Señor Jesucristo consideró los motivos del disgusto de san Andrés y entendió que eran razonables, porque no tenía menos derecho al fervor de las gentes san Andrés que Santiago. De modo que resolvió que ningún alma entrase en el cielo, si eso era lo que le correspondía, sin haber visitado el santuario de San Andrés de Teixido, así fuese mientras vivía o tras la muerte. De ahí la sentencia:

A San Andrés de Teixido,
vai de morto o que non vai de vivo.

Hay mortales que están a punto de llegar pero que no lo consiguen y necesitan la ayuda celestial o algún hecho fortuito que los acerque al santuario. Se cuenta de unos mozos que estaban haciendo la romería y que encontraron una calavera en mitad de la senda. Poco respetuoso, uno de los mozos le dio una patada a la calavera y, como si se tratase de un balón de fútbol, sus compañeros lo imitaron. Así, se fueron pasando a puntapiés la calavera los unos a los otros, hasta llegar ante los mismos muros del santuario.

En aquel momento, la calavera se puso en posición vertical, y con una voz clara y jubilosa, pero sin duda de ultratumba por lo chirriante de los sonidos y su extraño eco, les agradeció que la hubiesen ayudado a llegar hasta allí para poder completar la peregrinación que había interrumpido una muerte súbita en mitad del monte.

De vírgenes benditas

Las imágenes recuperadas

La invasión árabe obligó a esconder muchas imágenes talladas o pintadas de la Virgen que, con ocasión milagrosa y conforme avanzaba la Reconquista, empezaron a reaparecer. Las historias son numerosísimas en toda España.

La Virgen de la Almudena, en Madrid, había sido oculta en un lugar de la muralla, y el piadoso secreto fue transmitiéndose de generación en generación, aunque con el tiempo se perdió el recuerdo del lugar exacto del escondrijo. Cuando la ciudad fue reconquistada por Alfonso VI, el rey dispuso que se echasen abajo las murallas para localizar la imagen bendita, pero la Virgen, sin duda para evitar que la ciudad quedase desguarnecida de aquellas defensas, produjo un milagroso desmoronamiento que mostró la imagen, flanqueada por los dos cirios que se habían colocado junto a ella al esconderla y que tres siglos después permanecían ardiendo milagrosamente.

Aunque habían pasado casi siete siglos, también estaba encendido el cirio que el santo ermitaño Frutos puso junto a la Virgen del Henar cuando la escondió para salvarla de los moros, en un lugar cercano a las hoces del río Duratón, en Segovia. Un pastorcillo manco reencontró la santa figura, que en el momento de su hallazgo produjo dos milagros:

el de que el pastorcillo recuperase su mano y el de una fuente de aguas virtuosas que, de repente, se puso a manar a los pies de la imagen.

En Narros, Soria, ante las noticias del avance sarraceno, los fieles enterraron la imagen en la cumbre de un cerro y bajo una campana, para que le sirviese de fanal protector. Pasados tres siglos, cuando se había perdido el recuerdo del escondite, unos pastores empezaron a oír el tañido de aquella campana enterrada, y el repique se hizo tan habitual y persistente que, buscando y rebuscando su origen, la bendita imagen fue descubierta. Campana e imagen fueron trasladadas a la falda del cerro, donde se levantó la ermita. La Virgen fue llamada «del Almuerzo», y con tal nombre se conoce aquella sierra, en

recuerdo de una jornada de descanso y banquete que allí tuvieron un día los desdichados siete infantes de Lara, que, por cierto, fueron devotos de la imagen cuya recuperación permitieron las milagrosas campanadas.

Otras imágenes no han accedido con tanta facilidad a ser trasladadas del lugar de su descubrimiento. La Virgen de Moclón, en Júzcar, Málaga, fue encontrada entre unas jaras por un pastorcillo, que acudió al lugar atraído por un intenso y misterioso resplandor. El pastorcillo guardó la imagen en su zurrón y se la llevó, pero cuando llegó a su casa el zurrón estaba vacío. Al día siguiente volvió a encontrarla en el mismo sitio, reclamado por el prodigioso fulgor, y otra vez, al llegar a su casa, la imagen había desaparecido del zurrón en que la había metido. El milagroso encuentro y la extraña desaparición se repitieron. Con ocasión de la cuarta vez que encontró la imagen resplandeciente en la jara a donde misteriosamente regresaba desde su zurrón, el pastorcillo, imaginando que era cosa de los demonios, en lugar de coger la imagen le tiró una piedra, pero la piedra rebotó de modo extraño e hirió al propio agresor. La historia del pastorcillo hizo que el hecho milagroso se divulgase, y al fin las gentes de la comarca erigieron una ermita para la imagen en el mismo lugar en que fue encontrada. Curiosamente, con los años la divina tozudez se atenuó, y los devotos consiguieron trasladar la imagen a Júzcar.

Otras muchas imágenes se han resistido milagrosamente a abandonar el lugar en que fueron halladas. La imagen de la Virgen de Montserrat, tallada por el propio san Lucas y transportada a España por san Pedro –como la madrileña de Atocha–, fue escondida en una cueva del macizo de Montserrat durante la invasión sarracena. Encontrada merced a unas maravillosas luces que anunciaron su emplazamiento, se hizo milagrosamente tan pesada que fue imposible trasladarla a otro lugar, y en el mismo de su hallazgo hubo de erigirse el santuario dedicado a su devoción.

En cierta ocasión se acordó un nuevo emplazamiento para la ermita destinada a Nuestra Señora de Balzaga, en la vizcaína Rigoitia. Se reunieron los materiales necesarios en el punto en que debía alzarse el nuevo edificio, pero cuando llegaron los operarios para comenzar el trabajo se encontraron con que todo había desaparecido. Enseguida se supo que había sido llevado de manera misteriosa al lugar en que se encontraba la ermita antigua. El extraño traslado se repitió, y los encargados, tras acarrear las cosas al lugar del nuevo emplazamiento de la iglesia, se quedaron vigilando y pudieron contemplar cómo aparecía una luminosa carreta tirada por dos grandes bueyes blancos y conducida

por una hermosísima moza. Entonces, todo el material reunido comenzó a cargarse, sin ayuda de nadie, en la carreta, que de súbito desapareció. Al comprobar que las vigas, las piedras y todo lo necesario para la construcción había vuelto a ser transportado junto a la vieja ermita, se decidió ampliarla y no contrariar los deseos de la Virgen, manifestados de modo tan insistente.

De apariciones singulares

En la manifestación de la figura de la Virgen no siempre ha habido aparición de una imagen física, como tampoco los primeros testigos del milagro han sido solamente pastores, pescadores o gentes comunes.

1218, se apareció dos veces en sueños La Madre de Dios, en el año a san Pedro Nolasco, san Raimundo de Peñafort y al rey Jaime I, y les convocó por fin a una reunión en que se les aparecería directamente, como así hizo, para incitarles a crear la orden de la Merced, destinada a redimir a los cautivos de los moros. A partir de los rasgos que se pudieron apreciar en la milagrosa aparición, interpretados por diversos escultores, se tallaron las imágenes que deberían representar a Nuestra Señora, y se eligió al final la que más se le parecía. Éste fue el origen de la actual imagen de la barcelonesa Virgen de la Merced.

Un rey en persona, el de Navarra, la Bureba y Nájera, García Sánchez III, encontró mientras cazaba la imagen de Santa María gracias a un azor que, en persecución de una paloma, entró en una gruta. La imagen, ante la que azor y paloma permanecían apaciguados, tenía a sus pies una lámpara encendida y un jarrón con azucenas frescas. Esto daría origen a la fundación del monasterio de Santa María la Real, de Nájera.

En algunos casos han sido los propios ángeles los realizadores de la santa imagen. Es el caso de la valenciana Virgen de los Desamparados, tallada por unos supuestos mendigos de los que cada día se acercaban a una cofradía fundada por fray Juan Jofré para ayudar a los huérfanos y menesterosos. Aquellos mendigos, que según decían eran buenos conocedores del arte de la talla, se encerraron en una habitación con todo lo necesario para esculpir la imagen. Cuando se abrió la puerta de la estancia, mucho tiempo después, los supuestos mendigos habían desaparecido, pero quedaba una imagen de la Virgen, tan hermosa y benéfica que en su presencia recobró la vista una ciega que allí se encontraba.

Árboles y lugares marianos

Son numerosos los miembros de especies vegetales entre cuyas ramas o raíces le ha gustado a la Virgen presentar sus imágenes: zarzas y espinos, robles y encinas, almeces y abedules, parrales y viñas, pinos, tejos y sabinas, olivos y madroños, higueras, perales y manzanos, esparto, acebo, matas de romero y boj. Se puede decir que no hay familia arbórea o arbustiva que no haya sido utilizada para la llegada a la tierra de sus imágenes.

Entre las ramas de un gigantesco roble, al pie del cual manaba una fuente y cuyo tronco servía de cobijo a un panal de abejas, encontró Nuño, bandolero que se había hecho anacoreta arrepentido de su vida de pecado, la imagen de Nuestra Señora de Valvanera, en La Rioja. Siguiendo las instrucciones del ángel, Nuño taló el roble, y con su madera se tallaron una peana para la imagen y un crucificado. Hay que añadir que la curiosa disposición del Niño que reposa en el regazo de la Virgen, con la cabeza y el torso vueltos a un lado, como si hubiese abandonado de repente la actitud frontal de la imagen materna, se debe a un milagro, pues la pequeña imagen giró un día su cuerpo para no seguir viendo cierta escena procaz que se desarrollaba ante sus ojos en la soledad nocturna de la iglesia.

También el alcornoque a cuyos pies se encontraba la imagen de la Virgen del Rocío, la Blanca Paloma, sirvió para fabricar su pedestal. El descubridor fue un cazador a quien sorprendió la actitud expectante de los perros ante la maraña vegetal que disimulaba el lugar. El cazador, tras descubrir la imagen, se la llevó, pero la imagen regresó de forma milagrosa al lugar en que había sido hallada, con lo que mostró claramente sus deseos de ser adorada allí. Dicen que en la túnica que la cubría podía leerse: «Soy Nuestra Señora de los Remedios», pero lo cierto es que nunca ha mostrado disconformidad con que sus fieles, al dirigirse a ella, hayan ignorado totalmente ese nombre.

Las imágenes de muchas otras vírgenes aparecieron junto a una fuente o un río, o mostraron señales de que querían que fuesen sus inmediaciones el lugar apropiado para

alzar su santuario. Vírgenes de Caños Santos, de las Aguas, de la Vega, de la Fuente, de la Fuensanta, de las Caldas, se reparten por todas las tierras españolas. En algún caso, como en el de Nuestra Señora de Izarbe, Huesca, la fuente cercana al santuario llegó a ser tan milagrosa que de ella, en lugar de agua, fluían santos óleos.

La Virgen de La Franqueira, en Pontevedra, tras ser hallada en un cerro, hizo que la carreta en que la transportaban se detuviera milagrosamente junto a una fuente, lugar en el que se erigió su primera ermita. Hay que señalar que esta Virgen tiene mucha categoría en el escalafón de las imágenes marianas gallegas, pues, según cuentan los cronistas, con la primavera se congregan junto a ella, en señal de fraternal homenaje, las demás imágenes de la Virgen que hay en la zona.

También los montes y las peñas, y las cuevas o grutas, han sido lugares apropiados para la aparición de imágenes de la Virgen. Famosa es la imagen de la Virgen de la Candelaria, en Tenerife, descubierta por dos pastores guanches antes de la llegada del cristianismo a la isla. Al parecer, los pastores se extrañaron de que las cabras no quisiesen entrar en determinada cueva, y al atisbar lo que pudiese ocultarse en ella, vieron un bulto humano. Uno de los pastores, asustado, intentó tirarle una piedra, pero en el mismo momento su brazo quedó paralizado. Luego comprobarían que el bulto era la imagen de una mujer con un niño en brazos. La cueva se convirtió en lugar de culto y los guanches adoraron a aquella imagen como un objeto sagrado. Los cristianos de Lanzarote, al tener noticias de la milagrosa aparición, una noche se dirigieron furtivamente a Tenerife y robaron la imagen. Sin embargo, la imagen de la Virgen, en su nuevo emplazamiento, aparecía vuelta de espaldas cada día para mostrar su disgusto con la mudanza. Devuelta a Tenerife, se conoció el portento de que, a los ojos de los guanches, aquella imagen escamoteada por los cristianos nunca había dejado de estar presente en su cueva. Tras la conquista de Tenerife, la Virgen fue denominada de la Candelaria, por las milagrosas procesiones de ángeles que, durante la noche, recorrían las playas cercanas al lugar llevando en las manos velas de cera verde.

A veces, el milagro de la aparición de la imagen de Nuestra Señora ha tenido otros escenarios. Nuestra Señora del Mar, en Almería, apareció flotando entre las olas, en medio de una tormenta. Un farero la divisó, y cuando se dispusieron a recobrarla cesó la tormenta. Por mar llegó hasta Muxía, en las costas de Finisterre, sobre una barca de piedra movida por una vela también de piedra, la propia Virgen, que traía con ella una imagen suya en forma de Nuestra Señora de la Barca. Dicen que venía a animar al

apóstol Santiago en sus predicaciones. Ante la ermita de la Virgen permanecen las muestras de aquella navegación, la vela, una piedra de nueve metros de largo que se balanceó durante muchos siglos en señal propicia, llamada *a pedra d'abalar*, y la vela, otra gran piedra en forma cóncava, llamada *a pedra dos cadrides*, que cura los dolores de riñón de quienes pasan reptando bajo ella.

Y por mar llegó a San Vicente de la Barquera, en Cantabria, Nuestra Señora, subida en una barca resplandeciente que remontó la ría y se detuvo delante del pueblo. Unos pescadores la llevaron hasta la iglesia antes de que se le erigiese su propio santuario.

Algunos hechos milagrosos

Este breve ejemplario de una vastísima realidad, puede concluir recordando que, a veces, el nombre de la imagen se debe a curiosos lances. La Virgen del Dado, que se encuentra en la capilla del mismo nombre, en la catedral de León, fue trasladada allí desde el parteluz de la puerta del norte, donde una noche un jugador al que las cosas no le habían ido bien, de regreso a su casa, lanzó los dados con furia contra la imagen, una Virgen gótica con el Hijo en brazos. Un dado golpeó la frente del niño, que se puso a sangrar. El milagro hizo que el jugador se convirtiese en un devoto de Nuestra Señora y que acabase sus días como piadoso fraile franciscano.

También deberían evocarse las imágenes de la Virgen que, en muchos lugares de España, han sido ocasión, y lo son todavía, de hechos milagrosos. Nuestra Señora de la Natividad, en Mérida, Toledo, ha resucitado a varios muertos o agonizantes. El primer milagro ocurrió con motivo de la instauración de la imagen en el pueblo, a mediados XVII. Una mujer que había dejado la alcoba en que acababa de producirse el fallecimiento de su marido para saludar, llena de tristeza, a la procesión de la Virgen, encontró al regresar que el difunto estaba otra vez vivo y pedía que le quitaran la mortaja para vestirse decentemente. Otra milagrosa recuperación de vida fue la de un cazador muy devoto de la Virgen de la Natividad, que fue malherido por un jabalí y que, tras haber sido desahuciado por el médico y recibido los últimos sacramentos, despertó al día siguiente con las heridas curadas. Y se cuenta también la verdadera historia de un niño muerto que volvió a la vida en el momento en que iba a ser enterrado, por intercesión de esa misma Virgen.

Como ejemplo de una peculiar historia de curaciones milagrosas puede ser significativo el santuario de la Madre de Dios de la Balma, junto a los montes de Tossa y el río Bergantes, cerca de Zorita, en Valencia. La imagen fue hallada en una cueva por un pastor, que recuperó con tal motivo el movimiento del brazo que tenía baldado desde su

nacimiento. Como en otras ocasiones, la imagen se negó a moverse del sitio y en aquellos escabrosos lugares hubo que erigir su iglesia. Desde hace muchos años, en el mes de septiembre, son llevados a aquel lugar posesos de diversas procedencias para que los exorcismos de los sacerdotes y las indicaciones de algunas mujeres expertas, con la ayuda de la Virgen, consigan sacarles los demonios del cuerpo.

Otras son recordadas por la extraña naturaleza de sus milagros. La Virgen del Coro, en el convento aragonés de Santa Clara de Villarluego, o mejor su bendito Hijo, fueron protagonistas de un hecho milagroso muy particular. Había en el convento una monja que sufría continuas tentaciones concupiscentes, y es de suponer que en su tribulación debía acudir con frecuencia al confesonario de la capilla, para descargar su alma en los oídos del capellán. Se cuenta que, en cierta ocasión, la monja, en un momento de insoportables tentaciones pecaminosas, fue a la capilla y se postró ante la imagen de la Virgen, y que ésta, compadecida, hizo que su Hijo chupase de uno de sus sagrados pechos una bocanada de leche y rociase con ella la cara de la atribulada monja. Cuando la encontraron sus compañeras conservaba la leche en la cara y daba señales de una inusitada placidez.

De tres santos

San Vítores y su martirio

San Vítores fue natural de Cerezo del río Tirón, a dos leguas de Belorado y tres de Santo Domingo de la Calzada. En La Rioja y en Burgos se recuerda su martirio, y de qué manera se enfrentaron, en aquel sangriento trance, la benéfica tenacidad del mártir y la perversa contumacia de su verdugo.

Durante los primeros tiempos de la invasión árabe, la villa de Cerezo, en aquel tiempo amurallada, alzada en una ladera sobre la ribera del río, protegida por un sólido castillo, fue sitiada por los invasores, a los que dirigía un general llamado Mohamed Gaza. El asedio duró tantas jornadas que los habitantes de Cerezo, en el límite de la resistencia, pidieron con mucho fervor la ayuda de Dios como única capaz de sacarlos de su angustiosa situación.

Ajeno a las penalidades de sus paisanos, Vítores se encontraba por entonces retirado en una cueva de la comarca de Oña. Entre sus oraciones y penitencias, tuvo la visión de un ángel que le aconsejó regresar a su villa natal, donde sus vecinos tanto le necesitaban. Vítores se puso en camino, apoyándose en su báculo, y a partir de aquel momento se sucedieron los milagros.

El primer hecho prodigioso tuvo lugar antes de llegar a la villa, a orillas del río Tirón, al pie de una gran peña llamada «de las siete cuevas», conocida con el nombre de Sietinestras, donde siete piadosas doncellas permanecían retiradas, haciendo vida eremítica.

Vítores pudo ver que unos soldados árabes habían preparado largas escalas de madera y las habían arrimado a la peña con el objeto de llegar a las cuevas y hacerse con las piadosas doncellas. Las escalas estaban tendidas y algunos soldados empezaban a subir por ellas, entre carcajadas soeces de todos, cuando Vítores, cuya llegada no había sido advertida por aquella tropa desmandada, les dio grandes voces ordenando que se

detuviesen y vituperándolos por turbar el retiro de aquellas devotas mujeres entregadas a una vida de sacrificio y oración.

La interpelación de Vítores suscitó la burla de la soldadesca, y mientras los escaladores continuaban su avance, otros se acercaron a él con propósitos dañinos. Entonces Vítores extendió su báculo, lanzó un terrible grito y las siete escalas se desplomaron a la vez, como si un gigantesco e invisible manotazo las hubiera derribado. La consternación de los árabes fue tan grande que no impidieron que Vítores continuase su camino ni que entrase por fin en la ciudad, donde sus santas manos sanaron a los heridos y sus santas palabras reconfortaron a todos.

Llegó entonces a la villa la noticia de que Mohamed Gaza, el general de los sitiadores, había caído gravemente enfermo, sin que sus médicos fuesen capaces de curarlo. El caritativo Vítores abandonó la villa y se dirigió al campamento de Gaza. Allí prometió que intentaría devolverle la salud, con ayuda de Dios. El estado del general era tan malo que sus lugartenientes no impidieron que Vítores lo intentase. Arrodillado junto al lecho del enfermo, Vítores permaneció toda la noche en oración, y cuando llegó el alba, Gaza volvió en sí, recuperado totalmente de su grave enfermedad.

El efecto prodigioso de sus oraciones era una prueba de la eficacia de la fe cristiana, y Vítores intentó convencer a Gaza de que debía abandonar sus creencias. El general, sin dar oídos a la prédica de su milagroso sanador, le exigió por su parte que se hiciese mahometano o daría orden de que fuese crucificado. Vítores se negó a abjurar de su fe y quedó preso, pero tanto era su entusiasmo por comunicar a todos la doctrina cristiana, y tal su poder de convicción, que varios de los soldados que lo guardaban se convirtieron y fueron bautizados por él.

Furioso, el general Gaza ordenó que Vítores fuese crucificado inmediatamente. Y mientras se sucedían los momentos del suplicio, los azotes, la coronación de espinas, el clavar cada una de sus manos y de sus pies a los maderos de la cruz, era tanta la fortaleza de Vítores, y tan decidida su insistencia en descubrir a sus torturadores las bellezas de la verdadera fe, que también ellos se convirtieron.

Las conversiones entre los soldados continuaron durante los tres días que Vítores permaneció clavado en la cruz. En ese tiempo no dejó de dirigirse a ellos, con palabras tan dulces como firmes, para exhortarles a la conversión. Y uno de aquellos días llevó a cabo otro milagro que llenó de espanto a quienes lo presenciaron, y fue el de convocar un terrible remolino de viento que atrapó a un sujeto que blasfemaba al pie de la cruz y

que, tras alzarlo por los aires, lo sepultó con violencia en una grieta abierta de repente en la tierra. Por esa grieta, antes de cerrarse, dejó ver la llamarada de los fuegos infernales.

Sin embargo, ninguna prueba de la santidad milagrosa de Vítores lograba conmovier al implacable general Gaza. Transcurridos los tres días de crucifixión, ordenó que se le diese muerte cortándole la cabeza, y que su cuerpo fuese después quemado. Vítores manifestó la última voluntad de ser decapitado en cierto lugar, a una milla de Cerezo, donde vendría a poblarse Quintanilla de las Dueñas. Los soldados talaron unos morales cercanos, que en aquella época estaban sin hojas, para preparar la hoguera en que debería incinerarse el cuerpo del ajusticiado. Y por fin el verdugo, con un golpe de hacha, separó la cabeza de Vítores de su cuerpo.

Mas los milagros no habían terminado. Para empezar, del cuello decapitado empezaron a manar, con fuerza de torrente, leche y sangre. El chorro llegó hasta la leña de la pira, y toda la madera se llenó al instante de hojas y de moras, blancas y rojas. El verdugo y cuantos habían asistido a la ejecución se postraron de rodillas y se convirtieron a la fe de Cristo. En aquel momento, el cuerpo de Vítores se puso en pie y sus brazos tantearon buscando la cabeza. Cuando la encontró, echó a andar llevándola sobre la mano izquierda.

El prodigioso decapitado, al que seguía una multitud de soldados árabes convertidos al cristianismo, encaminó sus pasos al campamento de Mohamed Gaza. Cuando estuvo ante el general, insistió en pedirle que se convirtiese. Gaza se ocultó en su real y no quiso ver más a Vítores, que durante otros tres días, incansable, adoctrinó a las tropas invasoras, hablando la cabeza que sostenía en su mano izquierda. Consiguió un número cada vez mayor de conversiones, que se acrecentaron al volver el mártir a la vida al hijo pequeño de uno de los lugartenientes de Gaza, que había muerto por aquellos días.

Se cuenta que, entre las conversiones, estuvo la de la propia hija de Mohamed Gaza, Coloma, que luego llegaría a ser santa. Enfurecido, Gaza ordenó que la muchacha fuese también decapitada, pero el suplicio no le causó tampoco la muerte inmediata. Llevando la cabeza con sus manos, el cuerpo de Coloma habría caminado durante una legua hasta las ruinas de una antigua iglesia que servía de guarida de una osa, a la que Coloma pidió que le dejase el sitio libre, pues aquél era el sepulcro que Dios le había destinado. Sin embargo, en esta historia de la santa mártir Coloma los narradores no mantienen la misma unanimidad y certeza que en la de san Vítores.

Lo cierto es que reinaba la confusión entre el ejército árabe, pero seguía

manteniéndose el riguroso asedio de la villa de Cerezo. Vítores, sintiendo que se acercaba la hora de su muerte definitiva, quiso hacer un último servicio a sus paisanos y les aconsejó soltar fuera de las murallas una vaca que se hubiese hartado de trigo. Los sitiados, que no podían entender lo que el santo decapitado pretendía, le aseguraron que en la ciudad no quedaba ya alimento alguno, ni siquiera el trigo suficiente para dar de comer a un gorrión. Sin embargo, el mártir insistía, y al final se descubrió que una vieja ocultaba un saco de trigo. Con harto pesar, pero sin querer desobedecer al mártir, las gentes de Cerezo buscaron una de las pocas vacas supervivientes al largo asedio, le hicieron comer el trigo del saco hasta quedar harta y la soltaron fuera de las puertas. La vaca fue de inmediato capturada por los sitiadores, que la destinaron a la alimentación de su ejército.

Cuando Gaza supo que los matarifes habían descubierto que aquella vaca había comido trigo en abundancia, pensó, con fastidio, que la ciudad estaba bien provista de alimentos y decidió levantar aquel asedio que, además de no producir ningún resultado ventajoso para él, estaba siendo tan perjudicial para la fe de sus soldados. Y así fue como el ejército árabe se retiró, levantando el sitio de Cerezo.

Despejados de enemigos los alrededores y libre la ciudad, Vítores pidió a sus vecinos y paisanos que le acompañasen al lugar de su tumba. En el camino todavía realizaría un par de milagros más. Primero, haría brotar del suelo, con un golpe de su cayado, una fuente de agua pura en la que lavó su cabeza, demasiado sucia después de tantos terribles sucesos. Las aguas de aquella fuente adquirirían virtudes curativas que no han perdido en el transcurso de los años. El otro milagro consistió en ahuyentar para siempre a una descomunal serpiente que vivía por los alrededores, amedrentando a las gentes y dañando sus rebaños.

Llegaron por fin a un lugar en que Vítores pidió a sus acompañantes que cavasen una fosa amplia y profunda. Cuando lo hubieron hecho, se tumbó dentro, colocó la cabeza sobre su pecho y rindió el último suspiro.

Cada año, el primer sábado del mes de mayo, los pueblos de los alrededores se reúnen en el santuario de Fresno del río Tirón, donde la misteriosa voluntad del santo se empeñó en tener su santuario tras hacer que se desmoronasen una y otra vez los muros del que pretendía erigírsele en Cerezo. Allí está el pozo de las legañas, cuya agua es buena para la salud de los ojos, y allí se celebra una romería que, en todos sus ritos, entona fielmente con la asombrosa historia del santo.

Santo Domingo de la Calzada

Nacido casi al hilo del año mil, fue santo Domingo en su existencia mortal un hombre humilde e insignificante. Tanto que, según aseguran los cronistas, ningún monasterio lo quiso admitir para ser fraile, al menos hasta después de muchos años, cuando su conducta resultó bien conocida como ejemplo de vida piadosa.

Su vocación para el ejercicio de la caridad era muy grande y Domingo, al margen del mundo eclesiástico, se construyó una choza junto al Camino de Santiago, y dedicó todos sus esfuerzos a ayudar a los peregrinos, arreglando las sendas, mejorando los pasos difíciles, tendiendo puentes y, con el paso del tiempo, fundando comedores y refugios.

Muchos años después de muerto aquel santo caminero, en una posada al borde del Camino, entre el burgalés Belorado y la riojana Nájera, sucedió su milagro más famoso.

Llegó a la posada un matrimonio alemán, que en compañía de su hijo pregrinaba hacia Santiago de Compostela desde su lejano país. El hijo era un mozo esbelto y rubio, y al verlo, una de las mozas de la posada se sintió irremediablemente atraída hacia él. Que la atracción era fatal lo demuestra el comportamiento que tuvo la moza más adelante en el caso. Aquella noche, sin más preámbulos, fue a visitar al mozo en su cámara, y parece que se metió en su lecho dispuesta a tener con él amorosa comunicación. Mas el mozo, sea porque durante la peregrinación quería mantenerse casto, sea por cualquier otra razón, o por la simple causa de encontrarse muy fatigado, rechazó enérgicamente sin contemplaciones los arrumacos y la disposición de entrega de la moza.

La muchacha se sintió tan despechada por el desprecio del joven alemán que imaginó una venganza a la altura de su ira. Y como la malicia es capaz de nutrirse, para su ejercicio, hasta de los más sagrados ejemplos, debió de recordar, por haberlo oído en algún sermón, la historia de José y sus hermanos, y la de aquella copa que él mandó esconder entre las pertenencias de ellos. Es el caso que la posadera tenía, como el tesoro de su ajuar, un vaso, taza o cuenco de plata que había heredado de un abuelo suyo. La

moza se hizo furtivamente con el vaso y lo escondió en la mochila del joven alemán. Cuando los peregrinos hubieron seguido su camino y el vaso fue echado de menos por su dueña, la joven urdió los embustes precisos para que los agentes de la justicia fuesen en busca de los alemanes y, tras registrar su impedimenta, encontrasen el vaso escondido.

El joven fue acusado de ladrón y, sin que sirviesen de nada sus protestas y sus juramentos de que era inocente, el juez lo mandó ajusticiar. Fue ahorcado al alba del siguiente día, y su cuerpo, como ordenaba la ley, quedó colgado entre los cuerpos de otros ahorcados que permanecían en el patíbulo, las cuencas vacías y los rostros y las manos despellejadas por la voracidad de las aves carroñeras, para aviso y escarmiento de maleantes.

Los padres del joven siguieron su camino hacia Santiago, llenos de dolor, y consiguieron cumplir su voto de peregrinos. Al regreso de Santiago, los tristes padres quisieron ver el terrible lugar donde debía permanecer el cuerpo de su hijo. Cuando llegaron ante el patíbulo, entre un revolar de cuervos y urracas, descubrieron que el cuerpo de su hijo se conservaba incólume, con color en las mejillas y el aire de estar dormido y no muerto.

El ahorcado les sintió llegar, abrió los ojos y les sonrió. Luego, con voz tenue pero serena, les dijo que no estaba muerto, gracias a Santo Domingo que, invisible, permanecía junto a él desde el momento de la ejecución, sujetando sus piernas para que el peso del cuerpo no hiciese correr y ajustarse a su cuello el nudo de la soga que debía haberlo estrangulado.

Con mucha alegría y esperanza, los padres del joven acudieron al merino para informarle del prodigioso suceso y pedirle que ordenase soltar al joven. Era la hora del almuerzo y el merino se disponía a engullir dos rollizos pollos asados. El merino escuchó cortésmente lo que los padres del joven le contaron, pero luego, tras ajustarse al cuello la servilleta, aseguró con firme convicción que aquel hijo ahorcado de que hablaban estaba tan vivo como los dorados pollos que había delante de él. En aquel momento, aquellos cuerpos hechos ya vianda por la virtud de la manteca y del horno se pusieron torpemente en pie y, descabezados y cojos como estaban, saltaron tambaleantes de la mesa, y hay quien asegura que escaparon por la puerta cacareando.

En el interior de la catedral de Santo Domingo de la Calzada se recuerda este milagro, y en una jaula hay siempre un gallo y una gallina tan vivos como aquel joven ahorcado que, con la ayuda del santo justiciero, pudo terminar felizmente su peregrinación.

Milagros de san Vicente Ferrer

San Vicente Ferrer hizo milagros de muchas clases, que muestran los distintos grados que pueden alcanzar los prodigios celestiales.

No fue el menor las alas que, en numerosas ocasiones, brotaron de su espalda cuando terminaba su sermón, para que pudiese trasladarse con la rapidez del vuelo a otros lugares en que la piedad o la caridad reclamaban su presencia. También está probado que, cuando se aproximaba el momento de su muerte, se abrieron de repente las ventanas de su habitación y entraron por ella innumerables mariposas blancas que se llevaron el alma del santo en el momento de exhalar el último aliento.

Se encontraba el santo predicando un día en el barrio de la Lonja, en Palma de Mallorca, cuando supo que uno de los taberneros del barrio, poco amigo de sus sermones, que nunca oía, era muy aficionado a adulterar el vino que vendía mezclándolo con agua. Quiso el santo dar una lección al deshonesto tabernero, y cuando llegó la hora de comer, fue a su taberna a comprar vino, pero en lugar de llevar una vasija para recogerlo, le ordenó al tabernero que le echase el vino en el faldón de su hábito, que él había levantado para formar una concavidad. El tabernero creyó que el fraile hablaba en broma, acaso convencido de que él no se atrevería a seguirla, y como no veía con buenos ojos al dominico le echó el vino en el hábito sin esperar más instrucciones.

Entonces se produjo un hecho que asombró a todos los presentes, y fue que se descompuso la fraudulenta mixtura, y la mitad del vino que el tabernero había vertido en la concavidad del hábito cayó al suelo convertido en el agua que él mismo le había añadido, y solo el vino verdadero se mantuvo en el milagroso recipiente. El santo denunció entonces los manejos del tabernero, acusándole de ladrón, y el tabernero quedó muy avergonzado. Eso salieron ganando los parroquianos, pues desde aquel día el tabernero tramposo sirvió el mejor vino de Palma en su establecimiento de la calle de la Gabella Vella de la Sal, hoy del Mar.

En otra ocasión, encontrándose el santo en la abadía cisterciense de Piedra, en Zaragoza, llevaron a su presencia a una señora poseída por unos demonios que, metiendo dentro de ella diversas presencias de almas masculinas condenadas, la hacían sufrir mucho con sus pensamientos y deseos indecentes. Tras reflexionar largamente sobre el asunto, el santo resolvió recitar ante la posesa los exorcismos canónicos, pero introduciendo en el acto una novedad, que consistiría en que la señora llevaría puestas las calzas y el bonete del santo. Fue vestida la señora de tal guisa y empezó el santo fraile el recitado de los exorcismos, cuando la mujer, con voz ronca y diabólica, exclamó las siguientes palabras:

¡Oh Vicentillo, cómo me abrasan tus medias y bonetillo!

A continuación, la señora cayó en profundo sueño, y al despertar estaba libre de su demoníaca posesión. La curación fue celebrada con una solemne misa y un alegre festejo. Hay que señalar que el fraile no pudo recuperar las prendas que había prestado para el exorcismo, que sin duda fueron conservadas por aquella señora como sagradas reliquias.

Uno de los milagros de san Vicente Ferrer fue tan admirable que varias localidades se atribuyen el suceso, y ya no se recuerda el lugar exacto en que ocurrió. Hay narradores que dicen que fue Maella, en Aragón, pero otros señalan que ocurrió en alguna localidad de Valencia, tierra natal del santo.

Fuese cual fuese la localidad en cuestión, el caso es que el santo estaba de paso en ella y se iba a alojar en casa de un amigo que tenía por él gran devoción. El amigo se sentía tan honrado de albergar al santo fraile que ordenó a su mujer que, para comer, preparase un arroz con lo más valioso y excelente que pudiese encontrar. Y a la pobre mujer, que desde un reciente parto no andaba muy bien de la cabeza, ansiosa de complacer a su marido y de honrar al famoso dominico, no se le ocurrió otra cosa que degollar y descuartizar a su pequeño hijo para echar las tajadas en el arroz.

Parece que, durante la comida, el hallazgo de un dedo por parte del padre de la criatura hizo descubrir el espantoso suceso, que la enloquecida madre confesó con toda naturalidad. Al ver la desesperación de su amigo, san Vicente, sin perder la calma, miró al cielo musitando una breve oración y luego, tras agarrar el dedito que asomaba entre el arroz, tiró de él con cuidado hasta sacar al niño de la paella, entero y vivo.

De cautivos milagrosamente liberados

A lo largo de varios siglos, convertido el Mediterráneo en escenario de violentas pugnas entre el mundo árabe y el cristiano, fue frecuente el apresamiento de adversarios por parte de uno u otro bando. Varios de los cautivos cristianos merecieron, como recompensa a su piedad o por la pura gracia divina, ser liberados de su cautiverio y devueltos a tierra cristiana de forma prodigiosa.

El barón Galcerán de Pinós

Acaso el primero de estos prodigiosos cautivos haya sido el barón Galcerán de Pinós, fundador de Bagá. Con ocasión de la alianza entre el rey Alfonso VII de Castilla y León y el conde de Barcelona Ramón Berenguer III para la conquista del reino árabe de Almería, el barón Galcerán de Pinós era almirante de la flota catalana, que con la de Génova participaba en la acción.

La nave del almirante catalán fue demasiado lejos, y los árabes se hicieron con ella y apresaron al barón, junto con el caballero Santcerní, señor de Su, que estaba a sus órdenes. Al conocer la alcurnia del almirante, los árabes pidieron por su rescate un conjunto desmesurado de riquezas: cien mil doblas de oro, cien vacas preñadas, cien caballos blancos, cien paños de brocado italiano y cien doncellas.

Los padres del barón realizaron esfuerzos penosos para conseguir todos aquellos bienes. Para reunir a las doncellas se acordó que se estableciese una proporción, de acuerdo con el número de hijos e hijas que había en cada casa. Fueron días de extraordinaria tristeza en toda la comarca del Berguedá.

Mas Galcerán de Pinós era muy devoto de san Esteban, y no dejaba de orar y pedir su ayuda en aquel trance. Apiadado el santo, y considerando acaso también el grave quebranto que el rescate exigido por los moros para liberar a Galcerán estaba causando entre muchos fieles cristianos, decidió sacarlo de su cautiverio. Y una noche, Galcerán vio cómo sus grilletes se soltaban, y se abría sin intervención humana la puerta de su calabozo, y se le aparecía san Esteban envuelto en el halo de los bienaventurados para tomar su mano y sacarlo de su prisión.

El señor de Santcerní quedaba en otro rincón de la mazmorra, sujeto a sus cadenas, y los miraba marcharse muy apenado, pero san Esteban le aconsejó que rezase al santo de su devoción pidiéndole ayuda. Así lo hizo el señor de Santcerní, encomendándose de

todo corazón a san Dionisio, y enseguida estuvo en la celda el santo para liberarlo también a él.

No había nadie en los corredores y salieron de la cárcel sin dificultad. Los santos les aconsejaron que no dejaran de andar siguiendo hacia el norte la línea costera, y desaparecieron. Los liberados se pusieron en camino, obedeciendo sin dudar los consejos de los santos, y cuando empezaba a clarear, poco tiempo después, llegaron a la playa de Salou. De modo milagroso, en apenas una hora habían recorrido las largas leguas que separan Tarragona del reino de Almería. En la playa, las cien infelices doncellas estaban a punto de ser embarcadas, pero la llegada de Galcerán las salvó y la tristeza se volvió júbilo.

Para conmemorar el milagro, cuando se conquistó Valencia, Galcerán hizo edificar una iglesia dedicada a san Esteban. Y a *sant Esteve* pertenece también la iglesia más bella de Bagá, que conserva una muy hermosa y antigua cruz.

El cautivo de Villamañán

El traslado de Alonso de Rivera, natural de Villamañán, León, fue aéreo. Este hombre era fiel devoto de la Virgen del Camino, cuya imagen había descubierto un pastor a principios de siglo. Enrolado en la escuadra del almirante Montcada, Alonso de Rivera había participado en numerosos hechos bélicos, distinguiéndose por su valor, y había conseguido el grado de capitán. Sin embargo, llegó un momento en que, cansado de la vida militar, decidió regresar a su pueblo. Durante la travesía, un día del año 1522, el barco en que navegaba fue apresado por piratas berberiscos. Cautivo, Alonso de Rivera fue vendido en Argel a un moro, de nombre Alcazaba, que lo puso a trabajar a su servicio.

Más que amo exigente, el tal Alcazaba era inmisericorde, y el cautivo se vio obligado a las más duras labores, desde cargar enormes pesos hasta dar vueltas a la noria y al molino, como una bestia, durante todas las horas del día. A lo largo de sus penalidades, el cautivo no dejaba de encomendarse muy piadosamente a la Virgen del Camino, pero su situación era tan insoportable que intentó huir, lo que enfureció a su amo de tal manera que desde entonces no solo sujetó al cautivo con gruesas cadenas, que hacían difíciles otros movimientos que no fuesen los de los duros trabajos que debía acometer, sino que le hizo dormir encerrado en un arcón. La rabia de Alcazaba llegó al extremo de que, no tanto por seguridad como para que el cautivo tuviese plena conciencia de su miserable condición y del poder de su amo, cada noche, después de obligar al cautivo a tumbarse en el arcón y cerrarlo, él se acostaba a dormir encima de la tapa.

Aquel encierro nocturno, que era como un diario enterramiento en vida, aumentó las penalidades de Alonso de Rivera, pero no por ello perdió su fe ni dejó de rezar a Nuestra Señora del Camino. Y sus oraciones dieron como resultado que, una noche, la Virgen tuviese a bien que el arcón, con el cautivo dentro y su cruel amo dormido encima, se trasladase volando desde Argel hasta León, para aterrizar a las puertas del santuario de

la Virgen del Camino. Parece que, antes de su destino definitivo, el arcón hizo una escala en un lugar cercano, conocido desde entonces como Cuesta del Moro, donde Alcazaba despertó lleno de pavor al encontrarse en aquel lugar extraño. Así fue como Alonso de Rivera pudo regresar, libre, a su pueblo, en compañía de su antiguo amo, a quien el milagroso traslado convirtió al cristianismo.

Prueba clara de que la historia es rigurosamente cierta son las grandes cadenas del cautivo y el arcón que hizo la travesía milagrosa, que se conservan en el santuario, y que no fueron arrumbados cuando, a finales de los años cincuenta del siglo XX, los padres dominicos derribaron el antiguo edificio para sustituirlo por otro con las trazas de lo que en aquellos años se consideró una culminación de la modernidad arquitectónica. Bajo el arcón y las cadenas, una antigua inscripción da fe del milagro.

Tomás Ramírez

El traslado de Tomás Ramírez, natural de Lodosa, Navarra, aunque también tuvo carácter milagroso, no se produjo a través del aire, sino cruzando las aguas, y tuvo lugar unos años antes, exactamente en 1468.

Tomás Ramírez estaba cautivo en casa del jeque Zuali Abderramán, quien lo sometía a muchas vejaciones, le hacía trabajar hasta la extenuación y le obligaba a dormir en un arca, sin que el pobre cautivo dejase en ningún momento de elevar sus devotas oraciones a la Virgen de Legarda. Nuestra Señora, sin duda conmovida, hizo que el arcón en que dormía el cautivo se trasladase a su santuario, ante cuyas puertas acabó deteniéndose, tras cruzar prodigiosamente el mar Mediterráneo y navegar Ebro arriba.

El cautivo del humilladero de Auñón

Un traslado de cautivo aún más prodigioso fue el que tuvo como destino el humilladero de la Virgen del Madroñal, en Auñón, Guadalajara. No se ha conservado el nombre de este cautivo, aunque se sabe que era burgalés y soldado. Tampoco se sabe mucho de su amo, que al parecer era un poderoso sultán.

Por intentar fugarse, el cautivo, encadenado, fue recluido en una mazmorra. En aquella mazmorra permanecía prisionero, desde hacía muchos años, un monje de la orden de Calatrava, devotísimo de la Virgen del Madroñal, de la que conservaba una estampa que le había reconfortado a lo largo de su amargo cautiverio. El soldado y el monje, que tenía la salud muy debilitada, compartieron durante mucho tiempo la prisión, y el segundo transmitió al primero el fervor hacia Nuestra Señora del Madroñal, que tanto le había ayudado a sobrevivir.

Llegó la última hora del monje y, en el momento de expirar, tuvo la voluntad de que el soldado cautivo se hiciese cargo de aquella imagen de la Virgen que él había conservado como la mejor de sus riquezas. Fue lanzar el monje el aliento final y tomar el soldado la imagen en sus manos, cuando se encontró fuera de la tenebrosa mazmorra, en un lugar totalmente desconocido para él, pero que tenía trazas de ser cristiano, a juzgar por una ermita muy próxima al punto de su aparición, que resultó ser la de la Virgen del Madroñal.

Debe añadirse que las cadenas del cautivo estuvieron muchos años colgadas de un muro de la ermita, como prueba del milagro, y que, cuando en 1702 se descolgaron para hacer unas obras en el templo, se descubrió con asombro que no eran de hierro, sino de oro puro, y se resolvió guardarlas en un cofre bajo tres llaves, que quedaron en poder de distintas autoridades de la localidad. Pasado cierto tiempo, el cura solicitó que el oro de aquellas cadenas fuese aprovechado para hacer unos cálices y otros objetos litúrgicos, pero cuando se juntaron las tres llaves y se abrió el cofre, las cadenas habían

desaparecido, lo que se juzgó un nuevo milagro de la Virgen, que mostraría así su desacuerdo con que aquellas cadenas del cautivo hubiesen sido descolgadas de las paredes de la ermita.

VII. De diablos, brujas, errantes, malditos y fantasmas

De diablos

El acueducto de Segovia

Hace muchísimos años, antes de que existiese el acueducto, los segovianos debían recorrer un largo trecho fuera de la ciudad para recoger el agua que precisaban en su vida diaria. Algunos, si las necesidades de la casa eran grandes, se veían obligados a hacer más de un viaje. Esto le sucedía a una muchacha, aunque ya no se conoce si sus obligaciones provenían de su trabajo en la servidumbre de algún señor o de la pertenencia a una familia con muchos miembros. Mas lo cierto es que, cargada con sus cántaros, la muchacha descendía hasta las fuentes y volvía a subir la empinada cuesta varias veces cada día.

El trabajo le resultaba muy enfadoso, y la muchacha lo sentía como la más intolerable de las tareas que pudiera imaginar. En cierta ocasión en que lo caluroso del día hacía más duros los esfuerzos de su caminata, la muchacha lanzó una desesperada exclamación, dirigida a su propia desdicha, asegurando que daría cualquier cosa por tener el agua a la puerta de casa y evitar aquel penoso deber que la sujetaba como un castigo.

En aquel momento, la muchacha sintió una vocecita que la llamaba, y pudo ver que en el camino, detrás de ella, había una niña. La muchacha, malhumorada, le preguntó a la niña qué quería, y la niñita repuso si era verdad que daría cualquier cosa por conseguir que el agua llegase hasta la puerta de su casa y le ahorrara aquella tarea que tanto aborrecía. La muchacha aseguró que sí, pero que desgraciadamente no tenía nada que dar, pero la niñita le recordó que tenía una riqueza, aunque no pudiese verla ni tocarla, que era su alma. La muchacha había apoyado los cántaros en el suelo y se secaba el sudor, perpleja, y la niñita le preguntó si daría el alma. La muchacha se echó a reír y repuso que naturalmente que la daría, porque no le servía de nada, aunque se preguntaba quién iba a querer su alma a cambio de llevar el agua hasta su casa.

En aquel momento, la niñita se desvaneció y en su lugar apareció un señor moreno, con la barba recortada, vestido de negro, muy elegante, que con hermosa voz quiso saber

si era cierto que estaba dispuesta a concertar aquel cambio. La admiración de la muchacha ante la prodigiosa transformación no le hizo olvidar su propósito, y contestó que su decisión era firme. Entonces el señor moreno le aseguró que él estaba interesado en su alma y que a cambio de ella se ocuparía de que el agua llegase hasta la puerta de su casa, para evitarle el cansado acarreo de los cántaros.

La muchacha no acababa de creer en su buena suerte, pero sintió también una inquietud repentina, por lo que añadió que, en cualquier caso, para que el acuerdo se cumpliese, el agua debía estar en el lugar pactado antes de que cantasen los gallos de la siguiente jornada, porque no podía resistir aquel trabajo ni un solo día más. Lo breve del plazo no desazonó a su interlocutor, que extendió su mano derecha, buscando la de la muchacha, y aseguró que el trato, el alma de ella a cambio de que la fuente manase a la puerta de su casa antes del alba del día siguiente, quedaba cerrado. La muchacha, al apretar la mano del hombre, sintió un frío sobrenatural. Y el hombre desapareció.

La muchacha cargó otra vez con los cántaros y siguió su camino cuesta arriba, imaginando que el suceso había sido solo una fantasía surgida en el acaloramiento de la hora y del estío. No volvió a acordarse de ello en todo el día. Pero aquella noche se desató sobre Segovia una tormenta nunca vista antes, con incesante retumbar de truenos y un relumbre de relámpagos tan continuo que la noche tenía el brillo del día. La muchacha despertó asustada y pronto comprendió que todos los demás dormían, inmovilizados por un sueño extraño. Salió de la casa y percibió que toda la ciudad parecía sumida en el mismo sueño, incapaz de sentir la violencia de aquella tormenta salvaje e inusitada.

Entonces, en la vaguada que separa el monte del cerro sobre el que se asienta la ciudad, a la iluminación fulgurante de los rayos, la muchacha pudo ver la figura del señor que había concertado con ella el peculiar trueque. La figura no era ya elegante, sino terrible. Envuelta en una gran llamarada rojiza, volaba por los aires transportando enormes piedras y dejándolas sobre el suelo, para formar un alineamiento gigantesco.

La figura llameante descubrió a la muchacha que la contemplaba y lanzó una carcajada que resonó con más fuerza que los propios truenos. La muchacha comprendió que aquel ser era el Diablo, y que su alma debía de ser muy valiosa, si a cambio de ella el Diablo levantaba una construcción como la que anunciaban aquellos sillares que iban formando los cimientos.

La muchacha regresó a su lecho llena de miedo, acongojada por el arrepentimiento,

deseosa de no haber establecido su pacto, de seguir obligada a su cansada tarea diaria, pero conservando en su interior, para ella sola, aquella sustancia invisible, impalpable, que el Diablo tenía en tanta estima. Algunos narradores dicen que entonces se le apareció un ángel para confirmar su contrición, otros se conforman con relatar las oraciones con que la muchacha declaró sinceramente su arrepentimiento, pidiendo a Dios que el pacto no pudiese cumplirse.

Parece que, recibida la súplica, en los cielos hubo mucho revuelo, pero no parecía fácil salvar aquella alma, visto el denuedo con que el Diablo estaba trabajando en la construcción de su obra y las muchas horas que quedaban aún hasta el alba. Lo sorprendente del caso es que el Diablo debió de considerar también que no tenía por qué trabajar con tanta prisa. Quién sabe si Dios lo tentó. El hecho es que empezó a ir más despacio, seguro de que le sobraba el tiempo, y se dedicó, entre acarreo y acarreo de sillares, a detenerse en ciertos sitios, a visitar a algunos amigos, a crear discordias en distintos lugares del mundo.

Pasó la noche. Los cálculos del Diablo eran precisos y sabía que quedaba aún una hora hasta el alba y solamente una piedra por colocar para que su obra estuviese concluida y el alma de la incauta aguadora pasase a su poder. Mas las potencias celestiales habían resuelto salvar a la muchacha. Fue solamente un minúsculo ajuste en los mecanismos que hacen fluir y expandirse las galaxias, moverse las constelaciones y rotar los sistemas astrales, pero suficiente para que el giro de nuestro planeta adelantase en una hora la llegada a Segovia de la luz del sol. Y cuando el Diablo se disponía a buscar la última piedra, los gallos cantaron, dejándolo primero atónito y luego furioso al saberse burlado. La luz del sol iluminó enseguida las arcadas monumentales del acueducto, que sigue en pie después de tantos siglos, manifestando el poder del Diablo y el poder de Dios.

El cura satanista

En Gaínza, en el valle de Araiz, Navarra, hubo un cura llamado Juan Tarrabiel que, con el propósito de conocer los secretos del infierno, quiso comprar un libro donde al parecer se trataba de tales asuntos con mucho detenimiento. El librero, que en realidad era un demonio, accedió a venderle el libro siempre que el cura firmase con su sangre en las primeras páginas del ejemplar. Juan Tarrabiel sentía tantos deseos de poseerlo que se avino a ello, y se quedó con el libro.

Leyendo el libro, el cura llegó a conocer muchas cosas sobre los secretos y las artes satánicas, entre ellas que aquella firma con su sangre lo condenaba eternamente. Arrepentido de su curiosidad, que lo había llevado a aquel extremo, buscó al demonio librero y le comunicó su propósito de borrar su firma del libro y devolvérselo. El otro respondió que aceptaría la anulación del pacto siempre que el cura acertase su edad, y le dio tres días y tres noches para adivinarla. La tercera noche, cura y demonio se encontrarían en cierta encrucijada, donde su negocio se resolvería. Si el cura acertaba la edad del demonio, quedaría libre de su ligazón. Si no la acertaba, en aquel mismo momento moriría y el demonio se apoderaría de su alma.

Atribulado, el cura no sabía qué hacer. Al fin, resolvió consultar con una joven bruja muy famosa en todo el valle, que lo tranquilizó, asegurándole que el asunto se resolvería con facilidad, pero que debía esperar a la misma noche de la cita con el demonio.

Aquella noche, cuando Juan Tarrabiel llegó a la encrucijada, la bruja ya estaba allí, y el cura pudo ver que, tras desnudarse completamente, la bruja se subía a un árbol y se acomodaba en unas ramas con las piernas bien abiertas y el cuerpo echado hacia atrás, de manera que solo se le veían los muslos, y entre ellos sus vergüenzas y la larga melena que parecía colgar de ellas.

Apareció enseguida el demonio y la bruja movió las ramas del árbol para atraer su atención. El diablo miró aquellos muslos abiertos de par en par, y la abundante pilosidad

que parecía colgar entre ellos, y exclamó que en setenta y cinco años que llevaba en el mundo no había visto nada parecido. Con eso, el propio diablo descubrió su edad y el cura quedó libre de su fatal compromiso.

Mas Juan Tarrabiel no estaba seguro del todo de que su destino no fuese el infierno, y decidió consolidar lo más posible su salvación. Parece que si un sacerdote muere en el momento de la consagración la tiene casi segura, y Juan Tarrabiel intentó convencer a su sacristán para que lo matase en aquellas circunstancias. El sacristán se resistió mucho a llevar a cabo tal acto, pero el cura fue tan insistente que ya no pudo oponerse a sus deseos. Y una mañana, en la misa, mientras el cura consagraba, lo mató de un tiro.

Juan Tarrabiel había informado al sacristán de todo lo que tenía que hacer para conocer si su alma se salvaba o se condenaba y, cumpliendo sus instrucciones, el sacristán abrió el pecho del cura, sacó su corazón, lo clavó en el extremo de una vara y puso la vara en la torre de la iglesia, esperando que llegasen buitres, que serían señal de condenación, o palomas, que lo serían de salvación.

Bajaron primero tres buitres y planearon alrededor de la torre, pero se fueron sin tocar el corazón. Llegaron después tres palomas blancas, que se llevaron el corazón sujeto con sus picos. Y el sacristán quedó satisfecho, al comprobar que su homicidio había tenido felices resultados.

La misa del Diablo

En las proximidades de Aínsa, Huesca, vivía en época medieval el barón Artal de Mur, que empleaba en cazar por aquellos abruptos parajes la mayor parte de sus ocios. Una de sus jornadas de caza descubrió un jabalí y lo persiguió con sus perros hasta que el animal, acorralado, no tuvo escapatoria. Mas cuando el cazador se disponía a clavarle su lanza, el jabalí, con voz claramente humana, se dirigió a él pidiéndole que no lo matase, y asegurándole que no se arrepentiría de ello. Lo prodigioso del caso detuvo el brazo del barón, que perdonó la vida al animal y sujetó a sus perros para que lo dejaran escapar.

Aquella misma noche, en la fortaleza del barón, entre los leños ardientes de la chimenea, apareció un ser rodeado de llamas. Era el Diablo, y le dijo al barón que era él mismo quien, aquella mañana, había andado por el monte en figura de jabalí, a punto de ser cazado por el barón. En señal de gratitud por haberle perdonado la vida, el Diablo le prometió al barón que su hijo, que se encontraba lejos de casa luchando en la guerra contra los árabes, regresaría sin sufrir un solo rasguño, pues él lo tomaba bajo su protección. Y como prueba de su promesa, el Diablo dejó sobre la mesa un tizón encendido.

El barón se quedó dormido, y cuando despertó atribuyó a un curioso sueño aquella aparición, pero, sobre la mesa, el tizón se había convertido en un pedazo de oro puro. El hijo del barón regresó a casa sano y salvo, y el barón de Artal, considerando la buena voluntad que el Diablo había mostrado con él, decidió celebrar, una vez al año, una misa por su alma. Y la tradición se mantuvo durante varios siglos.

De brujas

Santa Comba

Las brujas, por lo menos las gallegas, tienen su patrona, Santa Comba. Antes de ser santa, Comba era una de las *meigas* más activas y crueles, que viajaba muy a menudo a los lugares de reunión, al «prado del macho cabrío», que es lo que significa *aquelarre*.

Como se sabe, los lugares españoles más importantes para los grandes aquelarres eran Ojos Negros en Aragón, el arenal de Sevilla y Lanjarón en Andalucía, el arenal de Coiro y la playa de La Lanzada, en Galicia, Barahona en Soria, y Zugarramurdi en Navarra. Todos ellos fueron frecuentados por Comba, y allí practicaba con sus colegas todas las hechicerías propias de su maléfico arte, arojando animales y personas y causando la muerte de niños y viejos.

Se cuenta que un día, en uno de sus viajes, la bruja Comba se cruzó con Jesucristo, que le preguntó adónde iba, y que ella repuso, como la cosa más natural del mundo, que iba a usar su oficio.

«*Enmeigar, enmeigarás, pero no meu reino no entrarás*», cuentan que le dijo Nuestro Señor, y parece que aquella advertencia fue decisiva para Comba, pues tras reflexionar sobre sus diabólicas aficiones se arrepintió, y llevó desde entonces una vida tan piadosa que llegó a santa.

La bruja vampiro

En la aldea gallega de San Xián de Sergude hubo un matrimonio al que se le morían los hijos a poco de su nacimiento, después de ir desmejorando poco a poco. Acababa de nacer su última hija, el aspecto de la criatura era cada día peor, y las personas más avisadas pensaron que aquella sucesión de desdichadas pérdidas, y el aire de la recién nacida, solo podían tener como causa alguna hechicería. Ésta podía provenir de la envidia o del mal de ojo, aunque no debía descartarse la actuación de una *meiga chuchona*, especie de bruja que sobrevive alimentándose de la sangre infantil.

Con la ayuda de gente experta, se hicieron las correspondientes averiguaciones mágicas, que en este caso consistían en atribuir una de las causas a cada uno de tres juncos arrancados la noche del sábado, para escoger luego al azar uno de ellos. Por este procedimiento resultó seguro que era la meiga chuchona la causante de las muertes y de la extenuación que manifestaba la hija recién nacida, que parecía amenazada por la misma suerte que sus difuntos hermanos.

Identificada la causa de las muertes y de la enfermedad de la recién nacida, una persona muy sabia dijo a los padres que, aparte de rodear a la niña de una serie de frutos, bulbos y ramilletes apropiados para prevenir los acosos maléficos, estuviesen pendientes durante la noche de la llegada de una gran mosca negra que se posaría sobre su hija y a la que deberían golpear con una rama de avellano mientras invocaban a san Silvestre.

Aquella noche, mientras los angustiados padres velaban a su hija, llegó hasta la cuna una gran mosca negra que, tras recorrer el embozo de la cuna, se posó sobre una de las manecitas de la niña dormida. El padre golpeó a la mosca con la rama de avellano, mientras la madre pronunciaba el conjuro, y la mosca desapareció.

A la mañana siguiente se supo en la aldea que aquella misma noche había muerto de repente en su casa una mujer que tenía fama de meiga, y la gente que sabía de estas

cosas quedó convencida de que era ella la bruja vampiro, que había sucumbido ante la fuerza del conjuro y la virtud de la rama.

El caso es que la niña se crió muy bien desde entonces y llegó a ser una de las mozas más guapas de la aldea.

La bruja celestina

En Extremadura hubo muchas brujas famosas. Fue célebre Ana la Casareña, que desenterraba cadáveres de niños para quitarles las vísceras y usarlos en sus bebedizos. También fue bien conocida Josefa Zarpazos, de Trujillo, que a instancias de un ricachón que no quería que su heredera tuviese de novio a un joven pobre, transformó a éste en un monstruo peludo que vivió el resto de su desdichada vida en una cueva del monte, apartado de los seres humanos.

Se cuenta que adquirían la forma de urracas, gatas o perras negras y que viajaban en grupo, y ha quedado una de las canciones que algunas cantaban mientras se dirigían a sus maléficas ceremonias nocturnas:

Tres somos de la raya,
dos de Alburquerque,
y la capitanita
de Valdefuentes.

Cuando Olivenza era portuguesa, con ocasión de una *tourada*, o fiesta de toros, un caballero de Badajoz se enamoró de una hermosa joven de la villa. La joven estaba casada, pero eso no impidió que el enamorado caballero intentara conquistarla. La dama lo rechazó con discreta indignación, y el caballero acudió a una bruja del lugar, conocida como Gurumiña, para solicitar su satánica ayuda.

En colaboración con otras brujas, la tal Gurumiña consiguió aletargar mágicamente a la dama y trasladarla al lecho de la posada en que se hospedaba el galán, que disfrutó de sus encantos toda la noche. Al alba, por el mismo procedimiento mágico, las brujas devolvieron a su casa a la inconsciente dama. Nueve meses después, ésta dio a luz a un niño que, sobre la paletilla derecha, tenía un lunar en forma de sapo.

La bruja castigada

En la catedral gerundense, en lo más alto del contrafuerte de la torre románica de seis plantas conocida como «Torre de Carlomagno», destaca sobre la desnudez del muro la gran figura oscura de una gárgola de aspecto humano. Al parecer, no siempre estuvo la gárgola en ese lugar, sino que apareció cierto día de modo milagroso.

Hubo en la localidad una mujer de quien se aseguraba que era bruja, capaz no solo de convertirse en gato, en cuervo y en sapo, animales a los que muy a menudo se veía en los alrededores de su vivienda, sino de formular hechizos que producían entre sus vecinos muy poderosos males de ojo. Hasta hubo quien aseguró haberla visto volar sentada en una escoba, mientras cantaba esa canción que tanto les gusta entonar a las brujas:

Lunes y martes y miércoles, tres;
jueves, y viernes, y sábado, seis.

El colmo de sus malas artes era que, por la noche, iba a tirar piedras contra la catedral, mientras entre murmullos injuriaba a los santos apóstoles, a san Miguel, a santa Elena y hasta a Nuestra Señora de la Predela y a la del Bell Ull, es decir, a todos los santos y vírgenes objeto de culto y exaltación en el templo.

De todas las actividades de la bruja, parece que este diario apedreamiento de la catedral era lo que más le molestaba a Dios Nuestro Señor, que por fin, harto de las agresiones blasfemas de aquella malvada, decidió castigarla. Y dijo Dios: «*pedres tires, pedres tiraràs, de pedra restaràs*», y la bruja quedó metamorfoseada en una enorme gárgola.

Las tres olas

A mediados del siglo XIX vivía en Deva, Guipúzcoa, un pescador con gran experiencia, patrón de una sólida lancha, que estaba casado con una bella mujer, de la que había tenido una hija también muy hermosa.

El pescador, que se sentía feliz con su mujer, su hija y su oficio, era hombre generoso, y había recogido en su casa a un sobrino huérfano llamado Tomás, cuando era todavía un niño, para enseñarle las artes de la pesca. El muchacho fue creciendo, aprendiendo y haciéndose un buen pescador. Con los años, llegó a enamorarse de su prima, que parecía corresponderle, lo que el padre no veía mal, y era de esperar que, cuando fuese conveniente, la joven pareja se casase para formar su propia familia.

Como más jóvenes de la tripulación, a Tomás le correspondía, con otro compañero de su edad llamado Bilinch, el cuidado de la barca, así como preparar cada madrugada todo lo necesario para ir a faenar, antes de la llegada de los demás. Aquella temporada estaban teniendo muy poca fortuna en sus esfuerzos por pescar, y el desasosiego los hacía madrugar más de lo necesario.

A veces, después de hacer sus faenas, mientras esperaban, se quedaban dormidos. Una noche, cuando llegó el resto de la tripulación, el compañero de Tomás se mostró aterrorizado por algo que decía haber presenciado, las figuras de dos mujeres, que se negó a identificar, que en forma fantasmal estuvieron en la barca mientras hablaban de su seguro naufragio. Bilinch no quiso contar más, pero estaba tan despavorido que quería descender de la barca. El patrón no se lo permitió y dio órdenes para que los marineros empezasen a remar. Entonces Bilinch pidió que se detuviesen, prometiendo que acabaría de contarles todo lo que había visto.

Al parecer, aquella noche, mientras Tomás dormía profundamente, Bilinch había sentido cómo, tras llegar las fantasmales figuras, la barca se elevaba por los aires y navegaba velozmente, hasta descender y quedar varada entre las frondosas ramas de un

árbol. Las mujeres descendieron de la barca y Bilinch, asustado pero lleno de curiosidad, quiso saber qué sucedía.

Una rama del árbol le impedía la visión y la arrancó. A unos metros del árbol, las dos mujeres, unidas a otras, danzaban en corro, aunque a veces se detenían y, vueltas hacia el árbol en que se encontraba varada la barca, pronunciaban extrañas palabras que parecían conjuros.

Cuando la ceremonia terminó, las dos fantasmales figuras regresaron a la barca y ésta se elevó por los aires, regresando con rapidez al muelle de donde había partido. Las mujeres salieron de la embarcación y Bilinch pudo oír que la mayor le decía a la otra que se despidiese de la barca y de sus tripulantes, porque aquella misma noche se levantarían tres olas inmensas, la primera de leche, la segunda de lágrimas y la tercera de sangre, y la última ola haría zozobrar la barca y causaría la muerte de todos los que navegasen en ella.

Lo que oía le confirmaba a Bilinch su sospecha de que aquellas dos mujeres eran brujas, *sorguiñak*, y le estremecía oír a la mayor cómo le decía a la otra que su obligación era odiar y dañar especialmente a quienes más las quisiesen, y que aquella muerte sería el digno remate de una temporada en que había hecho que la pesca se apartase de ellos.

La más joven de las brujas, que escuchaba a la otra con atención de alumna aplicada, le preguntó si no habría manera alguna de que los hechizados se librasen del destino que les esperaba, y la maestra le aseguró que solamente acabaría con su hechizo, y con la vida de ella, que lo había causado, una acción tan sencilla como lanzar un arpón contra la ola de sangre, lo que era inimaginable que pudiese ocurrírsele a ninguno de aquellos sencillos pescadores.

El patrón, tras guardar silencio unos instantes, lanzó una fuerte carcajada, y luego dijo mostrarse admirado de los sueños que Bilinch podía tener, pero el muchacho, sin perder su aspecto aterrorizado, metió la mano bajo el banco y sacó una gran rama de una especie de árbol que ninguno de los demás pescadores había visto en su vida.

El patrón cogió la rama, la miró con atención y luego exclamó que era una rama de olivo, y en su rostro apareció un gesto extraño, antes de que preguntase a Bilinch por la identidad de las brujas. Mas Bilinch no quiso responder y el patrón, tras pedir que buscasen en el cofre de popa un pesado arpón que allí se guardaba, lo sujetó en su mano

derecha y ordenó que continuase la maniobra para salir del puerto y alejarse hacia el caladero donde debían realizar su trabajo.

La barca seguía su navegación gracias al empuje acompasado y firme de los remeros, y estaba a punto de doblar la punta de Arrangatzi cuando el patrón lanzó un grito, señalando un punto a proa. Sobre la superficie bastante tranquila del mar, se levantaba una enorme ola de color blanco, que avanzaba impetuosa hacia ellos.

«¡La ola de leche!», gritó el patrón. «*Esnezco olatua!*», repitieron los hombres, y hundieron con fuerza los remos en el agua, preparados para resistir el gigantesco embate. La ola pasó, pero ya los rostros de todos mostraban la misma mirada temerosa de Bilinch, que tanto les había hecho reír.

La lancha siguió avanzando y de repente, a la luz del amanecer, sobre la superficie del mar se elevó una ola también inmensa, pero transparente como el cristal, que llevó rápidamente hasta ellos su masa rugidora.

«¡La ola de lágrimas!», gritó el patrón, y todos repitieron el mismo grito: «*Malkozko olatua!*».

Eran ya del todo conscientes de que se enfrentaban a poderes infernales, pero el miedo no les hizo abandonar los remos ni olvidar su destreza marinera, y también consiguieron capear el embate de aquella cascada transparente. No habían dado cinco golpes más de remo cuando la tercera de las olas, oscura y viscosa, alzó su gigantesca arruga sobre el mar y empezó a avanzar hacia ellos marcando contra el horizonte su espesor sangriento.

Aunque de los ojos del patrón caían lágrimas gruesas y abundantes, no titubeó. Se alzó en la proa y, mientras levantaba el arpón, gritó: «¡La ola de sangre!». La tripulación sujetó los remos con firmeza y repitió: «*Odolezko olatua!*», pendiente del gesto de su patrón, que, cuando la ola se alzaba sobre ellos, lanzó con rabia el arpón contra aquella rojiza y pegajosa concavidad abierta para atraparlos.

La lancha no zozobró y todos continuaron, silenciosos y meditabundos, sus esfuerzos para llegar al caladero. La pesca fue aquella vez tan abundante, y eran tan buenas las piezas que subían colgadas de los aparejos, que todos sentían enorme júbilo, y cuando regresaron a puerto, con la lancha llena hasta rebosar, iban cantando, olvidado del todo el misterioso incidente de las tres olas.

Sin embargo, en el puerto no les esperaban buenas noticias. La esposa del patrón se había puesto enferma, y cuando llegaron a casa la encontraron tendida en el lecho, agonizando. Antes de morir, tuvo tiempo para maldecir al hombre que, al lanzar aquel

arpón contra la ola de sangre, había causado su muerte. La hija, que asistía llena de rabia a la muerte de su madre, maldijo también a su padre antes de desaparecer. En cuanto al padre, murió de melancolía en pocos meses.

Tomás siguió en su oficio de pescador, y una tarde, a finales de junio de 1850, mientras lo transportaba desde Deva hasta San Sebastián, le contó esta historia a Juan Venancio de Araquistáin, que la escribió y la publicó en un libro.

De errantes y malditos

Para que expíen sus culpas, a veces, la maldición divina obliga a vagar a quienes por su conducta voluntaria lo merecieron, o a quienes cometieron inadvertidamente una acción acreedora de castigo, o les hace repetir una y otra vez los actos que fueron causa de la maldición.

La Santa Compañía

El abuelo de Benigno Sánchez había sido carpintero de ribera, y muchas de las dornas con que seguían saliendo a faenar los pescadores de aquella orilla de la ría habían sido fabricadas con sus manos. Los cambios en las costumbres, en los inventos y en las técnicas, hicieron disminuir cada vez más los encargos de nuevas barcas y, muerto el abuelo, obligaron a su padre a alternar el oficio con la instalación de cocinas modernas. Soltero, Benigno continuaba viviendo en la casa familiar, y conservaba en el taller las antiguas herramientas y algunas cuadernas y tablas de aquellas embarcaciones, pero ya no practicaba directamente el oficio de sus mayores, aunque seguía montando cocinas, como había hecho su padre en los últimos años de su vida.

También dedicaba parte de la jornada a los seguros. Servando Neira, agente de una compañía de la capital que, de vez en cuando, venía a visitar a los armadores y asentadores del pescado, solía tomar una copa en el bar del muelle, donde Benigno jugaba todos los viernes la partida. Servando, al comprobar que había poca gente en los contornos que Benigno no conociese y con la que no tuviese buen trato, le convenció de que hacer seguros era una forma cómoda de ganar dinero, y le enseñó a descifrar el contenido de aquellos formularios que parecían tan misteriosos.

En su primera semana como asegurador, Benigno fue capaz de convencer a dos vecinos de las ventajas que tenían las pólizas contra los posibles riesgos que amenazaban a la vivienda, hasta el punto de hacérselas firmar y pagar la correspondiente prima. Desde entonces, dedicaba las tardes a recorrer la comarca con una carpeta llena de los documentos de su nuevo oficio, con el ánimo dispuesto a prevenir a todo el mundo contra el incendio fatal, el imprevisto pedrisco, las epidemias que podían arruinar en pocos días un gallinero o un establo y hasta esos accidentes fatales que acechan en la carretera a los automóviles, sobre todo a los recién estrenados.

En un par de años, Benigno se hizo con un buen número de clientes. Viajaba todas las

semanas a Pontevedra para arreglar con Servando los papeles y ajustar sus comisiones. Seguía instalando cocinas, pero no por necesitar aquel dinero sino, sobre todo, porque resultó ser un trabajo que complementaba su labor en los seguros, al permitirle conocer nuevas gentes y hablar con ellas sin prisas en sus propios domicilios.

Para desplazarse por las aldeas en su trabajo de asegurador, Benigno se compró una motocicleta que tenía ruedas adecuadas a los barrizales y cuestas que debía recorrer. Bien envuelto en un impermeable verde, en la cabeza un casco de color rojo con prominente visera oscura, cubierta la parte inferior de su rostro con una bufanda, Benigno Sánchez aparecía acompañado por el ronquido de su moto, como una figura característica que pronto se hizo familiar en los contornos.

Claro que, a veces, los clientes resultaban malos cumplidores de sus deberes y era preciso visitarlos con insistencia para recordarles el vencimiento de un plazo y la exigencia de pagar la prima, si querían que el riesgo quedase de verdad asegurado. Una noche de invierno, tras la larga e infructuosa visita a una anciana testaruda que, ausente el hijo, no podía entender que las pólizas vencían cada año, la rueda trasera de la moto de Benigno pinchó. Llevaba un producto para esos percances, pero el resultado no fue tan eficaz como anunciaba el fabricante, o había estado demasiado tiempo sin usarse: el caso es que el pinchazo no quedó arreglado. En la oscuridad, Benigno arrastró su motocicleta, esperando encontrar alguna casa donde dejarla al resguardo antes de buscar la manera de regresar a su aldea. Sin embargo, anduvo mucho tiempo perdido en el enredo de los caminos y de las sendas.

Era medianoche cuando Benigno se encontró cerca de un monasterio que había sido muy importante en la región y que en aquellos tiempos estaba siendo restaurado. El camino marcaba levemente su turbia claridad entre la oscura masa del arbolado y Benigno esforzaba la vista para no tropezar, cuando a la vuelta de un recodo aparecieron unas luces. Aquel día había habido mucha niebla, la noche seguía cargada de humedad, y pensó que la bruma causaba el parpadeo y debilidad de aquellas luces, pero mientras se aproximaba a ellas fue comprendiendo que su brillo escaso y tembloroso estaba en la propia naturaleza de los objetos que la emitían, grandes cirios que portaban los miembros de una procesión. Benigno se detuvo y escuchó cómo se iba acercando el murmullo de una oración rezada por muchas bocas, a la que servía de contrapunto el resonar de una campanilla. Imaginó que la procesión estaba relacionada con algún asunto del monasterio y se apartó a un lado del camino para dejarla pasar.

Delante de todos iba una figura alta, cubierta por una capucha, que sostenía una gran cruz de madera, y detrás venían varias figuras más, también encapuchadas, que componían lo que podía ser la cabeza de cualquier procesión religiosa: una, portadora de un estandarte cuya imagen la oscuridad no permitía identificar; otra, que llevaba un calderín de agua bendita con el hisopo; y una tercera que, cuando concluía la oración o jaculatoria, agitaba la campanilla con tanta solemnidad como energía. Tras ellas caminaba una pequeña columna de penitentes, o devotos, que llevaban los grandes cirios.

Nada habría distinguido aquella procesión de cualquier otra, salvo el raro fulgor de las luces, que irradiaban un halo fosforescente, formando alrededor del cortejo cierto resplandor azulado, y el raro aspecto de sus componentes, los cuerpos cubiertos por túnicas ajadas y rotas, las manos y los rostros muy flacos, las bocas sumidas, los ojos apagados, las cabezas peladas y pálidas, y en todos ellos el mismo aire de enajenada piedad.

La procesión pasó lentamente al lado de Benigno murmurando sus oscuras oraciones. Otra figura encapuchada, que llevaba un farol, parecía cerrar la comitiva, pero el casual espectador conoció enseguida que todavía faltaba un componente, alguien que venía unos pasos más atrás, vestido con ropas comunes, la cabeza tocada con una boina. Lo curioso de aquel penitente era su actitud, que contrastaba fuertemente con la de los otros. Lejos del absorto y piadoso recogimiento de sus compañeros y compañeras, andaba sin compostura, con pasos irregulares, torciendo mucho el cuerpo, y parecía que se resistiese a caminar; además, llevaba los brazos muy extendidos, como si en lugar de sujetar el cirio estuviese atado a él, y mostraba en el rostro una mueca de dolor o de miedo, los ojos desorbitados y la boca entreabierta.

Cuando el último de los penitentes descubrió la presencia de Benigno, su gesto se transformó. Se acercó a él de un salto y, murmurando unas apresuradas palabras de saludo, le entregó el cirio que sostenía en las manos, antes de alejarse corriendo *corredoira* abajo y perderse en la oscuridad.

Durante unos instantes, Benigno contempló con sorpresa la llama violácea de aquel cirio que el hombre le había entregado, hasta comprender, con un sentimiento de horror y asco, que no era un verdadero cirio sino un gran hueso con la apariencia de una tibia humana. A la vez, sintió que una fuerza violenta, que no era capaz de resistir, lo hacía colocarse al final de la procesión, detrás de la figura del farol, en el mismo lugar que había ocupado el hombre de la boina, y seguir a aquellos penitentes en su lento caminar a

través de la noche larga y fría. Así, Benigno Sánchez se vio obligado a formar parte de la procesión.

A la hora del alba, el fulgor fosforescente de los macabros cirios se desvaneció de repente, al tiempo que lo hacía toda la comitiva, y Benigno se encontró otra vez junto a su moto, cerca de las tapias del monasterio, empapado de agua y con todo el cuerpo dolorido.

Los esfuerzos por encontrar arreglo para el pinchazo y las incidencias del regreso a su casa le hicieron apartar de su memoria el recuerdo de su extraña experiencia, y cuando llegó la noche y se acostó, antes de quedarse dormido, imaginó que su macabra aventura había sido solamente fruto de un sueño, tras deambular durante horas perdido en las espesuras del monte.

Mas a la medianoche lo despertó una súbita ansiedad, atraído por una llamada inaudible pero insistente, y empujado por la misma fuerza que le había hecho seguir a la fantasmal comitiva la noche anterior. Apenas tuvo tiempo de calzarse y de ponerse su impermeable, aceptando con fatalidad su destino: enseguida se encontró ocupando el último lugar de la procesión, obligado a sostener su macabro cirio.

La procesión caminaba por los mismos lugares en que la primera luz del alba anterior la había hecho desaparecer, y continuaba su nocturno vagar. Tras varias horas de recorrer los caminos más apartados de los montes y los despoblados, la llegada del alba volvió a hacer desaparecer la procesión, y Benigno se encontró de nuevo en su casa, con el cuerpo molido y el ánimo deshecho.

Tenía ya la conciencia clara de que en la situación que aquella noche había vivido por segunda vez se materializaba una de las leyendas espeluznantes tantas veces escuchadas en la infancia, junto a la lumbre de la cocina. Aquella figura alta que encabezaba la procesión era la Estadea, y él había quedado cautivo de la Santa Compañía, el cortejo de las ánimas en pena que recorría cada noche los caminos solitarios y que incorporaba a su comitiva a cualquier vivo que se cruzase con ella, sujeto de un sortilegio que le obligaba a seguir noche tras noche al espectral cortejo hasta que topase con otro vivo al que poder transmitir aquella maldición.

La fatal aventura se repitió una y otra vez, inexorablemente. Al amanecer, cuando el sortilegio perdía su efecto y Benigno era devuelto a su casa, el cansancio lo hacía quedar postrado durante horas, pero nunca se reponía del todo de las interminables y frías caminatas nocturnas en la espectral compañía, y estaba tan desalentado que apenas tenía

fuerzas ni ganas para tomar un bocado. Abandonó sus compromisos de carpintero y sus negocios de asegurador. A la vista de su nueva actitud y del desaliño y suciedad que mostraba, los vecinos empezaron a preocuparse por el estado de su salud y, sobre todo, por el de su razón.

Tras dos semanas en que Benigno no se había presentado en la agencia de la capital, ni había contestado a las llamadas telefónicas, Servando vino a verlo a su casa. Le sorprendió mucho encontrar a su colaborador con un aire tan desmejorado, pero mucho más su desesperada confesión: cómo, preso del maleficio del desventurado encuentro de aquella noche, había debido hacerse cargo del cirio del acompañante de la Santa Compañía. Y Benigno le refirió todas las circunstancias del encantamiento, los rezos lúgubres de las ánimas que debía acompañar, el repique incesante de la campanilla y hasta los parajes que hasta entonces había ido recorriendo en su tenebrosa caminata, que el alba de aquel mismo día se había interrumpido en los peñascales que rodean una lejana y conocida ermita.

Servando Neira no supo qué contestar, confuso ante lo que consideraba un ataque de locura de su colaborador. Intentó convencerle de que fuese al médico, pero el otro estaba seguro de que la naturaleza de su mal no requería ese tipo de asistencia, y Servando regresó a Pontevedra muy preocupado, sobre todo por la situación en que quedaba la cartera de seguros que Benigno controlaba.

Servando volvió una semana después. Aquel atardecer debía visitar a algunos de sus clientes relacionados con el negocio de la pesca, pero antes quiso saber cómo evolucionaba la manía de Benigno, ya que si no había mejoría le correspondería a él intentar hacerse cargo de los asuntos de su colaborador. Lo encontró peor, y con una alarmante suciedad en todo su cuerpo. Benigno le confesó que se encontraba tan agotado que ya no tenía fuerzas ni para cambiarse. Ciertamente, a Servando le llamó la atención el aspecto de sus ropas, que no solamente estaban húmedas y sucias de barro, sino con muchas rasgaduras y enganchones, en los que aún se veían prendidas ramitas de zarza y espinos.

En su desvarío, Benigno le contó que las últimas noches la Santa Compañía había dejado el camino habitual y seguía una ruta de tiempos antiguos, abandonada muchos años antes, cubierta de maleza, y le mostró en las piernas los sangrantes arañazos que le había causado cruzar aquellos terrenos asilvestrados. Confesaba haber llegado a la desesperanza total, pues estaba convencido de que acabaría muriendo exhausto alguna de

las próximas noches, sin que ningún otro ser humano se cruzase en su camino para que él pudiese transmitirle el horrible cirio y librarse del sortilegio. En la inercia de aquel absurdo diálogo, Servando preguntó a su colaborador dónde les había pillado el alba aquel día, y Benigno le habló de un viejo cementerio que había más allá de las últimas playas.

El horroroso aspecto de Benigno no se desvaneció del recuerdo de Servando. Aquella jornada algunos de los barcos se retrasaron, y con ello la subasta del pescado terminó más tarde de lo previsto. Ya eran casi las doce cuando Servando acabó de resolver los asuntos que lo habían llevado a aquel pueblo. No había cenado nada y entró en una taberna para tomar un bocado, pero se acordó del desventurado Benigno y pidió que le preparasen unos bocadillos, y con ellos una botella de vino, y se dirigió a casa de su desdichado colaborador.

Cuando llegó, encontró la casa vacía y la puerta entornada. Se le ocurrió entonces que acaso parte del delirio de Benigno era verdadero, y que quizá en su alucinación se pasaba las noches vagando por los montes. Entonces, Servando se encaminó hacia el lugar donde, según el sedicente encantado, debería continuar aquella noche la caminata de la macabra procesión.

Dejó el coche a un lado de la carretera y descendió hasta el antiguo cementerio por una pequeña senda desigual. Más abajo, ya cerca del acantilado, le pareció divisar unas luces, como si un grupo de personas estuviese siguiendo la línea de la costa. Eran bastantes, y demasiado visibles como para imaginar que se tratase de una señal de los reprobables contrabandos y tráfico que tenían lugar en aquella zona, y Servando pensó que acaso había ocurrido alguna desgracia.

Se acercó a las luces, hasta comprobar que su brillo era inusual y que se trataba de una extraña procesión. Inmóvil y desconcertado, miró pasar a su lado a los miembros de la comitiva, escuchó el ronco murmullo de sus rezos, el repicar agudo de la campanilla. Detrás de la figura con el farol, el desdichado Benigno Sánchez se arrastraba sujetando su cirio. Cuando descubrió a Servando Neira, los ojos mortecinos recuperaron todo su brillo. «*Que queiras que non queiras*», oyó éste que Benigno murmuraba mientras le obligaba a agarrar el cirio, antes de escapar corriendo entre la noche.

El Cazador Negro (Eiztari-beltza)

Son muchos los lugares del País Vasco donde se dice que transcurrieron los hechos que dieron origen a la maldición del Cazador Negro, a quien se conoce con nombres distintos: Mateo Txistu, el cura Salamón, Juanito Txistularixa, Martín Abad y otros. También ciertos narradores señalan que el suceso tuvo lugar en una iglesia del monte Udala.

El tal Mateo Txistu, o como se llamase realmente, era un sacerdote muy aficionado a la caza. Tanto que, hasta cuando paseaba leyendo su breviario, llevaba al hombro la escopeta, por si en el transcurso de su caminata se cruzaba con algún animal que abatir.

Cierta mañana de fiesta, mientras decía misa, y precisamente en el momento de la consagración, oyó ladrar a sus perros, que tenía atraillados a la puerta de la iglesia con el propósito de salir a cazar en cuanto terminase de celebrar el sacramento.

Los ladridos, ansiosos y acuciantes, le anunciaban la proximidad de alguna pieza, y el cura se sintió muy desazonado. Hay quien asegura que el animal, una liebre, entró en la iglesia y recorrió con rápidos brincos el pasillo entre los bancos, antes de desaparecer de un salto a través de una ventana del ábside.

Mateo Txistu abandonó sin miramientos su sagrada tarea, buscó en la sacristía su escopeta, corrió veloz hacia la puerta mientras se despojaba de las vestiduras litúrgicas y, tras soltar a los perros, echó a correr detrás de la liebre. Y detrás de la liebre sigue corriendo, día y noche.

La maldición de Mateo Txistu solo concluirá el día en que pase delante de una iglesia en el momento mismo de la misa en que él cambió la hostia por la escopeta y acabe de celebrar el sacramento. Al parecer, esto no ha sucedido todavía, pues es posible a veces, sobre todo en las noches de invierno, escuchar a lo lejos el paso de los vehementes ladridos de sus perros, condenados, como él, a vagar eternamente en busca de una caza inalcanzable.

Els pastorells y la era de Escorca

En la isla de Ibiza, una noche de invierno, unos pastores preparaban las brasas de una hoguera para asar sobre ellas un cabrito, cuando llegó hasta donde estaban un mendigo de aspecto miserable y les pidió comida. Los pastores no se negaron a darle de comer, pero por burla, y con la malicia de no compartir con el harapiento forastero aquel cabrito, asaron para él un gato.

Cuando le ofrecieron la cena, el mendigo pronunció unas palabras:

Si ets cabreta, está quieteta.

Si ets cat, salta d'es plat.

Milagrosamente, el asado destinado al mendigo saltó del plato y salió corriendo entre lo oscuro. Los pastores quedaron asombrados y temerosos, y mucho más al saber que el mendigo del que habían intentado burlarse tan cruelmente era nada menos que Nuestro Señor Jesucristo, el Buen Pastor, que tras comprobar la dureza de sus corazones los condenó a vagar eternamente con sus rebaños, sin descanso alguno, por toda la eternidad. Y algunas noches, sobre todo cuando el tiempo es más desapacible, se pueden oír a lo lejos los tristes balidos de ese rebaño condenado, con sus pastores, a errar por los siglos de los siglos.

En la isla de Mallorca, un verano, en el lugar de Escorca, al pie de la sierra de Alfàbia y cerca del monasterio de Lluc, unos labriegos estaban entregados con todo entusiasmo a las faenas de la trilla cuando pasó junto a ellos el Santo Viático. Los labriegos, en lugar de mostrar respeto, prorrumpieron en voces de burla y hasta en blasfemias. La ira de Dios abrió de repente un abismo a sus pies, donde los sepultó en vida, con sus bestias y aperos, condenados a permanecer así toda la eternidad, y es posible escuchar las voces desesperadas de los condenados salir de las entrañas de la tierra en aquel lugar maldito.

El conde Arnau

Del conde Arnau se cuenta y no se acaba, para bien y para mal. Fue barón de Mataplana, en cuyo castillo al parecer vivió. Unos narradores lo proclaman infatigable luchador contra los sarracenos, y dicen que libró al pueblo de graves cargas y tributos, pero otros lo acusan de haber sido un señor brutal y amigo del demonio, que apadrinaba a los varones que nacían en sus tierras para matarlos con un traje de acristianar que les regalaba, en prevención de encontrar en ellos resistencia cuando creciesen.

En fin, que era cruel y despótico con sus vasallos, aficionado a la caza y al juego, y dado a todos los placeres de la carne. También se sabe que, en cierta apartada mansión, organizaba fiestas libertinas, pues era muy lujurioso, y aunque tenía esposa, en la que había engendrado varias hijas, perseguía a todas las mujeres hermosas de la comarca y ejercía con las desposadas de sus vasallos el llamado «derecho de la primera noche». El caso es que todos sentían miedo cuando escuchaban sus cabalgadas nocturnas, sobre un caballo que era de fuego, según se dice.

Por entonces llegó a ser abadesa del monasterio de San Juan, que había fundado Wifredo el Velloso, una mujer tan virtuosa como bella, de quien algunos dicen que se llamaba Adalaisa. Desde que la vio, el conde Arnau se sintió inevitablemente atraído por ella y se propuso conseguirla. Sus esfuerzos tuvieron éxito, y al fin la abadesa, infringiendo sus votos, se entregó al conde en el propio monasterio. Para su encuentro, utilizaban un pasadizo secreto que enlaza el monasterio con un paraje de los alrededores, y por el mismo conducto salía a veces la abadesa para unirse al conde Arnau, en alguna de aquellas orgías de las que la comarca murmuraba escandalizada.

La compenetración entre los dos llegó al extremo de que la abadesa acompañaba al conde en sus cacerías. Una noche, parece que la de Ánimas, el conde y la abadesa celebraron una montería que tuvo un fin espantoso, pues no fueron las víctimas los

ciervos que los ojeadores habían empujado, sino el conde y la abadesa, que perecieron mordidos y desmembrados por los perros de su propia jauría.

Desde entonces, cada año, la noche de Ánimas, hay vecinos de la comarca, entre Puigcerdá y San Juan de las Abadesas, que oyen el sonido del cuerno del conde Arnau llamando a sus monteros, y los ladridos de la jauría que, antes del alba, destrozarán una vez más, con rabiosos mordiscos, su cuerpo pecador y el de la pecadora abadesa.

Maricuchilla

En las cercanías de Oviedo hay una gruta de rocas rojizas en la que fluye un manantial. Durante muchísimos años, el lugar ha sido conocido como gruta de Maricuchilla.

Antes de quedar en la memoria de las gentes por su terrible historia, la que dio nombre a la gruta era una muchacha cuya hermosura le había hecho sentirse por encima de todos los que la rodeaban, y en especial de los hombres, por los que manifestaba mayor desprecio cuanto más inclinación mostraban hacia ella. Se contaba de caballeros que se habían vuelto locos ante sus rotundos desdenes, e incluso de alguno que llegó a quitarse la vida al no poder soportar el desamor de la hermosa.

La noticia de un ermitaño que había llegado a las afueras de la ciudad, y que vivía en una choza del monte, uniendo a sus oraciones y penitencias una infatigable caridad, despertó el interés de las gentes, en cuyas bocas empezó a tener fama de santo.

Se hizo costumbre llevar limosnas al ermitaño, y así fue como la bella desdeñosa llegó a conocerlo. Y aunque la vida de extrema austeridad en que el ermitaño vivía lo tenía enflaquecido y no vestía sino un hábito pardo y desgarrado, la muchacha encontró bajo aquel aspecto un hombre muy atractivo, y se sintió arrastrada hacia él por un sentimiento amoroso que no había conocido antes.

La muchacha, perdiendo su altivez, comenzó a visitar a menudo al ermitaño y, al cabo, abandonando el recato, lo requirió de amores, mostrando todos los recursos de aquella fuerza seductora que a tantos caballeros había llevado a la desesperación cuando comprendían que no tenía otro fin que la burla. Aunque, en esta ocasión, la hermosa muchacha era sincera.

Sin embargo, sus esfuerzos fueron inútiles. Todos los pensamientos del ermitaño estaban puestos en su sacrificada vida de oración y caridad, y se mostró imperturbable

ante los requiebros de la hermosa, que al cabo tuvo que apartarse de él, sintiéndose muy desventurada ante el insistente rechazo.

En su desdichada situación, resolvió acudir a una bruja famosa por su capacidad para conseguir lo que pudiera parecer imposible. La bruja convocó al Diablo, que se presentó ante ellas en todo su negro esplendor. Cuando consiguió tranquilizarse, la muchacha le expuso su deseo de conseguir el amor de aquel hombre. El Diablo le respondió que tendría su ayuda si en la noche siguiente degollaba en su honor a un niño de su propia familia, en un lugar cercano al que servía de vivienda al ermitaño, y le dio la gran cuchilla que debía servir para ejecutar el sacrificio.

Enloquecida por sus deseos, y acaso hechizada por la bruja, la muchacha, cuando llegó la noche de la siguiente jornada, arrancó de su cuna al más pequeño de sus hermanos, lo llevó al lugar que el Diablo le había indicado, una gran gruta que servía de cobijo a los murciélagos, y allí degolló al niño con la cuchilla. La sangre del inocente corrió por el suelo de la gruta, y la muchacha, horrorizada al momento de su acción, corrió en busca de ayuda, hasta encontrar al ermitaño, al que relató su crimen.

La sangre del niño no había conseguido alterar los sentimientos del ermitaño, pero sí los de la muchacha, en quien la conciencia de su culpa y el arrepentimiento habían anulado su salvaje pasión.

El ermitaño oró muy devotamente, esperando conocer la voluntad de Dios en el caso. Y por fin, cuando empezaba a amanecer, pudo darle una respuesta: su crimen era tan grande que quedaba condenada a formar parte de aquella gruta y a utilizar la cuchilla por los siglos de los siglos, intentando limpiar con ella la mancha de la sangre vertida hasta que consiguiese borrarla.

En esa labor sigue la muchacha todavía. Quienes la conocen por Maricuchilla aseguran que, en ciertas fechas, es posible verla arrodillada en el suelo de la gruta, desmelenada, la ropa hecha jirones, llorando a gritos, mientras raspa sin descanso las rocas teñidas por la sangre de su hermanito.

De fantasmas

La sombra de doña Blanca

En Albarracín, Teruel, junto a la iglesia de Santa María, existe un torreón llamado «de doña Blanca», que en su día formó parte de una fortaleza interior de la ciudad, destinada a la vigilancia de la vida cotidiana.

Parece que la doña Blanca que recuerda el nombre del lugar fue la hermana menor del que sería rey Alfonso IV de Aragón. Prometido el rey con Leonora de Inglaterra, ésta era tan ambiciosa de poder, y suspicaz frente a cuantos rodeaban a su prometido, que hizo lo posible por alejarlos de la corte, y en particular a Blanca, que tenía mucho ascendiente sobre el débil carácter del rey.

La comitiva de la infanta, en su viaje hacia tierras castellanas, se detuvo unos días en Albarracín, en el palacio del señor de Azagra. Un misterio impenetrable rodea las circunstancias de la desaparición de la infanta, pero el caso es que la comitiva, unos días después de su llegada, no solamente no siguió su viaje hacia tierras castellanas, sino que regresó a la corte aragonesa sin que la infanta fuese en su compañía. De lo que pudo haberle sucedido no se supo nunca nada. Por otra parte, la muerte súbita del rey, antes de su matrimonio con Leonora, ayudó a poner rápidamente en el olvido la misteriosa desaparición.

La prueba de que el suceso fue consecuencia de un trance doloroso, y quizá de una voluntad criminal, está en la sombra de doña Blanca, que cuando hay luna llena y las campanas de la iglesia anuncian la medianoche, aparece en lo alto del torreón y desciende lentamente por las rocas hasta las orillas del río Guadalaviar, en cuyas aguas se desvanece.

El fantasma del palacio del emperador

Carlos I, el emperador, fascinado por la Alhambra pero encontrándola muy incómoda de habitar, quiso tener allí un alojamiento adecuado, y el arquitecto Pedro Machuca, para construirlo, no pudo evitar el derribo de algunas salas que se encontraban frente al pórtico del sur del Patio de los Arrayanes. Al fin los muros del edificio renacentista se incrustaron en el conjunto arquitectónico árabe.

Se asegura que, como consecuencia de una maldición, el palacio del emperador nunca llegó a terminarse y quedó a falta de las techumbres de la segunda planta y de la bóveda que debía rematar el conjunto. Además, un fantasma deambula siempre alrededor de él.

La maldición fue la de todo el pueblo de Granada, despojado de sus bienes y viviendas por los conquistadores que, tras profanar los lugares sagrados y quemar las bibliotecas, ordenaron despóticamente la vida cotidiana, hasta el punto de prohibir que se vistiese de acuerdo con la costumbre ancestral. El fantasma es el de un vecino principal de Granada llamado Abul Aswad.

La prohibición de vestir las ropas tradicionales llenó tanto de vergüenza a los árabes que decidieron ofrecer al emperador las joyas y los tesoros que habían escondido en el momento de la caída de la ciudad en manos cristianas, a cambio de que mandase revocar aquella ley. El comisionado para exponer al emperador la oferta fue Abul Aswad, que estaba a punto de casar a su hija Haraxa con el notable caballero Abd el Melek.

Abul Aswad señalaría que las negociaciones habían tenido buen resultado si se asomaba a la Torre de la Vela manteniendo el turbante sobre la cabeza. Claro que el éxito de su misión supondría la ruina de todos, y quedarían condenados a la pobreza, pero se librarían de una humillación insoportable.

Por aquel tiempo, el emperador Carlos I empezaba a estudiar las trazas de su proyectado palacio y le pareció bien la propuesta, que le permitiría pagar los gastos de la construcción del edificio. Así, Abul Aswad pudo asomarse a la torre con el turbante

sobre su cabeza, pero cuando llegó a la ciudad supo que, desesperado por la miseria a la que se veía condenado, el novio de su hija se había quitado la vida, y que Haraxa sufría un ataque de demencia del que nunca se repuso.

A pesar de las riquezas de los árabes de Granada, no hubo fondos suficientes para terminar el palacio. Y por allí ronda, bajo la apariencia de un anciano andrajoso, el fantasma de Abul Aswad.

El fantasma de la isla Cabrera

La isla de Cabrera, que posee uno de los estuarios más singulares del Mediterráneo, tiene una historia muy antigua. En ella nació casualmente Aníbal, el caudillo cartaginés, tres siglos antes de Cristo, y en el VI, un convento de frailes disolutos que tenía allí su sede mereció siglo las invectivas del papa san Gregorio Magno. A principios del siglo XIX, fue utilizada como campo de concentración para diez mil prisioneros franceses, abandonados a su suerte durante cinco años, de los que apenas tres mil lograron sobrevivir tras haber sufrido las más espantosas experiencias de hambre y necesidad.

Sin embargo, un solo fantasma recorre Cabrera, y por las noches se pasea lentamente por los pinares, las playas y el borde de los acantilados. Al parecer, es el de Johannes Bochler, un piloto alemán que cayó con su aparato sobre la isla y que, en abril de 1944, fue sepultado en el pequeñísimo cementerio que se alza unos metros más arriba de la vieja torre fortaleza medieval.

En la diminuta extensión del cementerio hay solamente dos tumbas. En una fue enterrado el cuerpo del piloto alemán y la otra sirvió de sepultura al cadáver de un ahogado desconocido que las olas depositaron en la orilla del estuario. La guerra mundial impidió que los familiares de Johannes Bochler se hiciesen cargo de sus restos, y solamente cuando terminó el conflicto fue su cadáver trasladado a Alemania. Y precisamente a partir de entonces la figura evanescente y lechosa de un hombre vestido con guerrera y casco de aviador empezó a vagar por la isla, sobresaltando las guardias nocturnas de los soldados de la guarnición.

Para explicar la aparición del fantasma, se dice que hubo un error en el traslado de los restos del piloto, y que en realidad fueron llevados a Alemania los del naufrago desconocido. Por eso, sin encontrar reposo en su tierra natal, condenado a permanecer en un lugar extraño a su espíritu, el fantasma de Johannes Bochler recorre, desconcertado, las asperezas de la pequeña isla balear.

Los fantasmas de la Casa de América y del museo Reina Sofía

Los más recientes fantasmas españoles se han manifestado en Madrid. En la primavera de 1990, mientras se empezaba a rehabilitar el palacio de Linares para acondicionarlo como Casa de América, fueron noticia unas misteriosas voces infantiles que, llamando a su madre o, al contrario, declarando que nunca habían tenido madre, atraieron la curiosidad investigadora de gentes interesadas en los fenómenos que parecen escapar a lo normal.

Las extrañas voces dieron pie a una historia según la cual el constructor y primer propietario del palacio se habría enamorado de una mujer humilde y, tras casarse con ella, habría sabido que era fruto de los amores de su propio padre, originando ese conocimiento de su incestuosa unión mucho dolor, pues un vástago nacido de los hermanos habría tenido que vivir en el palacio oculto a las miradas del mundo. También se contaban historias aún más macabras, de baños que habrían sido escenarios de sangrientos infanticidios.

El conocimiento de la verdad no solo demostró que nunca habían existido tales amores incestuosos, sino que era una corriente de agua subterránea la que, sometiendo el edificio a peculiares efluvios, hace que no deje de producirse entre sus muros la continua e intermitente eclosión de figuras fantasmagóricas.

Lo que parece estar bien comprobado es que hay fantasmas verdaderos en el edificio del arquitecto Sabatini, destinado originalmente a Hospital General, que inauguró Carlos III en 1787. En el antiguo hospital, convertido en tiempos cercanos en el Centro de Arte Reina Sofía, y que a lo largo de su historia fue también depósito de cadáveres, tienen lugar sucesos misteriosos: los ascensores se ponen en marcha a pesar de estar desconectados; puertas cerradas con llave se abren solas; se oyen en las salas ruidos de pasos sin que puedan percibirse las personas que los originan; hay una ascensorista que

ha sentido el tacto de una mano invisible, y, sobre todo, algunas noches aparecen espectrales procesiones de figuras con hábito religioso que recorren solemnemente los corredores.

Un periódico de Madrid, *Diario 16*, se hizo eco de estos extraños fenómenos el 21 de abril de 1995, y se sabe que en 1998 un vigilante nocturno solicitó el traslado, temeroso de las comitivas fantasmales de monjas que había tenido ocasión de encontrar en sus rondas algunas noches.

VIII. De culebras, dragones y estirpes asombrosas

De culebras, *serpes*, cuélebres y dragones

La culebra y el pastor

Hay una leyenda de serpientes que se repite en muchos lugares de España y a lo largo de toda la geografía –Pontevedra, Riaño, Tolosa, la Albufera valenciana...–, con curiosa similitud en las líneas centrales de su trama.

Un muchacho, por lo común pastor, encuentra una pequeña culebra, la alimenta y la convierte en compañera de su soledad. La culebra va creciendo y familiarizándose con el pastor, hasta el punto de atender a la llamada que le hace cada día, en forma de silbido, cuando llega al paraje en que ella vive, y enroscarse en sus brazos sin desconfianza.

Sin embargo, el pastor debe abandonar aquella comarca, y durante muchos años vive lejos de allí. Un día regresa y, recordando los lugares en que transcurrió su mocedad, vuelve a visitar los montes que recorría con su rebaño y encuentra el sitio en que vivía la serpiente que aprendió a comer de su mano con tanta docilidad. Viene a la memoria del antiguo pastor el silbido con que llamaba a la serpiente, lo lanza, y la serpiente vuelve a aparecer. Sin embargo, los años han convertido a la serpiente en un animal gigantesco, en un serpentón. Sin duda reconoce a su viejo amigo, porque envuelve su cuerpo con sus gruesos anillos y lo aprieta afectuosamente, pero con tanta fuerza que le quita la vida.

La serpe de la fonte Pormás

En la coruñesa localidad de Arzúa existe la llamada fuente Pormás, que tiene la terrible virtud de encantar doncellas en su manantial, aunque hay que conocer los sortilegios para poder producir el hechizo.

Hace tiempo vivía en Arzúa un hidalgo con una hija muy hermosa que tenía medio enamorados a todos los jóvenes de la comarca. El hidalgo no podía sufrir el asiduo galanteo ni la idea de que su bella hija acabase casándose con alguno de aquellos jóvenes, de manera que, como era hombre versado en saberes ocultos, decidió dejar a la doncella sujeta para siempre al encantamiento de la fuente y a salvo del amor de los extraños. Y así habría sucedido, sin que nadie lo llegase a saber, si la casualidad no hubiera hecho que uno de los jóvenes cortejadores fuese testigo del hechizo.

El joven andaba una noche por aquellos parajes cuando vio llegar ante la fuente al hidalgo y a su hija, seguidos de unos criados que portaban unos sacos. El hidalgo hizo que los criados dejaran los sacos en el suelo y les ordenó regresar a casa. Llevaba un gran libro bajo el brazo, una gruesa sogá colgada de un hombro y un farol para alumbrarse, aunque la noche era clara. La hija lloraba con mucha pena, pero el hidalgo, sin hacer caso de sus lágrimas, comenzó a leer el libro a la luz del farol, con voz lenta y solemne.

Al cabo de un tiempo, el joven pudo ver, con temeroso asombro, que el cuerpo de la muchacha parecía perder su volumen y desvanecerse en el aire, convirtiéndose en una figura de niebla que descendió hasta el agua y luego fue penetrando lentamente por la boca del manantial hasta desaparecer. Lo mismo ocurrió con los sacos que los criados habían depositado en el suelo. Luego el hidalgo extendió a sus pies la sogá y leyó otras páginas del libro, y el joven asistió con horror a la transformación de la sogá en una enorme culebra, que empezó a entrar también por la abertura del manantial mientras el hidalgo, antes de cerrar el libro, pronunciaba unas palabras que el joven pudo entender

claramente, y que venían a decir que para que la muchacha quedase libre del encantamiento la culebra tendría que ser besada tres veces tres.

El joven se alejó de allí, y durante el día siguiente estuvo dándole vueltas en su cabeza a los portentosos hechos de los que había sido testigo. Al fin, decidió ir a la fuente para intentar desencantar a la muchacha, aunque la visión de la enorme culebra le había llenado de pavor. Cuando el joven estuvo ante la fuente, el pacífico fluir del agua se convirtió en un borboteo estridente, y al cabo salió del manantial la enorme culebra, con un aire tan amenazador que el joven estuvo a punto de volver las espaldas y huir. Sin embargo, el recuerdo de la bella desventurada le dio fuerzas para resistir al miedo, y cuando la cabeza hedionda del gigantesco reptil estuvo a su lado, depositó en aquellos morros monstruosos tres besos seguidos que tuvieron el efecto de aplacarla y hacer que se retirase. Volvió más tarde, ya con menos brío, el joven dio otros tres besos en la asquerosa cabeza, con lo que el reptil retrocedió de nuevo, bastante apaciguado. La tercera vez se acercó muy mansa y los últimos tres besos le devolvieron su condición de sogá, que quedó tirada en el suelo. A continuación, apareció la hermosa muchacha, liberada ya del encantamiento, con los dos sacos a los pies.

Conviene añadir que los sacos estaban llenos de monedas de oro, pues eran el tesoro del hidalgo, que había aprovechado el hechizo para ponerlos también bajo la vigilancia de la mágica culebra. Tampoco estará de sobra contar que los dos jóvenes se marcharon a tierras lejanas con aquel tesoro, que se casaron, etcétera, etcétera.

La Cova da Serpe

El monte de Cova da Serpe, en Friol, Lugo, recibió ese nombre de la cueva que servía de guarida a una enorme serpiente que se dio a conocer en tiempos medievales.

A una hija del orgulloso señor de San Paio de Narla se le desmandó el caballo que montaba, pero la valiente intervención de un fornido mozo labriego, que logró sujetar y aplacar al caballo, impidió que la joven dama sufriese daño alguno. De aquel encuentro surgiría entre el labriego y la dama una relación que cada día se hizo más estrecha, hasta convertirse en un apasionado enamoramiento mutuo.

Aunque los jóvenes amantes procuraban disimular su relación, y se encontraban en lo más tupido del monte cuidando de que nadie lo advirtiese, al fin sus amores fueron conocidos y llegaron a oídos del señor de San Paio, que los consideró una afrenta para su linaje, y amenazó a la joven dama con castigarla con dureza y vengarse ferozmente de su plebeyo galán si aquella relación no concluía.

La dama y el labriego resolvieron buscar tierras lejanas donde pudieran disfrutar pacíficamente de su amor, y una noche la dama escapó de la torre y ambos huyeron juntos, cruzando los montes. El señor de San Paio advirtió la desaparición de su hija e, imaginando lo que había sucedido, ordenó a sus guerreros que saliesen en busca de los fugitivos.

Al sentir el ruido de sus perseguidores. Los amantes se escondieron en una cueva del monte para que sus monturas pudieran descansar. La cueva era la guarida de una enorme culebra, que se abalanzó sobre ellos. El mozo intentó luchar contra el animal, y durante un tiempo lo mantuvo a raya, pero al fin la culebra logró aprisionarlo con sus anillos hasta matarlo por asfixia. Solo la llegada de los guerreros de la torre pudo evitar que la joven dama muriese de la misma manera.

Desde entonces, la enorme serpiente comenzó a ser vista fuera de la cueva, y se dedicó a causar daños en el ganado. A menudo bajaba a beber a una fuente que todavía

se conoce como pozo da Serpe. Parece que consiguieron librarse de ella poniéndole como cebo un asno muerto, relleno de alquitrán, que el animal devoró con su acostumbrada voracidad, envenenándose.

La cuélebre de Celón y la de Oviedo

La cuélebre de Celón, Asturias, que más bien era un dragón, pues al parecer poseía alas y echaba fuego por los hocicos, se alimentaba de cadáveres humanos y tenía aterrorizada a toda la región. No pudieron acabar con ella los muchos caballeros que lo intentaron. Tuvo que ser un oscuro peregrino quien la venciese, tras prepararse con largo ayuno y mucha oración, y hacer con sus propias manos una lanza con la rama de un roble, aguzando la punta al fuego e impregnándola de agua bendita. El peregrino, tras larga pelea, consiguió hundir la lanza en la boca de la bestia, que murió enseguida. Ciertos narradores dicen que el peregrino innominado era el propio arcángel san Miguel, pero el autor de aquella hazaña, fuese celestial o mortal, sin duda era de carácter modesto, pues desapareció sin dejar rastro tras la derrota de la cuélebre o dragón.

Otra cuélebre famosa fue la que llegó a la huerta del convento de los dominicos de Oviedo a través de una gruta disimulada por la vegetación. Cada día se comía a uno de los frailes que cultivaban el huerto, sin que el resto de la comunidad pudiera imaginarse la causa de aquellas sucesivas desapariciones. Un meticuloso registro del convento y de sus dependencias les hizo descubrir la gruta y, por fin, al cuélebre, que el cocinero del convento logró exterminar cociendo un bizcocho con flor de harina, azúcar y muchos huevos, pero relleno de cientos de alfileres. Este pastel, puesto como cebo, fue engullido sin miramientos por la bestia, que encontró la muerte entre horribles dolores.

El dragón del monte San Miguel

En la comarca navarra de La Barranca hacía sus fechorías un dragón que tenía su guarida en el monte que ahora se llama de San Miguel. Para aplacar el hambre de la bestia, cada día debía entregársele un vecino, que era designado por sorteo. En cierta ocasión, la suerte recayó sobre un padre con mucha familia, y una de las hijas se ofreció a sustituirle. El cambio fue aceptado y la muchacha se marchó al monte para ofrecerse al dragón como alimento.

En aquel monte vivía también, cargado de cadenas para hacer mayor su penitencia, un anacoreta llamado Teodosio, que llevaba allí muchos años y estaba greñudo y sucio. Al encontrárselo, la chica se sobresaltó, pero Teodosio consiguió que se tranquilizase, mostrándole una gran cruz de madera. Cuentan los narradores que Teodosio, que sentía una insufrible picazón en la cabeza, pidió a la muchacha que lo despiojase.

Hay que advertir que este ermitaño era el noble caballero un día conocido como Teodosio de Goñi. Al regresar una noche de una larga temporada en el campo de batalla, el caballero fue abordado por el Diablo que, en forma de venerable anciano, le dijo que su mujer lo engañaba. Al entrar en la alcoba matrimonial el caballero y encontrar dos cuerpos en el lecho, los apuñaló sin más averiguaciones, matando así a sus propios padres, de visita en la casa. La siempre fiel esposa los había acostado allí, en su propio tálamo nupcial, por mayor deferencia. A Teodosio de Goñi, por su horrendo crimen, el papa lo había castigado a la vida eremítica, y a llevar sujeta al cuerpo una gruesa cadena de hierro que solo cuando se desprendiese de su cuerpo, por milagro o por desgaste, daría señal de que su penitencia estaba cumplida.

Estaba pues la muchacha embebecida en la labor de despiojar al mísero penitente, cuando se presentó el dragón, entre horribles rugidos y el batir de sus alas membranosas. Teodosio confiaba en la fuerza que le daba su larga vida de oración y sacrificio, pero el dragón era demasiado poderoso, y la lucha entre los dos parecía inclinarse a favor de la

bestia. Entonces Teodosio, con grandes voces, solicitó la ayuda del arcángel san Miguel. Oyó Dios la súplica y le dijo a Miguel que lo llamaban del mundo, pero Miguel respondió que, de bajar, solamente lo haría si Dios iba en su compañía. Dios le preguntó a Miguel que dónde pensaba llevarlo y Miguel le respondió que encima de su cabeza.

Bajaron al mundo Miguel y Dios, y Miguel venció al dragón con su espada, la misma con la que cortó las cadenas de Teodosio, que desde entonces dejó de ser eremita y volvió a su casa con su mujer.

El lagarto de la Malena

El lagarto de la Malena, también conocido como «lagarto jaenero», recibió este nombre porque vivía en una gruta en el venero de la Magdalena, en Jaén. Era un dragón enorme y feroz que hacía estragos en los rebaños y hasta devoraba seres humanos. Al fin consiguieron acabar con él, aunque los narradores difieren en cuanto al modo en que el hecho se produjo.

Unos dicen que el causante de la muerte del dragón fue un pastor ingenioso y osado, que tras matar a uno de sus corderos y despellejarlo, relleno la piel con yesca y esperó a que el dragón apesase el falso cordero para encenderla, con lo que, cuando la bestia voraz engulló aquel señuelo, llevó a sus entrañas el fuego que había de acabar con su vida, tras un violento estallido que repartió sus malolientes restos por toda la comarca.

Otra versión cuenta que el autor de la muerte del dragón fue un condenado a la última pena, que se ofreció voluntario para salvar a la gente de aquel castigo a cambio de que se le perdonase la vida. Para su tarea, pidió un caballo, un saco de pólvora y otro de panecillos recién horneados. Con el aroma de los panecillos, el jinete atrajo al dragón y dejó que se acercara. Entonces le tiró el saco del pan, que el dragón engulló con gula, y luego el de pólvora, que la bestia devoró también creyendo que contenía más de aquellos deliciosos panecillos. Una mecha encendida originó la explosión del saco en las entrañas del monstruo.

La tercera versión atribuye a un caballero andante la aniquilación del dragón. Para enfrentarse con la bestia, el caballero se cubrió todo el cuerpo de espejos, y los brillos de éstos deslumbraron al dragón, entorpeciendo sus movimientos, lo que permitió al caballero atravesarlo con su lanza y rematarlo con su mandoble.

El culebrón de San Lorenzo de Peña Gotera

En la llamada Peña Gotera, cerca del pueblo de La Vid, León, existe una ermita dedicada a san Lorenzo. En aquel lugar, hace muchos años, vivía una cuélebre o culebrón tan grande que cuando se posaba en lo alto de las peñas su cola llegaba hasta el río, muchos metros más abajo.

El culebrón tenía sometido al pueblo a la obligación de ofrecerle a diario una cabeza de ganado, para evitar que causase daños mayores. Sin embargo, llegó el momento en que no quedó un solo animal para atender las exigencias de la cuélebre, que ya se había comido todas las ovejas, vacas y cerdos de la comarca, y hasta las gallinas y los conejos.

Cuando la gente no pudo llevarle al culebrón su diaria pitanza, el gigantesco animal, lleno de furia, posó su cuerpo en el cauce del río y retuvo la corriente hasta formar un gran embalse de agua, que luego soltó de repente, anegando y destruyendo las huertas y los campos de labor. Todavía se pueden ver en las laderas montañosas que encauzan el río las dos señales que dejaron la cabeza y la cola de la bestia en aquella ocasión.

Una vez arrasadas las cosechas, el culebrón se dispuso a devorar a sus habitantes. Pero éstos pedían ayuda al cielo con mucha fe, y la divina providencia decidió dársela en la figura de san Lorenzo.

Lorenzo, o Llaurente, como también se le conoce en la zona, llegó a La Vid acompañado de sus hermanos menores, Pelayo y Vicente, e ideó la forma de matar al culebrón. Para ello mandó amasar una torta enorme, y una vez cocida en el mayor horno de leña que se pudo fabricar, hizo meter dentro todos los hierros que cupieron, puestos al rojo. Herramientas, cuchillos, sartenes, arneses, adornos, todo pasó por el fuego y todo fue metido en la torta.

El olor debía de ser muy apetitoso, y la cuélebre llevaba ya varios días de ayuno. El caso es que se tragó la torta y murió entre horribles bramidos, tan atronadores y violentos que los dos hermanos pequeños de Lorenzo echaron a llorar de miedo, y el

mismo miedo acabó con sus vidas. De aquellas lágrimas surgió una fuente conocida en el lugar como fuente de las Virtudes.

En la ermita actual hay un arca en la que reposan los restos de san Lorenzo y de sus hermanos. En el pueblo se asegura que quien abra esa arca quedará ciego.

El dragón de Wifredo el Velloso

Al que fue primer conde de Barcelona se le atribuye, entre muchas otras hazañas, la de haber exterminado a uno de los dragones que habitaban en la Cova del Drac, en las montañas de Sant Llorenç del Munt. Este dragón lo habían traído los sarracenos de África cuando era pequeño. Mezcla de ave y de reptil, fue alcanzando un tamaño monstruoso, de manera que tenía una fuerza descomunal. Como era capaz de volar, llegaba muy lejos para atacar y devorar a los rebaños y a los seres humanos.

Deseoso de terminar con aquel terrible azote, el conde envió a sus mejores caballeros. Para llegar a la cueva que servía de guarida al dragón, los caballeros desmontaron, procurando aproximarse con sigilo. Sin embargo, la bestia era astuta, y salió de su refugio por sorpresa. Lo primero que hizo fue arremeter contra los caballos entre rugidos y fuertes aleteos, y consiguió que huyesen galopando llenos de terror, sin mirar el suelo que pisaban, hasta despeñarse en una sima que desde entonces se conoce como sima de los Caballos. Luego, el dragón atacó a los caballeros, y aunque éstos se defendieron bravamente, consiguió desarmarlos, herir a todos y matar a varios, que luego devoró.

Ante el fracaso de sus caballeros, y como el dragón era cada día más osado en sus correrías y más sanguinario en sus ataques, el propio Wifredo decidió ir en su busca. Como armas, además de su espada y su escudo, llevó un grueso tronco de árbol, con el que hostigó primeramente a la bestia. La lucha entre el conde y el dragón se prolongó durante mucho tiempo, y los rugidos de la fiera se podían oír a muchas leguas de distancia. Al fin, el dragón consiguió partir en dos de un coletazo el tronco con que Wifredo le golpeaba y, antes de que el conde pudiera evitarlo, lo sujetó con sus garras para llevárselo volando por los aires, pero el conde no perdió la serenidad. Sacó su espada de la vaina, buscó entre las patas del dragón el punto que le pareció más vulnerable y hundió allí su espada hasta la empuñadura, ocasionándole la muerte.

El cuerpo de la bestia vino a caer sobre el cerro en que permanecían los fragmentos

del tronco partido, que formaban en el suelo la figura de una cruz, y que desde entonces se conoció con ese santo nombre. Para testimonio de su hazaña y conocimiento de todos, el conde ordenó que el pellejo del dragón se llevase a Barcelona, donde permaneció muchos años expuesto a la admiración pública.

La coca de Redondela

En Redondela, en la ría de Vigo, a mediados del siglo XIV, surgió un día del mar un enorme y monstruoso cuadrúpedo con afiladísimas garras en sus patas, de cuerpo serpentino, alas de murciélago, cabeza de tortuga con muchos cuernos y la boca erizada de grandes dientes puntiagudos.

Aquel día se celebraba una fiesta y había mucha gente divirtiéndose a la orilla del mar. El extraño animal se abalanzó sobre la multitud, se apoderó de un par de muchachas con sus garras delanteras y las devoró allí mismo entre grandes bramidos, antes de zambullirse otra vez en las aguas de la ría.

A partir de entonces, las visitas de la maléfica bestia se sucedieron periódicamente, y siempre escogía, para devorarlas, a las muchachas más guapas de la villa. El pueblo, que le dio el nombre de coca o tarasca, decidió prepararse para repeler su ataque e incluso intentar deshacerse de él.

Era un pueblo de pescadores y campesinos, sin experiencia en el uso de las armas, pero el herrero forjó toscas espadas y lanzas y se recomendó a los hombres más fornidos, que resultaron ser veinticuatro, que se entrenasen en su manejo lo suficiente como para saber atacar a la bestia con ellas.

Aquellos improvisados guerreros dedicaron varios días a esgrimir las espadas y las lanzas, y acostumar a su peso el movimiento del cuerpo. Y cuando la coca salió de nuevo de las aguas y se acercó al pueblo dispuesta a surtirle de su doncellil bocado, los hombres armados, advertidos por la campana de la ermita, corrieron a enfrentarse con ella. La pelea fue muy ardua y entre los defensores del pueblo hubo muchos heridos, pero al fin consiguieron entre todos vencer a la bestia y acabar con su vida.

Para conmemorar aquella victoria, Redondela instituyó una procesión, el día del Corpus Christi, con danzas de espadas, baile de mozas y hasta la figura de una coca llevada a rastras por las calles de la villa.

Un topo, un ardacho, un oso y un buey

El topo de la catedral de León

Desde el interior del templo, sobre la puerta derecha de la fachada oeste de la catedral de León, puede verse un gran objeto oval, convexo, de color oscuro. Se trata de la piel del monstruoso y mágico animal que destruía los cimientos del edificio en los primeros tiempos de su construcción.

La ruina nocturna de las obras consolidadas durante el día causó la admiración de los arquitectos y albañiles, y el asombro se hizo temor cuando, a pesar de su vigilancia, no consiguieron descubrir al ser que las echaba abajo. Al parecer, la tierra se removía fuertemente sin que nadie visible interviniese en ello, y en el violento retemblar se venían abajo los sillares que con tanto esfuerzo habían sido asentados.

Se cuenta que don Manrique, que entonces era obispo de la ciudad, encargó a varios clérigos, en cuya entereza confiaba, para que se apostasen en aquel lugar y no dejaran de observar con atención lo que sucedía, y que ellos consiguieron divisar, entre los movimientos que aquella noche volvieron a sacudir los cimientos del edificio, las grandes uñas y los anchos pies y hasta el hocico de un gigantesco topo que excavaba con fuerza la tierra que rodeaba los sillares.

Se juzgó que el tamaño de aquel topo, y su sacrílega labor, denunciaban alguna conjura diabólica contra el templo, y con exorcismos y una red bañada en agua bendita se consiguió capturar al topo y luego matarlo, conservándose su piel como recuerdo del extraño trance. Se dijo luego que habían sido los moros, que entonces atravesaban una época de continuas derrotas a manos de los ejércitos cristianos, quienes habían invocado a los poderes maléficos para traer al mundo aquel animal extraordinario y emplearlo en una obra destructiva que no consiguió prevalecer.

El ardacho de Berlanga

En la colegiata de Berlanga, Soria, se conserva, colgado de un muro, el cuerpo del monstruoso lagarto, el ardacho, del que se asegura que vivió en la región, oculto en escondrijos subterráneos, y que durante muchos años atemorizó a los pastores por la mortandad que causaba en sus rebaños. La seguridad popular en la existencia del monstruo es tanta que su forma ha dado origen a una especie de bollo muy conocido en la localidad.

Sin embargo, muchos cronistas sugieren que el cuerpo del verdadero ardacho debe de ser otro, porque el que, descabezado, se guarda en la colegiata, pertenece a un cocodrilo disecado que, no hace demasiado tiempo, se trajo de Panamá un fraile natural de la villa que fue obispo en tierras americanas.

El oso y el buey de Liébana

En el siglo VI llegó a Liébana, en la actual Cantabria, Toribio, obispo de Palencia, con la intención de llevar la fe cristiana a los habitantes de aquellos lugares, entregados a las creencias paganas. Era primer objetivo del santo obispo levantar un templo que fuese señal de la presencia cristiana y que pudiese congregar a los catecúmenos, pero los habitantes de la comarca no parecían dispuestos a prestar su ayuda personal, ni las de sus bestias de carga, en la construcción del templo.

El santo obispo, sin permitir que su fe desfalleciese, se retiró a un lugar apartado del bosque para orar muy piadosamente impetrando la ayuda divina. Se encontraba embebecido en sus oraciones cuando escuchó cercanos unos fuertes sonidos que parecían salir de gargantas de bestias, y descubrió muy cerca a un buey y a un oso que peleaban rabiosamente.

El santo obispo les habló como si se tratase de seres humanos, exhortándoles a cesar en su pelea, y los animales le obedecieron, y quedaron tan mansos que Toribio pudo uncirlos a un yugo y aprovechar su conjuntada fuerza para arrastrar las grandes piedras que sirvieron de cimiento al templo que había proyectado en las laderas del monte Viorna.

Cuando los lebaniegos conocieron la prodigiosa pareja que servía al santo obispo para acarrear las piedras de su templo, comprendieron que la religión que predicaba tenía que ser muy poderosa, y empezaron a acercarse a él. A las primeras conversiones sucedieron otras, y al fin el templo fue construido por los nuevos fieles.

De mouros y jentillak

De *mouros*

Toda la Península Ibérica abunda en castros, que en la ruina de sus fortificaciones y viviendas muestran la huella de unos lejanísimos habitantes.

En Galicia se sabe que los antiguos habitantes de los castros fueron los *mouros*, unos seres extraños y mágicos, que, a la llegada de la gente cristiana, se escondieron bajo la tierra, en los mismos lugares donde hasta entonces vivían. Allí permanecen, tan cerca de la superficie que a veces se les ha oído quejarse porque un labriego, al arar, les ha levantado las tejas de su casa.

Los *mouros*, algunos de ellos seres gigantescos, guardan riquísimos tesoros, y sus habitáculos están llenos de *encantos*, entre ellos *mouras* y mujeres muy bellas, que harían rico a quien fuese capaz de desencantarlas. Por el subsuelo de alguno de estos castros pasa una veta de oro puro de incalculable valor, pero su búsqueda es peligrosa, porque también hay enterrada una veta de alquitrán que, si es hallada por los buscadores en vez de la otra, traerá la catástrofe para ellos y todo el contorno. Los *mouros* no son de fiar, y pueden quitarle al cristiano sus ganados, para comérselos, e incluso devorarlo a él. A veces, por la noche, se ve parpadear una luz en el roquedal que hay en la cumbre de los castros. Esto sucede en el castro de Barán, en Lugo.

Un día que un niño estaba en aquel lugar pastoreando el rebaño de ovejas de su casa, encontró a una señora muy hermosa que le dijo que llevaba mucho tiempo bajo el castro, sujeta a un hechizo, y le pidió que le ayudase a liberarse. Para ello debería volver allí al día siguiente y esperar la aparición de una culebra, que era ella misma, y que se enroscaría en su cuerpo. El sortilegio quedaría roto si él no tenía miedo, y luego ella, que era hija de un conde, le haría muy rico.

Cuando el pequeño pastor volvió a su casa, le relató a la familia aquel encuentro. Se acordó que el niño debería asistir a la cita, pero no dejar que la anunciada culebra lo tocara, si es que aparecía. Así que el niño fue al castro al día siguiente, acompañado de

sus padres, que se quedaron escondidos. Y muy pronto salió una gran culebra, que se fue acercando al niño. Éste echó a correr hacia donde estaban sus padres, y los tres huyeron del castro todo lo deprisa que pudieron.

La noticia de aquel *encanto* se extendió de inmediato por toda la comarca y llegó a oídos de un hombre entendido en conjuros y hechicerías, el tío Mingos de Caraba, que se propuso deshacer el sortilegio y conseguir los tesoros del castro. Para ello buscó los dos compañeros más valientes que pudo encontrar, prometiendo pagarles muy bien su ayuda, y una noche fueron los tres al castro.

Antes de nada, el tío Mingos hizo un círculo en el suelo con una moneda de plata y dijo a sus compañeros que entrasen con él en el círculo, y que no se les ocurriese salir, viesen lo que viesen. El tío Mingos, para prevenir las fuerzas maléficas, llevaba muchos escapularios, cruces y medallas, entre ellas varias de san Benito. Para los exorcismos, iba a utilizar un ejemplar muy antiguo, encuadernado en pergamino, de un famoso grimorio, el *Libro Magno de san Cipriano*, conocido por la gente con el nombre de *Ciprianillo*, en el que se encuentra una relación bastante pormenorizada de los tesoros de Galicia, así como los conjuros, letanías e imprecaciones apropiados para que las riquezas encantadas se liberen de su hechizo.

«Tierra, todo criarás y todo comerás, dice el Señor Nuestro», comenzó a leer el tío Mingos, a la luz de una linterna. Llevaba leyendo un rato, cuando se apartaron con gran estrépito las peñas del castro y surgió un gigante que llevaba en la mano un tridente con las puntas al rojo vivo. Luego salió una muchacha que, tras extender en el suelo un lienzo, empezó a volcar sobre él sacos llenos de monedas de oro.

Mientras la muchacha acarreaba todo aquel oro, de las entrañas del castro salió un enorme toro que se puso a rodear el círculo, amenazando a sus ocupantes con unas cornadas violentas que parecían a punto de clavarse en ellos. El tío Mingos de Caraba seguía leyendo imperturbable, pero sus compañeros estaban cada vez más aterrorizados. Poco después, las rocas más grandes del castro se desgajaron del suelo y, alzándose en el aire, se colocaron sobre ellos y empezaron a balancearse lenta y amenazadoramente, como si estuviesen a punto de caer y aplastarlos.

Los acompañantes del tío Mingos no pudieron resistir el pavor y echaron a correr, abandonando el círculo. El tío Mingos tardó un año entero en regresar a casa. Estaba muy delgado y se había convertido en un hombre silencioso y huraño. Murió poco después sin contar nunca lo que había sido de él durante aquella ausencia. Ningún signo

hizo pensar que se hubiese enriquecido, de manera que los tesoros del castro de Barán deben de seguir allí, sujetos a su antiquísimo *encanto*.

De gentiles

En el País Vasco y en Navarra, hay una especie de *mouros* llamados «gentiles» –*jentillak*–. Son famosos los de Ezcurra, que, según quienes los conocen bien, tienen estatura baja, menos de ciento treinta centímetros, nunca se dejan ver de los cristianos y salen de noche de sus grutas y cuevas para beneficiarse de los cultivos de los campesinos. En cierta ocasión, una niña gentil de Ezcurra se hizo amiga de la gente del pueblo, y tanta era su relación con ellos que decidieron bautizarla. Los gentiles, al conocer que la niña se había ido con los cristianos, la buscaron por todas partes. No podían traspasar los umbrales de las casas cristianas, pero en alguna puerta quedó entonces marcada para siempre la huella de una mano de gentil. Por fin debieron encontrar a la niña, porque desapareció del pueblo y nunca se volvió a saber nada de ella.

Los gentiles son ingenuos. Uno de Ataún, Guipúzcoa, que era forzado, salió a la luz para desafiar a los humanos a una pelea. Buscó por los caminos y primero encontró a un adolescente, que le dijo que no podía pelear con él porque no era todavía un hombre, y luego encontró a un anciano, que le dijo que ya no tenía edad ni fuerzas para luchar y le aconsejó que fuese a una herrería de Beasain, donde sin duda encontraría dignos contrincantes suyos. Cuando llegó a la herrería, el gentil retó al herrero, que se llamaba Patxi, a probar la fuerza de los respectivos dedos. El herrero agarró con unas tenazas al rojo las narices del gentil y le hizo sufrir durante mucho tiempo su apretón. Al fin lo soltó, y el gentil volvió corriendo a su cueva, muy temeroso de la fuerza de los cristianos.

Los gentiles de la sierra de Aralar sabían hacer fuego frotando una madera con otra, y como esto era muy fatigoso, acostumbraban a conservar las brasas para que el fuego no se extinguiese. No conocían el hierro, y tampoco sabían ordeñar las vacas y bebían la leche directamente de las ubres, poniéndose debajo y alzando una pata del animal.

Parece que para el destino de los gentiles fue infausto el nacimiento de Cristo, algo que había sido vaticinado por un viejo gentil de Ataún. Las nubes no habían existido en el

mundo, y los gentiles vieron pasar una por el cielo y se preguntaban qué podía ser. Fueron a buscar al viejo, que era muy sabio, para contárselo, pero a aquel gentil le habían crecido tanto los párpados que llevaba muchos años ciego. Pidió que le alzasen los párpados y para hacerlo necesitaron una palanca de ochenta arrobas. Cuando le levantaron los párpados y pudo ver la nube, el viejo gentil exclamó que Cristo iba a nacer, y que los gentiles debían esconderse donde pudieran.

Gente de estirpe marina

La sirena de Luarca

Hubo en un pueblo de Asturias una doncella llamada Serena, que gustaba tanto de la mar, de bañarse en sus aguas y recorrer las playas, y contemplar el crecer y menguar de las mareas, y saltar entre las rocas de la orilla, que a menudo abandonaba las labores de casa o dejaba a medio terminar las faenas del corral y de la huerta.

Harta y furiosa, su madre un día la maldijo de corazón, diciéndole que deseaba que se hiciese pez. Y la maldición surtió efecto, pues la muchacha, la siguiente ocasión en que se metió en el agua, descubrió que sus piernas se transformaban en la cola de un pez, y quedó para siempre presa del encantamiento, obligada a vivir en la mar, de la que salía a veces a la orilla para entonar canciones que llenaban de melancolía a quien las escuchaba. Acaso esta misma Serena fue la sirena que vivió en las costas de Luarca y que se enamoró de un marino normando o vikingo, tripulante de alguna de las naves que bajaban a las costas españolas para desvalijarlas, en busca de botín.

El caso es que, después de que el aventurero del norte regresase a su país, la sirena tuvo de él un hijo. Desesperada por su soledad, la sirena dejó al recién nacido sobre una roca, antes de alejarse mar adentro. El llanto del niño atrajo a unas gaviotas, que consiguieron transportarlo volando hasta dejarlo depositado en la torre de la iglesia de Santa Eulalia. Las gaviotas salvadoras llamaron después la atención del párroco y el niño fue recuperado y criado como cristiano, y educado en las artes de la guerra, hasta crecer y hacerse un arrogante caballero que peleó victoriosamente contra los moros y llegó a casarse con una infantina portuguesa. Algún narrador asegura que su nombre fue Gavilueto.

Los Mariños

Los narradores no se han puesto de acuerdo en las exactas circunstancias que dieron origen a los Mariños.

Unos aseguran que provienen de una mujer humana y de un hombre marino, o tritón, que tuvo con ella ayuntamiento carnal. Ella andaría paseando un día por la ribera del mar, en algún punto indeterminado de la Galicia costera; él habría salido de improviso de entre las olas. Tras el primer encuentro se repetirían otros, y entre la mujer y el tritón se establecería un vínculo amoroso que debió interrumpirse con la ausencia de él, cuando los vecinos entraron en sospechas y urdieron ciertas trampas para apresarlos. El caso es que de aquellos amores quedó la mujer embarazada, y parió al fin un hijo con señales físicas que atestiguaban la naturaleza del padre que lo había engendrado.

Otros localizan la historia en la parte coruñesa de la ría de Corcubión, en las islas Loubeiras, dentro de la enorme ensenada que rematan en una punta el cabo Finisterre y en la otra la punta de los Remedios. Por aquellos islotes faenaba un pescador que un día encontró una sirena. La mitad inferior de su cuerpo era de pez, brillante como plata bruñida y tornasolada con muchos brillos cuando la movía, pero su torso, sus brazos y su cabeza ofrecían la mayor hermosura de mujer que el pescador había oído contar en su vida, porque su alejamiento aldeano y sus costumbres solitarias no le habían permitido conocer a ninguna mujer verdaderamente bella, y solo sabía de ellas por los cuentos de las abuelas y las historias de algunos viajeros.

Sucedió que el pescador solitario y la hermosa sirena tuvieron amores, y que de ellos quedó preñada la sirena, hasta dar a luz dos robustos varones en todo humanos, aunque algunas partes de su piel tuviesen un brillo escamoso. La sirena tenía que volver con su gente y se separó del pescador con mucha pena, encomendándole la crianza de aquellos hijos que no podían vivir en el fondo del mar. El hombre hizo de ellos dos buenos

pescadores, y de su linaje, hasta nuestros días, han seguido naciendo magníficos pescadores y experta gente de mar.

Otra leyenda gallega sobre el origen de los Mariños, aunque carece de arraigo geográfico preciso, se sitúa en los tiempos medievales, y tiene como protagonista humano a un conde llamado Froyaz, señor de un castillo cercano a la ribera.

Aficionado a cazar, el conde recorría a menudo los lugares apartados de su señorío. En cierta ocasión, cuando cabalgaba por un monte cercano al mar, le pareció ver entre los peñascos costeros el cuerpo de una mujer desnuda, tumbada sobre la arena. Cuando estuvo cerca comprendió que se trataba de una sirena dormida, a la que consiguió atrapar, con ayuda de sus escuderos, antes de que se echase al agua.

La sirena era hermosísima, y el conde se enamoró de tal modo de ella que, tras bautizarla con el nombre de Mariña, la tomó por esposa. A ella no pareció disgustarle el matrimonio, pues permaneció al lado del conde, amorosa y alegre. La única sombra en la felicidad de don Froyaz era que la sirena no hablaba, y no consiguió hacerlo por muchos esfuerzos que su marido se tomó para enseñarle.

Al cabo de un tiempo, la sirena muda tuvo un hijo, al que el conde recibió con cariñosísima disposición. Pocos días después del nacimiento, la víspera de San Juan, se reunieron en el patio de armas todas las gentes del castillo para encender la gran hoguera conmemorativa de la fiesta.

Doña Mariña, acomodada en un gran sillón con la cola cubierta por el manto y el hijo entre los brazos, contemplaba con admiración los bailes y la algazara de la gente alrededor de la hoguera, y don Froyaz la miraba a ella con los ojos meditabundos. De repente, sin avisar, el conde arrancó al niño de los brazos de doña Mariña y corrió hacia la gran hoguera con un ademán que parecía anunciar su propósito de arrojarlo a las llamas. Entonces doña Mariña se alzó, extendió los brazos y gritó: «¡Fillo!», con tanto sentimiento que todos callaron.

Dicen que en el esfuerzo de aquella palabra salió de la boca de doña Mariña el músculo que hasta entonces tenía retenida su lengua, impidiéndole pronunciar palabras humanas. El caso es que desde entonces habló con normalidad, y a las caricias amorosas con que criaba a su hijo unió palabras tiernas y muy dulces canciones. El niño recibió el nombre de Juan, y fue el primero de un noble linaje gallego.

El home marín y el pexe Nicolao

En toda la costa asturiana se ha oído hablar mucho del *home marín*, especie de anfibio con aspecto vagamente humano que, en los días de temporal, buscaba el refugio de las grutas costeras. El *home marín* salía a menudo del mar para asaltar los hórreos, las huertas y los gallineros, y sentía una extraordinaria atracción por las hembras humanas. En la playa de La Franca, no lejos de Llanes, en la Asturias oriental, hubo un *home marín* que se refugiaba en una gran gruta que allí existe y que salía para buscar mozas y someterlas a sus lascivos impulsos. Un día, la gente de los alrededores logró cazarlo mediante redes y lazos, y lo llevaron a Pendueles, donde lo retuvieron. El *home marín* se negó a comer, y la falta de agua fue resecaando su cuerpo hasta que murió a los pocos días.

En toda España fue popular el *pexe* Nicolás o Nicolao, como se le llama en el *Quijote*, ponderando su destreza natatoria. Este pez Nicolao, medio hombre, medio pescado, habría nacido en la gaditana Rota, y su condición provendría de la maldición paterna, como en el caso de la muchacha asturiana llamada Serena. Su nueva naturaleza le obligaba a tener la cola siempre húmeda, por lo que debía vivir en una tina con agua de mar cuando pasaba temporadas tierra adentro. Llegó a la edad de cien años, y conocía una receta para rejuvenecer a las viejas.

El hombre-pep de Liérganes

Sin duda el más famoso fue el hombre-pep de Liérganes, cuyo nombre fue Francisco de la Vega Casar. Hijo de un matrimonio campesino, Francisco nació en Liérganes, villa de aguas salutíferas, a pocas millas de Santander. Ya desde niño fue un extraordinario nadador, y su capacidad de resistencia en el buceo era la admiración de todos.

Cuando cumplió los quince años de edad, su madre, que había quedado viuda, lo envió a Bilbao para que adquiriese el oficio de carpintero, y el muchacho estuvo dos años de aprendiz en un taller, hasta que, la 1673, cuando estaba bañándose en la ría con víspera de San Juan de otros aprendices y compañeros de trabajo, desapareció bajo las aguas y se le dio por ahogado, sin que se pudiese recuperar su cuerpo.

Mas Francisco no se había ahogado. En 1679, unos pescadores encontraron en la bahía de Cádiz, «nadando sobre las aguas y sumergiéndose en ellas a su voluntad», un extraño ser, de apariencia humana pero escamoso y con membranas entre los dedos de las manos y de los pies. No sin esfuerzo, los pescadores consiguieron capturar aquel espécimen nunca visto antes y llevarlo a puerto. El ser no hablaba, ni daba señal alguna de inteligencia, pero en consideración a sus rasgos humanos, e imaginando que pudiera tratarse de alguna persona poseída por los espíritus infernales, los pescadores lo condujeron al convento de San Francisco, donde tras largas horas de interrogatorio se le logró sacar una palabra, «Liérganes», el nombre de su pueblo natal.

En la comunidad había un fraile santanderino, fray Juan Rosendo, que a partir de aquel dato, con mucha paciencia, pudo reconstruir la historia del extraño ser. Fray Juan Rosendo, que por aquellos días había regresado de Tierra Santa y estaba en el convento de camino para su tierra originaria, se ocupó de acompañar al hombre-pep hasta Liérganes y entregarlo a su madre y a sus hermanos, uno de ellos sacerdote.

En la casa materna permaneció el hombre-pep nueve años, aunque «con el entendimiento turbado», como señalan los narradores contemporáneos suyos. Cumplía el

oficio de llevar y traer recados, lo que muchas veces lo acercaba a la orilla de la mar. Y en ella desapareció un día de forma definitiva, sin que nadie pudiese dar nuevos datos fidedignos de su existencia.

De hombres lobo y otras especies

De la maldición del padre o de la madre viene la metamorfosis de los humanos en lobos. En Galicia se les llama *lobisomes* y en Extremadura *lobushomes*. También en Extremadura, por una maldición de los padres, hubo gente que adquirió la figura de pollino: los *rabishomes*. De la cópula de pastores y ovejas o cabras nacieron monstruosos mestizos en diversas regiones, aunque la memoria que se conserva es la del *ome choto* aragonés.

El *lobisome*

En Cervantes, en las montañosas tierras de Becerreá, Lugo, vivía un hombre de muy mal genio. Este hombre tenía un hijo mozo, muy aficionado a las romerías y a las fiestas, lo que tenía muy disgustado a su padre, que quería que el hijo no dedicase su tiempo y sus esfuerzos sino a trabajar.

En cierta ocasión, los deseos del padre y del hijo se enfrentaron, pues la misma jornada en que el padre tenía la intención de roturar un monte, el hijo decidió ir a la fiesta de Piedrafita, un pueblo cercano. Padre e hijo se levantaron mucho la voz y, al fin, incapaz de doblegar la voluntad del mozo, el padre lo maldijo, invocando con rabia a Dios para que le hiciese ir detrás de las lobas con el mismo ahínco con que iba detrás de las mozas.

Aquella misma noche, al regresar de la romería por los senderos del monte, a la luz de la luna, el mozo sintió una fuerte desazón en todo el cuerpo, como si sus ropas estuviesen hechas de ortigas que le quemaban la piel. Sin poder resistir aquel picor, el muchacho se desnudó y luego buscó un prado en que revolcarse, para calmar el ardor de la piel. Y ya no volvió a ponerse de pie, porque de repente se encontró bien a cuatro patas, y venteó un olor de loba que encendió sus deseos, y echó a correr por el monte mientras lanzaba fuertes aullidos.

El muchacho, olvidado de su naturaleza humana, no volvió a su casa. Convertido en una enorme criatura lobuna, a partir de entonces se alimentaba del ganado que robaba en los rebaños, aunque también mataba corderos por puro gusto de matar.

La noticia de la aparición de aquel gigantesco lobo, tan fuerte que hasta infundía temor en los mastines, corrió por la comarca, llenando de consternación a los campesinos. El padre del mozo, que recordaba vivamente la discusión que había tenido con su hijo y la terrible maldición que le había echado, estaba muy intranquilo, sospechando que

estuviesen relacionadas la desaparición de su hijo y la llegada de aquel lobo mortífero, y decidió visitar a una vieja de la que se decía que era *meiga*, para contarle el caso.

La vieja no tuvo duda ninguna. La maldición de un padre enfurecido, con la invocación de Dios, era un conjuro muy poderoso. Sin embargo, había remedio para la transformación, y era rasgar en el lomo la piel del *lobisome*. La operación tenía mucho peligro, ya que si el mozo vuelto lobo advertía su presencia, lo atacaría ferozmente y sería capaz de matarlo; por otra parte, si al intentar rasgar su piel se le hacía una herida muy profunda, quedaría también dañado el hombre que había bajo la apariencia de lobo.

El padre estaba muy arrepentido de su maldición, que había convertido en una fiera del monte al mozo pacífico y bueno que era su hijo, y estaba dispuesto a arriesgar su vida en el intento de volverlo a la forma humana. Escogió en su rebaño al cordero más tierno, se internó con él en el monte, buscando la mayor espesura, y allí sujetó al cordero, que no dejaba de balar, mientras él esperaba en un escondrijo cercano.

Aquella noche había también una luna muy clara, y a su luz pudo el hombre ver a la enorme bestia en que su hijo se había convertido llegar hasta el cordero y degollarlo de un mordisco. Mientras la fiera devoraba al animal, el padre se acercó sigilosamente a sus espaldas y, con una navaja de afeitar, le hizo en el lomo, de arriba abajo, una rápida rasgadura.

Dicen que el enorme lobo se volvió, enseñando su dentadura manchada de sangre, y que el hombre lo abrazó llorando mientras le daba el nombre de su hijo y le pedía perdón. El caso es que el lobo no llegó a atacar pues, como si la rasgadura de la piel le molestase mucho, se apartó en busca de un claro y empezó a revolcarse en el suelo, hasta que todo el pellejo de animal se le desprendió del cuerpo y recuperó su forma verdadera y la memoria de su condición humana.

La mujer loba

En las aldeas orensanas de la sierra del Eje, y en las lucenses de la sierra del Caurel, fronterizas con El Bierzo, se cuenta que por allí anduvo, hace años, una muchacha leonesa que, por haber sido maldecida por su padre, se había vuelto loba. Al parecer, a la muchacha le gustaba mucho la carne, y tanta comía que una vez su padre le deseó que se fuese con los lobos del monte para hartarse de carne.

Hechizada por aquel voto malintencionado, la muchacha se escapó al monte aquella misma noche y, tras revolcarse en el suelo, se volvió loba. Unas veces en forma de loba, y otras en forma de mujer, llegó hasta las tierras gallegas. En forma de loba, fue durante mucho tiempo en aquellos montes jefa de una cuadrilla de lobos que hizo mucho daño al ganado y a las personas, aunque se cuenta que, cuando recuperaba su forma de mujer, encendía una hoguera y congregaba a sus compañeros lobos a su alrededor, impidiéndoles hacer daño a nadie. Un ejemplo de su actitud humana, bien conocido, fue la ocasión en que, en figura de mujer, impidió que los lobos atacasen a unos portugueses que pasaban sal de contrabando.

Su hechizo fue deshecho casualmente por un molinero. La mujer loba acostumbraba a entrar furtivamente en su molino, arrastrándose por la abertura que había bajo la puerta, para comer harina. En una de las ocasiones el molinero estaba durmiendo allí, y al ver las patas de lobo que empezaban a asomar por debajo de la puerta, echó mano de su navaja y la clavó con fuerza en una de ellas, causando la caída del pellejo de lobo y devolviendo a la mujer su figura humana de manera definitiva.

La muchacha no sabía dónde estaba, y todos se admiraron mucho de conocer su historia y saber de dónde procedía. Regresó a su tierra y fue recibida en su casa con mucha alegría. Cuando en la temporada llegaban hasta allí los segadores gallegos de los lugares que había conocido de loba, ella recordaba muy bien los parajes donde,

hechizada, había cometido tantas fechorías y, sobre todo, a un chico muy guapo al que había matado y devorado con gula en lo profundo del bosque.

Del ome choto

En La Guarguera, en el Serrablo aragonés, nació el *ome choto*, de las relaciones entre una pastora y un macho cabrío. La madre procuró ocultar de la vista de los humanos aquel hijo de aire caprino, muy peludo, que saltaba por las peñas como si de una auténtica cabra se tratase, y que guardaba los rebaños de su madre con una eficacia que ningún perro podía igualar.

Los narradores dicen que el *ome choto* tuvo la desdicha de enamorarse de una joven dama que vino a retirarse durante una temporada a un castillo cercano a aquellos parajes. La dama solía salir del castillo para recorrer los alrededores a caballo, y el *ome choto*, atraído por su olor y por su belleza, la seguía a todas partes.

Parece que, con el tiempo, la dama descubrió el continuo acecho de aquel extraño ser, y que, como era tan curiosa e intrépida como caritativa, acabó permitiendo que el *ome choto* se acercase a ella. Se hicieron amigos, y la dama escuchaba con mucha atención todo lo que aquel extraño ser le contaba acerca de los misterios de la montaña.

El *ome choto* rumiaba en secreto un amor obsesivo e imposible por la joven dama, lo que le hizo olvidar sus deberes pastoriles y abandonar los rebaños de su madre. Un día la dama regresó a la lejana ciudad de donde procedía, y la tristeza del *ome choto* derivó en una locura frenética que lo impulsaba a dar incesantes y enormes saltos de roca en roca. En uno de ellos se despeñó y perdió la vida.

De la juáncana y de Tártalo

De la Juáncana

Los narradores no se han puesto de acuerdo en la cueva que servía de cobijo a la Juáncana, pero se sabe que estaba en los alrededores de Arnúero, Cantabria. Era un ser mixto de diversas formas. Predominaba en su figura el cuerpo de una mujer, con unos senos enormes y colgantes que recogía a sus espaldas cuando estaba corriendo o volando, pero tenía también grandes alas, acaso membranosas, y patas de cabra. Había un solo ojo en medio de su frente, sobre un rostro humano en todos los demás rasgos.

La Juáncana era raptora de niños, que sorprendía cuando sus padres estaban descuidados, para llevárselos a su cueva, donde los devoraba crudos. Cuando no podía robarlos, los mordía y golpeaba.

En la noche de San Juan quedaban anulados los principales poderes de la Juáncana, y debía permanecer en su cueva, sin moverse. Era entonces cuando las gentes la buscaban, para acabar con su vida, pero parece que nunca pudieron conseguirlo.

Además, incluso durante la noche de San Juan, la orina de la Juáncana tenía la propiedad de dejar calvas las cabezas sobre las que cayese, si no se lavaban inmediatamente en un arroyo que había en la comarca, el arroyo de Zoña, cuyas aguas eran las únicas que podían contrarrestar aquellos maléficos efectos depilatorios.

De Tártalo

Tártalo, que parece que vivía en una cueva cercana a Cegama, Guipúzcoa, era un gigante también cíclope, y cazador de seres humanos, que devoraba tras asarlos a la brasa ensartados en un asador. Un día cazó a dos hermanos y se los llevó a su gruta. Mientras asaba a uno de ellos, le puso al otro un anillo que tenía la virtud mágica de decir continuamente «¡Estoy aquí!».

Tras comerse al hermano recién asado, Tártalo tuvo sueño y se echó a dormir. El hermano superviviente, que era muy valeroso, se hizo con el asador, puso el extremo a las brasas hasta que estuvo al rojo, y con él dejó ciego a Tártalo. Luego consiguió esquivar la enfurecida búsqueda del gigante e incluso escaparse de la gruta.

El anillo denunciaba su situación, pero él logró quitárselo del dedo y tirarlo a un hondísimo pozo, desde donde el anillo continuaba diciendo «¡Estoy aquí!». Seguro de recuperar su caza y ansioso de venganza, Tártalo echó a correr tras la voz, cayó al pozo y murió ahogado.

IX. De talismanes, tesoros y palacios subterráneos

De talismanes

La cruz de Caravaca

En la iglesia de la Vera Cruz de Caravaca, Murcia, se conserva una cruz de forma patriarcal, elaborada con pedazos de la auténtica madera empleada en el suplicio y muerte de Cristo, cuya aparición milagrosa dio origen a la erección del templo. La iglesia se encuentra dentro del castillo, que fue templario, aunque sus cimientos sirvieron antes de asentamiento a una fortaleza árabe.

En el año 1231, cuando en Castilla reinaba Fernando III y en Aragón Jaime I, en la España musulmana, desaparecido el califato de Córdoba, el poder estaba dividido en más de veinte reinos, y era rey de Murcia Abu Zeit.

Con ocasión de las escaramuzas libradas contra los cristianos, y contra los otros reinos árabes, o por puras razones de policía, en la mazmorra de la fortaleza de Caravaca había muchos presos, y un día el rey Abu Zeit se dispuso a identificarlos, para conocer la condición de cada uno y calcular el rescate que podía pedir por la liberación de los más notables. Uno de los cautivos era un sacerdote llamado Chirinos, que había sido encarcelado por recorrer el reino predicando la doctrina cristiana.

Abu Zeit era buen creyente musulmán y sabía que Alá y Dios son el mismo ser, y también que Jesucristo había sido un profeta de Dios. Después de saber su profesión, llamó a Chirinos a sus aposentos y tuvo con él una larga plática sobre la religión cristiana y los ritos que en ella se celebraban, que nunca había presenciado, y el significado que los creyentes cristianos les daban.

Las explicaciones del cura Chirinos fueron tan precisas que Abu Zeit sintió crecer su curiosidad, y le propuso al cura que celebrase una misa, para que él pudiese comprender con certeza lo que aquél le contaba. El cura le aseguró que lo haría gustoso, pero que le faltaban los objetos litúrgicos y las vestimentas apropiadas. El rey ordenó entonces que le indicase cuáles eran tales objetos y vestiduras, que él se ocuparía de conseguirlas, y el cura se lo dijo.

Unos días después, los emisarios que el rey Abu Zeit había enviado en busca de lo necesario para la misa llegaron con ello, y el cura Chirinos tuvo que preparar un pequeño altar y revestirse para la misa. Y estaban ya encendidas las velas sacramentales, y todo dispuesto para comenzar la ceremonia, cuando descubrió que, por inadvertencia suya o por descuido de los encargados, faltaba la cruz que debía presidir el altar. Así se lo hizo saber al rey árabe, que unos pasos más atrás contemplaba los preparativos en silencio.

En aquel mismo momento, un fuerte resplandor iluminó la estancia desde una de las ventanas superiores del muro e inmediatamente descendió, sostenida por dos ángeles, hasta posarse en el altar, la cruz que Chirinos necesitaba para decir su misa.

El milagro fue doble, pues la cruz era la que había pertenecido a santa Helena, la madre del emperador Constantino, y que tras largas vicisitudes había llegado a poder de Federico II Hohenstaufen, emperador de Alemania y rey de Sicilia, que por incumplir la promesa de tomar parte en la santa cruzada fue excomulgado por el papa Inocencio IV. Una de las consecuencias de la excomunión fue que la sagrada cruz desapareció de sus manos para ser trasladada en aquel mismo momento a la misa del cura Chirinos.

Abu Zeit se convirtió y fue bautizado con el nombre de Vicente Bellvís.

El Santo Grial

El propio Wagner, al localizar el escenario del castillo de Montsalvat, donde se encontraba el Santo Grial o Graal, la milagrosa copa capaz de conceder la inmortalidad, que utilizó Jesucristo en la Última Cena y en la que José de Arimatea recogió su sangre cuando estuvo en la cruz, aludió a las «montañas septentrionales de la España gótica». Apenas hay dudas de que ese lugar es San Juan de la Peña. Y parece que Anfortas, el «rey pescador» de la leyenda artúrica, no sería otro que Alfonso I el Batallador, en quien al parecer se cumplen todas y cada una de las características del rey del Grial, incluso la de haber contraído matrimonio con una princesa orgullosa –que sería la leonesa doña Urraca– y no dejar descendencia.

Como se sabe, el Santo Grial había sido trasladado a Roma por san Pedro, para que sirviese de cáliz en la primera sede episcopal del cristianismo. Durante la cruel persecución de Valeriano, que pretendía hacerse con todos los tesoros de la iglesia, el papa Sixto, antes de ser martirizado, encargó al diácono Lorenzo que guardase bien el Grial. Lorenzo, que era de Huesca, lo envió secretamente a su ciudad natal.

La invasión árabe obligó al obispo Acisclo a huir de Loreto, Huesca, con la sagrada reliquia, que estuvo escondida en una cueva, antes de pasar por varios monasterios pirenaicos, y llegar, a principios del siglo XI, a la catedral de Jaca. Un obispo trasladó el Grial desde Jaca a San Juan de la Peña, y en San Juan de la Peña permanecía la reliquia cuando pasó por allí el caballero Parsifal, aunque no llegó a verlo por carecer de los méritos necesarios.

A finales del siglo XIV, el rey Martín el Humano se llevó el Grial a Zaragoza, donando a cambio un precioso cáliz a San Juan de la Peña. La reliquia pasaría más tarde a la capilla real de Barcelona, pero el rey Alfonso V la trasladaría a Valencia, y Juan II se la entregaría al cabildo catedralicio de la misma ciudad, que le consagró una capilla especial y es su actual depositario.

También hay quien señala que el Grial de Valencia no es el verdadero, pues el caballero Parsifal, tras haberse purificado en las cruzadas, habría regresado a San Juan de la Peña para hacerse con el sagrado vaso, que habría trasladado a algún lugar de Oriente, donde ha de quedar oculto por los siglos de los siglos, hasta el fin de los tiempos.

El caldero de oro

En la cabecera del río Esla, el viejo río Ástura que dio nombre a uno de los pueblos de la península que con mayor tesón resistió la invasión de Roma, se alzó la villa de Riaño. En esa villa, desaparecida definitivamente hace poco más de una década, se conocía desde muy antiguo la existencia de un caldero de oro que estaría oculto en algún punto de los alrededores.

Ninguno de los narradores de su historia coincidía en el lugar de las montañas o en el pueblo preciso en que tal caldero estaba enterrado, aunque todos aseguraban que era muy antiguo, de los tiempos anteriores al cristianismo, que había sido utilizado para las ceremonias paganas y que era de oro macizo. Hasta había quien decía que contenía oro molido. También algunos narradores oyeron contar a sus antepasados que, todo alrededor, el caldero llevaba grabadas ciertas imágenes.

Parece que la gente joven de la zona solía buscarlo con ahínco, en la esperanza de enriquecerse, pero los más ancianos narradores afirmaban que era mejor no buscarlo, pues también era tradicional la noticia de que aquel caldero estaba cargado de malos augurios y que su hallazgo podía acarrear la desgracia de todos.

Se dice que, por fin, hubo quien encontró el famoso caldero: al parecer fue un profesional de la comarca, acaso farmacéutico, que solía recorrer los montes en busca de aras vadinienses y otros objetos arqueológicos ayudado de un detector de metales. El hallazgo debió de tener lugar a mediados de los años setenta del siglo XX, cuando Riaño, aun que condenada a muerte por un embalse desde un plazo muy anterior, alentaba todavía bajo una especie de larga suspensión de la sentencia, y con ciertas esperanzas de librarse por fin del cenagoso anegamiento.

Como si el hallazgo del caldero hubiese marcado el final de una tregua, a partir de entonces se reactivaron los trámites para la conclusión del embalse, en nombre de pretendidos intereses públicos y a mayor gloria de la industria hidroeléctrica, y aunque el

asunto fue muy controvertido, al fin Riaño fue destruida violentamente, sus casas derribadas y su solar apisonado, y el que fue uno de los más hermosos valles de la cordillera cantábrica quedó cubierto por las aguas.

Nadie pudo aclarar la identidad del supuesto farmacéutico ni se conoce el paradero actual del caldero de oro.

Sa banya d'esca

Durante muchos años, y hay quien todavía lo recuerda bien, circulaba en boca del campesinado de Menorca, los payeses, *sa pagesia*, la siguiente expresión:

Populeam virgam matrem reginam tenebat.

La gente no conocía su significado, pero utilizaba la frase en numerosas ocasiones: pronunciada lenta y sentenciosamente, era una especie de corroboración de algún aserto; dicha deprisa, era una exclamación de burla, y hasta de rabia; su dicción con tono lento y sibilino le daba aire de conjuro.

Que la frase podía ser útil en ocasiones singulares lo demuestra la siguiente historia, que se cuenta de moros y cristianos pero que, considerando el ambiguo significado que el concepto de «moros» ha tenido entre los diversos pueblos españoles, podría contarse de dos grupos distintos de naturales o de correligionarios.

El caso es que una noche de tormenta en que soplaba con violencia la tramontana, un barco navegaba en aguas de Menorca con creciente peligro de irse a pique si no perdía lastre. El barco iba tripulado por treinta hombres, quince moros y quince cristianos. La situación era tan desesperada que el patrón del navío, moro, le dijo al segundo de a bordo, cristiano y menorquín, que debía disponer las cosas para que quince hombres fuesen arrojados al agua.

Lo más equitativo sería que el azar designase a las víctimas, y al patrón se le ocurrió que los hombres se colocasen en cubierta y que se contasen de nueve en nueve, de modo que el noveno de cada cómputo fuese el sacrificado.

El segundo de a bordo se dispuso a poner en práctica las órdenes del capitán y colocó rápidamente a la marinería, mezclando sin orden aparente a cristianos y a moros. Comenzó el cómputo, y el hombre al que le tocaba el número nueve era arrojado por la

borda sin contemplaciones. Resultó que solo a los moros, incluido el patrón, les correspondió el aciago número, con lo que todos los cristianos, y solamente ellos, pudieron salvarse.

¿Cómo lo consiguió el menorquín? ¿De qué manera había colocado a la tripulación para que se produjese el sorprendente resultado del cómputo? Según él mismo relataba, en el momento en que el capitán le dio la fatal orden, la antigua frase latina iluminó su imaginación, como un oráculo capaz de ayudarle, y en ella vio la solución: ordenaría a los hombres de acuerdo con los sucesivos valores numéricos de la famosa frase, asignando el número **1** a las sílabas que llevasen la vocal **a**, el número **2** a las que llevasen la **e**, el número **3** a las que llevasen la **i**, el **4** a las de la **o** y el **5** a las de la **u**, y luego ordenaría a cristianos y a moros conforme a la sucesión de dichos números, haciendo que el primero de los grupos estuviese compuesto de cristianos. El menorquín se lo explicaba pacientemente a quienes, una y otra vez, se acercaban a él para escuchar de sus labios la narración de aquel asombroso suceso:

PO, 4 cristianos.

PU, 5 moros.

LE, 2 cristianos.

AM, 1 moro.

VIR, 3 cristianos.

GAM, 1 moro.

MA, 1 cristiano.

TREM, 2 moros.

RE, 2 cristianos.

GI, 3 moros.

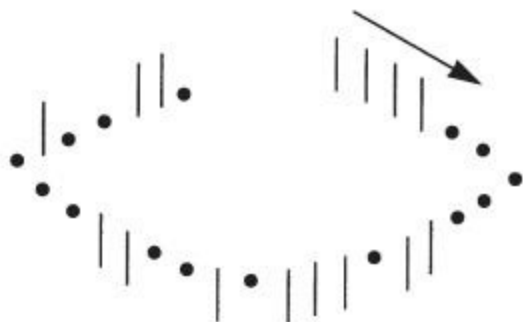
NAM, 1 cristiano.

TE, 2 moros.

NE, 2 cristianos.

BAT, 1 moro.

Es decir, que la disposición de los hombres en la nave fue la que a continuación se indica, correspondiendo una raya a cada cristiano y un punto a cada moro, y comenzando a contar en la dirección de la flecha, a partir de la primera raya:



Sorprende la rapidez con que el menorquín fue capaz de improvisar aquella solución tan favorable para él y sus correligionarios. Sin embargo, todavía más sorprendente es la coincidencia de tal frase, reducida al lenguaje de los números, con determinadas señales inscritas en un objeto que fue de uso cotidiano en Menorca, el cuerno en el que se guardaba la yesca para encender el tabaco de las cachimbas. Los fumadores, que en Menorca, en aquellos tiempos, no solían usar otra cosa que pipa cachimba, tras atacar su cañón con el tabaco, colocaban encima una pulgarada de yesca y la encendían con chispas producidas al golpear un eslabón contra un pedernal. Luego guardaban la yesca en un pequeño cuerno, «*sa banya d'esca*». Pues bien, todos y cada uno de estos cuernos solían llevar inscritos en su superficie los siguientes signos:

||| |..... ||. |||. |.. ||... |..||.

Como se puede comprobar, la sucesión de los dos distintos grupos de signos coincide fielmente con los números resultantes de atribuir los valores que se indicaron a la vocal de cada sílaba de la famosa frase. Ningún narrador ha sido capaz de desentrañar la correspondencia entre la frase, los signos de los cuernos de yesca y la historia marítima del avispado segundo de a bordo menorquín, pero los que conocen la lengua latina señalan que en la frase hay un error, ya que debiera decir *mater* en lugar de *matrem*. En cualquier caso, se mantiene la sílaba con la misma vocal *e*.

En cuanto al significado de la misteriosa frase, tan estimulante de la imaginación

popular menorquina, viene a ser la siguiente: «La reina madre tenía una vara de álamo».
O, dicho en la lengua de la isla, «*Sa reina mare tenía un verdanc de poll*».

De tesoros

En tierra española son incontables los lugares –castros y castillos, grutas y pozos, lagos y lagunas, montes y bosques– en los que se asegura que hay tesoros escondidos, y hubo un tiempo, no hace muchos siglos, en que la corona otorgaba concesiones para buscarlos. Por poner un ejemplo notorio, Juan de Herrera, arquitecto de El Escorial, tuvo licencia de Felipe II para buscar tesoros por tierras toledanas.

La existencia de tales tesoros se atribuía, por lo general, a la rapidez con que los moros debieron abandonar la península en los últimos tiempos de la Reconquista. Ante la imposibilidad de llevárselas consigo, los fugitivos habrían optado por esconder sus riquezas en determinados puntos, esperando regresar algún día para recuperarlas.

Sin embargo, no solo hay tesoros escondidos por los moros, sino otros pertenecientes a tiempos más antiguos, e incluso posteriores a la dominación árabe. Además, no hay que olvidar que, como ya se ha dicho, bajo la denominación castellana de «moros», la gallega de mouros o la balear de morus, pueden encontrarse también otros pueblos y gentes distintas de los árabes, y de difícil identificación.

Lo cierto es que el recuerdo de los tesoros que los árabes escondieron en España antes de abandonarla se mantiene todavía fresco, o al menos se mantuvo así hasta hace pocos años, pues gentes de muchísimos lugares –gallegos, leoneses, castellanos, vascos– que habían prestado en África su servicio militar, en los tiempos en que existían el llamado Protectorado de Marruecos y la famosa «mili», contaban que, al conocer el pueblo de donde procedían, solía haber algún moro que les aseguraba que, en aquel pueblo o comarca, sus antepasados habían dejado enterrado un riquísimo tesoro.

De toros y cabras áureas

En la cima de la Muela de San Juan, en Albarracín, hubo desde tiempos muy antiguos poblamiento humano y, cuando los árabes invadieron la península, se levantaba allí una ciudad cristiana muy rica y bien fortificada.

Los habitantes de la próspera ciudad tuvieron noticia de que los árabes se acercaban a aquellas tierras y se prepararon para la protección y defensa del lugar. El principal tesoro de la ciudad era la figura de un toro de oro que había pertenecido a un antiguo templo pagano. Para asegurar el toro y las demás riquezas buscaron un escondite y lo guardaron todo allí, a la vez que almacenaban víveres, reforzaban las murallas y fabricaban muchas espadas, lanzas y flechas.

La resistencia de la ciudad frente a los guerreros invasores fue inútil, y al cabo fue incendiada, sus fortificaciones deshechas y los habitantes pasados a cuchillo. Una vez conquistada y destruida la ciudad, los invasores se dispusieron a continuar su irresistible avance.

Uno de los guerreros árabes había encontrado el toro de oro y, ocultándolo de sus compañeros, lo trasladó disimuladamente hasta el bosque cercano, donde lo enterró, con el propósito de regresar a buscarlo en el futuro. Sin embargo, el guerrero quedó muy malherido en otra batalla contra los cristianos que tuvo lugar días después, lejos de la Muela de San Juan. Antes de morir, el árabe le comunicó su secreto a otro guerrero, que con el tiempo regresó a Albarracín dispuesto a encontrar el toro de oro. Su búsqueda fue infructuosa, aunque se dedicó a ella toda su vida. Sus descendientes continuaron la pesquisa durante varios siglos, pero tampoco tuvieron éxito. Se dice que el toro de oro solo volverá a ser encontrado cuando sobre la Muela de San Juan se reedifique la ciudad destruida.

Algo semejante ocurrió en Ayerbe, sobre el río Gállego, pero esta vez fueron los moros quienes, sitiados por los cristianos, decidieron esconder sus riquezas. Fundieron el oro de

sus joyas y objetos preciosos, fabricando con él la figura de un gran toro, que sepultaron en una de las galerías subterráneas del castillo. Los cristianos conquistaron Ayerbe, pero no consiguieron conocer el paredero del toro de oro, y tampoco lograron encontrarlo a pesar de que, durante muchos años, se excavó meticulosamente el subsuelo del castillo. Todavía en la actualidad hay por el lugar merodeadores que rastrean el lugar con aparatos electrónicos, pero nadie ha podido encontrar el famoso toro, cuyo paradero, según parece, es bien conocido por algunas familias de la ciudad, descendientes de los árabes, que esperan con paciencia el momento propicio para desenterrarlo.

La figura de una cabra de oro está enterrada en algún lugar de Tierga, a los pies del Moncayo, y también es el resultado de fundir todo el oro que sus habitantes árabes poseían cuando Alfonso el Batallador puso sitio a la fortaleza. Se sabe que la valiosa cabra fue escondida en un pasadizo que enlazaba la fortaleza con la ribera del río Isuela, pero hasta ahora, y a pesar del afán que en ello se ha puesto a través de las generaciones, nadie la ha podido encontrar.

Tesoros de Mallorca

En la isla de Mallorca hay escondidos varios tesoros importantes del tiempo de los moros. Uno está en algún lugar de los alrededores de Alfabia, y perteneció a una señora árabe muy rica llamada Zoraida. Esta señora, que vivió poco antes del reinado de Jaime el Conquistador, era muy aficionada a las joyas, y había llegado a reunir una colección de inmenso valor, que conservaba en su palacio, construido en un precioso paraje.

Un día llegaron al palacio noticias de que ciertos barcos italianos intentaban la invasión de la isla, y el esposo de Zoraida, noble guerrero, fue llamado para incorporarse a las tropas que se disponían a rechazar la invasión.

Temiendo por sus joyas, la dama mora decidió buscar para ellas un escondrijo, y se fue sola a la sierra con unas caballerías que transportaban su tesoro. Nunca se supo qué fue de ella, aunque se supone que encontró en la montaña alguna gruta que consideró apropiada para sus fines, que entró en la gruta con las bestias para esconder su carga y que algún desprendimiento de tierra cerró la entrada y la dejó dentro para siempre, con todos sus tesoros.

Sineu, también en Mallorca, es un lugar tan especial, que en la iglesia de la parroquia asoma *es pern d'el mon*, el eje del mundo, que periódicamente debe engrasar el sacristán para que nuestro planeta siga girando suavemente. Cerca de Sineu, en el Puig del Reig, los moros que huían de la conquista cristiana de la isla por Jaime I guardaron un tesoro que un brujo hechizó de modo que no pudiera ser recuperado sin cumplir determinado ritual, que es bien conocido. El ritual exige que el buscador del tesoro, la boca llena de aceite virgen y portando en su mano derecha un cesto agujereado, lleve a cabo la ascensión del Puig rodeándolo en una trayectoria espiral.

El intento ha de tener lugar una noche de tormenta con muchos relámpagos, pues si el camino seguido por el buscador ha sido correcto, un rayo caerá a sus pies en un momento determinado para señalar el lugar del monte en que se encuentra el tesoro. La

falta de éxito de todos los buscadores, y hasta la muerte de alguno de ellos como consecuencia de una descarga eléctrica, rodean el tesoro del Puig de Reig, que continúa sin ser hallado, de cierta aura maléfica.

El tesoro de Sa Torre Llafuda

Se ha dado el caso de que, en ciertas ocasiones, los moros han regresado a buscar el tesoro que sus antepasados dejaron enterrado al huir.

En Menorca existe una atalaya, Sa Torre Llafuda, junto a la que se levantó, hasta hace poco tiempo, un caserío. Una noche de luna, los habitantes del caserío despertaron sobresaltados por los apremiantes golpes que daban a las puertas unos inesperados visitantes. Los recién llegados resultaron ser un grupo de moros, como sus vestiduras demostraban, que obligaron a los asustados vecinos, mediante las órdenes que les transmitía uno de ellos en muy claro menorquín, a vestirse con rapidez y preparar los asnos, las mulas, así como las herramientas necesarias para cavar, y unos cuantos sacos, alforjas y capazos.

Los moros vendaron luego los ojos de los atribulados campesinos y les condujeron en silencio hasta determinado lugar. Liberados de sus vendas, los campesinos, tras apreciar que se encontraban en algún punto del interior de la isla, se pusieron a cavar donde los moros les mandaron, hasta echar abajo la disimulada puerta de una cueva. Cuando la luz de las teas y de los faroles iluminó el interior, resplandecieron piedras preciosas, perlas, cadenas, monedas y objetos de oro y plata de un inmenso tesoro que los campesinos tuvieron que ir guardando en los sacos y alforjas y cargar en las mulas, hasta que sus captores dieron la orden de ponerse en marcha, tras vendarles de nuevo los ojos.

Esta vez el punto de destino era la costa, y precisamente un lugar muy cercano a la atalaya del caserío, la *cala n'Turqueta*, que a la luz de la luna mostraba su belleza, y donde se encontraba fondeada una nave de dos palos, a la que por medio de un *jaur* fueron transportando los campesinos el tesoro. Después del último viaje, el barco levó el ancla y comenzó a alejarse a golpe de remo, mientras iba desplegando las velas para alejarse de la isla.

Los campesinos contemplaban asombrados aquella imagen que cerraba su aventura,

cuando el moro que hablaba su lengua, desde la cubierta del velero, les gritó: «*¡Sa cova des tresor és a tal punt! ¡Dins hi hem deixada sa vostra part!*». Y así fue como aquellas gentes de Sa Torre Llafuda se hicieron ricos de la noche a la mañana.

Un tesoro de la Alhambra

Washington Irving recogió la historia del soldado encantado que guarda parte de los tesoros de Boabdil. Irving cuenta que, en cierta ocasión, a finales del siglo XVIII, un estudiante de Salamanca que había encontrado una sortija de oro y plata en que figuraba el sello de Salomón, y que la guardaba como ornato de su mano derecha, andaba vagabundeando por Granada en tiempo de vacaciones, con su guitarra al hombro y los bolsillos vacíos. El estudiante conoció a una hermosa y tímida joven, criada de un sacerdote, de la que se enamoró, y a la que acosó con asiduas visitas a su calle y serenatas nocturnas, sin conseguir de ella una sola sonrisa.

Una noche, víspera de San Juan, el estudiante se encontraba en un pequeño puente sobre el río Darro, apenado por los desplantes de su huidiza amada, cuando llegó a su lado un guerrero revestido de una armadura antigua, portador de alabarda y escudo, armas en desuso al menos desde tres siglos antes. El soldado no parecía llamar la atención de ninguno de los transeúntes que se entregaban a la fiesta propia de la jornada.

El estudiante trabó conversación con aquel individuo tan extrañamente ataviado. Luego le siguió a una de las torres aledañas al conjunto de la Alhambra, hacia la parte del Generalife, y tras entrar con él en una caverna subterránea abierta de repente ante ellos de modo maravilloso, y encontrarse ante un enorme cofre cerrado, escuchó de la boca del estafalario guerrero un relato que lo llenó de admiración.

Aquel guerrero dijo que era un soldado de la Guardia Real de los Reyes Católicos, que había caído prisionero de los moros durante el cerco de Granada, y que permanecía cautivo cuando se preparaba la rendición de la ciudad. En su precaria situación, el soldado tuvo que prestarse a ayudar a un alfaquí a esconder en cierta gruta, bajo una de las torres del conjunto de la Alhambra, unos tesoros del rey Boabdil. Lo que el soldado no imaginaba era que el alfaquí era un nigromante que, con un poderoso hechizo, lo iba a dejar mágicamente ligado a los tesoros, como su guardián, hasta que él regresase para

recuperarlos. Sin embargo, el alfaquí no había regresado nunca, y el soldado estaba sujeto para siempre al hechizo, que solamente perdía su poder una vez cada cien años, con ocasión de la noche de San Juan y durante tres noches sucesivas, en que él tenía la posibilidad de salir de la gruta para esperar la llegada de alguien capaz de deshacer el hechizo.

Resultaba que aquel sello de Salomón que el estudiante lucía en una de sus manos, que le había permitido ver al soldado, invisible para todos los demás, podía ser el talismán con virtud para desencantarlo y conseguir los tesoros escondidos en el gran cofre que ante ellos se mostraba, aunque le era preciso también contar con la colaboración de un sacerdote cristiano, en riguroso ayuno de veinticuatro horas, que debería leer los santos exorcismos para alejar a los diablos, y de una doncella que portaría en su mano el sello de Salomón.

Ni que decir tiene que el estudiante, que debía tener alguna noticia de las artes que se aprendían en la salmantina cueva de San Cipriano, pensó en la muchacha que lo tenía enamorado y en su amo. El propio Irving declara no conocer cuáles fueron las negociaciones entre el estudiante y el eclesiástico, aunque parece que las que tuvo con la doncella no fueron prolijas. Y por fin, cuando se iba a cumplir la tercera de las noches, se encaminaron a la torre para romper los hechizos y hacerse con el tesoro.

El sello de Salomón, sostenido por la doncella, les franqueó la entrada a la gruta. Dentro estaba el soldado, pidiendo que se apresurasen. El sacerdote leyó los exorcismos, y un nuevo toque del sello de Salomón en la tapa del cofre hizo que éste se abriese. El estudiante se apresuró a llenar el zurrón con las prodigiosas joyas que allí dentro había, pero el soldado le dijo que era preferible sacar el cofre al exterior, y ambos empezaron a empujarlo con mucho esfuerzo. Mientras tanto, el largo ayuno del sacerdote era ya para él tan penoso que, considerando que había cumplido con su obligación, se puso a comer un bocadillo que llevaba guardado para el caso.

El efecto de su gula fue funesto, pues las joyas que el estudiante había puesto en su zurrón volvieron al cofre, y el cofre se cerró y volvió a la gruta, y la gruta, con el soldado, quedó de nuevo cubierta por los peñascos que sirven de cimientto a la torre. Acaso el sello de Salomón habría podido servir para abrirla de nuevo, pero en aquellos momentos de confusión el anillo había caído de la mano de la doncella y había quedado dentro de la gruta, con el tesoro y el desventurado soldado que lo guardaba y que debe de seguir haciéndolo aún, si en las dos vísperas centenarias de San Juan que median

desde el suceso hasta nuestros días no ha aparecido alguien con ese sello capaz de romper los sortilegios.

Irving dice que estudiante, doncella y sacerdote se fueron tristes de allí, aunque luego recoge los testimonios de otros narradores, según los cuales no todas las joyas del zurrón del estudiante habrían vuelto al cofre, de manera que tuvo suficiente fortuna para casarse con la joven doncella e invitar al eclesiástico a opíparos banquetes.

De palacios subterráneos

El Teso de las Pozas

El Teso de las Pozas está en la comarca leonesa del río Omaña, cerca de Vegapujín. Existió allí, en tiempo de los moros, un palacio enorme y muy hermoso, con gigantescas puertas de bronce, en que todos los suelos, escaleras, muebles y utensilios eran de oro macizo. Cuando los cristianos se fueron imponiendo en el territorio, los árabes dueños del castillo consiguieron, mediante algún encantamiento, que el castillo quedase escondido bajo el monte para evitar que fuese visto, asaltado y saqueado.

Con el tiempo, las puertas se hicieron visibles, y se cuenta que, en una ocasión, los mozos de varios pueblos de los alrededores se concertaron para intentar abrirlas, utilizando para ello siete parejas de bueyes, pero que no lo consiguieron. Luego las puertas quedaron otra vez ocultas y ya nadie conoce la entrada del fabuloso palacio.

El tesoro de Alí Mohad

En los tiempos en que Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, llevó a cabo la conquista de Valencia, vivía en ella un rico usurero llamado Alí Mohad, a quien enseguida acudió el rey Alcahir y otros nobles árabes en demanda de préstamos para poder hacer frente al pago de los cuantiosos tributos a que les obligaba el conquistador castellano.

Sin embargo, Alí Mohad pensaba que prestar su dinero a aquellos señores vencidos y arruinados podía ser la señal segura de su propia ruina, y tomó la determinación de abandonar Valencia. Cargó sus riquezas en una recua de mulas y se dirigió a Segorbe, donde los antiguos señores árabes estaban tan atribulados como los valencianos por el peso de los tributos, y acudieron a él en demanda de dinero prestado. Sin acceder a sus peticiones, Alí Mohad se fue furtivamente de Segorbe y llegó a Jérica, donde las cosas no fueron más cómodas para él, porque también los antiguos dominadores estaban agobiados por los impuestos de los cristianos y necesitaban dinero contante y sonante.

Alí Mohad, hábil siempre para esquivar las peticiones de los señores vencidos, se dirigió al valle del río Jiloca, decidido a esconder sus riquezas y evitar que se dilapidasen en manos de unos prestatarios insolventes o acabasen cayendo en poder de los cristianos.

En los alrededores de Monreal, en un lugar solitario, Alí Mohad encontró una gran gruta, hoy conocida como el Caño del Gato, que le pareció muy adecuada a sus propósitos. Empleando albañiles árabes, a los que pagó muy bien para que se alejasen de aquellas tierras al acabar las obras, Alí Mohad convirtió el interior de la montaña a que la gruta daba acceso en un verdadero palacio, cuya entrada pasaba inadvertida. Allí vivió durante muchos años Alí Mohad disfrutando de la compañía de doce bellas y alegres esposas. Cuando no estaba con alguna de ellas, Alí Mohad se entretenía en guardar sus riquezas en bolsas de piel de gato.

El correr del tiempo hizo que Alí Mohad avistase cada vez más intrusos por los alrededores. Se dice que entonces cerró herméticamente la entrada de su palacio

subterráneo, aunque hay quien asegura que fue un corrimiento de tierra lo que clausuró aquella entrada para siempre. El caso es que los muchos buscadores que hasta ahora han intentado encontrar el maravilloso palacio y los tesoros de Alí Mohad solamente han topado con huesos humanos y pellejos de gato.

La Escala de la Doncella

En los tiempos en que gran parte de España era árabe, fue señor de Mogente, en Valencia, un hombre justo llamado Mohamed ben Abderramán ben Tahir, a quien Dios, con la sabiduría, la riqueza y el poder, le concedió una hija que creció llena de belleza y de inteligencia, y a quien sus contemporáneos conocieron con el nombre de Fátima de los Jardines.

El padre de la muchacha estaba tan orgulloso de las aptitudes que su hija tenía para todas las cosas del espíritu que buscó para formarla los mejores maestros en las enseñanzas del Corán, en las artes de la música, de las matemáticas y de la poesía, y en el conocimiento de las maravillas de la creación.

Por fin, advirtiendo que la inteligencia de su hija no parecía colmarse, buscó al más sabio entre los sabios, un mago famoso en todo el Islam que habitaba en una lejana ciudad del otro lado del mar, y le ofreció grandes riquezas si accedía, durante algunos años, a ser preceptor de su hija en los conocimientos secretos sobre la sombra invisible de lo que existe, y sus potencias y encantos.

El mago, que ya tenía bastantes años y quería asegurarse una vejez confortable, accedió a lo que Mohamed ben Tahir le proponía, y se trasladó a Mogente para enseñar a Fátima sus artes secretas. Y con su magisterio, la inteligencia de la hermosa muchacha encontró nuevos espacios en que expandirse y gozar, pero también nuevos motivos de extrañeza. Pues las enseñanzas que el mago transmitía a su joven discípula le hicieron ver las cosas cotidianas de una manera diferente a como las había contemplado hasta entonces, y con ello surgieron en ella inquietudes y dudas antes desconocidas que el mago, paciente, iba procurando aclararle.

La muchacha era muy aficionada a contemplar los parajes que rodeaban el castillo de su padre desde una alta torre que él había mandado construir para que sirviese de estudio y biblioteca a su hija. Desde que era niña, llamaron la atención de Fátima las formas que

presentaba en un punto el cauce del torrente que atraviesa la villa, sucesivas plataformas que ordenan una extraña escala de enormes peldaños.

A la luz de sus nuevos conocimientos, la muchacha intuyó que aquellas formas no respondían a un capricho de la naturaleza, sino que eran un signo de la realidad misteriosa y secreta que el mago le estaba enseñando a descubrir. Cuando le comunicó su sospecha, el mago, tras estudiar sus libros, le confirmó que aquellas formas de la roca anunciaban, ciertamente, el acceso a un palacio subterráneo donde se guardaban extraordinarias riquezas, pero que su entrada estaba rigurosamente vedada a los mortales.

La noticia de aquellas desconocidas maravillas que permanecían tan cerca de ella, pero que le estaban prohibidas, entristeció a la joven, y su pena se hizo tan acuciosa que dejó de leer, de hacer música, de cantar, de reír y hasta de comer, y vagaba por los corredores y los jardines del castillo con la mirada perdida, sin pensar en otra cosa que en aquellos espacios en los que nunca sería capaz de penetrar.

Mohamed ben Tahir sentía en su propio corazón el pesar de su hija, y le ofreció al mago nuevas riquezas si conseguía que pudiese conocer lo que se guardaba en el palacio maravilloso que la montaña escondía. El mago aducía que, para entrar allí, sería preciso conjurar fuerzas muy peligrosas y utilizar sortilegios que podían resultar fatales para la gente mortal.

Pero Fátima estaba cada día más desmejorada, y su buen padre acabó forzando al mago a utilizar sus saberes para penetrar en aquel palacio al que conducía la gran escala de roca. Lo hicieron los tres una noche, después de que el mago, con voz temblorosa, hubiese dado lectura a la invocación escrita en un viejo manuscrito. Cuando el mago terminó de pronunciar aquellas palabras, la montaña rugió, como si le doliese abrirse en la brecha que al fin desgarró la roca y les permitió penetrar en sus entrañas.

El tiempo de su estancia debería ser muy corto, pues corrían el peligro de que, acabados los efectos del sortilegio, la montaña se cerrase otra vez, dejándolos para siempre atrapados en su interior. Por eso apenas pudieron hacerse una idea de lo que aquel palacio secreto contenía. Todo era tan maravilloso que los tres humanos sintieron la embriaguez de conocer bellezas cuya existencia no habían podido imaginar. Mas enseguida el mago les hizo salir, pues el tiempo del sortilegio se cumplía, y apenas unos segundos después de que hubiesen abandonado el lugar la roca volvió a cerrarse con un sonido que parecía mostrar el alivio de la montaña al recuperar su cuerpo compacto.

Aquella visita al palacio encantado no solo no colmó la curiosidad de Fátima, sino que

la enardeció aún más, y a su tristeza se unía la avidez de penetrar otra vez en el lugar de las maravillas y seguir accediendo a su vista y a su conocimiento. El mago se resistía, pero el poderoso padre de la muchacha no se oponía a sus deseos, y la lectura de la secreta invocación volvió a celebrarse una vez, y otra, y otra, ante el entusiasmo de la muchacha y el creciente terror del mago. Pues, aunque cada vez que entraban en el palacio encantado tenían muy en cuenta el plazo de su estancia, temía que las fuerzas dueñas de tanto poder acabasen destruyendo a los osados humanos que con tanta insistencia lo invocaban.

Por fin, el mago, incapaz de resistir la congoja en que vivía, pidió a Mohamed ben Tahir y a Fátima de los Jardines que lo liberasen de sus obligaciones y le permitiesen regresar a su tierra, aunque tuviese que devolver parte de las riquezas con que había sido pagado su trabajo. Fátima y su padre estudiaron la propuesta, y al fin decidieron dejar que se marchase sin pedirle a cambio otra cosa que aquel viejo pergamino manuscrito en que estaba escrito el sortilegio que permitía penetrar en el palacio encantado. El mago, aunque muy a su pesar, accedió.

Después de la partida del mago, Fátima de los Jardines, tras leer el sortilegio, visitaba cada noche el palacio encantado, procurando salir antes de que el hechizo perdiese su poder, y nunca se cansaba de las maravillas que allí se encerraban. Un día descubrió nuevas bellezas y perdió la noción del tiempo. La abertura en la roca de la montaña se cerró y Fátima de los Jardines quedó atrapada en su interior.

Después de una búsqueda desesperada, Mohamed ben Tahir supo que su hija había quedado presa del encanto, al oír sus gritos pidiendo de ayuda, que, muy amortiguados pero no por ello menos dolorosos, salían del centro de la montaña. Mohamed ben Tahir buscó al mago que había sido dueño del sortilegio, pero éste le aseguró que no había otro ejemplar de aquel escrito en el mundo, y que él ya no podía ser de ayuda.

Mohamed ben Tahir mandó traer a otros magos, a gentes conocedoras de los umbrales de lo oculto, pero nadie consiguió abrir la montaña. Hizo que brigadas numerosísimas de hombres fornidos cavasen con sus picos la roca, pero ésta se mostraba maciza y tantos esfuerzos no tuvieron resultado. Han pasado los siglos y Fátima de los Jardines permanece prisionera del hechizo en aquel lugar. Dicen que, a veces, se la oye gritar pidiendo ayuda.

En Mogente, la famosa torrentera es todavía conocida con el nombre de Escala de la Doncella.

X. De aventuras y sueños

De Indias

La fuente de la eterna juventud

Es ya muy antigua la noticia de una fuente maravillosa, cuyas aguas conceden a quien las bebe la gracia de la vida eterna y de la inmarchitable juventud, pero no se sabe de ningún humano que haya conseguido encontrarla.

Juan Ponce de León, del que unos dicen que era vallisoletano y otros palentino, ejercía de gobernador en Puerto Rico, a principios del siglo XVI, y con ocasión de reprimir una violenta revuelta de los indios, tuvo noticia certera de que al norte de Cuba existía una isla, llamada al parecer Bimini, donde había muchísimas riquezas, pero cuya principal cualidad era que en ella brotaban las aguas de la famosa fuente de la eterna juventud.

Juan Ponce de León informó muy sigilosamente al rey Fernando el Católico del asunto, y el rey lo llamó de inmediato a la península para conocerlo de su boca. Quedó tan convencido de la verdadera existencia de la isla y de la fuente maravillosa, «que hacía rejuvenecer e tornar mancebos los hombres viejos», que encomendó a Ponce de León acometer la empresa de su búsqueda, aunque en los documentos oficiales se mantuviese la lógica cautela y no se hablase de la maravillosa fuente, sino del «secreto» que la isla o islas de Bimini guardaban.

A Ponce de León se le concedieron tres años de plazo para su exploración, por lo que comenzó de inmediato sus viajes hasta llegar el día de Pascua Florida de 1512 a las tierras que, desde entonces, conservaron el nombre de Florida. La aventura se prolongó durante varios meses, entre muchas penalidades y peleas con los indígenas que vivían en aquellas tierras, que se oponían a la invasión. Es de suponer que Ponce de León probó las aguas de innumerables manantiales sin que consiguiese hallar la de la famosa fuente, aunque encontró la corriente del Golfo y puso el nombre de Cabo de Corrientes al actual Cabo Kennedy.

Diez años más tarde, ya con el título de Adelantado de Bimini y sin perder la fe en su empresa, lo intentó otra vez. La oposición de los indios y la enfermedad diezmaron sus

hombres. En la misma Florida que había sido el primer europeo en visitar, recibió un flechazo en el muslo que enseguida se infectó, y decidió regresar a Cuba para buscar médicos que lo pudieran curar o para morir en su cama, después de dejar bien compuesto su testamento. No murió con él la idea de que la fuente de la eterna juventud sigue escondida en algún lugar, dejando manar sus aguas milagrosas.

Eldorado

Marco Polo, al describir los tejados de oro puro de Cipango, encendió un fuego inextinguible en la imaginación occidental, y todos los descubridores y exploradores que lo sucedieron pusieron en la búsqueda de oro una parte sustantiva de sus afanes.

En las Indias Occidentales, los españoles, siempre atentos a esa pesquisa, supieron de boca de los indios que existía una ciudad, Manoa, a la orilla de una enorme laguna llamada Parima, cuyos tejados eran de plata. En aquella ciudad el oro era tan abundante que su rey, con ayuda de una sustancia pegajosa, se recubría el cuerpo entero cada día con el rico metal: «Oro molido tan menudo como sal molida; porque le parece a él que traer otro cualquier atavío es menos hermoso y que ponerse piezas o armas de oro labradas de martillo o estampadas o por otra manera es grosería y cosa común, pues otros señores y príncipes ricos las traen cuando quieren; pero polvorizarse con oro es cosa peregrina, inusitada, nueva y más costosa, pues lo que se pone un día por la mañana se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra; y esto hace todos los días del mundo».

Esto cuenta el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo, y añade que más querría él atender la escobilla del retrete de ese príncipe que barrer las fundiciones de oro del Perú. A la búsqueda de Manoa, donde sobraba al parecer el oro, y de El Hombre o Rey Dorado, Eldorado, se dirigieron muchas expediciones, en la enorme región que se encierra entre los ríos Orinoco y Amazonas. En 1536, se dedicaron a ello a la vez las de Gonzalo Jiménez de Quesada, Nicolás Federmann y Sebastián Belalcázar, buscando por distintos territorios y vías infructuosamente, y al fin se encontraron en el mismo lugar y estuvieron a punto de matarse a tiros los unos a los otros.

Con el tiempo, hubo quien pensó que la laguna sagrada de los chibchas, llamada de Guatavita, de aguas muy azules y localizada en las montañas, era la famosa Parima, pues ciertamente en ella se hacían continuamente oraciones y ofrendas, y se aseguraba que los

indios, con tal motivo, arrojaban a sus aguas gran cantidad de esmeraldas y figuras de oro. Un español, Antonio de Sepúlveda, hizo cavar un gigantesco tajo en un extremo de la laguna con la quimérica pretensión de vaciarla, pero las obras, de las que ha quedado una huella clara, no pudieron consolidarse.

El caso es que, si bien la noticia de que Eldorado existía circuló durante muchísimos años y animó a su busca a numerosos aventureros, nadie ha podido encontrarlo todavía.

Las siete ciudades de Cibola

En tiempos del rey Rodrigo, cuando España fue invadida por los árabes, siete obispos, llevando con ellos santas reliquias y objetos sagrados para impedir que cayesen en manos de los invasores, salieron de Toledo y se embarcaron en Lisboa. Navegaron muchos días hasta encontrar una isla maravillosa, Antilla, en la que descansaron, y desde donde partieron nuevamente para fundar siete ciudades en un reino tan rico en oro que todas las casas, muebles, utensilios y herramientas eran del precioso metal.

Cuando los españoles se asentaron en América, un faile franciscano, Marcos de Niza, tuvo la segura visión de que las siete prodigiosas ciudades estaban al norte de México, en el país de unos animales llamados *cibolos*, a los que nosotros damos el nombre de bisontes. Ésa fue la primera noticia de que existían las siete ciudades de Cibola.

El salmantino Francisco Vázquez de Coronado, gobernador de Nueva Galicia, en el norte de México, partió en 1539 hacia las tierras que se extendían más arriba de su gobernación en busca de aquellas maravillosas ciudades. Fue el primer europeo que exploró el Gran Cañón del Colorado, las fuentes del Río Grande y los extensos territorios de Arkansas y Nuevo México, pero se vio obligado a regresar al punto de partida sin haber conseguido descubrir las maravillosas ciudades de oro macizo, que tampoco nadie después de él ha conseguido encontrar.

La provincia de la Canela

En los tiempos en que el tráfico de especias era fuente segura de riqueza, llegó a oídos de Francisco Pizarro, que ya tenía el Perú bajo su dominio, que al noroeste de Quito se extendía un extensísimo territorio de bosques enteros formados de árboles de la preciada especia, la provincia de la Canela.

Deseoso de descubrir aquellos lugares y de explotarlos, Francisco Pizarro, tras nombrar a su hermano Gonzalo gobernador de Quito, lo envió a aquellos lugares con la orden de organizar una expedición que buscara la maravillosa provincia, y también el lago de Eldorado, que debía de encontrarse por aquellas mismas latitudes. La expedición se puso en marcha en febrero de 1541, y la componían doscientos diez españoles de infantería y caballería y cuatro mil indios e indias auxiliares. Llevaban con ellos mil perros, cinco mil cerdos y una manada de llamas.

El avance era muy dificultoso, y la famosa provincia no aparecía por ninguna parte. Furioso, Gonzalo Pizarro ordenó que a los infructuosos interrogatorios de los indios que iban encontrando se añadiese la tortura, imaginando que le ocultaban la verdad. A partir de entonces, los indios interrogados decían que la famosa provincia existía, pero que había que avanzar mucho más en dirección al este.

La expedición se fue internando en una selva impenetrable y ocho meses después de su salida de Quito llegó a orillas de un río. Gonzalo Pizarro resolvió construir un bergantín y enviar río abajo a su segundo, el trujillano Francisco de Orellana, para buscar alimento. Para la clavazón del navío utilizaron todo el hierro que llevaban, «que lo tenían en más que el oro», cuenta el Inca Garcilaso, y hasta las herraduras de los caballos muertos. Orellana prometió regresar en un plazo de doce días, pero nunca volvió.

Tras una larga y hambrienta espera, y un recorrido de más de quinientos kilómetros en busca del desaparecido Orellana, Gonzalo Pizarro decidió volver a Quito. A las penalidades de los supervivientes se unieron ciertas pesadillas de Gonzalo Pizarro, en las

que veía a un dragón arrancarle el corazón. Un soldado que era un poco astrólogo descifró el sueño diciendo que la persona más querida por él había muerto. Y fue cierto que Francisco Pizarro había sido asesinado por sus adversarios almagristas.

De aquella frustrada expedición en busca de la provincia de la Canela, que duró más de año y medio, regresaron únicamente, harapientos y descalzos, enfermos y malheridos, menos de un centenar de españoles. Todos los demás miembros de su grupo, personas y bestias, habían perdido la vida en las selvas. Y luego se supo que la mitad de los hombres que había ido con Orellana murieron también

El río de las amazonas

El río en que se había embarcado Francisco de Orellana por orden de Gonzalo Pizarro, para buscar comida aguas abajo, era el Coca, afluente del Napo, tributario del Marañón, hoy Amazonas.

Orellana contó que no había regresado al punto en que se separó de Gonzalo Pizarro por impedírselo la fuerza de la corriente, y lo mismo certificaron, para excusarse, los hombres de su expedición. Gonzalo Pizarro y varios cronistas lo acusaron de traidor. Lo cierto es que los navegantes continuaron aguas abajo su viaje hasta cubrir las tres mil millas que los separaban de la desembocadura, a donde llegaron en agosto de 1542.

Durante su viaje, entre muchas tribus hostiles, encontraron una formada al parecer solamente por mujeres, que actuaban con la eficacia de los más feroces guerreros.

«Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto en la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos haciendo tanta guerra como diez indios, y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flecha por uno de los bergantines, y otras que menos, que parecían nuestros bergantines puerco espín.»

Esto cuenta Gaspar de Carvajal, un sacerdote que acompañó a los navegantes en su viaje aguas abajo.

Orellana y sus hombres recordaron la historia de las famosas hijas de Ares, cuya reina, Hipólita, luchó contra el mismo Hércules, y denominaron amazonas a aquellas guerreras que les lanzaban flechas con tanta precisión desde la orilla del gran río, sobre todo cuando un indígena del lugar les habló de aquellas mujeres, de cómo tenían casas de piedra y caminos bien contruidos, y templos muy bien adornados de oro y de plata, dedicados a Caranaín, y que en un palacio muy rico habitaba la reina de todas ellas, que se llamaba Coñori.

Carvajal cuenta también que durante muchas jornadas les acompañó un pájaro

prodigioso que les daba la alerta diciendo «huid» cuando había peligro cercano, y pronunciaba la palabra «bohío» si se estaban aproximando a algún poblado.

Ya de regreso a España, Orellana consiguió que se le nombrase gobernador de aquellos territorios cuyo gran río había recorrido, y preparó una escuadra con más de cuatrocientos soldados, dispuesto a encontrar y someter el país de las bravas amazonas. Sin embargo, esta vez el viaje fue muy adverso, perecieron la mayor parte de los expedicionarios y el propio Orellana perdió la vida en una de las bocas del enorme río. En cuanto a las amazonas, nadie ha vuelto a verlas desde entonces.

El tornaviaje

Como se sabe, una bula del papa Alejandro VI, y luego el tratado de Tordesillas, dividieron las tierras de las nuevas exploraciones en dos zonas de influencia católica, una española y la otra portuguesa, a través de una especie de meridiano que dejaba en poder de Portugal parte del actual Brasil, así como África y parte de Asia, hasta cerca de las islas Filipinas, y concedía el resto a España.

Los barcos de cualquiera de ambas coronas que entrasen en la zona de la otra podían ser apresados por su legítimo adjudicatario, y su carga expropiada. En la vuelta al mundo que comenzó el portugués Hernando de Magallanes, el guipuzcoano Juan Sebastián Elcano, que asumió el mando a la muerte de aquél, estuvo a punto de ver abortada la expedición en la ruta occidental, que controlaban en exclusiva los portugueses.

Lo cierto era que, al parecer, ni los vientos ni las corrientes hacían posible el retorno de occidente a oriente por el Pacífico, y los barcos que iban de Acapulco a las islas Filipinas no podían regresar al punto de partida. En 1528 y 1529, Álvaro de Saavedra intentó por dos veces regresar desde las Carolinas a México, pero no lo consiguió, y además murió durante el segundo intento.

Muchos marinos imaginaban que debía existir la que denominaron «la ruta de retorno», el «tornaviaje», pero nadie era capaz de encontrarlo. Así, se convirtió en una esperanza legendaria y en un motivo de grave preocupación para las autoridades.

Vivía en aquellos tiempos un marino guipuzcoano llamado Andrés de Urdaneta, versado en cosmografía, astronomía y matemáticas. Urdaneta había participado en numerosas expediciones por el Pacífico, había vivido muchos años en las islas de las Molucas como superviviente de la expedición de Elcano y fue testigo de los dos frustrados intentos de Saavedra de regresar a México.

En 1553, Urdaneta había ingresado en la orden de San Agustín, y se había retirado a un convento mexicano. Diez años después, Felipe II le ordenó abandonar su vida

monacal para incorporarse a una expedición dirigida por Miguel López de Legazpi, cuyo objetivo, además de colonizar las Filipinas, era intentar encontrar la famosa, desconocida y legendaria «ruta de retorno».

Andrés de Urdaneta, en un viaje de regreso difícil, hizo remontar su navío hacia latitudes cada vez más altas, hasta que los vientos del noroeste, y una inesperada corriente marina, la llamada Kurosiva, devolvieron su barco en pocos días a la costa occidental de América, y por fin a Acapulco, en octubre de 1565.

El sabio cosmógrafo volvió a su convento, y la ruta que había abierto se denominó paso de Urdaneta, y fue utilizada desde entonces por los galeones españoles que partían de Manila con destino a Panamá o a Lima. Así hasta el siglo XX, durante todo el tiempo en que funcionaron los grandes barcos veleros.

Hay que decir que unos miembros de la misma expedición Legazpi, el capitán Alonso de Arellano, un piloto mulato de Ayamonte de nombre Lope Martín, y un griego llamado Nicolao, que era el maestro, navegando en un patache que se separó de la flota, pretendieron haber encontrado también la ruta de retorno, pero no presentaron ninguna carta náutica ni derrotero que pudiese justificarlo, y su aventura fue tomada por una superchería.

Las islas de Salomón

El pontevedrés Pedro Sarmiento de Gamboa, al narrar la *Historia de los incas*, cuenta que el inca TupacYupanqui tuvo noticias, por unos mercaderes, de unas islas muy ricas que había en la mar, a poniente del Incario, y envió hasta allí a un nigromante que estaba a su servicio y que tenía la facultad de volar, para que comprobase si su conquista merecía la pena. El nigromante realizó su mágico viaje e informó al inca de que las riquezas eran ciertas. El inca mandó fletar las balsas suficientes para transportar veinte mil guerreros, se dio a la mar y conquistó tales islas, llamadas Avachumpi y Niñachumpi, de donde regresó un año más tarde cargado de oro.

La noticia de la existencia de esas islas estimuló la imaginación de las gentes españolas, y algunos visionarios las identificaron con el lugar de donde el rey Salomón había sacado las riquezas para edificar su templo. Por fin, el virrey del Perú, marqués de Cañete, organizó en 1567 una expedición dirigida por el gallego Álvaro de Mendaña de Neira, a quien acompañaba el también gallego Pedro Sarmiento de Gamboa, como experto cosmógrafo, con la misión de hallarlas.

Los navegantes encontraron varias islas habitadas por antropófagos y, al fin, el archipiélago que desde entonces tomó el nombre de Salomón, a las que pertenecen Guadalcanal, la Florida y San Cristóbal, entre muchas otras. Por falta de municiones y bastimentos, Álvaro de Mendaña se negó a continuar la ruta que pretendía seguir Sarmiento, y que les hubiera hecho llegar a Australia, y consiguieron regresar a Perú.

Veinticinco años después, Álvaro de Mendaña, llevando consigo a su joven esposa, Isabel Barreto, gallega como él, y al piloto portugués Pedro Fernández de Quirós, intentó reencontrar las famosas islas, pero parece que había disimulado tanto los datos que tomó en su primer viaje, para tener seguro su secreto, que no fue capaz de descifrarlos y no encontró la ruta, aunque llegó a otro archipiélago, que bautizó con el nombre de

Marquesas en honor del entonces gobernador del Perú. Mendaña intentó fundar allí una colonia, pero una rebelión indígena terminó con sus proyectos y con su vida.

Su viuda condujo hasta Manila lo que quedaba de la expedición, antes de regresar a México. En cuanto a Fernández de Quirós, que participó en nuevas exploraciones por aquellos contornos y descubrió muchas islas nuevas, estaba convencido de la cercanía de una *Terra Australis*, y escribió al rey más de veinte memoriales buscando su apoyo para encontrarla, sin recibir respuesta.

La ciudad de los Césares

En 1540, una armada fletada por el obispo de Plasencia, compuesta de cuatro navíos, que buscaba abrir una vía al tráfico de las especias de las Islas Orientales a través del estrecho de Magallanes, se encontró en aquellas peligrosas latitudes con una tormenta que la desbarató, echando a pique un navío, y arrojando otro contra los escollos de la costa, donde al parecer consiguieron salvarse ciento cincuenta tripulantes. El tercero, tras intentar rescatar a tales náufragos sin conseguirlo, debió virar y regresar a España, y fue el cuarto navío el único que consiguió cruzar el estrecho, para buscar destino en el Perú.

A partir de los supervivientes de aquella frustrada expedición empezó a correr la noticia de que los ciento cincuenta náufragos, internándose tierra adentro, habían encontrado una comarca abundante en riquezas de todas clases, que allí se habían casado con las mujeres indias que habitaban en la zona, y que habían fundado una ciudad, la ciudad de los Césares, cuyo primer patriarca y emperador había sido uno de los náufragos, el capitán Argüello.

Parece que en el nombre de la supuesta ciudad influyó una historia anterior, relacionada con las expediciones que Sebastián Caboto hizo desde España a partir del descubrimiento del Mar Dulce o Río de la Plata, en busca de los riquísimos territorios de Tarsis y Ofir, citados en la Biblia. La primera expedición tuvo lugar en 1526, y Caboto encontró a un superviviente de la expedición de Juan Díaz de Solís, que había sido aniquilada y devorada por los indios, que habló de las muchas riquezas que podían encontrarse en la Sierra de la Plata, remontando el río Paraná. Caboto regresó a España para preparar una nueva expedición. Tres años más tarde llegó a aquellos parajes y envió tierra adentro a un grupo de exploradores a las órdenes de un capitán llamado Francisco César, que regresó dos meses después sin haber encontrado la Sierra de la Plata, pero contando que los indios le habían hablado de las fabulosas riquezas de una comarca más lejana.

El caso es que la búsqueda de la ciudad de los Césares, que algunos llamaron Trapalanda, y de cuyos habitantes otros decían que les habían crecido enormemente los pies, se convirtió en motivo de muchas exploraciones, entre otras la de Juan Jufré en 1563, la de Juan Pérez Zurita en 1565, la de Domingo de Erazo en 1576, la de Gonzalo de Abreu en 1579, la de Hernandarias de Saavedra en 1604, la de Jerónimo Luis de Cabrera en 1622, la del jesuita Nicolás Macardi, a quien guiaba una princesa india llamada Huanguelé, bautizada con el nombre de Estrella, en 1670, y hasta en época tan tardía como 1783, un piloto llamado Manuel José de Orejuela pretendió organizar una expedición desde Chile, aunque no encontró apoyo financiero.

Nicolás I, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos

En 1750, según un tratado que se firmó en Madrid, las respectivas cancillerías acordaron que Portugal renunciaría a la Colonia de Sacramento, en la ribera izquierda del Río de la Plata, que pasaría a manos españolas, y recibiría a cambio el territorio en que se encontraban las siete reducciones de las misiones jesuíticas del Paraguay, dependiente hasta entonces de España.

Una de las cláusulas del tratado estipulaba que los misioneros saldrían del territorio con los indios, llevándose sus muebles y efectos, para poblar otros territorios españoles que les serían asignados. Los indios eran más de treinta mil y se rebelaron en 1753, consiguiendo rechazar a las tropas que envió contra ellos el gobernador de Buenos Aires. En 1756, otra segunda acción militar, ésta comandada por un general español y otro portugués, aplastaría la revuelta y originaría algunos mártires de la resistencia indígena, como el Santo Capitán Sepé.

La noticia de las guerras guaraníicas recorrió Europa, despertando el interés de gente como Voltaire, que la evocará años más tarde en el *Cándido*. Entre tales noticias, circuló como muy segura la historia de Nicolás I, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos, que mereció la inmediata publicación y reedición de opúsculos y libros en francés, italiano y holandés.

El que había de llegar a emperador de los mamelucos, Nicolás Rubiuni, habría nacido en 1710 en algún pequeño pueblo andaluz, y ya desde su mocedad mostró su carácter rebelde, pues a los 18 años tuvo que alejarse de su lugar natal por haber intentado matar a un hombre. Instalado en Sevilla, vivió del juego antes de hacerse lacayo de una beata rica y cuarentona, sobre la que llegó a tener un ascendiente que escandalizaba a la vecindad. Un hermano de la beata, coronel de infantería, echó de la casa al lacayo. La dama murió del disgusto.

Nicolás Rubiuni se hizo arriero, pero un día, en Medina Sidonia, asaltó a unos recaudadores de contribuciones para robarlos. En su huida llegó a Málaga, donde se presentó al rector de los jesuitas solicitando su admisión en el convento como lego. El rector lo puso a prueba, y Rubiuni mostró excepcionales cualidades para ocuparse muy económicamente de la intendencia del convento, con lo que acabó incorporándose a él como un hermano lego más. Su trabajo le permitía viajar mucho, llevó una doble vida y, haciéndose pasar por noble, llegó a contraer matrimonio con una bella joven.

Las cosas se le complicaron de tal manera que optó por alejarse y solicitó el traslado a América. Estuvo primero en San Gabriel, colonia portuguesa, y se sabe que allí aprendió pronto la lengua de los indios y se hizo amigo de muchos de ellos, a los que trataba de convencer de que debían sacudirse el yugo de la colonización europea.

La firma del Tratado de Madrid fue el detonante para la rebelión que Nicolás preconizaba, y a partir de entonces, con el nombre de «hijos del sol y de la libertad», Rubiuni encabezó un grupo armado que acabó apoderándose de la fortaleza de Santo Sacramento, tras matar muchos portugueses. Luego obligó a los jesuitas a abandonar el territorio y los hizo acompañar por algunos de sus hombres de confianza, que en el traslado causaron la muerte de veinticinco misioneros.

Nicolás Rubiuni, seguro de la fuerza de su rebelión, se proclamó inmediatamente rey del Paraguay, y mandó acuñar monedas con su efigie, en cuyo reverso se podía leer: «La venganza pertenece a Dios y a quienes Él la encomienda». A partir de entonces, y con la ayuda de otro español llamado Mario, puso en marcha un ejército de cerca de veinte mil hombres que se dedicó a la conquista implacable de las reducciones, venciendo todas las resistencias que los jesuitas intentaron promover.

Los éxitos de Nicolás I llegaron a oídos del pueblo de los mamelucos, formado por mestizos de portugueses e indias, llamados así despectivamente por sus enemigos y que, según éstos decían, habían heredado todos los defectos de sus padres y de sus madres, y ninguna de sus virtudes. Los mamelucos invitaron a Nicolás I a trasladarse a São Paulo y fundar allí la capital de un imperio. Nicolás accedió, hizo su solemne entrada en São Paulo, y el 27 de junio de 1754 fue coronado emperador en la iglesia mayor de la ciudad.

A partir de aquel momento, la noticia se dispersó por Europa, aunque el libro que informaba del asunto, tenido ya entonces por algunos como apócrifo, y hasta por un libelo antijesuita, tardaría más de ciento cincuenta años en ser traducido al castellano, en una edición de cien ejemplares, con lo que la historia de aquel compatriota pícaro y

rebelde, que había tenido entre los demás europeos tanta aceptación, apenas ha sido conocida por los españoles.

Lo cierto es que los acuerdos del Tratado de Madrid entre España y Portugal nunca se llevaron a efecto.

Dos bandoleros y un pirata

José María el Tempranillo

A mediados del siglo XIX España era tan famosa por sus bandoleros que el curioso viajero inglés que fue Richard Ford escribió: «Una olla sin tocino sería tan insípida como un libro sobre España sin bandidos». No obstante, a su juicio, el latrocinio más común estaba en los precios que cobraban por sus servicios las ventas y los mesones del camino.

Un bandolero célebre fue José María, apodado el Tempranillo. Nacido en 1805 en Jauja, Lucena, Córdoba, debió su apodo a su precoz incorporación a la vida delincuente, a los dieciocho años, cuando era casi un muchacho, por haber matado a un hombre en una riña.

El Tempranillo organizó una partida de bandidos armados cada vez más fuerte, y llegó un momento en que sus paisanos lo consideraban más poderoso que el propio rey. Tenía amigos y confidentes en todas partes, que le avisaban de lo que podía darle beneficios o causarle daño, y no hubo transporte en que hubiese riquezas de consideración que no fuese asaltado por su partida, ni escuadrón policial que lograra acercársele.

Admiradas de su rapidez para moverse de un lado a otro por las difíciles trochas de la sierra, y de la exactitud y eficacia con que llevaba a cabo sus golpes, las gentes del pueblo comenzaron a imaginar que tenía virtudes mágicas, que por alguna especie de sortilegio era capaz de estar en varios lugares a la vez o trasladarse de uno a otro con la velocidad del pensamiento, y hasta entrar en los pueblos con la naturalidad de un obispo o de un gobernador, seguido de su séquito, sin que nadie se le enfrentase.

Entre las gentes del pueblo tenía fama de respetar a los humildes y de ser generoso y agradecido hasta con sus propios enemigos: se contaba la historia de un oficial que tomó presa a la esposa del bandolero y la trasladó a Sevilla, tratándola con tal consideración que la detenida le dio un pañuelo diciéndole que lo guardara, pues algún día podría servirle de talismán frente a su marido. Y parece que la posesión del pañuelo impidió que

el oficial fuese desvalijado, y acaso muerto, por el Tempranillo, en cierta ocasión que asaltó la diligencia en que aquél viajaba.

Diez años duró el indudable señorío del Tempranillo, y las autoridades acabaron adoptando la determinación de llegar a un pacto con él, ofreciéndole la seguridad del perdón del rey a cambio de que prometiese abandonar el bandolerismo y garantizase que sus hombres también lo harían. José María el Tempranillo, cansado acaso de su agitada vida, y sin duda provisto ya de la fortuna necesaria para pensar en el retiro, aceptó la propuesta, y el día 19 de julio de 1833, en el santuario de la Fuensanta, el general Manso le otorgaba el indulto en nombre del rey Fernando VII. Sin embargo, hubo muchos bandoleros, acaso los más pobres, que no aceptaron el pacto, y se echaron otra vez al monte, dispuestos a continuar ejerciendo sus actividades. José María el Tempranillo era sin duda hombre de palabra, y se dispuso a reducirlos, ayudando a las fuerzas del orden.

A mediados de septiembre de 1833, apenas dos meses después de su indulto, el Tempranillo, que durante diez años había esquivado las balas de la justicia, perdía la vida a manos de sus antiguos compañeros.

Luis Candelas

El día 6 de noviembre de 1837, una multitud expectante asistió, en la plaza de la Cebada de Madrid, al ajusticiamiento de Luis Candelas.

El reo tenía poco más de treinta años, era moreno, de buena planta, con un rostro de rasgos enérgicos. Muchas mujeres suspiraban al ver su final, y la mayoría de los espectadores consideraban que no era justo que se diese muerte a quien nunca había cometido un solo delito de sangre, pero todos sabían que si la reina gobernadora, María Cristina, había rechazado el indulto, era por razones políticas: por un lado, la inclemencia del gobierno absolutista; por otro, los deseos de venganza de una policía a la que Candelas había burlado durante muchos años.

Para el pueblo de Madrid, Luis Candelas era un personaje casi fabuloso. Se sabía que había nacido en el barrio de Lavapiés, y se decía que, cuando la comadrona que ayudó en el parto examinó al recién nacido, descubrió en el reverso de su lengua la cruz de san Andrés, signo de un destino peculiar, por lo feliz o por lo infausto. Era hijo de un acomodado ebanista, y en el juicio se supo que desde muchacho había sido aficionado al robo. Con los años, y sin dejar nunca de pertenecer a bandas y sociedades secretas de delincuentes, había llegado a ejercer de funcionario del fisco, y como activista liberal clandestino.

Durante la década anterior a su ajusticiamiento, Luis Candelas había sido la admiración del pueblo de Madrid y la pesadilla de las fuerzas del orden. Parece que antes se había dedicado a saquear a los arrieros que llegaban desde Andalucía, y que se había fugado cuando lo llevaban al Peñón de Alhucemas, castigado a trabajos forzados.

Desde que se instaló definitivamente en Madrid, sus acciones habían sido cada vez más audaces, sin que nadie hubiese podido descubrir su paradero. En el juicio se supo que la herencia de los bienes de su madre le había permitido cambiar de personalidad. Bajo el nombre de un supuesto hacendado que había venido del Perú, alternaba con los

artistas y los políticos liberales en lugares como La Fontana de Oro o el Café de Lorencini. Era propietario de una pequeña taberna en el centro, y allí cambiaba de personalidad, para adoptar distintos disfraces.

Durante aquella década, Luis Candelas había pasmado a las gentes con diversas fechorías. En su vida de hacendado peruano, hurtaba los relojes y las carteras de los más connotados hombres públicos, sin que nadie lo identificase. En su vida de Luis Candelas, llevaba a cabo asaltos, como el de la diligencia que transportaba al embajador de Francia; robos, como el de la casa de un riquísimo sacerdote; secuestros, como el de la mujer y la hija de un acaudalado caballero. Disfrazado de secretario episcopal, desvalijó una famosa tienda de ornamentos sagrados que había frente a la Posada del Peine.

El colmo de sus hazañas delictivas, que parecía orgulloso de sellar con su nombre, fue el asalto a la casa de un oidor de la Real Audiencia, muy amigo de los pájaros, que no podía imaginar quién se ocultaba bajo el disfraz del pajarero que entró en su casa. En otra ocasión se introdujo en el establecimiento de la propia modista de la reina, donde se encontraban algunas damas principales que fueron también concienzudamente desvalijadas. Con ocasión del último robo, la pesquisa policial se hizo tan acuciante que Luis Candelas decidió marcharse fuera de España una temporada. Iba con él su joven amante, Clara, y se dice que la nostalgia de la hermosa por su tierra natal fue entorpeciendo la huida del bandido, que al fin cayó en manos de la justicia.

Fue encerrado en la cárcel de Corte de Madrid, hoy Palacio de Santa Cruz. Experto en fugas, Luis Candelas había preparado la suya cuando llevaron a la misma cárcel al político liberal Salustiano Olózaga, y Luis Candelas dejó que el político huyese en su lugar por considerar que la vida y la libertad de aquel hombre eran más importantes que la suya.

La mañana de su ajusticiamiento, se desciñó con parsimonia el pañuelo que llevaba al cuello, se quitó una sortija, entregó ambas cosas al fraile que lo acompañaba, se volvió al público y exclamó: «¡Sé feliz, patria mía!». Luego, el verdugo lo colocó en el fatídico asiento y le dio garrote con mucha pericia.

Benito Soto

Durante muchos años se recordó en Pontevedra la historia del pirata Benito Soto, un hijo de aquella villa que, en menos de un año, abordó media docena de barcos y mató a cerca de cien personas. Su aventura se hizo pública cuando se supo que había sido ahorcado por los ingleses en Gibraltar, y desde entonces fue narrada con asombro por sus paisanos.

El joven Benito Soto, hijo único de un matrimonio de pescadores, se fue de casa muy joven. Parece que entró a servir en la Armada y que luego desertó de ella y anduvo navegando y haciéndose experto marino, según las noticias sobre su vida que pueden reconstruirse a partir del proceso que lo llevó al patíbulo.

Es el caso que, en 1828, Benito Soto era segundo contramaestre del bergantín Defensor de Pedro, a las órdenes de un capitán portugués. El buque se dedicaba a la trata de esclavos y, por lo que se puede suponer, Benito Soto debía llevar rumiando el propósito de motín, porque mientras el buque estaba fondeado en algún lugar de la costa cercano a la desembocadura del río Congo, donde su capitán negociaba con los reyezuelos que controlaban el tráfico humano el precio de las recuas de infelices secuestrados en las tierras del interior, se hizo con el barco, apoyado por la mayor parte de la tripulación, comprometió en su aventura al piloto y se dio a la mar, dispuesto a conseguir mediante el oficio de pirata la riqueza que nunca podría alcanzar en toda una vida de marino.

El primer barco que abordaron, el 19 de febrero de 1828, fue la fragata inglesa Morning Star, que provenía de las Indias Orientales, y celebraron el éxito de la operación rebautizando el Defensor de Pedro con el nombre de La burla negra. Luego asaltaron la fragata norteamericana Topaz, también procedente del oriente. Intentaron más tarde abordar el bergantín Unicornio, pero supo defenderse y logró escapar, tras causar con sus cañones bastantes daños en el barco pirata. Después de reparar las averías en algún

punto de las islas de Cabo Verde, *La burla negra* abordó a la nave inglesa *Sunbury*, y luego a la fragata portuguesa *Ermelinda*.

Todos los asaltos fueron sangrientos y los piratas cometieron muchas violaciones y asesinatos, pero llenaron las bodegas de su barco de fardos de té y café, madera de ébano, seda, vino de Oporto y piedras preciosas, y también se apoderaron de muchas alhajas, relojes y buenos doblones de oro contante y sonante.

La cercanía de las costas gallegas despertó la morriña de Benito Soto, que juzgó que la campaña había sido muy provechosa y que convenía tocar tierra para vender la mercancía y luego buscar la manera de desprenderse del barco y repartir los beneficios.

En Pontevedra quiso hacer pasar el barco por otro, pero le dio sucesivamente dos nombres distintos, lo que despertó las sospechas de los aduaneros. Luego buscó a su madre y a su tío Jesús, supo que su padre había muerto y prometió a su madre que dejaría la vida del mar para vivir con ella, pues regresaba muy rico a casa.

En pocos días, su tío entró en tratos con un hombre poderoso de la zona, vicedónsul inglés, ducho en los negocios del contrabando, que se hizo cargo de todas las mercancías y de las joyas, para venderlas. Sin embargo, las sospechas que el barco había despertado llegaron a oídos de la Comandancia de Marina, y el corresponsal del tío de Benito le aconsejó zarpar rumbo a La Coruña, donde podría protegerlo mejor e intentar allí vender el barco. En La Coruña, alguno de los hombres de la tripulación contó lo que no debía y el piloto que había sido obligado por Benito Soto a acompañarlo en su criminal aventura denunció el caso.

La burla negra debió zarpar a toda prisa, y desde entonces se convirtió en una obsesión para Benito Soto desprenderse del barco y regresar a Pontevedra junto a su madre, para hacerla feliz en los años de su vejez. Pero lo extraño de la tripulación, del barco y de las maniobras para venderlo secretamente, suscitaron en Cádiz nuevas sospechas, y al fin todos fueron presos, interrogados, juzgados y condenados a muerte la mayoría.

Benito Soto logró huir a Gibraltar, pero allí fue detenido, y en el juicio que se le hizo tuvo como testigo de cargo al contramaestre de la fragata *Morning Star*. El caso es que se le condenó a muerte, y la sentencia se ejecutó el 25 de enero de 1829, en que fue colgado con la soga reglamentaria, de esparto siciliano si hemos de creer a los historiadores. Se cuenta que el verdugo no había calculado bien la altura del reo, y que

hubo que ahondar el hoyo para que terminase de asfixiarse, mientras pataleaba en una larga agonía.

Su tío Jesús se enriqueció, pero su madre, según cuentan, murió en la mayor indigencia.

De soñadores

Juan Bautista Antonelli y el puerto de Madrid

Arquitecto e ingeniero español de origen romano, Juan Bautista Antonelli, que tenía experiencia en canalización de ríos y llevó a cabo fortificaciones tan famosas como las de Cartagena, Valencia y Orán, concibió la idea de que Madrid, recién declarada capital del reino de España y cabeza por tanto de tantos países y reinos, debía ser también puerto de mar, y estudió la manera de enlazarla con el océano a través del río Tajo, al que se llegaría desde el Manzanares.

Aunque ya en tiempos de Felipe II el río Manzanares era de exiguuo caudal, el ingeniero Antonelli calculaba incrementar sus aguas con las del río Jarama, mediante la oportuna canalización y un sistema de esclusas que regulase las aguas, de manera que pudiese llevar los barcos hasta el Tajo, que sería fácilmente adaptable a la navegación tras un concienzudo trabajo de draga, la remodelación de los puentes del Arzobispo y Alcántara y el diseño de navíos adecuados a su calado.

Felipe II había visto en Flandes el juego de canales y esclusas que enlazaban las comarcas y facilitaban el transporte de personas, animales y cosas, y estudió con mucha atención aquel proyecto que podía convertir a Madrid en el primer puerto atlántico de España, en una vía acuática que tendría en Lisboa el definitivo punto de encuentro oceánico. Parece que el proyecto le parecía costoso, pero no quimérico, ni mucho menos irrealizable. Para estudiarlo, hizo Antonelli en 1582 un viaje en chalupa desde Lisboa hasta los territorios madrileños del Tajo, y dos años después, en dos barcas construidas por el ingeniero según el modelo que tendrían las que zarpasen en su día del puerto de Madrid, toda la familia real, con la corte, viajó desde Vaciamadrid hasta Aranjuez.

Mas eran los tiempos de la preparación de la armada que debía invadir Inglaterra, y todos los esfuerzos económicos y hasta el ánimo del monarca estaban puestos en aquella operación de la que dependía el futuro de sus dominios y del mundo entero. La empresa de Inglaterra terminó desastrosamente, como bien se sabe, y al descalabro político se

unió la ruina económica, de manera que el rey Felipe descartó el plan de hacer de Madrid puerto de mar. Así, el proyecto diseñado por Juan Bautista Antonelli, que además tenía fuerte oposición entre altos miembros de la corte, no pudo hacerse realidad, y el rumor burlón de que imaginaba obras disparatadas debió de amargarle hasta su muerte, en 1588.

Roberto Frassinelli, el alemán de Corao

El alemán se llamaba Roberto Frassinelli Burnitz. Había nacido en la ciudad de Ludwigsburg, en 1811. Cuidadoso y fiel dibujante, iba reflejando en sus láminas las gentes y los parajes que visitaba. Era bibliófilo, y conoció España en la época de la desamortización, cuando tantas piezas venerables y libros antiguos se vendieron. También era montañista, un montañista pionero. Acaso por eso los Picos de Europa llamaron su atención. Un escritor legendario, dado a los misterios esotéricos, Mario Roso de Luna, le atribuye saberes y propósitos ocultistas. El caso es que la historia de Covadonga llamó fuertemente su atención. La gruta misteriosa, las mágicas virtudes de la fuente, conocidas en tiempos remotos, la famosa victoria de la cruz sobre la media luna.

En alguno de los antiguos cricones —el *Albendense*, el *Rotense*— leería los datos de la prodigiosa batalla: el ejército árabe, de ciento ochenta y siete mil hombres, perdiendo ciento veinticuatro mil en el lugar de Auseva con la ayuda celestial de la Santina, que hizo que sus propios dardos y lanzas se volvieran contra ellos; luego, la misma ayuda milagrosa de la Virgen, haciendo que sobre los supervivientes que huían se desplomase un monte, en Cosgaya, para acabar con la vida de todos; el triunfo del pequeño grupo que rodeaba a don Pelayo; el comienzo de la Reconquista en la parte occidental de la península.

El alemán acabó instalándose en 1854 en la aldea de Corao, junto al río Güeña, muy cerca de Cangas de Onís y de Covadonga. Botánico experto, estudió y clasificó las flores y plantas de la zona, y en su pomarada llegó a cultivar casi treinta especies diferentes de manzana. Su curiosidad arqueológica lo llevó a descubrir piezas de piedra y bronce, monedas romanas, lápidas y dólmenes. Las gentes de los contornos conocían, con una mezcla de admiración y extrañeza, su afición a bañarse durante todo el año en una poza del río Pomperi llamada el Pozo del Alemán, y a revolcarse desnudo en la nieve, cuando subía a las cumbres en sus excursiones cinegéticas, a menudo solo, otras veces

acompañado de uno de los hijos del cercano pueblo leonés de Caín, conocidos como cainejos, conocedores de todos los vericuetos de los Picos de Europa y capaces de saltar por los riscos como los rebecos.

En sus excursiones de montaña, solamente llevaba una manta, la escopeta, cartuchos, un fardel con harina de maíz y una lata para tostarla. El resto de la alimentación dependía de su buen tino al disparar.

La consideración de lo sagrado de Covadonga le hizo pensar en la manera de dar solemnidad al lugar. En la gruta se construyó un camarín diseñado por él, que con el tiempo desaparecería en un incendio. Y de sus conocimientos arquitectónicos fueron fruto los primeros proyectos, de aire y gusto goticista, de lo que al cabo sería la basílica erigida en aquellos lugares.

Aunque vivía en una vieja casona, tenía su estudio en la llamada Cueva del Cuélebre. Se sabía que, en aquella cueva, había habitado una de esas gigantescas culebras, o dragones, que vivieron con los humanos en tiempo inmemorial. La de Corao exigía ser cebada cada día, para prevenir que devorase a las gentes del pueblo. Se asegura que un cura, armado de un trabuco, intentó matarla, pero que solo la hirió, y debió escapar perseguido por ella. El cura falleció del susto, y el cuélebre, en su furiosa carrera, quedó aprisionado en un cercano puente, donde se estuvo desangrando mucho tiempo. Mas por fin pudo retirarse a la cueva, muy debilitado por la herida, para buscar refugio en los escondrijos más profundos. Ya nunca podrá salir de allí, porque el alemán de Corao marcó la entrada con el mágico sello de Salomón.

Roberto Frassinelli murió el día del solsticio de verano de 1887, y fue enterrado en el cementerio de la iglesia de Santa Eulalia de Abamia, hasta que unas manos furtivas y piadosas trasladaron sus restos al interior del templo, donde reposan, en el mismo lugar en que estuvieron enterrados los de don Pelayo y su esposa Gaudiosa.

Dispersos o perdidos, de sus escritos, proyectos y dibujos se conserva muy poca cosa. Su reflexiva y silenciosa sombra, con la escopeta en bandolera y el fardel del maíz colgado del cinturón, sigue pisando los musgos y las peñas de los Picos de Europa.

Don Juan de la Coba y el trampitán

En 1829 nació en Orense don Juan de la Coba y Gómez, y su memoria está cada día más viva entre sus paisanos por lo peculiar de su ingenio. Parece que fue perito agrimensor, y redactor de muy jugosos consejos en verso y prosa para los agricultores, y también inventor de algún artilugio, como el llamado «pirandárgallo», aunque los autores no acaban de ponerse de acuerdo acerca de su utilidad, pues unos le atribuyen la condición de enorme paraguas planetario y otros, la de aparato volador.

Fue aficionado a la escultura, hasta el punto de tallar algunas imágenes de santos para ciertas parroquias orensanas. Su talla más famosa fue la de un san Roque en que el artista, por falta de madera, tiempo o ganas, o por mera provisionalidad, talló el perro del santo aprovechando el volumen y la forma de un gran nabo. Aunque lo pintó, el perro se fue secando y arrugando, y causó al fin el asombro de las beatas, que empezaron a ver en aquella figurilla menguante la señal de un milagro. No obstante, hay que decir que a don Juan de la Coba le causaba enojo la alusión a tal escultura.

Con todo, empleó lo principal de su talento en la poesía, primero en castellano y en gallego, y en la escritura de obras dramáticas. Xesús Alonso Montero dice que en la Sección de Expedientes de Censura del Archivo Histórico Nacional de Madrid figuran 25 obras suyas, inéditas, escritas entre los años 1858 y 1863, con títulos como *El tío Faceto*, *Tretas y Ñaque*, *Mi congojo y mi bien*, o *Triunfando me voy*. El propio don Juan de la Coba, al imprimir una de sus obras, en 1895, señaló de sí mismo, en el frontispicio, lo siguiente: «Uno de los muy pocos mejores escritores dramáticos de España, autor de muchas obras literarias de las cuales cuarenta se hallan aprobadas de Real Orden».

También añadía, tras exponer algunos de sus méritos: «Hay además títulos y diplomas a mi favor, ocultos por infames envidiosos».

Lo más notable en la vida de don Juan de la Coba fue la prodigiosa invención de un

idioma que él mismo denominó «trampitán». Lo peculiar del trampitán es que no se trata de una lengua con vocación de comunicación universal, como el esperanto o el volapuk, orientada a unificar la pluralidad lingüística del mundo, sino de una lengua concebida para la personalísima expresión poética de su inventor, que tenía a gala ser el único que la conocía.

Carlos Casares señala que la invención del trampitán obedece a una secuencia lógica de don Juan de la Coba en busca de la rima, que al parecer se le resistía. Desazonado por la búsqueda de la palabra precisa para sus composiciones, descubrió que no hay palabra más exacta y adecuada que la que el autor elabora a la medida en cada ocasión. Casares, como antecedente del propio poeta en su camino de búsqueda, recoge los siguientes versos:

Don Viltrampo te ofrecía
los valles del verramoto,
todas las viñas del tría,
montes y vegas del troto,
los prados de la julepa,
los ríos del cantifón,
tantas navas de dulcepa
y llanos del garicón.

A poner en trampitán todos los vocablos, y no solo los asonantes, había un paso, y don Juan de la Coba lo dio. Su ópera en un acto *La trampitana* está toda ella escrita en el nuevo idioma, aunque el autor acompaña la traducción castellana. Veamos, primero en trampitán y a continuación en la versión castellana, el arranque de la ópera, en que dialogan Bertoldo y Paulina:

Bertoldo: *Sus sos au pusus fêr pe oselete
tretos ortase laréta zón.*

Paulina: *Pengo dofino la sobenéte
pe to anofo tofo os quiquitón.*

Bert.: *Lotun to vero cele verida.*

Paul.: *Ou canderese min dasimad.*

Bert.: *Lotun te tene pe antofenida.*

Paul.: *A te ten quirme fer ovindad.*

Bert.: *Cele anefita fer pulentóta.*

Paul.: *Treto Bertoldo moble dasán.*

Bert.: *Treto al vante Sabonta anatota.*

Bertoldo: Los dos ya somos en que embeleso
eres ilustre preclara luz.

Paulina: Pongo testigo al universo
que te amo tanto con fortitud.

Bert.: Siempre te quise, dulce querida.

Paul.: Yo correspondo con ansiedad.

Bert.: Siempre mi mente que entretenida.

Paul.: Y mi majín es firme en verdad.

Bert.: Dulce azucena en hermosura.

Paul.: Eres Bertoldo noble galán.

Bert.: Eres la bella graciosa y pura.

El trampitán tuvo algunos detractores. En una especie de homenaje literario que le

tributó una revista a don Juan de la Coba en 1897, el poeta festivo Enrique Labarta preguntaba:

¿A qué hundirse en el arcano
de ese idioma incognoscible?
¿Para hacerse incomprensible
no le basta el castellano?

Sin embargo, don Juan de la Coba y Gómez murió en 1899 en su ciudad natal, bien seguro de que el trampitán «era una lengua tan oral, polisémica, intuitiva y lírica que solo en el recitado melódico o en el teatro adquiriría plenitud de sentido», como ha escrito de ella Xosé Filgueira Valverde.

Don Francisco Pérez Herrero y Genarín

En la ciudad de León, en el primer cuarto del siglo XX, hubo un pellejero llamado Genarín, que también repartía prensa, gran bebedor de aguardiente de orujo, muy popular en la capital. La madrugada del Viernes Santo de 1929, mientras regresaba a su vivienda a lo largo de la calle Carreras, junto a las viejas murallas, se puso a liberar ciertas necesidades corporales y fue atropellado por el recién estrenado camión municipal de la basura, que lo mató en el acto. Quienes primeramente se acercaron al cadáver de Genarín fueron unas ramera que tenían establecimiento en las cercanías. Una de ellas le tapó la cara con un periódico.

Don Francisco Pérez Herrero, poeta modernista, encontró en aquella coincidencia singular de fechas, situaciones, agentes y testigos un significado misterioso, doblemente escatológico, y la madrugada en que se cumplía el primer aniversario del óbito, acompañado de otros compañeros íntimos en la bohemia capitalina, un *dandy* arruinado, un taxista coplero y un árbitro de fútbol, celebraron ante el lugar una ceremonia funeral conmemorativa.

El rito y sus concelebrantes dieron origen a una cofradía, la de Nuestro Padre Genarín, dirigida por cuatro hermanos mayores, los Cuatro Evangelistas, que cada madrugada del Viernes Santo, acompañados de un pequeño séquito de fieles, recorrían los últimos pasos de Genarín recitando poemas en su memoria y ofrendando libaciones de orujo. La ceremonia concluía ante el lugar mismo del mortal accidente, con el entierro de un diente de ajo, y uno de los cofrades, el hermano colgador, trepaba por la muralla, aprovechando los huecos entre los cantos, y dejaba en una oquedad una botella de orujo, para calmar la sed del espíritu de Genarín. Con el paso de los años se incorporaron a ésta dos nuevas clases de ofrendas, queso y naranjas, manjares predilectos del muerto, y una corona de laurel.

Los seguidores de Genarín coincidían en las calles con la denominada «ronda», en que

se van reuniendo los hermanos de la cofradía de carácter religioso que desfila ese día acompañando a diversos grupos escultóricos conmemorativos de la pasión de Cristo, pero nunca hubo encuentro ni incidente alguno.

El fervor popular quiso atribuir al santo pellejero diversos milagros, como el ascenso a primera división del club local de fútbol, la Cultural y Deportiva Leonesa, en 1955, o la exorcización del estadio estrenado y Deportiva Leonesa, en a raíz del ascenso, que resultaba aciago para el equipo. También se le atribuyó el castigo de un sereno que robaba las ofrendas de la muralla y que al fin resbaló y se rompió una cadera.

Así, la ceremonia denominada «el entierro de Genarín» vino celebrándose hasta la guerra civil, y renació discretamente en la década de 1950, hasta que en 1960 la diatriba violenta de un viejo periodista ultramontano consiguió que fuese prohibida por las autoridades, aunque la cofradía continuó sin disolverse.

El entierro de Genarín volvió a celebrarse a partir de la recuperación de la democracia en España, aunque perdió su carácter íntimo y sagrado para convertirse en una turbamulta de borrachos vocingleros. Los supervivientes de la antigua cofradía esperan que el espíritu del pellejero fundacional no lo considere una profanación. Amén.

Agradecimientos

Quede constancia de mi gratitud a Ramón Acín, Florencio Arnán, Carlos Casares, Lola Ferreira, Carlos García Gual, Juan Hernández Andreu, Jon Kortázar, Jesús Martínez Sánchez, Max, María Merino y Paco Rubio Pascual, Ana María Navales y Juan Domínguez Lasierra, Miguel Rojo, Carme Riera, Anelio Rodríguez Concepción, Francisco Javier Sáenz-Guallar, Salvador Seguí, Emilio Torné y Fernando Valls. Todos ellos me orientaron en mi trabajo o me facilitaron libros que incluyo en la bibliografía.

J. M. M.

Bibliografía

Aínsa, Fernando, *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares*, Alianza Universidad, Madrid 1992.

Alonso, Pilar, y Gil, Alberto, *Historias y leyendas de Castilla-La Mancha*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Toledo 1998.

Alonso Montero, Xesús, y Casares, Carlos, *Vida, obra e milagres de Xan da Coba, Diario 16-Galicia*, Grupo Acsa, Vigo 1992.

Amades, Joan, *Les millors llegendes populars*, Selecta-Catalònia, Barcelona 1996.

Amores célebres. *Colección de leyendas históricas de todas las naciones...* (2 tomos), escrita por una sociedad literaria dirigida por Eusebio Planas, Ignacio Monrós y Cia. editores, Barcelona s. f.

Aparicio, Juan Pedro, y Merino, José María, *Los caminos del Esla*, Edilesa, León 1995.

Armistead, Samuel G., y Silverman, Joseph H., *Diez romances hispánicos en un manuscrito sefardí de la isla de Rodas*, Istituto de Letteratura Spagnola e Hispano-Americana dell'Università di Pisa, 1962.

Arrieta Gallastegui, Miguel I., *Historias y leyendas de Asturias*, Trea, Gijón 1995.

Atienza, Juan G., *Guía de la España Mágica*, Martínez Roca, Barcelona 1981.

–, *Guía de leyendas españolas*, Ariel, Barcelona 1985.

–, *Nuestra Señora de Lucifer. Los misterios del culto a la Madre de Dios*, Martínez Roca, Barcelona 1991.

Ausona, Roberto de, *Leyendas españolas*, Auriga, Madrid 1986.

Ayguals de Izco, Wenceslao, *El Panteón Universal. Diccionario histórico de vidas interesantes...*, Madrid 1853.

Cabal, Constantino, *La mitología asturiana*, Instituto de Estudios Asturianos/CSIC, Diputación Provincial de Oviedo, 1972.

Camps i Mercadal, Francesc (*Francesc d'Albranca*), *Folklore Menorquí de la pagesia*, Consell insular de Menorca, Col·lecció Capcer (2 tomos), 1987.

Caro Baroja, Julio, *Algunos mitos españoles*, Ediciones del Centro, Madrid 1974.

Carré Alvarellos, Leandro, *Las leyendas tradicionales gallegas*, Espasa-Calpe, Madrid 1999.

Carvajal Gaspar de, *Descubrimiento del río de las amazonas*, Ediciones y Medios, Valencia 1992.

Castejón y Martínez de Arrizala, Rafael, *Medina Azahara, la ciudad palaciega de los califas de Córdoba*, Everest, León 1985.

Castillo, Rosa, *Leyendas épicas españolas*, Castalia, Madrid 1976.

Castroviejo, José María, *La burla negra*, Magisterio Español, 1973.

Ciudad y torre. Roma y la Ilustración en La Coruña, Ayuntamiento de La Coruña, 1991.

Cortés Vázquez, Luis, *Leyendas, cuentos y romances de Sanabria*, Textos leoneses y gallegos, Salamanca 1981.

Crespo, Ángel, Prólogo a la antología poética de Fernando Pessoa *El poeta es un fingidor*, Espasa-Calpe, Madrid 1983.

De la Vega, Garcilaso (el Inca), *La Florida del Inca*, Historia 16, Madrid 1986.

Díez, Luis Mateo, *Relato de Babia*, Espasa-Calpe, Madrid 1991.

Domínguez Lasierra, Juan, *Aragón Legendario* (2 tomos), Librería General, Zaragoza 1984 y 1986.

—, «Aragón Legendario», *Turia*, n.^{os} 16 a 22, 1991-1992.

Eça de Queiroz, José María, *Diccionario de milagros*, Mondadori, Madrid 1990.

Elías Pastor, Luis Vicente, *Leyendas riojanas*, Everest, León 1990.

El Libro Magno de san Cipriano, Editorial Humanitas, Barcelona 1990.

Fábulas y leyendas de El Dorado, Edición de Juan Gustavo Cobo Borda, Tusquets/Círculo de Lectores, Barcelona 1987.

Fernández-Rúa, José Luis, *Historia de la gente de trueno*, Editorial Colenda, Madrid s.f.

Filgueira Valverde, Xosé, *Don Xan da Coba, un poeta co seu tema*, Galaxia, Vigo 1998.

García y Bellido, Antonio, *Veinticinco estampas de la España Antigua*, Espasa-Calpe, Madrid 1967.

García de Diego, Vicente, *Antología de leyendas de la literatura universal* (2 tomos), Labor, Barcelona 1953.

García Gual, Carlos, Prólogo a *Leyendas de España*, de *Antología de leyendas de la literatura universal*, de Vicente García de Diego, Círculo de Lectores, Madrid 1999.

García del Real, Luciano, *Tradiciones y leyendas españolas*, La Gaya Ciencia, Barcelona 1976.

García Preciados, Jesús, «La anjana que era una juáncana», *Peonza*, n.º 51, Santander, diciembre 1999.

Garmendia Larrañaga, Juan, *Mitos y leyendas de los vascos*, Haranburu, San Sebastián 1995.

Garrido Palacios, Manuel, *Viaje al país de las leyendas*, Castilla Ediciones, Valladolid 1997.

González Flórez, Maximiliano, *La montaña de los Argüellos*, León 1975.

González Reboredo, X. M., *Lendas galegas de tradición oral*, Galaxia, 1983.

González de Vega, Gerardo, *Mar Brava. Historias de corsarios, piratas y negreros españoles*, Ediciones B, Barcelona 1999.

Grupo Alborán, *Lengua castellana y literatura*, Akal, Madrid 1995.

Guardiola Alcover, Conrado, «La verdad actual sobre los amantes de Teruel», *Cartillas Turolenses*, n.º 11, 1988.

Gutiérrez Lera, Chema, *Breve inventario de seres mitológicos, fantásticos y misteriosos de Aragón*, Prames, Zaragoza 1999.

Hernández, Pollux, *Héroes y monstruos de la España Antigua*, Ediciones Generales Anaya, 1988.

Historia de Nicolás I rey del Paraguay y emperador de los mamelucos, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Santiago de Chile 1964.

Hurtado, Publio, *Supersticiones extremeñas* (anotaciones psico'siológicas), Cáceres 1902.

Irving, Washington, *Cuentos de la Alhambra*, Padre Suárez, Granada 1967.

Jiménez Landi, Antonio, *Leyendas de España*, Aguilar, Madrid 1975.

Juaristi, Jon, *La tradición romántica. Leyendas vascas del siglo XIX*, Pamiela Argitaletxea, Pamplona 1986.

Kirkpatrick, F. A., *Los conquistadores españoles*, Espasa-Calpe, Madrid 1940.

Llamazares, Julio, *El entierro de Genarín. Evangelio apócrifo del último*

heterodoxo español, Endymion, Madrid 1981.

Llano, Manuel, *Mitos y leyendas de Cantabria*, Caja de Ahorros de Santander y Cantabria, 1982.

Manguel, Alberto y Guadalupi, Gianni, *Guía de lugares imaginarios*, Alianza Editorial, Madrid 1992.

Mariana, Padre, *Historia General de España* (con la continuación de Miniana), Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Madrid 1893.

Martínez, Elviro, *Mitología asturiana*, Everest, León 1998.

Martínez, Marcos, *Canarias en la mitología*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Cabildo Insular de Tenerife 1992.

Mena, José María de, *Leyendas y misterios de Madrid*, Plaza y Janés, Barcelona 1990.

Menéndez Pidal, Ramón, *Flor nueva de romances viejos*, EspasaCalpe, Madrid 1984.

–, *Los romances de América y otros estudios*, Espasa-Calpe, Madrid 1939.

–, *Primera Crónica General de España*, Gredos, Madrid 1977.

Mitos y leyendas andaluces, selección y prólogo de Pedro Martínez Montávez, Lamkana/G. C. Zero, Madrid 1986.

Monferrer, Alvar, *Els endimoniats de la Balma*, Generalitat Valenciana, 1997.

Morales Saro, M.^a Cruz, *Roberto Frassinelli, el alemán de Corao*, Silverio Cañada Editor, Gijón 1987.

Morán, P. César, *Por tierras de León*, Diputación Provincial de León, 1987.

Nahon, Zarita, *Romances judeo-españoles de Tánger*, Ed. de S. G.

Armistead y J. H. Silverman, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, Madrid 1977.

Navigatio Sancti Brendani Abbatis (*La navegación del Abad San Brendano*), versión española de José Manuel Álvarez Flórez, Anábasis/ Anaya & Mario Muchnik, Madrid 1995.

Perés, Ramón D., *La leyenda y el cuento populares*, Ramón Sopena Ed., Barcelona 1974.

Ramón y Ballesteros, Francisco, *Oscurantismo finisterrano*, Porto y Cía., Santiago de Compostela 1970.

Répide, Pedro de, *Las calles de Madrid*, Afrodisio Aguado, Madrid 1985.

Riverain, Jean, *Diccionario de las exploraciones*, Plaza y Janés, Barcelona 1970.

Rúa Aller, F. J., y Rubio Gago, M. E., *La piedra celeste. Creencias populares leonesas*, Diputación Provincial de León, 1986.

Sabrafin, Gabriel, *Leyendas y cuentos casi olvidados de las Islas Baleares*, José J. de Olañeta editor, Palma de Mallorca 1996.

Sáenz-Guallar, Francisco Javier, «Teruel insólito», *Turia*, n.^{os} 43- 44 y 45, Instituto de Estudios Turolenses, 1998.

Sánchez Dragó, Fernando, *Gárgoris y Habidis. Una historia mágica de España* (4 tomos), Hiperión, Madrid 1978.

Sarmiento de Gamboa, Pedro, *Historia de los Incas*, Miraguano/ Polifemo eds., Madrid 1988.

Serrano Dolader, Alberto, *Guía mágica de la provincia de Teruel*, Ibercaja, 1993.

Soria, Álbum de tradiciones, Caja Rural Provincial de Soria, 1983.

Tahoces, Clara, *Guía del Madrid mágico*, Martínez Roca, Barcelona 1998.

Tentación de la utopía. La república de los jesuitas en el Paraguay, edición de Rubén Bareiro y Jean-Paul Duviols, Tusquets/Círculo de Lectores, Barcelona 1991.

Torquemada, Antonio de, *Jardín de 3ores curiosas*, edición de Giovanni Allegra, Castalia, Madrid 1983.

Ubieto Arteta, Agustín, *Leyendas para una historia paralela del Aragón medieval*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza 1998.

Zamora Lucas, Florentino, *Leyendas de Soria*, Imprenta Las Heras, Soria 1984.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: Diciembre de 2011

© José María Merino, 2000

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha. 28010 Madrid

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 987-84-9841-777-7

Conversión a formato digital: Década Soft S.L. www.decadasoft.com

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Palabras del autor	9
Leyendas españolas de todos los tiempos	13
I. De fundaciones, caudillos y pérdidas	17
Fundadores y primeros reyes de España	19
Gárgoris y Habis	21
Hércules y su torre	23
Espan, Brath, Breogan, Ith	26
El origen de Madrid	28
Un cuento de Viriato	30
Don Rodrigo y la pérdida de España	32
Mocedades de don Pelayo	37
El primer almogávar, los nueve barones, las cuatro barras	40
Jaun Zuría	43
El caballo y el azor	45
Muley Hacén y la pérdida de Granada	47
II. De hazañas y maravillas de reyes, reinas, damas y caballeros	50
Bernardo del Carpio	52
Ramiro I y el tributo de las cien doncellas	55
Fernán Antolínez, el caballero que combatió y no combatió	57
El voto de Munio Sancho	59
Las mocedades del Cid	61
El rey de la mano horadada	64
María Pérez, la Varona	66
Jaime I y la conquista de Mallorca	68
La dama de Arintero	71
III. De agravios, traiciones, venganzas, simulacros y castigos	74
Ruy Velázquez y los siete infantes de Lara	76
Amrú y la noche toledana	79
Ramiro el Monje y la campana de Huesca	81
La condesa traidora	83
El abad don Juan de Montemayor	86

Landarico	91
El caballo del rey Sancho el Mayor	93
Don Alonso de la Venganza	95
El premio del abad	97
El mariscal Pero Pardo de Cela	100
El anillo del rey don Juan I	103
La Serrana de la Vera	105
El pastelero de Madrigal	107
IV. De amores y desamores	110
La princesa Galiana	112
Los amantes de Teruel	115
El mirlo de la Mayor Señora	118
El enamorado de Elisenda de Montcada	121
Doña Beatriz y don Guillermo	123
Don Alfonso VI y doña Zaida	126
Doña Urraca y don Alfonso el Batallador	128
De cómo fue engendrado Jaime el Conquistador	130
La generosidad de Mohamed I	131
Doña María de Padilla y don Fadrique	133
El trovador Macías	135
V. De parajes	138
El origen de algunas montañas	140
Los Pirineos	141
La Mujer Muerta	143
Montserrat	145
La isla de san Borondón	147
Historias de calles	149
Bajada del Pozo Amargo, Toledo	150
Callejón del Candilejo, Sevilla	152
Calle de la Cabeza, Madrid	154
De despoblados y pueblos sumergidos	155
Despoblados	156
La laguna de Antela	158
El lago de Isoba	160
El lago de Sanabria	161

De xanas, lamias, donas y fuentes prodigiosas	163
La anjana de los montes de Ucieda	165
La fuente agridulce	167
La fuente de Rosales	169
La fuente Velasca	170
La fuente de los mozos	172
La fuente de la Julianita	173
La dona d'aigua del Montseny	175
VI. De milagros y vírgenes benditas	177
Fra Joan Garí	179
San Andrés de Teixido	183
De vírgenes benditas	185
Las imágenes recuperadas	186
De apariciones singulares	189
Árboles y lugares marianos	191
Algunos hechos milagrosos	194
De tres santos	196
San Vítores y su martirio	197
Santo Domingo de la Calzada	202
Milagros de san Vicente Ferrer	205
De cautivos milagrosamente liberados	208
El barón Galcelán de Pinós	209
El cautivo de Villamañán	211
Tomás Ramírez	213
El cautivo del humilladero de Auñón	214
VII. De diablos, brujas, errantes, malditos y fantasmas	216
De diablos	218
El acueducto de Segovia	219
El cura satanista	222
La misa del Diablo	224
De brujas	225
Santa Comba	226
La bruja vampiro	227
La bruja celestina	229
La bruja castigada	231

Las tres olas	233
De errantes y malditos	237
La Santa Compañía	238
El Cazador Negro (Eiztari-beltza)	244
Els pastorells y la era de Escorca	246
El conde Arnau	248
Maricuchilla	250
De fantasmas	252
La sombra de doña Blanca	253
El fantasma del palacio del emperador	254
El fantasma de la isla Cabrera	256
Los fantasmas de la Casa de América y del museo Reina Sofía	258
VIII. De culebras, dragones y estirpes asombrosas	260
De culebras, serpes , cuélebres y dragones	262
La culebra y el pastor	263
La serpe de la fonte Pormás	264
La Cova da Serpe	266
La cuélebre de Celón y la de Oviedo	268
El dragón del monte San Miguel	269
El lagarto de la Malena	271
El culebrón de San Lorenzo de Peña Gotera	272
El dragón de Wifredo el Velloso	274
La coca de Redondela	276
Un topo, un ardacho, un oso y un buey	278
El topo de la catedral de León	279
El ardacho de Berlanga	280
El oso y el buey de Liébana	281
De mouros y jentillak	282
De mouros	283
De gentiles	286
Gente de estirpe marina	288
La sirena de Luarca	289
Los Mariños	290
El home marín y el pexe Nicolao	293
El hombre-pezu de Liérganes	294

De hombres lobo y otras especies	296
El lobisome	297
La mujer loba	299
Del ome choto	301
De la Juáncana y de Tártalo	302
De la Juáncana	303
De tártalo	304
IX. De talismanes, tesoros y palacios subterráneos	305
De talismanes	307
La cruz de Caravaca	308
El Santo Grial	310
El caldero de oro	312
Sa banya d'esca	314
De tesoros	318
Toros y cabras áureas	319
Tesoros de Mallorca	321
El tesoro de Sa Torre Llafuda	323
Un tesoro de la Alhambra	325
De palacios subterráneos	328
El Teso de las Pozas	329
El tesoro de Alí Mohad	330
La Escala de la Doncella	332
X. De aventuras y sueños	336
De indias	338
La fuente de la eterna juventud	339
Eldorado	341
Las siete ciudades de Cibola	343
La provincia de la Canela	344
El río de las Amazonas	346
El tornaviaje	348
Las islas de Salomón	350
La ciudad de los Césares	352
Nicolás I, rey del Paraguay y emperador de los mamelucos	354
Dos bandoleros y un pirata	357
José María el Tempranillo	358

Luis Candelas	360
Benito Soto	362
De soñadores	365
Juan Bautista Antonelli y el puerto de Madrid	366
Roberto Frassinelli, el alemán de Corao	368
Don Juan de la Coba y el trampitán	370
Don Francisco Pérez Herrero y Genarín	374
Agradecimientos	376
Bibliografía	377
Créditos	382